AMERICA

REVISTA DEL GRUPO AMÉRICA

AMÉRICA

REVISTA DEL GRUPO AMERICA

NUMERO 120
SEGUNDA ÉPOCA

QUITO-ECUADOR
2002

AMÉRICA
REVISTA DEL GRUPO AMÉRICA

Número 120
Segunda época
Derechos reservados conforme a la ley

Letramia Editorial

Dirección: Italia 757 y Mariana de Jesús, Quito-Ecuador
Teléfono: 2 544 233
e-mail: modesjor@interactive.net.ec

Diagramación: Letramía
Cubierta: Susan Rocha

ISSN: 1010383X

Edición: 500 ejemplares

Esta Revista se publica con el auspicio de
PRODUBANCO

ÍNDICE

INDICE

Presentación..... 15

SECCION RELATO

El destino, La certeza
Susana Cordero de Espinosa..... 23

¿Por qué tendría que haber esquinas?
Luis Aguilar Monsalve..... 27

El exilio de los sentidos
Renán Flores Jaramillo..... 37

De golondrinas y campanarios a otros mundos
Francesca Piana..... 53

Paseo de verano
Estela Parral de Terán..... 59

SECCION ENSAYO

Noción continental de la literatura Argentina
Muguel Albornoz..... 65

El papel del escritor al comienzo del milenio
Eduardo Mora Anda..... 95

Misión en Moscú: reto y privilegio
Ramiro Silva del Pozo..... 107

Rescate de tres presencias líricas
Violeta Luna..... 117

Los desafíos y mitos del presente
Carlos de la Torre Flor..... 133

Manuelita, belleza, inteligencia y valentía
Plutarco Naranjo..... 143

El Paco Tobar de pares o nones
Claudio Mena Villamar..... 159

Memorias fraternas de una generación
Filoteo Samaniego..... 165

Del paisaje humano. Unas palabras de acercamiento
Jaime Montesisnos Fernández de Córdova..... 179

Montalvo, padre nuestro que estás en la vida y en bronce
Galo René Pérez..... 193

Montalvo, escritor barroco
Gustavo Alfredo Jácome..... 205

SECCIÓN POESÍA

A Nelson
Luz Argentina Chiriboga..... 225

La Palabra
Alicia Yánez Cossío..... 226

S.M. El Miedo
Nelson Estupiñan Bass..... 228

Refundación de América
Manuel Federico Ponce..... 240

Sustantivos para el indulto (extracto)
Luis Miguel campos..... 242

Tonada
Julio Pazos Barrera..... 251

Poemas desde el Mediterraneo
Ximena Montalvo..... 253

HOMENAJES

En la muerte de Nelson Estupiñán Bass
Alicia Yánez Cossio..... 257

Un encuentro con Humberto Vacas Gómez
Fabiola Solís de King..... 261

Piedad Larrea Borja
Teresa León de Noboa..... 265

Leonardo Arízaga Vega
Alba Luz Mora..... 269

ACTIVIDADES DEL GRUPO AMÉRICA

Nombramientos..... 273

Distinciones..... 274

Incorporaciones..... 274

Bibliografia..... 274

Triunfos..... 275

Marcha institucional..... 275

ACTOS ACADÉMICOS

El poder de la palabra poética
Susana Cordero de Espinosa..... 279

GRUPO AMÉRICA

COMISION DIRECTIVA

Presidente:	Dr. Plutarco Naranjo
Vicepresidenta:	Sra. Alicia Yánez Cossío
Secretario:	Dr. Claudio Mena V.
Tesorero:	Dr. Carlos de la Torre
Protesorera:	Dra. Susana Cordero de Espinosa
Directora Revista:	Dra. Fabiola Solís de King
Codirector Rvta.:	Sr. Julio Pasos Barrera
Ex-Presidenta:	Sra. Alba Luz Mora
Coordinadora Social:	Sra, Isabel de Vacas Gómez

SOCIOS ACTIVOS

Gustavo Alfredo Jácome
Galo René Pérez
Renán Flores Jaramillo
Argentina Chiriboga
Laura Arcos Terán
Carlos de la Torre Flor
Rodrigo Fierro Benitez
Fernando Jurado Noboa
Manuel Federico Ponce
Gonzalo Abad Grijalva
Manuel Corrales Pascual
Laura Hidalgo Alzamora
Luis Aguilar Monsalve
Antonio Sacoto
Teresa León de Noboa
Julio Pazos Barrera
Angel Felicísimo Rojas
Alfonso Barrera Valverde
Estela Parral de Terán
Eduardo Mora Anda
Miguel Albornoz
Mario Cobo Barona
Luis Miguel Campos
Ramiro Silva del Pozo
Filoteo Samaniego
Ximena Montalvo
Jaime Montesinos Fernández de Córdova
Violeta Luna

PRESENTACION

La Revista *América*, publicación periódica del Grupo América, ahora en su edición No 120, sigue la trayectoria luminosa de la creatividad, del compromiso, de los conocimientos siempre enriquecidos y enriquecedores, del interés por caminar haciendo el camino, de todos y cada uno de sus miembros en sus sesenta y nueve fructíferos años de un incansable quehacer multifacético: novela, relato, poesía, ensayo, periodismo, investigación científica, indagación histórica, expresión artística.

El Grupo América ha promovido actos culturales de trascendencia con temas diversos y en sus reuniones mensuales de trabajo y de amistad, se cimientan los conocimientos y los afectos. Es importante recordar que el Grupo América, el más antiguo núcleo cultural ecuatoriano, ha contado con figuras de la categoría de Benjamín Carrión, Gonzalo Zaldumbide, Alfredo Pareja Diezcanseco, Jorge Carrera Andrade, Piedad Larrea Borja, Gustavo Vásconez Hurtado, José María Velasco Ibarra, para citar a algunos de sus miembros más antiguos, que palpitan ahora en otra dimensión.

La Revista *América* No 120 contiene varias secciones: Relato, Poesía, Ensayo, Homenajes y un resumen de las actividades culturales y sociales realizadas

durante el año 2001. A continuación se expone algunos comentarios de los trabajos presentados.

En la sección Relato, Renán Flores Jaramillo deja al lector inmerso en interrogantes, como en todo cuento de valía, como es "El Exilio de los sentidos" y Estela Parral de Terán nos lleva a "Un Paseo de Verano", inolvidable. En la sección Poesía, Nelson Estupiñán Bass le rinde tributo a "Su Majestad el Miedo." "Padre miedo omnipresente" y al enfrascarnos en sus estrofas, nos escalofriamos con la "Oración en la Amenaza Universal", el miedo como un ser eterno atisbándonos desde siempre. Nos reconforta Federico Ponce con su "Refundación de América" y la recuperación de "La Palabra" de la creatividad eterna de Alicia Yánez Cossio. El extracto de poemario "Sustantivos para el Indulto" de Luis Miguel Campos, nos hace caminar con el corazón y con el cerebro por un mundo lleno de paradojas y certezas.

En la Sección Ensayos, Miguel Albornoz aborda el tema "Noción Continental de la Literatura Argentina", refiriéndose a la obra de siete escritores representativos, como Domingo Faustino Sarmiento, Jorge Luis Borges, quien descubrió al mundo a través de su ceguera iluminada. Eduardo Mora Anda plantea, desde sus bastos conocimientos y puntos de vista personales "El Papel del Escritor al Comienzo del Milenio", indica sabiamente: "el escritor, el ensayista, el historiador, el filósofo tienen que redescubrir al lector el carácter sagrado de la vida, el proceso de la historia, el sentido de la vida y lo vivificante de las vivencias superiores". El Embajador Ramiro Silva del Pozo nos lleva de la mano, en uno de sus artículos para compartir su experiencia única en Moscú, cuan-

do era aún la capital de la URSS y comienza su artículo "Misión en Moscú: Reto y Privilegio", así: "ser Embajador en Moscú constituye sin duda un privilegio y, en cierta medida un reto". Miguel Ángel León, Jorge Carrera Andrade y Miguel Ángel Zambrano son los poetas protagonistas de "Rescate de Tres Presencias Líricas" de Violeta Luna. Cada uno en su espacio propio, en su puro lenguaje, en sus latidos poéticos, es descrito con maestría y hondura por la autora. "Los desafíos y mitos del presente" del doctor Carlos de la Torre Flor nos envuelve en interrogantes que nos obligan a poner los pies sobre la tierra de la realidad ecuatoriana y el comportamiento de los ecuatorianos y nos estimulan a enfrentar la realidad de nuestro país con sensatez y valentía.

La personalidad recia y multifacética de Mañuela Sáenz la Libertadora del Libertador, es abordada con mucha admiración por el doctor Plutarco Naranjo. *Pares o Nones* de Paco Tobar, el indisciplinado de siempre, es una "novela escrita con desenfado, con humor y sátira, con amor y odio", indica Claudio Mena Villamar. Filoteo Samaniego ingresa al Grupo América enfrascado en un pasado enriquecido por la creatividad de su generación que ha llenado de libros valiosos el quehacer cultural ecuatoriano según lo expuesto en "Memorias Fraternas de una Generación". La lucha recia por la vida y las ideas que caracterizó a Juan Montalvo es abordada por Galo René Pérez en "Montalvo, Padre Nuestro que estás en la Vida y en el Bronce" y la otra faceta, Juan Montalvo el escritor del lenguaje perfecto, la describe con mucho conocimiento lingüístico Gustavo Alfredo Jácome en "Juan Montalvo, Escritor Barroco". Susana Cordero de

Espinosa nos deja sorprendidos con sus "Certeza" y un "Destino" y nos preguntamos: ¿también los días de los gusanos caminan hacia un destino?

Francesca Piana, nos relata su enfrentamiento, desde sus sentimientos y curiosidad entre Quito, el aleteo de sus golondrinas y el tañido de sus campanas y su descubrimiento del mundo dolarizado de Estados Unidos de América en "De Golondrinas y Campanarios a otros Mundos". En los Homenajes que el Grupo América rindió a ilustres personajes, Miembros del Grupo, constan el artículo de Teresa León de Noboa sobre la Trayectoria Vital de Piedad Larrea Borja indica que: "El tiempo decanta los valores culturales, así como de Piedad Larrea Borja se hablará largamente..." Alba Luz Mora destaca la prominente personalidad de Leonardo Arízaga Vega. En "Un encuentro con mi profesor Humberto Vacas Gómez" de la suscrita, destaco el valor de su inteligencia y su personalidad, que sigue y seguirá acompañándonos desde su inmortalidad. En la ponencia leída por Jaime Montesinos, al ingresar al Grupo América: "Del Paisaje Humano, unas palabras de acercamiento", desde su rol de hijo y de literato, describe las marcas esenciales de la narrativa espléndida de su padre, Arturo Montesinos Malo.

Finalmente, la Revista América cierra sus páginas con un recuento de las numerosas e importantes actividades realizadas por el Grupo América durante el Año 2001.

Los miembros del América expresan su reconocimiento al **PRODUBANCO**, una de las entidades bancarias más sólidas y prestigiosas del país, en la per-

sona de su Presidente Ejecutivo Economista. Abelardo Pachano Bertero, por el valioso auspicio brindado para la publicación de la Revista América 120.

A punto de salir este número de la Revista, de los Estados Unidos nos llega la triste noticia de la muerte de Nelson Estupiñán Bass. El destino nos priva de uno de los más queridos miembros del Grupo América. Allá en la eternidad, de igual forma como lo hizo aquí en este mundo, seguirá siendo uno de nuestros más valiosos escritores. Paz en su tumba.

Fabiola Solís de King

SECCION RELATO

Revista América No. 120,Segunda época, Abril 2002.

SUSANA CORDERO DE ESPINOSA

EL DESTINO

Se había posado con la lluvia sobre el parabrisas, como un hilo obeso, verde, parsimonioso. Al deslizarse había ido dejando, dorada, la baba generosa que me guió hacia ella: sobre el vidrio, el vestigio de su vida de cristal. Suave verde dorado en que mis ojos descansaron antes de abrirse al largo hilo oscuro y maltrecho de la carretera.

Viajábamos. La babosa, adherida con el viento al vidrio que la duplicaba, ciegos sus mínimos ojos invisibles. Yo, valorando su adhesión, luchando por no obstarla: quizás me acompañara hasta el regreso por la noche, y luego ella misma buscaría un ámbito que la redimiera del viaje, del viento, de la duplicación e iría a dejar su huella dorada en el camino de otros.

No podía dejar de mirarla, breve jalea interpuesta en la rutina del camino. Y miraba agradecida, a través de su piel sin sustancia, curvar la carretera oscilante hacia otros mundos. Quería conservarla: mi voluntad le permitiría vivir su vida sin recuerdos, hecha para los otros.

La imprevista lluvia de verano la acariciaba. Al deslizarse las gotas por el vidrio, era la babosa el único gran punto de verde y delicado estupor en que el agua se detenía, alimentándola, resbalando sobre su ópalo suave como sobre un pétalo.

El limpiaparabrisas retiró el agua que caía sobre el vidrio, y la frágil baba ensangrentada, entre restos de piel casi invisible, se interpuso entre mis recuerdos y el camino.

LA CERTEZA

Es el único ámbito en que sé algo: en que una certeza, origen de incertidumbres salvadoras, se me anuncia con placidez.

Las páginas en blanco, el tiempo y el lugar en que escribo, las palabras; las frases que compongo, los párrafos que combino, fundo, separo, borro, son míos: nada ni nadie me exigirá escribirlos como yo no quiera, aunque tampoco logre jamás escribirlos como yo lo quiero. Pertenencia imperti-nente. ¡Dios, esto quiere decir que aquí soy libre!, nadie puede discutírmela. Y si alguien llega a aconsejarme sobre un texto hipotético y yo atiendo sus consejos, correcciones e insinua-ciones; si copio palabras y formas que no nacieron de mí, se volverán mías: serán parte del encuentro.

Nadie ha de discutirme influencias recibidas, mal o bien asimiladas. Felices o infelices, están aquí y a nadie más pertenecen. ¿Que yo no las he elegido?: llegaron a mí o yo llegué a ellas, como llegué al mundo, por determinaciones imprecisas, sin pedirlo: ¿cómo no concluir que me estuvieron destinadas? ¿Por qué Horacio y no Séneca? ¿Por qué Gorgias y no Sócrates?

Ciertas líneas, las tres o cuatro aporías de Gorgias.

"Es dulce hacer locuras cuando la ocasión lo pide". Esto ¿en qué puede cambiar mi vida? Si a mi manera, como todo el mundo, sé que nada existe. Que si algo existe, no podemos conocerlo y si algo conociéramos, no podríamos comunicarlo, saberlo no importa: importa que este orden crezca en el corazón, a tenor de las palabras que me van siendo dadas. Me disgusta la dubitación que permiten las dos primeras aporías. [Me disgusta este Borges que se respira aquí, este Borges recortado, disminuido, del que no puedo, aquí, liberarme]. En rigor, debió Gorgias quedarse con la última, ineludible, perfecta exi-gencia de la poesía, su desafío. ¿Por qué, si no, la incomunicación nos urge, y nos matamos amando y escribiendo? Hay que vivir. Hacer como si, es también hacer como si no...

No importa. Es otra de las certezas de que me provee la escritura, de la cual estoy a punto de descreer. ¿Acaso Horacio o Gorgias se levantarán a negarlo? Ellos también debieron reírse, amar, ser amados, ser despreciados.

Debieron amar la vida, esta tremenda vida.

Luis Aguilar Monsalve

¿POR QUÉ TENDRÍA QUE HABER ESQUINAS?

Minnaloushe creeps through the grass
Alone, important and wise,
And lifts to the changing moon
His changing eyes.

W.B. Yeats, The cat and the moon

Septiembre había llegado con prontitud y se había ubicado sin reticencia. El verano estaba por terminarse y se dejaba sentir un calor viejo, denso y viscoso. Por las rendijas de las casas todavía entraba el olor de las madrugadas con una fragancia tibia y árida como a ropa almidonada o a adobe recién cocido. Luciano Bastidas Castro tenía que ir a la escuela . Sus padres lo habían matriculado en el mismo lugar. Era un niño de mediana estatura, delgado, cabello castaño, ojos verde mar y tez tostada. De su voz se desprendía un leve siseo.

Llegó un nuevo maestro a la escuela de Luciano. Se sabía muy poco de él. Daba la impresión de ser huraño y solitario. Amigo de contar historias e inventar sucesos tan reales que nadie sabía dónde comenzaban y terminaban la ficción y la realidad de sus cuentos.

«Los chicos en las esquinas otra vez», Luciano se decía. Eran unas esquinas abrumadoras y allí estaban ellos con sus risas clandestinas. No quería pasar. Deseaba cambiar de ruta. Los niños lo habían visto. Se detuvo, permaneció quieto, a la expectativa, olía el peligro; esperó a que se derrumbase el cielo sobre su persona, pero lo único que se mantenía latente era su incuestionable espanto. Además, comprendía que

introduciéndose de un golpe en el pánico, apretando los ojos y frunciendo la boca, el temor se largaba como un gato espantado. Era tarde para cualquier variación. Tenía que pasar por allí. Se aproximaba con lentitud. (Iba a sufrir el fatídico encuentro con un grupo de adolescentes, hijos de la noche y de la bruma, llenos de maldad y complejos a quienes no podía mostrarles su miedo que, curiosamente, era la razón para seguir en silencio y huir; era preferible aguantar el acoso frecuente. A veces, sentía que lo seguían o lo esperaban ocultos en algún rincón de la calle cerca de su casa. Cuando esto sucedía, él seguía jugando con su gato que se erguía ante una luna cambiante, a la vez que podía escuchar su propia respiración). Ya cerca de ellos recibía los mismos comentarios malsanos de siempre. Le lanzaban risas e insultos asquerosos en el rostro. Le hurgaban con sus ojos de crueldad y su odio no se saciaba. Lo insultaban como cuando los hombres necesitan sentirse más machos de lo que son. Luciano los distinguía y pasaba sin mirarlos; entonces decidía reconcentrarse un poco sobre sí mismo para protegerse. Esas risas de malicia y los ojos que se asemejaban a un puñal, merodeaban las esquinas. (De sus adentros salía una pregunta que no quería formular, no deseaba que fuese audible, no quería que ni siquiera sospecharan qué estaba pensando: ¿por qué tendría que haber esquinas?). Durante esos encuentros, Luciano volvía siempre a reconocer su terror y su angustia. El betún de las calles se crispaba por lo yermo del ambiente y la malignidad del momento.

En la escuela, las salas de clase eran viejas, parecía que los pupitres habían existido desde siempre. Había cuarenta niños en su aula. Por lo general, Luciano iba a la escuela pateando su pelota de fútbol, pero no tenía ocasión de jugar con nadie. Lo que más echaba de menos eran los juegos de equipo, en particular aquel que llamaban «La libertad». Él dejaba de patear su pelota, la abrazaba, se arrimaba a una pared y hacía el papel de espectador como si observase algo, al costado, en un gesto que cualquiera interpretaría como una participación trascendente.

Se preguntó en una ocasión qué había hecho para que los chicos lo detestaran tanto. No pudo encontrar una

respuesta porque, al cuestionarse, no había nada que lo relacionara con una acción mezquina, una acción llena de roña. Dedujo entonces que él no era el culpable, que eran los otros los dueños del problema. No quería ser como ellos tampoco. Era preferible estar solo y aguantar su perversidad que, alguna vez, quizás, terminaría.

Un día llegó a la escuela un chiquillo, hijo de un militar. De inmediato Luciano y Patricio Corrales se hablaron. Ese día salieron juntos. Tuvo al fin su primer amigo. Al día siguiente, cuando lo vio entrar, se dirigió exultante a recibirlo. Patricio ignoró su saludo y se encaminó donde estaban los otros compañeros; las miradas zahirientes y los ojos opacos no dejaban traslucir ningún brillo humano. Se quedó sin palabra, experimentó unos atolondrados deseos de llorar, hizo un esfuerzo increíble para contener las lágrimas. No lloró y se cobijó con una tristeza profunda.

Aprendió a esquivar los insultos con la indiferencia. Había hipotecado su vida a un mundo hostil obligado por las circunstancias y sabía que tenía que pagar, aunque era inocente. Como salía de la escuela solo, empezó a crear su propio espacio lleno de fantasía. Sus amigos imaginarios eran incondicionales, capaces de construir un mundo diferente donde había escaramuzas sencillas y bonanza: él era el presidente del curso, era el director del periódico y era el principal jugador del equipo de fútbol; goleaban y se caían de bruces hasta herirse, pero eran valientes y decididos, no tenían pavor al riesgo, a pesar de que el estropicio que quedaba muchas veces era serio.

Ya en su casa, se dirigía a su cuarto. Allí se sumergía en la almohada y se acostaba boca arriba en la cama, cruzaba las manos, las ponía bajo la nuca y miraba el cielo raso. De vez en cuando, cerraba los ojos y observaba a los pieles rojas pelear con los colonos del Oeste; él entraba en la acción y dirigía las batallas con precisión y coraje a favor de los pioneros. En Nueva York se precipitaba por los aires defendiendo a los indefensos, volaba al vaivén del viento, las balas no le llegaban y recobraba el dinero que los ladrones habían robado; se veía muy bien con el traje de Superman. En el mar peleaba con los piratas, su barco casi destruido estaba al borde del

naufragio, pero él, con la espada entre dientes y prendido a una cuerda colgante a lo Burt Lancaster, atravesaba los espacios y comenzaba el ataque; todos caían y morían bajo el impacto de su poder; la tripulación frenética lo proclamaba su héroe indiscutible. Y mientras elucubraba sobre su heroica acción pensaba en la ambigüedad de su soledad, a ratos corría a llorar. Regresaba a la realidad y sabía que debía hacer los deberes de castellano y de matemática. Pero antes de ponerse a trabajar en su tarea, iba a la cocina y su gato saltaba a la tarima; lo atendía, lo acariciaba. Luego, se quedaba aturdido mirando y contemplando el atardecer junto al quicio de la ventana. La calle se enredaba en la penumbra, las aceras húmedas y, a la distancia, los postes alumbrados, las personas caminando, la inmensidad del mundo.

Sus padres trabajaban en una compañía exportadora de porcelanas europeas. Xavier y Laura la habían adquirido de unos amigos checos que abandonaron el país. Si bien era cierto que el precio de compra era excelente, ellos se quedaron con una deuda en el banco que les obligaba a trabajar, en otros lugares, para poder estar al día en sus obligaciones. Luciano los veía al caer de la tarde. Llegaban cansados y se ponían a leer la correspondencia. Entre ellos mantenían un diálogo efímero, cenaban mirando la televisión, hablaban por teléfono; luego se iban a dormir.

En una mañana calcinada por el sol, la clase del profesor Gerardo Rabossa se inició con la presencia de los estudiantes de cuarto grado de escuela; el maestro pidió a Luciano que definiese el significado de la palabra fracción. El aludido, aturdido y nervioso, no pudo contestar. Rabossa insistió sin cambiar de alumno. Luciano palideció más y bajó la vista. Colérico, el maestro le alzó la barbilla con la regla, frunció el ceño como una pasa, crujió la lengua para llamarlo ocioso, sin inteligencia y parásito social. Los compañeros rieron a carcajadas, Ricardo Piedrahita, el presidente del curso, contestó a la perfección. Luciano tragó saliva y dejó escapar un suspiro empobrecido por el rubor, sabía que su profesor lo miraba desde algún lado. Le pareció reconocer en la distancia del recuerdo el ladrido de Firpo, su perro, un ovejero alemán de raza que aulló de dolor cuando su primo le pegó por no haber

aprendido a dar la mano. Él no hizo nada para defenderlo, esta actitud le atormentaba todavía. Luciano, de castigo, tuvo que quedarse estudiando.

«La palabra fracción se deriva de la palabra latina fractio que significa rompen». «La palabra fracción se...». El niño repitió varias veces ayudado por Ricardo quién se quedó a petición del profesor. Éste le tomaba la lección y se la repetía con impaciencia cuando Luciano no memorizaba bien; Ricardo perdía todo sentido de tolerancia cuando sus amigos le llamaban para jugar. Algunos compañeros regresaban para burlarse de Luciano, le hacían gestos, se agarraban los genitales y los mostraban con desafío. Al terminar, soltaban grandes carcajadas y se iban. Regresó el profesor Rabossa, el penitente aprendió a dar bien la lección y se marchó a la casa abochornado. Sentía escocido el ánimo; sonrió al atardecer, pero fue una sonrisa parca.

Al día siguiente, el profesor inició la clase con el «descubrimiento de América». Cuando terminó, concluyó sin emoción, con el mismo aderezo opaco de su voz. Mandó como tarea que escribiesen una composición de dos páginas.

Por primera vez, Luciano no se reunía de regreso a su casa con sus amigos imaginarios. Pensaba en lo que iba a crear esa tarde. En su cuarto leyó la épica española, consultó su libro de historia y la enciclopedia de su padre. Con la información recopilada elaboró el trabajo ciñéndose al límite requerido. Unos tres días después, el maestro, entregó las composiciones. Les dijo que los análisis de historia eran excelentes y que el trabajo de Luciano era el mejor. Las protestas no se hicieron esperar, acusándolo de incapaz; él se defendió con altivez. El señor Rabossa mandó a hacer silencio, se puso macilento y dejó de escuchar su voz perentoria: «Pórtense bien» y la clase retomó el orden. En la parte de atrás del aula algo perverso flotaba en la atmósfera, un secreto terrible se difundió entre ellos; iba seguido de carcajadas insolentes que el profesor prefirió ignorar. De sus labios salía una tímida sonrisa y en su mejilla había aparecido un hoyuelo minúsculo.

Al salir de la escuela Luciano corrió a su casa. Sus padres ya habían llegado. Entró a toda prisa, casi sin aliento, tenía que contarles su triunfo. Sus padres se sintieron emocionados al ver que su hijo se imponía, dedujeron que ya era el mejor estudiante del curso. Al aclararles que su posición ventajosa era solo en historia, se desalentaron llenos de contrariedad no disimulada. De la mirada de Luciano, salió una especie de congoja como si se le hubiese estropeado su juguete favorito.

Se acercaba la Navidad y tenía que comprar tres regalos: para sus padres, para el profesor, por sugerencia de su madre, y una sorpresa para intercambiarla en la clase. Luciano tuvo que romper la alcancía para ir de compras. Para sus padres se decidió por un juego de saleros hechos en el Japón; para el maestro, un borrador grande de dos colores. Luego metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó, doblado, el nombre del compañero para quien debía adquirir un obsequio. Con desdén leyó: Lucio Yáñez. Era el capataz del curso, malencarado y abusivo; era el mayor; todos hacían lo que él decía. De alguna manera, Luciano se enteró de que su regalo también provendría de él. Esperó algo insignificante y sin ningún valor. A Miguel Odría le tocó, en realidad, comprar el regalo para Luciano, pero Lucio Yáñez le pidió que se lo cediera y le dio a éste el papel de él. Pedro Olivas le aconsejó a Lucio que le comprase algo increíble para que no se olvidara nunca de ellos. Cuando se decidieron por el regalo, una algarabía displicente inundó el lugar. Lucio al ver a Luciano, se quedó escudriñándolo, con la mirada de cuchillo fuera de su funda.

Luciano recurrió a su madre para que le ayudase a comprar los regalos. Cuando Laura se enteró del obsequio para su compañero, un yoyo, no lo contradijo, pero le pareció inadecuado. Luciano le explicó que quería darle uno porque, siempre que le escuchaba hablar se alababa. Luego, a su madre se le ocurrió preguntar si ese chico era su amigo, él le respondió que no.

—Entonces, ¿quién es tu mejor amigo? —le inquirió con interés.

—Se llama Relámpago, —le respondió de inmediato.

Pero Relámpago era su gato. Su madre lo miró con una pizca de pena. ¿Por qué no podía ser Relámpago su mejor amigo? Después de todo, el gato jugaba con él, iba a su cuarto y descansaban juntos. Sí, era su mejor amigo.

Al cabo de unos días en el aula, el señor Rabossa anunció que por Navidad se iría a visitar a su familia y que sería el presidente del curso, Ricardo, quien conduciría con disciplina el intercambio de regalos. Si en el informe de Piedrahita había algo negativo, las consecuencias serían desastrosas para los indisciplinados. El profesor hablaba en medio de un sopor interminable que casi se podía palpar. Cuando terminaron las instrucciones, dos muchachos se acercaron al profesor con un presente; el señor Rabossa se emocionó de manera poco común y les agradeció por este gesto tan noble. De inmediato, casi en coro, se aprestaron a decirle que Luciano no había firmado la tarjeta. Cuando escuchó su nombre, Luciano vociferó que no le habían dicho nada; se sorprendió de su propio valor y de la serenidad en la respuesta. Añadió, luego, que él también tenía un regalo; fue entonces cuando lo llamaron cepillo, adulón, y el señor Rabossa montó en cólera. Pasado el incidente, éste se despidió con los dos regalos en la mano y con dificultad, trataba de brindar una sonrisa que en el rostro avejentado se perdía en las aristas de las arrugas. Con las manos flameantes se despidieron del profesor. Alguien, con suavidad, le llamó señor Rabo; los que estaban al lado, rieron.

Luciano regresó a su casa y se encaminó a su cuarto sin saludar a sus padres. Se tendió en la cama. Esta vez tampoco sus amigos lo acompañaron. La mirada estaba fija en un punto: allá donde existe otro mundo, donde la palabra es innecesaria. Visitados por el sol en momentos de sombra, los gatos bostezaban al cielo. Relámpago saltó a la cama y se arrastró en forma solitaria, importante y sabia. Se acostó en el pecho de Luciano con suavidad, empezó a ronronear al compás de la mano que lo acariciaba, quizá como un preludio de algo que se iba a terminar. Luego, vio al gato que levantó los ojos y miró a una cambiante luna. Pensó para sí: «Relámpago siempre estará en mis pensamientos y; día y noche, recordaré su mirada, su ronroneo y el sonido de sus pisadas».

Sus padres se preocupaban al ver a su hijo entrar en la

casa tan afligido. En otras ocasiones se lo veía mal, pero esta vez estaba molesto y desilusionado. Se consolaron al pensar que Luciano siempre había sido un niño muy reservado. Con eso en mente, no volvieron a inquietarse por ello. No obstante, Xavier, en varias ocasiones, ya había pensado que cuando Luciano estuviese en la pubertad lo «enderezaría», porque al paso que iba, según él, o se hacía fraile o, Dios no lo permita, se convertiría en un enclenque, víctima de todo el mundo.

Al otro día Luciano se despertó desasosegado. El cielo había oscurecido y las nubes pasaban amenazando tormenta. No deseaba ir a la escuela, pero tenía que ir. Era como no querer pasar por las esquinas y, sin embargo, había que pasar. Entró en la clase. Miles de ojos se clavaron en él. Los labios grotescos se movían, al tiempo que dejaban salir sonrisas sardónicas. Asimismo, veía a algunos chicos que se decían cosas al oído y terminaban en grandes carcajadas; se inquietó por el barullo de voces que no dejaban vestigios, y se convenció aún más de lo fútil de tratar de encontrar una explicación a todo lo que pasaba. Se dirigió a su puesto, cruzó las manos, las miró y las acunó. tros compañeros seguían llegando. A la orden del presidente, las sorpresas fueron colocadas en el escritorio del profesor. Cada paquete tenía un nombre. En fila, comenzaron a recogerlos para luego regresar a sus asientos. Luciano se acercó también a retirar el suyo. Escuchó unas risas bajas, aguzó el oído, pero el tañido de las voces era casi imperceptible; le imposibilitaba descifrar lo que decían, era como mirar una tela por el envés y luego por el revés y descubrir que no había diferencia. Tomó el paquete y, como los otros, se dirigió a su pupitre. Empezó a abrirlo, primero haló la cinta, después despegó el papel de brillo, esquina por esquina, luego por mitad. Allí yacía descuartizado, dividida la barriga en dos y con los intestinos colgando. Relámpago.

Lo miró transpirando. Alzó los ojos y vio a sus compañeros, nadie reía. Por un segundo se clavó otra vez en la nada, casualmente, aunque acaso no; había penetrado al silencio. Volvió a cerrarlo con mucho tiento y entre lágrimas iba a...

El nuevo maestro interrumpió su historia de súbito. Le faltaba la respiración y transpiraba en, aquella, su primera clase después de haber terminado sus estudios a nivel pri-

mario: luego, sacó el pañuelo del bolsillo derecho como quien cargase un leño en medio de la oscuridad del atardecer y su cansancio fue obvio. Se quitó los lentes, se limpió los ojos, miró a sus estudiantes con pesadumbre y les invitó a meditar en su parábola con una voz quebradiza. Los alumnos se quedaron estupefactos, prendidos del momento por el asombro; Emilio Boscá Posadas, uno de los mejores discípulos del sexto grado, se preguntó para sí mismo: ¿quién de nosotros podría ser Luciano o Lucio? ¿Serían la misma persona, una especie de rey Jano, legendario del Lacio, que se lo representaba con dos caras?; unos días antes lo había aprendido con el señor Ronald Shoemaker, el nuevo maestro. De corrido, como si observase a través de una rendija, y se adentrara en la fogosidad de la distancia, reparó en el abatimiento de su joven profesor; advirtió también que su mirada desaparecía y se hundía en un aparente, propio y tormentoso lugar en la oscura lejanía del recuerdo y de una cambiante y entristecida luna. Emilio también lo guardó en su memoria. Ronald olfateó la cercanía del fin. En el fondo, sintió cierto alivio.

Revista América No. 120,Segunda época, Abril 2002

Renán Flores Jaramillo

EL EXILIO DE LOS SENTIDOS

Ya casi lo consideraban un exiliado. En realidad, pocos sabían de dónde era exactamente. A veces se complacía en confundir a los demás explicando que, en verdad, América Latina no tenía auténticas fronteras, y que no importaba donde nadie había nacido exactamente. Otras veces parecía como si todo le diera lo mismo, y reivindicaba a la ciudad de Quito o Guayaquil como el único lugar real del mundo.

Pero pocos sabían dónde había nacido.

Y ese era su problema. Siempre le preguntaban lo mismo: pero tú, vamos a ver ¿de dónde eres? Porque la gente que lo rodeaba aquí, allá, o en cualquier parte, siempre quería etiquetar a las personas, marcarles una conducta determinada a causa de su lugar de nacimiento.

Se llamaba Juan lo que no significa mucho, y era escritor, aunque sinceramente casi no escribía lo que deseaba. Su mayor problema, su más ardiente preocupación eran las palabras y la manera de juntarlas. El sentía que podía escribir grandes cosas, pero en general se limitaba a esbozar inicios de páginas que luego permanecerían en las carpetas ordenadas, eso si, en su apartamento de Madrid.

Bajaba a los bares temprano, a consumir cafés, a ver si la inspiración o el deseo real de trabajar le permitían hacer algo, como la gente de provecho. Entonces se encontraba con los amigos y las amigas. A veces parece que hay épocas en las ciudades en las que las personas se limitan a perder el tiempo, sin dedicarse a

nada especial. Todo el grupo de conocidos hablaba de las quimeras deportivas, de los últimos acontecimientos políticos en el mundo, como si ellas no pertenecieran a la historia.

Juan, en cambio, siempre se sentía parte de la historia. Lo que ocurría, según su opinión cartesiana, era que él no podía expresarse como los demás. Es decir, tenía la sensación de que nadie, ni de un lado u otro del Océano, podía entender lo que él quería decir, porque ya habían perdido toda capacidad para atar cabos. Los latinoamericanos ya no lo comprendían, porque no hablaba como ellos, pero sobre todo, ya no vivía ni pensaba igual. Y aquí, a pesar de todos los años pasados, de todas las navidades compartidas, lo consideraban un extranjero. Un extranjero amable, con problemas parecidos ligeramente a los suyos, pero distinto. Esencialmente, distinto. Juan para los amigos, estaba construido con otros materiales, otras mezclas de razas. No importaba quienes hubieran sido sus abuelos ni otros antepasados aún anteriores: se lo consideraría siempre un advenedizo o por lo menos un extraño. Un extraño hombre extraño, eso era.

Su problema, sin embargo, no era la sensación de no pertenecer a ningún sitio, tanto como no poder utilizar jamás las palabras adecuadas para impactar a la gente.

Y sentía un desprecio total por su propio lenguaje. Esa mezcla bastarda de todos los idiomas de América Latina, de todos los idiomas y modos de España, más cierta información sobre palabras alemanas, inglesas o americanas, hasta francesas. Había estudiado de pequeño las viejas lenguas clásicas y hasta podía enfrentarse con un texto latino o griego, pero aquello no servía para nada. Cuando quería decir algo, parecía que dijera otra cosa. Cuando a redondear sus pensamientos y trasladar al papel lo que sentía, todo le salía mal.

Era un exiliado. Un exiliado Para los demás y para sí mismo.

Ahora estaba muy de moda hablar de cambio interior, de exilio interior-exterior de exilio exterior en el interior de uno mismo. ¡Cuantas macanas! Odiaba el psicoanálisis.

Lo que no podía dominar eran las palabras. Era un exiliado en el mundo de la palabra. Y ya casi loco, a los cuarenta y tres años, decidió exiliarse en el país de la palabra.

Se volvió un poco más loco. Pero, al menos, se divertía muchísimo. Y dejó de sentirse tan solo.

Se parapetó detrás del diccionario. 0 sea, decía, o me convierto en un revolucionario, es decir, no hablo nunca más, no escribo nunca más ni una sola línea o consiento en vivir en un mundo tan mal organizado y entonces hablo y escribo pero fuera de ese mundo desencajado que me obsesiona y me traiciona, y más que traicionarme, hace algo peor, que me traicione a mí mismo. Pero en realidad no es esto exactamente lo que estoy pensado: mis palabras son desfiguradas, trastocadas mínimamente, y ya no era lo que quería decir. Hay que encontrar el sabor de las palabras. Tengo que hallar un sabor en las palabras. Así la palabra se le hacía untuosa en la boca, la veía desplazarse sobre el papel, cuando la escribía,

Palabra nube, y la palabra nube volaba por la hoja de la máquina. salía del papel, subía hasta el techo, volaba alrededor de su cabeza, descargaba tormentas y lluvias finas, como se decía allá en Galicia, como en Argentina, palabra para la lluvia finita que moja, moja y moja. Ya no tormenta, nube que volaba por las paredes.

Nube era también otras cosas, la ceguera en los ojos de los poetas, ceguera para ver la realidad de ese ente esponjoso que dé la hoja subía y subía por la habitación, se colgaba del techo, y Juan la miraba mientras hablaba por teléfono, llenaba el cuarto de palabras vanas.

Palabra nube, al diccionario, y allí estaba algo que nada tenía que ver con nube, con la algodonoso nube rosada que tenía en el techo, casi pegada a la lámpara.

Masa de vapor de agua suspendida, suspendida como algo mágico en mi habitación, es rosada ... no es vapor de agua, es dura y cierta corno " propio cuerpo, nube no es masa, es etérea... ¿quién ha dicho eso?... en la atmósfera y más o menos condensada... Juan miraba las palabras y los ojos se le llenaban de lágrimas, de nubes, de vapor de agua condensada en forma de...

y que presenta coloración diversa, de acuerdo a la dirección de la luz solar. Solar, soler, solar. Nube, lluéveme sobre la cabeza calma esta agonía de las palabras, esta inútil

búsqueda, sin hallazgo posible. Es perseguir a Dios en el pecado, es perseguir el amor en la soledad total de la muerte, ¿Quién va a darme algo si no hay nadie?

Vivo en un planeta perdido para siempre, en una nave nube espacial y especial, una nube rosada por el tiempo viaja en busca del sol, para obtener otro color y yo, aquí, en esta soledad de cuatro paredes blancas, sin manchas pero llenas de densos nubarrones, escribo mi desolación.

Si lloviera, si al fin la lluvia limpiara un poco el panorama. No es rara acogedor, el tiempo, ni el clima, Son accidentes que impiden la formación de otros climas. Allá en Perú el clima. No llueve nunca, la vida es otra cosa. Sin palabras.

... La lluvia.

Parece que hasta los continentes se limpiaran con la lluvia. Entonces el diluvio y esa lluvia de Macondo, y todos los finales y los principiasen algún momento tienen que ver con la descarga de agua de lluvia sobre las cabezas de los humanos.

Y al fin, Juan se dirige a la ventana abre de par en par, se limpia el ambiente de humo de tabaco, los dedos amarillos de nicotina, los pulmones cargados. Cuarenta y tres años han pasado ya y siente el aire con ese olor de tormenta y espuma de mar, ese olor a sal y a viento. No hay relámpagos ni truenos, comienza a caer una suave lluvia persistente. Juan se queda allí, mojándose el pelo, asomado con las ventanas abiertas de par en par, con el corazón abierto, a ver qué es lo que va a suceder.

Cuando comenzó a estornudar se dio cuenta que seguía allí. Durante ese tiempo no había pensado. Se había limpiado. Su cerebro estaba limpio de ideas, sin sentimientos encontrados ni angustiantes. Estaba nuevo. Era un ser nuevo, o al menos, así se sentía.

Ni siquiera advirtió que la nube rosada pegada a la lámpara se había marchado por la ventana abierta, en algún momento. Sólo se sintió nuevo, descansado. Terriblemente descansado,

Y, como después de un buen y reparador sueño, sintió un hambre tremenda ¿cuántos días llevaba sin comer?. Se tocó la barbilla y decidió afeitarse rápidamente, no necesita-

ba darse un baño, se sentía completamente limpio y fresco. Su cabeza funcionaba como cuando era joven.

Se afeitó deprisa, se puso una camisa limpia y se sorprendió al mirarse al espejo y encontrarse tan joven, casi guapo. A pesar de las ojeras que marcaban unos círculos, semicírculos debajo de sus ojos oscuros. Se sentía feliz.

Eso era.

Decidió salir a la calle, conocer algo, ver a los amigos.

Pero las cosas son misteriosas.

La calle estaba húmeda. Se encaminó, como siempre, hacia la derecha, pero de pronto, se dijo que no. Hoy era un hombre nuevo, un exiliado en la ciudad, un exiliado de verdad. No estaba escondido detrás de sí mismo y cambió de dirección y tiró para el otro lado. Es decir, saliendo de su casa, hacia la izquierda, como nunca lo hacía.

Al doblar la primera esquina, la vio. Habían consumido juntos muchos cigarrillos de marihuana en la juventud. No la había visto en los últimos veinte años, o quizá fueran más. Pero estaba seguro que ella era aquella sombra que andaba delante de él.

Es misteriosa la vida. Por venir por aquí... La alcanzó en dos zancadas. La tocó el hombro.

–Hola.

Ella le miró con los ojos entrecerrados durante un momento, demasiado largo, demasiado, pensó Juan, no se acordará.

Se habían conocido en Brasil, en la ciudad de Río de Janeiro y Juan no sabía si en realidad ella era de allí. Lo cierto es que habían fumado mucha hierba y habían hecho el amor en Río.

–¿No te acuerdas?

La mujer dudaba.

–¿No te acuerdas de mí? Te he visto de espaldas y sin embargo supe que eras tú. Es curioso. Estoy diciendo todo el tiempo palabras normales.

–No puedo recordar tu nombre –dijo la mujer– tenía un acento extraño.

–Juan, me llamo Juan.

Qué bárbaro –pensó– no digo más que vulgaridades y todo se comprende. Ella comprende lo que digo.

–Ah, ya me acuerdo. Pero hace tanto tiempo.

–¿Qué haces tan lejos de allí?.

–Oh, no lo sé ¿Y tú?

–Vivo aquí cerca. Vivo aquí y trato de pintar, pero no...bueno ...no se si te interesará saber que, vivo como si viviera en otro país, en otro planeta...No sé ... En fin.

La mujer rió con una risa de otro mundo. Era una risa fresca, sin angustia, a pesar de lo que estaba diciendo. Era como si el mundo de las palabras...

–Creo que te comprendo. Ven, caminemos un poco. ¿Hace mucho que andas por aquí?

–He estado por toda Europa, sin encontrar un verdadero lugar adecuado para mi arte... Bueno, yo lo considero arte a pesar de las dificultados que encuentro para que alguien lo considere artístico... es difícil la vida de los exiliados, ¿eh?.

Exiliado: peregrino. Vaya idea peregrina.

–A mí me sucede lo mismo pero en el mundo de la palabra. No he conseguido publicar nada, Ya ni siquiera sé si lo que escribo es válido o insignificante... pero no es menos cierto que dudo de todo... Las palabras son tan traicioneras.

–¿O seremos traicioneros nosotros mismos? Quiero decir, yo me siento traicionada y alternativamente traicionera con lo que hago. No sé si es muy claro.

Iban por la ciudad limpia. Ese olor y perfume que desprenden las calles tras la lluvia. Pero ¿qué ciudad era aquella?

Juan se atrevió a preguntarlo.

–¿En qué ciudad estamos?

–Oh, en la ciudad del pasado.

Vamos a jugar, entonces, al pasado. Tratemos de descifrar el presente de acuerdo a la vida del pasado. Será horroroso, será un largo viaje. Tendremos que dejar atrás tantas cosas y no las recuperaremos nunca jamás.

–Nunca jamás. Así empiezan y terminan los cuentos.

–Esto no es un cuento. Aquí empieza y termina la vida.

Juan y aquella mujer anónima de la que aún no quería saber su nombre, parecía posible que fuera la mujer de los sueños atávicos.

–Bueno, vamos a poner las cosas en orden –dijo ella– Tengo treinta y ocho años, me he drogado, he viajado, me he enamorado locamente tres o cuatro veces, no he tenido hijos y me siento perdida en un mundo demasiado vasto para el dinero, demasiado grande para poder desplazarme todo lo que una quisiera.

–huyes...

–No, nada de eso. Quiero conocerlo todo. Pero siento un ahogo, una frontera en mi trabajo. Como si no pudiera pasar más allá. Lo que hago, en realidad, no es exactamente lo que quiero hacer. Mira, pinto un cuadro, en la cabeza lo tengo muy claro y realmente bien realizado. Luego, cuando lo veo terminado me doy cuenta que no era eso lo que quería expresar... Es duro de comprender, quizá no es tan difícil y lo único que sucede es que sea una mala pintora,

– –No lo creo. A mi me ocurre lo mismo.

- –¿También pintas?

–No, no –rió Juan– escribo. Pero salen unas palabras que yo mismo he puesto allí y no tienen nada que ver con mi deseo anterior.

–Un fracaso. Quizá tu también seas un fracaso. Quizá sea sólo eso.

–No, somos demasiado trabajadores para ser fracasados. El fracaso está en la ausencia de trabajo. Yo trabajo, pero nadie se interesa por lo que escribo. Y creo que es porque está mal escrito.

–Las palabras no te dejan expresar lo que sientes –ella sonrió– torció por la esquina y de pronto Juan vio que el panorama exterior había cambiado. Estaban en otra ciudad. Eran una mujer y un hombre, una pareja feliz, conversando. Esta era, al menos, la imagen exterior que daban.

–A ti los colores no te dejan expresar lo que sientes. Oye ¿adónde vamos?,

–Al infierno.

–¿Quieres decir que sabes dónde está?

–Tiene gracia, me preguntaba lo mismo.

–Es un cuento, un verdadero cuento.

–Sí, pero contamos en números.

Estaba tan loca como él. Lo que decía carecía de sentido y, sin embargo, él comprendía lo que intentaba explicar. La vida era dura para los extranjeros, en todas partes, y ellos se habían convertido en extranjeros en todas partes.

–¿Cuánto tiempo hace que estás fuera de Río?

–Nunca estuve en Río.

—El año... 1962... ¿Dónde estabas?

—En París.

Estás mintiendo. Juan se agarró a la idea de la mentira. Estaba seguro que se habían han conocido en Río de Janeiro en el acto 62. Aunque ella lo negara, si no... ¿dónde?

–Me estás engañando –se enfadó– No entiendo por qué quieres confundirme aún más.

–Porque si no, no sería un cuento.

–Tenemos que encontrar algún tipo de raíces, La marihuana ¿o no?

–Nunca he fumado esas porquerías

–Eres hermosa

–Me le han dicho tantas veces que apenas si lo creo.

–Pues lo eres

–Y tú un tramposo.

Tras estas palabras ella se metió en un portal. No estaban en Madrid. Se habían trasladado a Río de Janeiro y paseaban por otras calles que tampoco eran las brasileñas. Sin embargo, cuando entraron en el portal él distinguió y recordó una casa de amigos comunes en aquella ciudad brasileña.

–Vamos, sube, sube.

Ella subía delante de él por la escalera de madera antigua. La madera crujía bajo sus pies. Ella tenía un hermoso y largo cabello ondulado que se agitaba con la energía de sus saltos por las gradas. Juan se asfixiaba intentando seguirla a su ritmo,

Al fin llegaron a una pueda de madera, roja, pintada de rojo. En el lugar del judas, o mejor dicho, alrededor del agujero para atisbar las visitas, había pintada

una nubecita color Rosado. Ella buscó las llaves en su bolsito y sonreía siempre,

–Venga, entra hombre. Entra, entra. Aquí hace calor.

Calor, el clima, siempre el clima para asegurarse de la persistencia de las estaciones, de los lugares, de la-realidad.

Juan miró alrededor. Todas las paredes estaban llenas de cuadros. No eran malos,pero tampoco le gustaron. Eran cuadros de una persona neurótica, Desentrada. Pero la mujer, en cambio, parecía muy bella, con las mejillas acaloradas por la subida de las escaleras. Se quitó el abrigo y estaba vestida con un amplio traje rojo. No puede, haber nubes en todas partes, pensó Juan al mismo tiempo que cogía de sus manos un vaso lleno hasta arriba de un líquido transparente y espeso.

–Vodka helada,

–Hace calor aquí. ¿Por qué tienes calefacción?

–hace frió afuera.

–¿Entonces, por qué bebes vodka helado?

–Oh, ¡si te vas a preocupar por todo lo que hago!

Ella también se sentó. Juan bebió un trago largo, que le calentó el estómago y el paladar. Miró a su alrededor, era extraño lo que sucedía en su memoria. Marcha atrás, marcha forzada hacia delante. Era como ir y venir. ¿Lo estaría envenenando? ¿Sería una de aquellas brujas indígenas? Miró fijamente los ojos de la mujer.

–¿Cómo te llamas?

–Tengo muchos nombres –respondió ella con una enigmática sonrisa– No quiero confundirte, quizá no me recuerdes con mi nombre actual.

–Nadie tiene muchos nombres.

–Yo sí.

Bebieron en silencio durante un rato. Ella encendió un cigarrillo y se lo alcanzó. Juan se levantó de pronto y se acercó a ella.

–Quiero besarte.

–Bésame.

Juan la besó con gran ternura, tratando de recordar si antes, alguna vez, había tocado esos labios con los suyos, sintió miedo. Ella joven y vieja al mismo tiempo. Pero respondió a su beso con dulzura.

–Los hombres –dijo cansadamente, tirando la cabeza hacia atrás–, siempre creen que dominarán las cosas por medio del amor. ¡Qué equivocados están

–¿Cómo comprendes tú las cosas? –dijo él–, amargo.

Ella echó el humo azul hacia la luz.

–No lo sé.

Rieron. Juan la tomó en los brazos y la besó varias veces. No tenía más remedio que llegar hasta el fondo de aquel misterio. Ella le parecía cada vez más bruja. Hicieron el amor entre los cojines, suavemente. Pero Juan no conseguía saber si la conocía, si...

Conocer. Palabra... palabra. Volvía a caer en la ignorancia, en la desazón.

–¿Estás preocupado, qué te sucede?

Ella advirtió que él se marchaba, que se alejaba pensativo, quiso saber adonde iba.

–No, no...

–Sí, tienes que viajar conmigo. Vamos al pasado.

Se levantó, desnuda y hermosa a pesar de los años. Sus caderas anchas, morenas, su piel suave. Su hermoso cabello y esos ojos sonrientes y acogedores.

Juan esperó, silenciando el pensamiento que se le escapaba. Ella volvió con una cajita. Los ritos seguían siendo los mismos. Cajita de metal, imitando alguna caja antigua, un anuncio de bicicletas 0 té. Sacó papel de fumar y una hierba perfumada. Armó con tino un cigarrillo, con rapidez y eficacia. Lo encendió y se lo pasó.

–Es marihuana brasileña. Aquí estas maravillas ya no se consiguen.

–Oh es un sabor antiguo, algo que conozco muy bien.

Toda la habitación se llenó de ese olor de la juventud, esa época de romper las tradiciones, fumar hasta ver lo que querían ver. Aquellas alucinaciones de jóvenes que gracias a esa hierba se veían dentro de sí mismos, o al menos creían verse.

Fumó en silencio durante un rato y le pasó el cigarrillo fino varias veces. En uno de esos momentos la vio de una manera distinta.

–No sé si me gustan tus cuadros –dijo de repente.

–Bueno, a mí tampoco me gustan siempre... Es como si no se expresara en ellos lo que siento.

–No, perdona, no quería decir eso -explicó riendo.

Se sentía borracho, alucinado. Ella tenía los ojos más grandes y al "amo tiempo él sentía una sed terrible. La boca reseca: Ella no se había vestido, estaba desnuda en la cálida habitación y lo miraba lujurioso.

–¿No has pintado nubes'7

–Sí, claro que sí.

–Que casualidad

–Que tontería. No es ninguna casualidad. Es que... acaso no te has quedado mirando la nube en la puerta de la calle.

Calle. La palabra calle. Temor extranjero fuera de la calle. ¡Oh!, Extranjero a la calle. Juan frena no salgas a la calle... Afuera debe ser ya la noche.

En los sueltos, las nubes significan:

Sueño. No tengo sueño, tengo sed.

Lo dijo de pronto, como si quisiera quebrar el rumbo de sus pensamientos.

Ella tendía su mano con una copa de líquido transparente.

–¿Más vodka?

–OH, no, –ella reía– es agua fresca, bebió todo.

–Dime como te llamas -Juan insistía en localizar los datos útiles, pero ella se negaba.

–No tengo otro nombre que el nombre de tu angustia. Oh, vaya, lo he dicho. He dicho exactamente lo que quería decir.

Ese es mi problema –le gritó Juan acalorado e irritado– No te metas en nij personaje.

–Es igual. Puedes hablar sobre la pintura, o podrías pintar,

–Muy graciosa.

–No pretendía serlo. Quiero decir que este encuentro no es casual, todo terminará pronto, tienes que aprovechar el azar y usar la magia para tus fines.

–Bueno, ya no entiendo nada. Estoy cansado.

Juan cerró los ojos y quiso escapar de allí. No sabía dónde se encontraba. Las paredes se le venían encima, llenas de pintura, de pintura que no estaba ni siquiera seguro de si le gustaba o no. El universo de esa mujer estaba lleno de palabras. Y las palabras lo angustiaban.

Hicieron el amor otra vez mucho más lentamente. Juan se sentía amparado.

La mujer habló interminablemente. Juan casi no podía responder, sentía la boca pastora. Todo lo que ella le explicó a partir de entonces él lo comprendía coherentemente.

Ella habló quizá más de él que de si misma. Como si quisiera perderse del todo. Juan se dio cuenta de que se había enamorado repentinamente. Ahora las palabras parecían ser de plástico, algo modificable, útil, práctico para comparar, explicar, decir.

–No te duermas, no te duermas...

Él sentía que sus ojos se cerraban mientras ella le hablaba, pero podía descansar verdaderamente, se sentía feliz.

–Me siento agotado, soy feliz.

El pelo de la mujer le acariciaba el rostro. Estaba acostado entre almohadas y pieles, en un lugar cálido, era como haber retrocedido en el tiempo, se sentía feliz y quería decírselo más veces.

–Me siento feliz.

–Ya lo has dicho

Exigencia, prisas. Y ese no te duermas que ella repetía sin cesar, en cada frase le pedía no te duermas.

–No sucederá nada.

Juan estaba confiado, tranquilo. Era como si hubiera llegado a alguna parte, ahora pertenecía a algo. Estaba en un lugar propio, caray, había dejado de ser un extranjero. Esa mujer... sus ojos profundos.

–No te duermas,

–Luego me despertaré –confiaba Juan.

Y al fin se quedó dormido, profundamente dormido en los brazos de la mujer. Ella lo veía dormir, él sabía que ella lo miraba y hasta la escuchaba hablar.

Luego, mucho después, se sintió caer en algo más pro-

fundo, corno su idea de la muerte. Se hundió lenta pero ciertamente en el verdadero descanso.

Fue un sueño de retrocesos y pasado. Vio nuevamente desfilar su existencia, largos años sentados en el banco del colegio, allá en aquel país, largos años de escribir en las mesas pringosas de los bares, encuentros con mujeres y hombres en las barras de las tabernas, los restaurantes y las comidas típicas de Navidad. El secreto de los amigos, el nacimiento de los otros niños de la familia. Se vio hacia atrás: un largo viaje.

Juan caía como hacia adentro de sí mismo, tranquilo y seguro. Sabía que regresaría al lugar destinado por la vida para él. Confiaba en su escritura. Cuando despertara podría escribir, explicar sus sentimientos y sus relatos cobrarían el verdadero realismo que él había buscado sin cesar.

Fue un sueño reparador, en todos los sentidos. Juan durmió según sus cálculos durante mucho tiempo. Vio a su madre, a sus hermanos, a todos los extranjeros que conoció en su país cuando era joven y a todos los extranjeros que conoció más tarde, cuando no era tan joven. Compartió en el sueño, como una novedad, los relatos de los viejos escritores que más le habían impactado en su juventud. Los viejos cuentos. Nada hay como los cuentos.

El camino es difícil –se dijo– pero ahora he encontrado la lógica, la estabilidad, la verdad.

Coherencia, palabra vana. Nada puede ser coherente en la creación.

Escribir cuentos, eso sí. Darles la posibilidad de que alguien los recuerde dentro de muchos años, como yo. Alguien como yo, desesperado de angustia, dormido suavemente entre los brazos de una hermosa mujer.

No hay nubes en el cielo –pensó–.

Y sucedió en ese momento.

Juan se despertó. Estaba empapado, helado, tiritando de frío y de miedo. Casi no quiso regresar a la vida, pero era la verdad y la verdad provocaba tal angustia que no quiso mirar. Volvió a cerrar los ojos, desesperado. Pero el sueño, una vez terminado...

Estaba en la ventana chorreando agua. Apoyado en el borde de la ventana y afuera en la calle, había dejado de llover.

Era nuevamente un paria, un desolado extranjero en alguna ciudad.

Tras él sobre la lámpara encendida, había una pequeña nube rosada. La emprendió a golpes a patadas contra todo lo que encontró a su paso, hasta que llegó al baño. Se miró al espejo y se quedó contemplándose, tratando de encontrar una razón.

Sintió que su cuerpo, a pesar de haberse quedado dormido contra el duro marco de la ventana, estaba descansado. Habia dejado de llover y el aire estaba limpio. Se miró las ojeras, miró su soledad corno si ésta fuera una parte de su cara, que quedaba entre las cejas y la boca y no era la nariz, sino una cosa extraña que se le veía.

Se sintió enfermo y vomitó. Luego, con los ojos empañados de lágrimas ordenó los papeles que unos momentos antes había tirado por el suelo, Recogió un cenicero lleno de colillas malolientes, juntó unos libros, tos puso ordenadamente en la biblioteca y encendió un pitillo.

Miró a su alrededor y lo encontró todo muy triste. Decidió salir.

Como siempre, estaba abatido, desconsolado: los sueños son una mala cosa, pensó- y reconstruyó la palabra sueño. Borges decía que una misma palabra para dos cosas, podía ser distinta, Así era su idioma materno, carecía de dos palabras para el hecho de dormir y para los anhelos más sublimes de un hombre.

Pero así era.

Cerró la puerta a, pensando que de todas maneras iba a volver. Se metió la llave en el bolsillo de costumbre. Tiró en la calle el cigarrillo y comenzó a caminar hacía el bar donde habitualmente iba.

Allí habria amigos como siempre, y un café bien caliente, Quizá debería tomar algo más fuerte. No todos los días deparan tantas impresiones,

Cuando llegó a la esquina se detuvo. ¿Y sí aún fuera posible?, Corriendo como un loco se dirigió hacia el otro lado, se detuvo en la esquina siguiente y pensó por dónde había ido en el sueño. Se acordó cuando vio caminar delante de él

aquel abrigo negro y aquellos cabellos ondulados, tan largos. Ahora la tenía ante sí. La alcanzó de un salto:

–Hola, dijo.

–Hola, respondió ella desde sus ojos entrecerrados.

Revista América No. 120,Segunda época, Abril 2002.

Francesca Piana

DE GOLONDRINAS Y CAMPANARIOS A OTROS MUNDOS

Cada vez que escucho el canto gregoriano me remonto a Mi niñez. Con frecuencia digo que nací en la Edad Media. Quito, la ciudad de mis más remotos recuerdos, era una ciudad verde, olor a eucaliptos que poblaban las laderas de las altas montañas que la rodeaban. El cielo era azul, el aire claro, y las inmensas nubes, las nubes cúmulos que llegaban por la tarde cambiaban de color con el pasar de las horas.

Mi hermana y yo nos entreteníamos diciendo que Dios estaba tomando helado de vainilla o helado de fresa de acuerdo al color que tenían las nubes.

Mis días empezaban con campanas y terminaban con golondrinas. El *tin tin* y *ton ton* de los campanarios de una multitud de iglesias de la ciudad, llamaban a misa a las viejecitas que vestidas de negro se escurrían por lar aceras bordeadas de muros blancos. Por el frío de las iglesias semiabiertas salían alargándose las plegarias y el olor a incienso.

Cuando estuve en la escuela primaria me encantaba quedarme allí esperando escuchar el Salve Reina cantado por las monjas que desfilaban por el claustro, proyectando su sombra gracias al oblicuo y moribundo sol de las seis de la tarde ecuatoriana.

Me enseñaron con austera y escrupulosa puntualidad a seguir los mandamientos, a creer en el cielo como recompensa, en el infierno como castigo y a amar el sacrificio para obtener la perfección. No había televisión y disfrutábamos de pocos juegos y deportes; solamente después de cumplir quince años se me permitió ir al cine de vez en cuando. En el colegio íbamos a misa todos los días y decíamos el rosario fre-

cuentemente, cuando las golondrinas regresaban a sus nidos por la tarde. Los domingos, monseñor Sino, nuestro capellán italiano nos detenía para que practicáramos el canto gregoriano.

En mi hogar la figura de mi tía abuela era el centro de muchas tradiciones de nuestra familia; éstas se celebraban de acuerdo al calendario de la Iglesia Católica, como debe haber sido la costumbre en un hogar medieval. El 26 de julio por ejemplo, se celebraba e día de Santa Ana invitando a doce pordioseros de la ciudad a compartir nuestra mesa. Mi hermana y yo llevando el vestido más bonito que nos habían dado ese año, servíamos a los pobres. La navidad era una época del año alegre y ocupado. A la novena asistían amigos y vecinos; cantábamos villancicos al rededor del piano y pasábamos días rellenando bolsas con dulces y galletas para repartirlas a los niños pobres en nochebuena. Cuando era pequeña tenía una necesidad obsesiva por la proximidad de mi madre, quien disfruta de mi apego porque ella es una persona tímida y callada. Separarme de ella era inconcebible y parecía tan imposible como alterar el orden del universo.

Sin embargo, al cumplir dieciocho años me alejé de casa para continuar mis estudios. Había heredado de mi padre un amor sin fronteras por la libertad e Independencia. Ella me permitió marcharme para enseñarme que el amor es generoso.

Todo crecimiento es un cambio y la madurez me habría llevado a otros niveles de conciencia aunque no hubiese salido de casa; había nacido con una curiosidad insaciable; necesitaba amparar mis horizontes; tenía sed de conocer el mundo. En el espacio de poco tiempo el ambiente que me rodeaba dio una vuelta de ciento ochenta grados y me encontré en la California de los años sesenta. De un mundo de visión absoluta, de respuestas concretas, de estructuras y colores definidos; un mundo casi permanente e incambiable, me encontré en un mundo de cambios constantes, un mundo opaco, de confusión, relatividad y moralidad relajada o no existentes donde todo tipo de comportamiento humano era aceptado o ignorado con igual indiferencia. La sociedad puritána anglosajona de ayer a la que pertenecían mis com-

pañeros universitarios se desgranaba a trozo y desaparecía al contacto de nuevas modas.

La juventud se despertó un día inyectada de rebeldía, retando todas las pautas de la sociedad establecida. El placer era la meta; las drogas y la libertad sexual eran el camino. Querían vivir intensamente y experimentar todo. Un mundo sin límites ni barreras, sin obligaciones ni responsabilidades era su fin. Nadie quería estar atado a tradiciones, sociedad o familia. En medio de este carnaval de pasiones y sensaciones, ataudes con cuerpos jóvenes despedazados por metrallas y por bombas, empezaron a llegar de Vietnam a puertos norteamericanos para ser enterrados en cementerios cubiertos de césped meticulosamente cuidados.

¿Qué pasó con las campanas de mi niñez? ¿A dónde se fueron las golondrinas de mis atardeceres quiteños?

Nada de lo que aprendí en el Quito conventual de mi niñez me había preparado para el mundo rebelde y sediento de placer que me rodeaba. Todos los esquemas y parámetros de referencia caían como una cascada de cristales rotos. Vi a muchos jóvenes desgastados por las drogas que pululaban por las avenidas *Telograph* y *Bancroft* en Berkeley y en el distrito de *Haight-Ashbury* en San Francisco en California. Con la revolución sexual fui testigo de como muchachos y muchachas comerciaban con su cuerpo anunciando a voz en cuello los placeres camales que eran capaces de brindar al mejor postor, sin que se tratara de dinero necesariamente.

Mis dos mundos, el de ayer y el del presente chocaron. De algún modo llegue a entender, sin embargo, que aunque mi mundo anterior había sido muy bello, era un mundo incompleto. Me di cuenta entonces que el verdadero mundo no estaba hecho de Ángeles que flotaban en cielos rosa, sino de seres humanos sujetos a pasiones, deseos, enfermedades, luchas y muerte. Pero tuve miedo. Miedo de contagiarme del sufrimiento y el dolor al que se sometía mi generación buscando el placer desmesuradamente. Pero, no fue el libertinaje lo que más me sacudió el alma. Una angustia existencial se apoderó de mí cuando me di cuenta de la relatividad del mundo y de la ausencia de lo absoluto.

Viví muchos años en el vacío, incapaz de encontrar una síntesis de mis vivencias que me permitieran dar sentido a la vida. De todos modos, en el fondo de aquel río revuelto me sentía agradecida por la dualidad de mi experiencia.

Simultáneamente otros hechos que estaban ocurriendo exigieron prioridad en mi conciencia. Un nuevo idealismo, un nuevo sentido de hermandad estaba en el aire. Eran los años en que la lucha, por los derechos civiles y los derechos humanos se cambiaban de promesas a realidades en los Estados Unidos. Esos fueron los años de Martín Luther King y Robert Kennedy. Los graduados universitarios americanos ya no buscaban el éxito en negocios de la Bolsa en Wall Street. Ansiaban viajar a lugares remotos para servir en el Cuerpo de Paz o trabajar con los pobres y la juventud marginada de los suburbios de las grandes metrópolis. Irónicamente, ésa fue la época menos materialista que recuerdo. Nos sentíamos cómodos con un par de vaqueros y nos avergonzaba la prosperidad económica del país donde vivíamos. Una verdadera revolución basada en los derechos humanos y la justicia parecía aproximarse. *Ni Marx Ni Jesús*, un libro de un escritor francés en el que analizaba el nuevo idealismo norteamericano como una alternativa a los fracasos del cristianismo y del marxismo era un símbolo de nuestra esperanza.

Si no me hubiese afectado el fervor de la lucha por los derechos civiles de los negros en la década de los sesentas, me habría mantenido –quizás por mucho tiempo– al margen de que el mundo no debe estar dividido entre ricos y pobres, aun cuando esta situación de a los ricos la oportunidad de ser caritativos. La miseria había estado siempre allí, a las puertas de mi experiencia inmediata, pero no me había percatado de su existencia. Muchos que no han tenido mis oportunidades, aun hoy dividen a los seres humanos en mejores y peores.

Me di cuenta entonces que el complejo superioridad existe en todas las latitudes. Los ingleses se sienten superiores a los irlandeses, los suecos superiores a todos sus vecinos escandinavos; los alemanes del norte se creen mejores que los del sur; los parisinos, mejores que los provincianos franceses; los canadienses que hablan inglés, mejores que los que hablan

francés, los japoneses mejores que los coreanos, los hindúes superiores a los mahometanos en la India; los chinos que hablan mandarín, mejores a sus hermanos que habían cantonés, etc. etc.

La síntesis de mi mundo me ha enseñado que el fanatismo, el racismo, el sentido de superioridad, es más la expresión de nuestra inseguridad, cuando no los es de nuestra inferioridad. Empecé a admirar a la gente no por lo que tiene, sino por lo que es, y a detestar fronteras, nacionalismos, regionalismos, otros istmos y todos los adjetivos con los cuales limitamos y restringimos a los seres humanos. Llegué a la conclusión de que el ser humano no solo se merece un lugar bajo el sol o la tierra, sino que debe ser dueño del planeta entero. Es el planeta y no una parcela de tierra con un nombre arbitrariamente impuesto por un accidente histórico, el hogar del hombre. Es una tontería hacer comparaciones absurdas, encomiando aquello y denigrando lo otro. La belleza está en la admirable variedad y diversidad de nuestro mundo y allí cabemos los altos y los bajos, los agraciados y los feos, los del norte y los del sur, los del este y los del oeste. Empecé a verme en otros y me di cuenta de que ninguna nación, raza o individuo tiene monopolio del bien o del mal, todos estamos hechos con los mismos ingredientes, depende de como los mezclamos para elevamos o denigrarnos.

Descubrí que los humanos magnificamos las faltas de los otros para esconder las nuestras y que el deseo de poder y fama que tenemos no es sino una expresión equivocada de nuestra deseo de inmortalidad. Me di cuenta de que el amor es sacrificio y no placer; y sobre todo, la capacidad de dar la felicidad a otros aun a costa de nuestra satisfacción inmediata. También aprendí que la base de la vida civilizada y de toda moralidad es el respeto y que el tiempo mejor empleado es el que se usa perdonando y no buscando venganza. Comprendí que la vida puede tener significado sólo cuando se la comparte con otros, una vida sin testigos no es vida. Hace muchos años tuve un terrible accidente en una autopista California. Los choques siguieron circulando con velocidad asombrosa mientras yo yacía en medio de la destrucción; sólo

una mujer negra se detuvo para ayudarme. En otra ocasión mi coche se quedó sin gasolina en uno de los distritos más peligrosos de una ciudad. Petrificada del miedo, no sabia que hacer. De las sombras surgió un hombre negro que me ayudó a conseguir gasolina. Asegurándose de que el coche marchaba, se despidió diciéndome repetidas veces: *be careful Miss*. Aunque nunca supe los nombres de estas dos personas y nunca los volví a ver, soy testigo de su bondad.

Entendí que para aprender se tiene que ser humilde; no hay espacio para descubrir lo nuevo en el cerebro del orgulloso que piensa saberlo todo. Sobre todo, me di cuenta de que hay una necesidad de compasión en el mundo; una compasión que sepa exigir lo mejor de los seres humanos para que logren su potencial máximo. Aprendí que el ser humano puede ser su peor enemigo si no se da cuenta de que él es el origen de todo porque nada en el mundo creado es malo; hacemos las cosas malas de acuerdo a como las usamos o abusamos de una verdadera perspectiva de la vida y nos hace sensibles al dolor ajeno.

Todo esto y algo más que queda en el tintero, aprendí cuando se asentó la polvareda del enfrentamiento de los mundos que han formando mi experiencia. Se unificó el mundo, se convirtió en mi patio donde ni las golondrinas de mi Inocencia, ni las sirenas estridentes anunciadoras de tragedias y de muerte son ajenas a mi conciencia.

Revista América No. 120,Segunda época, Abril 2002.

Estela Parral de Terán

PASEO DE VERANO

Eugenio ha venido a vernos. Aprovecho la feliz ocasión y propongo que hagamos un paseo. Mis hijos saltan alborozados y sé ofrecen a ayudar en la preparación de las viandas. No es seguro, sin embargo, que Eugenio nos acompañe. Mientras pongo las naranjas en la bolsa, Ramiro las huele codicioso, anticipando el placer de su pulpa fresca en la boca reseca. Eugenio, con un ademán suave, evita que Marisol hunda sus dientecitos en la tirante piel de la manzana y revuelve alegre los cabellos castaños de Luis. Salimos, y Eugenio nos sigue.

Vamos caminando. Esa es una parte importante del paseo. La quinta no queda lejos, casi no hay que salir de la ciudad. A mis hijos les gusta jugar a la sombra de sus altos eucaliptos y sus fornidos pinos. Ahora corren adelante. Se alejan demasiado y temo que bajen a la calle, pero ahí está Eugenio protegiéndolos contra todo peligro. Pasamos por El Ejido. Me quedo un poco atrás y los pierdo de vista por un momento entre los árboles. Me preocupa que Eugenio decida irse. Pero no, allí está. El verano se amansa en el parque; no tiene el color sepia del viento que en volutas de polvo se enrosca entre las casas. Desde lejos veo los claros sombreros de mis hijos; recuerdo un día, cuando eran más chicos. Eugenio vivía con nosotros. Desde la ventana de la casa me llegaba de vez en cuando el tono profundo y afable de su voz. Mis dos hijos mayores con sus grandes sombreros de paja parecían hongos sobre el césped. El sol estaba deslumbrante como hoy. En cuanto prendía el broche en la soga, el pañal se echaba a volar como si fuera una paloma loca. La vida reverberaba alegre en el calor de la mañana. El mirlo lanzaba su trino agudo.

Yo sentía entonces, liviana el alma, y algo en mis entrañas, como el aleteo del pájaro o la danza retorcida de los pañales al viento; y era la vida, la vida nueva de Luis la que bailaba dentro de mí. Otros tiempos aquellos, en que la ternura y el deseo de Eugenio me rodeaban constantemente.

Pasamos por la Alameda, otro oasis de fresco verdor, y Eugenio y los niños se acercan a un vendedor de helados. Con el calor han salido todos a la calle, hasta los más humildes, como aquel que está frente a mis hijos. Lleva un antiguo carrito con un recipiente cilíndrico para la deliciosa carga. Con su saco blanco y su gorra de lino echada sobre los ojos, es una estampa de principios de siglo que se demora en partir de la ciudad. Lo imagino a Eugenio de diez, de doce años, con medias negras que apenas sobrepasan las rodillas hasta el límite del pantalón, comprando helados a ese hombrecito, a la salida de la escuela. Pero el tiempo ha corrido. Busco ansiosamente con la vista a Eugenio y por fin veo nuevamente al padre con sus hijos, como debe ser. Mientras ascendemos fatigosamente la empinada cuesta de la calle, una cruel angustia aprieta con fuerte garra mi corazón.

La bolsa de comida pesa ahora más pero ya no falta mucho y la rumorosa sombra de los árboles de la quinta es como una promesa de felicidad. Mis hijos me preguntan quejosos como otras veces, ¿"por qué no vamos a un balneario mamá?" y les replico alentándolos a seguir la marcha. Tenemos la suerte de que Eugenio nos acompañe. No importa lo lejos que realmente esté. Comparte conmigo ese paseo de verano que organicé para ahuyentar la desesperación. Nos vamos acercando. Los autos pasan velozmente por el camino y ya no veo la figura de Eugenio entre las nubes de polvo que van levantando. Con el pañuelo en la boca, llegamos a los muros encalados y la puerta dé madera pintado de azul.

El jardín está completamente descuidado; entre los altos árboles la maleza crece libremente. Los geranios y las rosas silvestres ponen su nota de color y las hierbas quieren alcanzar los curvos brazos de una palma enana, en lo que antes fuera un cuidado cantero. Manchas claras de sol se mueven sobre el musgo de las sendas.

Ya mis hijos se han echado a correr hasta la casa de los cuidadores, a pedir la llave y agua para un ramito de flores que llevamos. Nos hemos quedado solos. Eugenio ya no está. Mis hijos corretean entre las cruces de hierro de tantas tumbas olvidadas. Marisol tiende un mantelito en un rincón del parque y yo me pregunto, ¿por qué vengo aquí, al único sitio donde no lo puedo imaginar?

Empujo la puerta de rejas sin cristales que se abre con el ruido sordo de sus goznes enmohecidos y entro a apoyar mi frente contra la losa blanca, donde está tallado su nombre y siento su horrible hielo en mi piel. El aire fino y frió como un cuchillo, de un tajo, hace brotar nuevamente la angustia en mi garganta; un violento estremecimiento me sacude, como queriendo arrancar de mi alma ese hábito gris de soledad que la cubre totalmente.

SECCION ENSAYO

Revista América No. 120.Segunda época. Abril 2002.

Miguel Albornoz

NOCION CONTINENTAL DE LA LITERATURA ARGENTINA

Verdadero atrevimiento sería tratar de literatura Argentina desde Buenos Aires donde abundan cabales maestros del tema. Lejos de mí tan desmedido propósito. Lo que se me ocurrió al pedírseme referirme a la literatura de este país, fue considerar cómo mirarnos desde otras literaturas de este continente a la literatura Argentina que es un faro de creciente proyección en Latinoamérica y una intensa fragua de valores en las letras, de trascendencia mundial.

El primer problema para entrar en esta materia es decidir acerca de quienes hablar o que nombres citar para un enfoque literario de tan rica producción con espléndidos valores.

En esto me vino a la memoria un episodio de mis años de actividad en la sede de las Naciones Unidas. Me tocó un día almorzar junto a un destacado diplomático francés, el embajador y cenador Pierre Tattinger, alcalde del suntuoso barrio XVI de París, quien había sido enviado a una Asamblea de la ONU. Charlando sobre la literatura, le pregunté si existía alguna publicación que presentara una selección, de volumen manejable, sobre la inmensa producción de la poesía francesa. Me dijo que, precisamente, existía un libro de bolsillo que me hizo llegar ese mismo día, debido nada menos que al erudito Georges Pompidou, quién había tenido la valentía de señalar, entre la rica producción lírica francesa, unas cuantas obras de unos cuantos maestros. En el prólogo a su compilación, Pompidou señalaba "yo sé que no están todos los mejores, pero están los que a mí me parecen más bellos; los encuentro así". Claro que, para semejante temeridad, había que ser un ex presidente de Francia.

Sin embargo, con un osado remedo a tal atrevimiento, me he permitido hilvanar conceptos y acoplar datos y opiniones de América sobre siete, entre los centenares de nombres, de figuras, señeras de la literatura Argentina, aquellos que más se conocen a la distancia desde otros confines de América donde, ya en las bancas escolares, nos enseñaban a admirar la rica producción literaria de este gran país.

Al decir siete me amparo en la buena suerte cabalística del número preferido por los astros, los metales, las maravillas del mundo, los mayores sabios de Grecia y hasta los "Siete Pilares de la Sabiduría" del libro de Lawrence. Así nos referimos, someramente, a Alberdi, Sarmiento, Mitre, Hernández, Guiraldes, Bernárdez y Borges, sin tocar a otros de escuelas concientes que están todavía entre nosotros. Citaré también, para acorrerme, los nombres de críticos de nuestra América que han opinado sobre el tema.

Algo que anotan todos y que han impresionado en el continente, es que entre esos nombres están ya los constructores de su país quienes, además de escritores, fueron hombres de acción. Sobre todo los tres primeros: Alberdi, el inspirador de la constitución inicial de la Argentina y los dos ex presidentes, parlamentarios y grandes constructores que fueron Sarmiento y Mitre. La mayoría de ellos corresponden al siglo XIX y de ellos ha recibido América una inspiradora filosofía liberal, de connotación romántica, que sucedió a las publicaciones inherentes a la gesta libertaria de 1810.

Puesto que el romanticismo fue el primer movimiento literario innovador, después de la independencia, hay en esos escritores argentinos un innegable matiz romántico en su producción, su estilo, su obra y su conducta.

El colombiano Germán Arciniegas considera que América ha sido romántica desde su nacimiento, siendo la independencia una gran empresa romántica que inspiró a escritores como Alberdi que iban predicando sus ideas por el exilio como lo hicieron Sarmiento y Mitre. Decía Arciniegas: " Todos, todos románticos, a Dios gracias, prefirieron el destierro, el riesgo, la aventura, la pelea brava en tierra de asilo, a poner su pluma al servicio de la dictadura. Hay un

punto en el romanticismo argentino en que no es fácil saber quienes son más románticos, si quienes actúan en el escenario y han escrito el drama, o quienes desde la platea, aplauden hasta romperse las manos". Sarmiento pasa de periodista a la tropa. Pero que gran romántico resulta el padre de Mitre cuando su hijo sale por primera vez a una campaña moral y le dice sencillamente: "si te matan, como es lo más probable, que no resultes con el tiro por la espalda, así tu memoria no será sombría para tu padre". Y sigue Arciniegas señalando: "en esos escritores había romántica poesía, idealismo, juventud y un profundo sentido de la Patria. Echeverría, Mitre, Sarmiento, son como provincias errantes de la Argentina que toma cuerpo en sus voces peregrinas. Mitre iba a Bolivia y era la Argentina de carne y hueso la que andaba con él. Alberdi, en Europa, era otro pedazo de la Argentina errante. Buenos Aires se hacía muda y sorda a la justicia, pero multiplicaba su lengua en Montevideo y Santiago. Alberdi escribió una novela de aventuras de folletín...

Y echó, además, las bases del derecho constitucional argentino.

Mitre escribió *Las Memorias de un Botón de Rosa* y fue uno de los grandes presidentes argentinos. Sarmiento dejó esas páginas inmortales de dulces recuerdos provincianos y vino a ser el gran estadista. Todos románticos, todos constructores de una vigorosa nacionalidad. Se llevan la mano a la cabeza y no salen de su asombro los americanos del norte cuando, para ilustraciones un poco sobre quienes fueron los nombres que le dieron solidez a la república en el Sur, les decimos que uno, Mitre, escribió *Las Memorias de un botón de rosa* y el otro, Echeverría, el poema *La cautiva*.

Tanto en el Uruguay como en Chile, la literatura argentina no solamente fue conocida desde los primeros tiempos del desarrollo cultural de los nuevos países, sino que se incorporó al vivir literario nacional. Los escritores argentinos de periodo rosista fueron recibidos con cálida hospitalidad, aplauso y facilidades para defender sus ideas, en Montevideo, Santiago, Valparaíso y Bolivia. Les abrieron sus puertas los periódicos, los cenáculos literarios, las familias locales.

También el gran critico literario dominicano, Pedro Henriquez Ureña, señala como organizadores de su país a Alberdi, Mitre y Sarmiento, y dice que "toda América habla de aclamarlos y recibir su acción ejemplar como modelo vigente todavía en las instituciones liberales de nuestros países".

Juan Bautista Alberdi, tucumano, fue un escritor atildado, claro, concreto, de cultura clásica, siempre directo al tema y sin medias tintas. En su dominio del idioma se aprecia la corrección y la preparación jurídica del abogado, pero también el toque atrevido y estético del poeta. Tenía la pasión de la organización jurídica de su Argentina, pero también brindaba reflexión y orientación a los países americanos donde actuó. Sus ausencias totales fueron de cuarenta años, once de ellos en Chile y otros tantos en Montevideo, además de Brasil, París y otros lugares.

Había sido apoyado por los poetas del Salón Literario de Marcos Sastre, de donde brotaría la Sociedad Patriótica, que fuera primero publica y secreta después; allí coincidió con Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López y otros fervorosos por la liberación política. Fundaron *El Iniciador* de literatura romántica y combativamente liberal. Reprobaban el clasicismo, pero hacían lírica patriótica o bucólica como Gutiérrez, que decía a su caballo:

> Tu pobre dueño errante, vagabundo,
> tan solo de recuerdos ha vivido,
> y en todos los caminos de este mundo
> la imagen de la Patria le ha seguido.

Como humanista, Alberdi, exploró todos los estilos. Escribió versos, ensayos, piezas dramáticas. A una obra de teatro de la Revolución de Mayo, *El Gigante Amapolas*, la llamó "pequeña pieza cómica", y era un análisis del régimen prosista y los medios opositores. Había dirigido en Buenos Aires el periódico *La Moda*. Verdadero dilettante también fue autor de composiciones musicales. En el Uruguay ejerció la abogacía y, en una etapa, colaboró con Lavalle y los unitarios. Cuando viajó por Europa, en 1843, escribió en prosa poemática sus impresiones de viaje.

Pasó después a Río y a Chile, donde volvió a la abogacía y al periodismo. No vaciló en hacer un curso en la Universidad para revalidar su título. Su tesis doctoral fue *Memoria sobre la Conveniencia y Objeto de un Congreso General Americano.*

Seguía al precedente de ese otro tucumano visionario que fuera Monteagudo, quien había ido todavía más allá en su *Ensayo sobre la Necesidad de una Federación General entre los Estados Hispano americanos y Plan de Organización* en 1823, proyecto aplaudido por Bolívar. Recibió su diploma de la Universidad de Chile firmado por don Andrés Bello. Una semana después de su arribo a Chile publicaba su primer artículo en *El Mercurio* de Valparaíso y seguiría haciéndolo por nueve años.

El gobierno chileno dio facilidades a Alberdi. El ministro Manuel Montt, más tarde presidente, le nombró secretario de la Independencia de Concepción y, después, Director de la Escuela Náutica de Valparaíso. El jurista escribiría un *Manual del Subdelegado* y un ensayo titulado *De La Magistratura y sus atribuciones en Chile*. Como abogado hizo la defensa de *El Mercurio* en un juicio de imprenta y pronto se le confió la dirección del periódico. José V. Lastarria, uno de los valores literarios y de oratoria de Chile, comentaba "el elegante despejo y notable ilustración de los ojos del Plata". Fue en Chile donde Alberdi produjo su obra maestra: *Bases y puntos de partida para la organización Política de la República Argentina*. Para ello preconizaba la convivencia que había predicado desde sus años de Montevideo, cuando trataba a famosos republicanos como José Garibaldi, el de la joven Italia, y José Bautista Cúneo, secretario de Manzini. Sostenía la necesidad de comprensión entre federales y unitarios. Argüía: "Sólo traigo un partido, la Nación, sólo traigo una causa, La Libertad". La obra de Alberdi debió influir rotundamente en los debates de quienes elaboraron la Constitución, como Gorostiaga, Ferré, Díaz Clodrero, Gutiérrez y Leiva, quienes mencionaron que, entre sus factores de influencia, estuvo la Constitución de los Estados Unidos, pero habían, asimismo, conocido las *Bases* de Alberdi.

quien, además, añadió a su texto un proyecto de Constitución que fue útil después, no solo para los subsiguientes reformas, sino para muchos países americanos.

Aquel gran presidente Argentino que fue el General Roca, diría que el pensamiento de Alberdi fue incorporado a la realidad de crear la unidad política y jurídica y pervive hoy en muchos aspectos nobles de nuestras instituciones. No se puede comprender bien la formación institucional de la Argentina contemporánea sin conocer lo fundamental del diario de Alberdi.

Muestra de esa influencia de las *Bases* en las constituciones de América fue la cita que de esa obra hiciera el gran constitucionalista uruguayo Justino Jiménez de Aréchaga en su *Tratado interpretativo de la Constitución Nacional*. Un brillante pensador cubano de nuestros días, radicado en la Argentina, el doctor Armando Ribas, cita *El Retorno de Luz del Día* nombre que Alberdi dio a la Verdad, como "el camino de esperanza trazado por Alberdi para su gran país, que ha de llevarle al tercer milenio por el camino de la civilización". Así ve la América a los escritores argentinos comprometidos en la constitución patriótica y liberal de su país. Ribas, en su reciente libro sobre Argentina, 1810-1880, denomina "Un Milagro de la Historia" al hecho del crecimiento espectacular de un país que, en 1853, tenía apenas un millón de habitantes, con un 80% de analfabetos y, ya en 1893, contaba con siete millones de pobladores y había reducido el analfabetismo al 25%. Hoy, ha entrado Argentina al tercer milenio con 36 millones de habitantes y un analfabetismo de 3%.

Ese crecimiento lo atribuye Ribas a la circunstancia especial de que el país fuera creado "bajo un proceso político filosófico anglosajón o angloamericano e implementado por descendientes españoles".

Fue de ese modo que Alberdi, el escritor, fue también constitucionalista, internacionalista, diplomático, precursor del Panamericanismo, condenó la guerra como un crimen y fijó al hombre como sujeto de derecho internacional. Sus *Obras Selectas* constan en dieciocho volúmenes.

El gran escritor sanjuanino Domingo Faustino Sarmiento,

es, acaso, el escritor argentino que más se conoce en América, no hay una ciudad, por modesta que sea, a lo largo de nuestro continente, que no cuente siquiera con una escuela con su nombre. Fue escritor por profesión, por vocación, por necesidad intelectual, y fue ante todo, hombre de acción. Luchador infatigable, combatió en toda su vida la pobreza, la ignorancia y la anarquía. Sus escritos están imbuidos de filosofía plena de experiencia, de patriotismo y de capacidad creadora. Su formidable *Facundo* es una crítica de lo bárbaro y un panegírico de la civilización, en un mensaje indispensable para América.

Sarmiento tuvo visión continental y universalista. De recio temperamento, como Bolívar, a quien elogió, creía que la raíz de los males de América Latina era la inadecuada educación y a mejorarla dedico sus empeños en la prensa, en el parlamento, en el libro y en el poder presidencial que ejerció entre 1868 y 1874.

En sus cinco años iniciales en Chile, y después en once más fue sobre todo, periodista y educador. El presidente Montt le envió a observar métodos educativos en Europa y los Estados Unidos y lo nombró Director de la Escuela Normal de Preceptores le su país. Sus impresiones constan en su libro *Viajes*. Dejó, 52 volúmenes con escritos sobre temas históricos, políticos y biográficos.

Dice el dominicano Enríquez Ureña que "Sarmiento sobresale entre todos sus contemporáneos de la América Española, como escritor de genio por su fertilidad de ideas, su vivacidad de imaginación y su riqueza de expresión... Su obra *Facundo* es una soberbia descripción de la vida social y política de la Argentina con penetrante inquisición sobre sus causas y atrevida predicción sobre su porvenir inmediato... *Recuerdos de Provincia* son memorias de niñez y mocedad del autor, con pintura de los personajes que tuvo a su alrededor y del medio en que se desenvolvió.

Viajes trae siempre agudas y variadas observaciones sobre Europa y América; la parte más larga esta dedicada a los Estados Unidos, cuya libertad y cuyo progreso le parecían ejemplos magníficos para la América Española... Sarmiento fue además incansable propulsor de la escritura, fundador de

innumerables escuelas y bibliotecas, de jardines zoológicos, de observatorios astronómicos, y hasta de ciudades. Nadie, en América, ha hecho obra efectiva y eficaz desde el gobierno.

Es interesante anotar que el planteamiento de Sarmiento sobre imitar el progreso de los Estados Unidos y mantener cordiales relaciones con ese gran país era novedoso y nada bien visto en los reductos del nacionalismo exacerbado, en los enclaves, oligarquías sociales, religiosas y castrenses y por los extremistas de nuestros países latinoamericanos. Como sostuvo siempre ese criterio hubo grupos demagógicos y disolventes en los países que habitó que derrumbaban periódicamente sus estatuas, en rechazo de sus ideas ante obscuras consignas de odio en la paralizante falacia de la lucha de clases.

También Sarmiento, ya fuera Ministro de Gobierno de Buenos Aires o Gobernador de la provincia de San Juan, Presidente de la República o General de Brigada, siempre propuso la educación, la inmigración europea y la tecnología para el desarrollo como antídotos a la barbarie.

El analista dominicano citado consideraba a Sarmiento un prosista que nunca ensayó el drama ni la novela y se mantuvo lejos de la poesía, pero, dice: "creo que nadie encarnó mejor que él, sin ser poeta, el romanticismo. Tenía el ímpetu romántico pleno, la energía de la imaginación y el apasionado torrente de palabras junto con una vivaz percepción de los hechos y rápido fluir del pensamiento. Educar fue su pasión. No quería ser solamente escritor ni sólo servir a su patria, sino también a Chile y a toda la América Española. Para formarse tuvo que estudiar latín y de ahí adquirió el francés y el inglés, y estudio el alemán y el italiano. Se inició en el periodismo a los 28 años en *El Zonda* de San Juan."

Del *Facundo* de Sarmiento, Henríquez Ureña diría que era "la obra maestra de su tiempo en América". El ecuatoriano Alfonso Rumazo González, biógrafo y crítico literario de nota, ante al lanzamiento del *Facundo* por la Biblioteca Ayacucho de Caracas, lo definió como "un brillante relato histórico-novelesco, lo que supone en Sarmiento, el conflicto entre lo heredado, lo colonial, lo provinciano y lo adquirible, o sea el pasado futuro contrapuestos entre el medio, el hombre y la

nación. Sarmiento aparece formado por libros del socialismo utópico y del romanticismo, e influido por Mariano José de Larra, entre otros."

En Chile, el venezolano Andrés Bello descubrió con admiración al entonces desconocido Sarmiento, a través del estilo de uno de sus artículos periodísticos de sentido cortante. Dijo: "Este no puede ser chileno, ni venezolano, es algo novedoso que habría que identificar". Años después el sanjuanino escribiría un comentario del libro de Andrés Bello *Principios del derecho de Gente*, en el que decía: "el derecho internacional viene a medirse, en definitiva, por el número de cánones que puede hacer jugar cada potencia. No está lejano el día en que haya un alto tribunal, formado por el congreso de las naciones civilizadas del mundo, adonde puedan hacer valer y respetar sus derechos los pueblos débiles". Y esto fue dicho en 1844, justo un siglo antes de la Carta de las Naciones Unidas.

El peruano Luis Alberto Sánchez evocó una polémica que tuvo lugar en Chile, entre "Sarmiento y Bello acerca de cuestiones gramaticales", pero en ella advirtió un problema más intenso. "Sarmiento encarnaba ahí el ímpetu creador de una nueva América. Bello, la perfección intelectual congelada de un clasicismo elitista. Bello funcionaba como intelectual: jurista, gramático filólogo, preceptista, consejero. Sarmiento actuaba, la palabra es esa, como reactivo, salvajemente arbitrario. Torrentoso, afirmativo a través de sus negaciones, insaciable, sediento de una verdad sospechada apenas, pero que no era la de ayer sino la de hoy y la de mañana. La disputa entre el insigne venezolano-chileno y el egregio argentino-americano, tiene proyecciones formidables. Recién entonces se contraponían Colonia y Revolución Emancipadora en el sur del Continente."

Pocos escritores como él han sabido pintar las bellezas de su país. En su magistral descripción del río Paraná, en Corrientes, dice que es "Uno de los sitios más bellos del mundo. Desde sus alturas, escalonadas en planos ascendentes, la vista domina vasto panorama de masas ingentes de las plácidas aguas del Paraná, planicies inconmensurables en las varias islas y en el lejano horizonte, brazos del gran Río y la costa firme de Santa Fe, punto de partida de la gran cruzada de los

pueblos argentinos". En otro pasaje en *La Campaña del Ejército Grande*, dice: "En los países poco conocedores de nuestras costumbres, el juicio se resiste a concebir cómo, cinco mil hombres, conduciendo diez mil caballos, atravesaron a nado, en un solo día, el río Uruguay, una extensión de más de una milla de ancho, y sobre una profundidad que da paso a vapores y buques de calado."

Fue un elocuente panegirista del delta del Paraná y de su habitante típico, el "carapachayo" o "indio bueno", que había ayudado a plantar millones de sauces que, en ochocientos kilómetros cuadrados, embellecen la región.

Cuando en su presidencia terminó la guerra de la Triple Alianza, instruyó a su canciller Varela que se atuviera a la idea de que "la victoria no da derechos". El había perdido a su hijo Dominguito en la trágica lid. Del sombrío tirano Francia, el Supremo del Paraguay, diría que había "muerto de la quieta fatiga de estar inmóvil pisando un pueblo sumiso". Decía: "mi español es algo colonial".

También Sarmiento empuñó la espada y sirvió a Urquiza en su campaña contra Rosas. El general entrerriano le nombró "boletinero" o escribiente del Ejército Grande y, pulcramente uniformado, mientras otros llevaban cañones, él llevaba su imprenta por todo el campamento. Tenía experiencia militar adquirida en el Paraguay y el Uruguay, donde había improvisado los socorros del ejército unitario que pasó derrotado a Chile en 1841. Redactó el parte de la acción de Caseros, donde tomó con propia mano el estandarte del cuartel general de Rosas. Más tarde se distanció de Urquiza. El presidente Mitre le nombró Ministro Plenipotenciario en Estados Unidos. En Washington, el uruguayo José Pedro V, quedó prendado de Sarmiento, comprometiéndose en el tema de promover la educación como medio de progreso nacional. Cuando Sarmiento fue candidato a la Presidencia y volvió a la Argentina, Varela le acompañó en el barco: nunca ocultaría su admiración por el escritor y educador que, ya en el poder, continuaba dando estímulo y apoyo a su obra educativa en la Banda Oriental.

Poco antes de su muerte Sarmiento hilvanó un resumen autobiográfico y asentó allí como un logro, el haber dejado "por herencia millares en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado nuestro país, aseguradas las instituciones y surcado de vías férreas en el territorio, como cubiertos de vapores los ríos, para que todos participen del festín de la vida, del que yo gocé, solo a hurtadillas". Murió en Asunción del Paraguay a los 77 años.

El caso del escritor-hombre de acción fue más concreto aun en quien fuera, además, un humanista cabal de múltiples facetas: poeta, filósofo, parlamentario, guerrero, estadista, bibliófilo, periodista, historiador y Presidente de la Nación Argentina: el general Bartolomé Mitre. En el grupo de los exiliados de Montevideo fue poeta y dramaturgo que llevaba la Patria consigo, en custodia de su libertad. Había presentado su obra teatral *Cuatro Épocas*. Vendrían después sus *Rimas*, su novela *Soledad* y su obra de Bolivia: *Memorias de un botón de rosa*. Después de su presidencia produciría las colosales biografías de San Martín y de Belgrano, docenas de obras de historia, de lingüística y de literatura, traducciones, ensayos, etc., aparte de sus proclamas militares, sus discursos parlamentarios y sus innumerables artículos periodísticos. América contemplaba deslumbrada tan monumental producción artística de un hombre de estado que era, sobre todo, escritor.

En sus años iniciales de Montevideo, el periódico *El Nacional* publicaba los trabajos de los jóvenes argentinos. En sus entregas tenían columna propia las Poesías de Mitre. Una de ellas, titulada La Campana, decía:

> Y la campana sonará algún día
> en la torre de la alta Catedral;
> para mi Patria anuncio de alegría,
> para el tirano un eco funeral.

Varias poesías de Mitre se sucedieron, siempre en la vena fervorosa de la política: "El Mendigo", "Mi Cementerio", "Melodías Hebraicas", "Absalón". En su poema a Zacarías

Álvarez, 1840, muerto en el campo de batalla, se muestra épico y marcial:

> Los gritos de los bravos,
> el ay de los esclavos
> Y el trueno del cañón;
> del plomo los rugidos,
> del sable los crujidos
> y el golpe del tambor.

Describiría también Mitre, en sus *Recuerdos del Sitio de Montevideo*, la epopeya de la Nueva Troya, que duró diez años hasta que se alcanzó el triunfo. Fue aquella una batalla de naciones con la participación de Francia, Gran Bretaña, Brasil, Argentina, el Uruguay y Garibaldi con su columna de italianos. Garibaldi era amigo de Mitre y éste, catorce años mas joven, todo lo anotaba en su diario.

Asimismo exploró el estilo humoristico en versos dedicados siempre a la política, en temas irónicos como el de la tensión entre Francia y el Gobierno de Rosas representado por don Felipe Arana, u otros endilgados al negociador francés, el señor de Mackau.

Su obra *Cuatro Épocas* se estreno en el Teatro San Felipe de Montevideo el 6 de mayo de 1840, cuando Mitre no tenía 20. El drama era en 5 actos. En sus *Rimas* habria de reelaborar la leyenda de Santos Vega, "el bardo inculto de la Pampa".

Mitre pasó a Bolivia y, ya Teniente Coronel, asumió la dirección del Colegio Militar que le confió el presidente Balliviáno. Modernizó los programas de enseñanza y escribió en el diario *La Época*, siempre en defensa de los principios liberales. Por su actuación militar el escritor-guerrero fue declarado "Benemérito de Patria en Grado Heroico", pero llegó la revolución y tuvo que exiliarse en el Perú, de donde pasó a Chile, reuniéndose con otros exiliados: Alberdi, Sarmiento, José María Gutiérrez y uruguayo Juan Carlos Gómez. Pronto estuvo colaborando en El Comercio de Valparaiso y en El Progreso de Santiago. Llegó a ser director de El Mercurio, pero sufrió, también prisión y destierro al Perú por sus

ideas liberales. Después volvió a Montevideo donde había formado su hogar. Pronto se presentó el general Urquiza para incorporarse al Ejército Grande como artillero; así, al frente de una batería, participó en la batalla de Caseros.

Es conocida la actuación de Mitre como parlamentario, ministro y militar al frente de las tropas defensoras de Buenos Aires ante la fuerza de la Confederación. Después del triunfo en la batalla de Pavón, ya como gobernador, inauguraba un ferrocarril y decía: "hoy los guerreros coronados por el laurel de la victoria, y con la oliva de la paz, que han conquistado para los pueblos, convierten sus espadas en rieles de ferrocarril". Con otra palpitante pieza oratoria despidió también a los restos del Almirante Brown.

En 1862 la legislatura de Buenos Aires encargó al general Mitre el ejercicio del Poder Ejecutivo Nacional y le pidió la convocatoria a un Congreso, el cual se reunió en mayo de ese año. En octubre fue elegido Presidente y prestó el juramento de rigor. El escritor-presidente se dedicó a unificar él país; saneó la economía, fundó el Colegio Nacional de Buenos Aires, construyó mas ferrocarriles y reorganizó el ejército.

Desatada la guerra con el Paraguay, Mitre nombró al general Urguiza comandante en jefe de las fuerzas que operaran en la provincia de Corrientes. Los tres países aliados –Argentina, Brasil y Uruguay– confiaron al presidente argentino el mando supremo, pero ante el fallecimiento del vicepresidente Marcos Paz, que había quedado al frente de la administración, Mitre tuvo que regresar a Buenos Aires y concluir los últimos meses de su gobierno. En 1868 entregó el poder al otro gran escritor, Sarmiento.

Los mensajes presidenciales de Mitre fueron obras maestras del hombre de letras. En su alocución final señalaba que se había duplicado la inmigración, sextuplicado las vías férreas, duplicado la riqueza y aumentado grandemente la educación pública. Tenía 47 años.

Poco después sería electo senador nacional por la provincia de Buenos Aires. El 1 de enero de 1870 inauguraba su gran diario *La Nación Argentina*, que ha venido a ser uno de los grandes diarios de América. El soldado dejaba la espada y empujaba la pluma, siempre en defensa de la libertad.

Tuvo otras actividades: cumplió misiones diplomáticas ante el Brasil y el Paraguay: tubo campañas revolucionarias, prisión e indulto. Por fin el escritor innato pudo dedicarse a sus obras maestras: *La Historia de San Martín y de la Independencia Sudamericana*, los *Episodios de la Revolución Argentina*, las *Arengas*, su magistral traducción de la *Divina Comedia*, la de las *Rimas* de Horacio y su monumental *Historia de Belgrano y de la independencia Argentina*, al margen de las biografías de Lavalle, Rivera Indarte y Ulrico Schmidel. Trabajó también sobre las lenguas americanas, escribiendo su monografía sobre el quechua y compuso un Catálogo de los idiomas indígenas de ambas américas. Desde el puente de mando de su gran diario y con su abrumadora influencia personal, el escritor, guerrero y político fue el factor más destacado de la Argentina finisecular y de comienzos del siglo XX. Abrió las puertas de su redacción a los escritores latinoamericanos y, así como les dio oportunidad de difundir su pensamiento, recibió de ellos el merecido homenaje de todo un continente.

En 1902 fue reelecto senador por Buenos Aires, pero declinó el honor irrevocablemente. Murió en 1906, a los 85 años. Cincuenta años más tarde, el Instituto Histórico Y Geográfico de Montevideo le rendiría un extraordinario homenaje de escritores e historiadores uruguayos, evocando su ingreso al Instituto en 1843, cuando había recitado su *Canto Al 25 de mayo*, que enaltecía tanto a la Argentina como al país Oriental, a los cuales llamaba "nuestras Patrias". El gran historiador e internacionalista uruguayo, Ariosto González diría "como hombre de estado, político, militar, historiador, periodista, el general Mitre es una gloria del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay".

El continente admiraba ya, en Alberdi, Mitre y Sarmiento a los grandes escritores argentinos que eran, a la par, hombres de acción. Fue entonces que empezó a perfilarse otra corriente literaria que tuvo repercusiones en toda América. Era la introspección y retorno a lo propio, a lo nuestro, al ser cultural del Nuevo Mundo.

Ya desde Echeverría se había hablado de

"Americanismo" como una forma de romanticismo autóctono que rompería el clasicismo literario, así como la Revolución de Mayo había roto políticamente con la colonia. Esta corriente venía a la Plata desde el fondo la tradición y de la pampa. Estaba en las coplas de amor, celo y de burla o de patriotismo, hilvanadas en el pentagrama de las guitarras para bailes al aire libre, con pañuelos blancos bajo el cielo pampeano, o sea, el blanco y azul de la bandera; las canciones se llamarían "cielitos", como uno de la acción de Maipú. Olegario V. Andrade cantaría a la gloria de San Martín y al porvenir de la raza latinoamericana. Allí aparecieron los poetas gauchescos, como José Hernández con su *Martín Fierro* y Estanislao del Campo con su *Fausto*.

América Latina aplaudió esta corriente como una reacción sobre cierto exceso de europeismo. No se trataba del gaucho folclórico ni del salteador de los campos, ni del campesino gracioso, sino que se perfilaba rotundamente nuestra América en un gaucho como caballero andante de la pampa, custodio de ancestrales virtudes, respetuoso y cumplidor, coplero, dicharachero y valiente. Con acierto se dijo que el Martín Fierro era un poema político si se leía en la ciudad y un poema pedagógico si se leía en el campo. Ofrecía toda una filosofía que fluyera del alma popular y así lo dice el payador:

> Las coplas me van brotando
> como agua del manantial.

Los norteamericanos, como Waldo Frank y Frank Tannembaum, incorporaron al gaucho, a partir del Martín Fierro, a su teoría del "Hombre del Nuevo Mundo como un hombre a caballo", o sea, una criolla orden de caballería como prototipo continental, lo mismo si fuera gaucho, huaso, llanero, charro, chagra, montubio, *cow-boy*, es decir el típico forjador de países del siglo XIX, tanto en las cargas de caballería como en las tareas ganaderas y agrícolas, o en las patriadas revolucionarias. Los centauros libertadores hacían lanzas con un cuchillo amarrado a las cañas tacuaras. Este hombre a caballo sería un individuo libre, con sed de hori-

zontes, trashumante y patriota, celoso de su honor, galante y manirroto. Del libro de Hernández dice Waldo Frank: "*Martín Fierro* es el poema popular más grande del mundo moderno occidental. La profundidad sazonada de la Europa católica respira en él, pero transfigurada por esencias y ritmos de América". Desde España decía, a su vez, don Miguel de Unamuno: "es lo más homérico que conozco en la literatura hispanoamericana: al oirlo me parece oír un eco robustecido de nuestros viejos romances".

Es de señalar que los norteamericanos han mirado con respeto a la producción literaria de la Argentina, sobre todo por sus escritores-estadistas del siglo XIX. William Schurtz, en su libro *Latín América*, destaca como empezó a elevarse con la independencia el nivel cultural del pueblo y se amplió la actividad literaria, identificándose con la vida nacional. Dice: "lideres como los presidentes argentinos Mitre y Sarmiento dieron aliento y prestigio a la profesión literaria con sus escritos históricos y políticos. Los comienzos tuvieron forma de novelas". Entre los ensayistas menciona a José Ingenieros.

Waldo Frank fue un penetrante analista de nuestra América. Su biografía de Bolívar la tituló *Mundo que Nace* y en su América Hispana describió magistralmente los Andes y la Pampa como partes mayores de América de donde brota una épica telúrica. Según él "la tradición de Sarmiento se hunde en la Pampa, mas sus valores son los de América que lleva en el corazón... El jinete se ha desmontado de la silla para abrir escuelas, asentar rieles, dominar máquinas y fundar una tradición de orden civil y todo esto lo ha hecho con el poder original del gaucho". Frank elogió a Victoria Ocampo y la llamo "mujer de la Argentina y de América: en su culto a la luz y en su trabajo de estructuración dentro del caos de la Pampa, ha sido la profetisa de su país". Frank también consignó críticas como lo hizo al advertir que Argentina es grande, fuerte y próspera y, sin embargo, el argentino, curiosamente, obtiene un amargo disfrute enumerando sus propios defectos, goza en tenerse a sí mismo y a su país como lo peor del planeta".

Se ha querido ver matices autobiográficos de José Hernández en su *Martín Fierro*. Cierto es que el autor tuvo la

valentía de cruzar el rió Uruguay, en 1865, para sumarse románticamente a los orientales en el sitio de Paysandú y envió una encomiástica misiva, en verso, al pintor Juan Manuel Blanes, por su cuadro *El Juramento de los 33 Orientales*. Fue múltiple: periodista combativo, editor y librero, luchador por la Confederación, diputado, senador y peleó a las órdenes de Urquiza. Vivió la gloria de su poema que, más tarde, reafirmaría Lugones al dar valoración a la poesía gauchesca y extender al ámbito nacional la idiosincrasia del gaucho. En *El Payador* señalaría que "en el argentino de las primeras dos décadas del siglo XX había un vivo reflejo del gaucho de los dos siglos anteriores".

El gran mexicano Jaime Torres Bodet dice magistralmente: "Cuantos escritores contemporáneos de Hernández hubieran querido durar con la fuerza original y locuaz, patética y humanísima del héroe de sus pampas. Este héroe no era solamente el gaucho protagonista, sino la vastedad del campo argentino: su cielo inmenso, patria sin límites, su melancolía que la risa no encubre, y su filosofía acuñada tan hondamente en el metal de una lengua estoica, por el troquel sintético del refrán".

El *Martín Fierro* está totalmente adoptado en el Uruguay como algo que concierne a los uruguayos. A él se refirieron escritor uruguayo Alejandro Magariños Cervantes y el poeta Antonio Lussich, autor de *Los Tres Gauchos Orientales* dedicado a Hernández. En 1990 se lanzó allí una nueva edición del poema con prólogos de dos presidentes firmantes del Acta de Asunción, Carlos Menem y Luis Alberto Lacalle, con ilustraciones de los uruguayos Pedro Figari y el ex-presidente Víctor Haedo.

El gauchaje es idéntica expresión del agro paraguayo y del brasileño. Los habitantes de Río Grande do Sul son conocidos como *gaúchos* y los autores brasileños, desde Simoes López Neto hasta Guimaráes Rosa y Jorge Amado, describen a sus gauchos como sus *vaqueiros*.

Ya en el siglo XX también se llamó *Martín Fierro* una gran revista literaria que incluyó figuras como Borges, Bernárdez, Marechal, Molinari, Mastronardi y otros. Con orgullo se describía el personaje de Hernández:

Soy gaucho y entiéndanlo
como mi lengua lo explica:
para mi la tierra es chica
y pudiera ser mayor.

Y con fiera y romántica independencia pregonaba:

Yo no tengo en el amor
quien me venga con querellas
como esas aves tan bellas
que saltan de rama en rama;
yo hago en el trébol mi cama
y me cubren las estrellas".

Tanta poesía y filosofía gauchesca encarnó después en un relato en prosa que contribuiría a inmortalizar a la pampa y al gaucho con dimensión universal. Sería el *Don Segundo Sombra*, obra magistral de Ricardo Güiraldes, con grandes aciertos metafóricos en su prosa poética que se lee como texto en muchos países americanos. Así hemos leído aquello de "las calles ojerosas de puertas", o "el cielo sudoroso de estrellas", o "bajo las patas del petiso se quebró el charco como un vidrio", o "el borracho me miraba como a través de un siglo", o la admirable anotación final: "me fui, como quien se desangra".

Güiraldes, gran señor de la pampa, de cultura universal, describió a un personaje real de sus pagos. Es admirable su dedicatoria del libro. Lo destaca la norteamericana Concha Romero James, quien encomia las tres grandes novelas de América: *Don Segundo Sombra* de Güiraldes, *Doña Bárbara* del venezolano Rómulo Gallegos y *La Vorágine* del colombiano José Eustacio Rivera, y dice que el *Don segundo Sombra* aparenta no tener un propósito, "lo cual da gran poder al convencimiento. Así describe la pampa y las virtudes de sus habitantes con comprensión y ternura". Exalta, asimismo, esa primera página donde el autor estanciero dedica el libro: "A Ud. Don Segundo. A la memoria de los finados don Rufino Galván, Don Nicasio Cano y Don José Hernández. A mis amigos domadores y reseros. A los paisanos mis pagos. A los que

no conozco y están en el alma de este libro. Al gaucho que llevo en mi, sacramente, como la custodia lleva la hostia".

El nicaragüense Rubén Darío ha sido el mayor panegirista de la Argentina en general y de su literatura en particular Con su decidido aporte lírico se lanzó desde Buenos Aires todo un gran movimiento literario en nuestro idioma: el Modernismo.

Llegó el gran poeta a la capital argentina en 1893, a los 26 años, pero ya con una aureola de prestigio internacional. Había sido conocido en El Salvador a los 16 años, por un *Canto a Bolívar*. Había viajado por Francia y los Estados Unidos y había representado a su país en España, en el IV Centenario del Descubrimiento de América, entregando allí su famoso *Canto a Colón*. En Chile había lanzado su libro de poemas y prosas poemáticas titulado Azul.

Sobre este libro el académico español don Juan Valera diría: "Usted no imita, usted lo ha revuelto todo: lo ha puesto a cocer en el alambique de su cerebro y ha sacado de ello una rara quintaesencia. Escrita en muy buen castellano". Vino entonces la fama. Después fue nombrado Cónsul General de Colombia en la Argentina y fue así que llegó a Buenos Aires en agosto del citado de 1893. Lo saludaron los mayores intelectuales. En *La Nación* la bienvenida estaba firmada por el uruguayo Julio Piquet, en *La Tribuna* lo saludaba don Mariano de Vedia, en *La Prensa* Joaquín V. González quien lo llamó "artífice que modela flores de mármol y oro y teje encajes de nubes y rayos de sol". Rafael obligado le invitó a sus reuniones literarias con Calixto Oyuela, Francisco Soto, Ernesto Quesada, Carlos Federico de Gamboa, Roberto Payró, Leopoldo Díaz, Ángel de Estrada, Luis Berisso, Alberto Ghiraldo, Leopoldo Lugones y José Ingenieros. Carlos Vega Belgrano le invitó a colaborar en *El Tiempo*; Vedia le encargo notas diarias para *La Tribuna* y ya era corresponsal de *La Nación*. Con el boliviano Ricardo Jaimes Freyre fundó *Revista de América*, que murió a los pocos números, cuando un taimado administrador se alzó con los escasos fondos. Le presentaron en el novel Ateneo: Miguel Escalada, Carlos A. Becú, Eduardo de Ezcurra, José Pardo, Carlos Zuberbühler, Eduardo Schiaffino y otros. Darío dijo de Lugones que era "audaz, joven fuerte y fiero, como un

cachorro de hecatónguero que viniera de una montaña sagrada. Cuando le felicitó por una de sus obras le dijo: "Bien rugido, Lugones".

El tono festivo, el ambiente del Ateneo, lo evocó Emilio Berisso en unos de sus versos que incluyó en su libro *A la Vera de mi Senda* publicado en 1915:

Con Obligado, el poeta
de *Las Quintas de mi Tiempo*
Vega está como un profeta,
con Obligado, el poeta....
.....

Jaimes Freyre, el soñador,
Medita allí su "Castalia",
A Lock le canta y a Thor,
Jaimes Freyre, el soñador.
Luis Berisso en un sofá,
parece un cónsul romano.
Con Belkis soñando está
Luis Berisso en un sofá.
.....
Soussens, siempre "sans le sou"
Se escurre detrás de Ezcurra;
"Sancho" le dice – "¡Ven, tu!"-
Y Soussens, siempre "sans sou":
"Déjame, busco a Becú,
y temo que se me escurra"-
Y Souusens buscando el sou
Se escurre detrás de Ezcurra."

Darío vivía en el conocido *Tigre Hotel* y allí escribió, en 1896, su *Divagación*, de elegante métrica de fauno cosmopolita, que decía:

Se mi reina de Saba, mi tesoro;
descansa en mis palacios solitarios.
Duerme. Yo encenderé los incensarios
Y junto a mi unicornio cuerno de oro
Tendrán rosas y miel tus dromedarios.

En mayo de 1896 el doctor Prudencio Plaza, director del hospital de Martín García, le invitó a visitar la isla. En ese lugar compuso la gran pieza lírica y épica que es *La Marcha Triunfal*, que Torres Bodet califica de "gloria de rítmico lujo y de sonoridades sinfónicas inauditas". En ese poema, influido indudablemente por el paso de los Granaderos a caballo de San Martín, se oye el eco de los cascos, el choque de los aceros y las trompas de los "claros clarines", en tanto en el fondo se columbra la epopeya de la independencia americana.

Según dijo el gran publicista y crítico argentino Enrique Anderson Imbert, discípulo que fuera de Pedro Henríquez Ureña y quien lamentablemente, desaparecería hace pocos meses, "con Rubén Darío la poesía española se convirtió en una orquesta sinfónica, con invención y restauraciones-combinaciones métricas, cambios de acentuación, pausas intermedias en los versos compuestos, rimas interiores, división de hemistiquios dentro de una palabra o en partículas débiles, inesperados choques y dislocaciones de sonidos, esquema libres, asimetría de estrofas, asonancias, consonancias y disonancias en juegos rápidos, prosa rítmica, audaces quebrantamientos de la unidad sonora semántica del verso, etc., que modificaron la prosodia de nuestro lengua".

Al recorrer el campo argentino Darío encontraría siempre la vena poética, ya fuera refinada o popular. Diría de ese campo: "Allí supe lo que era el mate matinal, junto al fogón, en compañía de los gauchos, rudos y primitivos, pero también poéticos. Allí pase los más tranquilos días de mi existencia".

La admiración del nicaragüense por la Argentina y por sus literatos se grabó en dos producciones suyas. La una fue su *Oda a Mitre* tanto le había apoyado. En su homenaje poético al gran escritor-presidente, Darío diría:

"Tu gloria crece y se ilumina
En la República Argentina
como una enorme luz de sol,
y tu idea en el continente
ha derramado su simiente
en donde se habla el español".

La otra composición fue el *Canto a la Argentina*, aporte de Darío al Centenario, escrito por encargo de *La Nación*. Allí expresó, su afecto por la que consideraba su segunda Patria. Nuevamente el mexicano Torres Bodet opina que "constituye una positiva proeza, en la cual Darío vaticinó el futuro continental". De un pasado de tronos, suplicios y cadenas , se llega a la superación, y el poeta contempla el sol argentino:

"un astro eterno
sobre ruinas y tierras y mares,
que alumbraba con su claridad
nuevos cultos, cultura y gobierno
y a su brillo quedó deslumbrado:
era el astro de la Libertad".

Y del himno toma el Oíd Mortales y añade:

"Oíd el grito que va por la floresta
de mástiles que cubren el ancho estuario,
e invade el mar, sobre la enorme fiesta
de las fábricas trémulas de vida;
sobre las torres de la urbe henchida;
sobre el construir, sobre el bregar, sobre el soñar,
sobre la blanca sierra,
sobre la extensa tierra, sobre la vasta mar.
La pampa! La estepa sin nieve,
El desierto sin sed cruenta,
en donde benéfico llueve
riego fecundo que aumenta
las demetéricas savias.
Bella de honda poesía,
suave de inmensidad serena,
de extensa melancolía
y de gran silencio plena..."

Cuando Darío leyó en París su *Canto a la Argentina* lloraron José Ingenieros y Belisario Roldán, allí presentes.

Lo cierto es que, como decía Arciniegas, todos los poetas de América Hispana eran románticos. El Modernismo, sobre todo en el estilo como reacción contra el clasicismo y los cartabones de la métrica convencional, una vez cumplido este objetivo, duraría poco, si bien sirvió para lograr una entrada más liberal en el siglo XX. Continuará el Romanticismo, tal como lo señalara Darío en su Canción de los Pinos:

"Románticos somos. ¿Quién que es no es romántico?
Aquél que no sienta amor ni dolor,
aquel que no sepa de beso y de cántico,
que se ahorque de un pino, será lo mejor."

Dos de los mejores libros de Darío se imprimieron en la Argentina y serían tanto modernistas como románticos: *Los Raros*, de 1896, que era una declaración estética de principios, apoyada en veintiun escritores universales, once de ellos franceses; y *Prosas Profanas* que, en 1896, hizo publicar Vega Belgrano, a quien Rubén dedicó la obra.

Ya entrado nuestro siglo XX surgiría otro gran poeta argentino Francisco Luis Bernárdez, que ha logrado resonancia continental. Se contaba en la generación de los post románticos, que llegaron al creacionismo y al ultraísmo con Lugones, Marechal y Mastronardi, lo mismo en la poesía que en la novela y en el cuento. El sevillano Cansinos Assens, que llegaría a ser maestro de Borges, se unió a Darío en Madrid y transitó las mismas orientaciones que venían de los escritores argentinos. Cansinos entraba en los nuevos temas y decía:

La cordillera Andina
veloz como un convoy
atraviesa la América Latina

A su vez atravesaban el océano las voces del ultraísmo. En Bernárdez influyeron también Ramón Gómez de la Serna y Gerardo Diego, ultraístas como él. Adquirieron buena difusión sus libros *Bogar*, *Kindergarte* y *Alcándara*. Con ellos coincidió otro poeta, Ricardo Molinari, con su libro *El Imaginero*.

Fue el ya citado poeta mexicano Jaime Torres Bodet, quien me hizo conocer la obra de Bernárdez. Inaugurábase en

Méjico el admirable Museo Nacional de Antropología, que fuera apoyado por a UNESCO, con la presencia de su Director General, el intelectual francés René Maheu, quien había sido Jefe de Gabinete de Torres Bodet cuando este ejercía igual cargo en París. Estaban presentes una pléyade de intelectuales latinoamericanos y Torres Bodet leía su discurso antes de abrir el paso a los visitantes de las deslumbrante muestras de arte maya y azteca y los demás pueblos del Anahuac. Al terminar sus descripciones de esa maravilla de la arqueología, el poeta-ministro citaba a un poeta argentino que había dicho:

> Porque después de todo he comprendido
> que no se goza bien de lo gozado
> sino después de haberlo padecido.
> Porque después de todo he comprobado
> que lo que tiene el árbol de florido
> vive de lo que tiene sepultado.

Fue así que mucho latinoamericanos comenzaron a admirar a Bernárdez, quien dejara en la poesía nueva de los años 20, sus obras citadas. Vendrían después, en los 30, *El Buque*, *Cielo de Tierra*, *La Ciudad sin Laura* y sus ya fervorosos *Poemas Elementales*. Con humildad cristiana, en los años 40, ofrendaría sus *Poemas de Carne y Hueso*, *El Ruiseñor* y, hacia los 50, *La Flor*. Se le ha ubicado en la poesía mística universal con San Juan de la Cruz, Fray Luis de León y Lope de Vega. Los críticos latinoamericanos han celebrado sus asimetrías y antítesis de reminiscencia barroca y el elegante retorno en la métrica en la poesía rotunda y dulce de su franciscano misticismo.

A lo largo de nuestro siglo XX han venido a conocerse y admirarse por toda América los nuevos poetas, novelistas, dramaturgos y periodistas argentinos. Tanto que sería tan prolongado como atrevido enumerarlos. Cabe reconocer solamente la gran riqueza de la producción literaria de las últimas décadas. Para destacar a uno de esos escritores, entre los que ya no viven y de más creciente fama, hay que rendir tributo a Borges, poeta universal de quién se enorgullece América Latina.

Irrumpe Borges en el parnaso junto con una brillante

corte de extraordinarios valores literarios de su tiempo, como Mallea, Victoria y Silvina Ocampo, Noel, Mujica Láinez, Bioy Casares, Roxlo, Cortázar, Sábato, Martínez Estrada, Horacio Armani, María Esther Vázquez y otros.

Uno de los atributos de Jorge Luis Borges es su universalidad. Fue un heraldo de la globalización en las letras. Poseía un inmenso bagaje de cultura que incluía su gran versatilidad española, el expresionismo alemán, un dominio del inglés como lengua materna y del francés de todo escritor culto. Así, al escribir, deambulaba entre lenguajes, sobre todo en español y en inglés, acaso por las vertientes de sus dos abuelas. Gracias a ello supero y enriqueció tanto al Modernismo como al Ultraísmo.

Solía regodearse en el acierto de las metáforas como una "visión inédita de algún fragmento de la vida". Así buceó en la filosofía por la metafísica y allí en la razón de ser del individuo y del universo, hasta llegar a enlazarse con la lírica como ruta de acceso a lo absoluto. Fue un maestro del cuento, de la poesía y del ensayo, y así lo demuestran sus obras: *El Idioma de los Argentinos, Ficciones, Fervor de Buenos Aires* y su *Historia Universal de la Infamia*. En su poesía, de sorpresivas metáforas, hay siempre una médula de dulzura en versos que son cerebrales y tiernos a la vez. En su *Fundación Mitológica de Buenos Aires* dice:

"¿Y fue por este río de señera y de barro
que las proas vinieron a fundarme la
patria?
irían a los tumbos los barquitos pintados
entre los camalotes de la corriente zaina".

Retomó el tema del río en su *Arte Poética*:

"Mirar el río hecho de tiempo y agua
y recordar que el tiempo es otro río,
saber que nos perdemos como el río
y que los rostros pasan como el agua."

Estoicamente rimaba con ironía su condición de ciego encargado de manejar la gran Biblioteca Nacional. Por eso dijo en su "Poema de los Dones":

"Nadie rebaje a lagrima o reproche
esta declaración de la maestría
de Dios, que con magnífica ironía
me dio a la vez los libros y la noche."

"De esta ciudad de libros hizo dueños
a unos ojos sin luz que sólo pueden
leer en bibliotecas de los sueños
los insensatos párrafos que ceden
las albas a su afán. En vano el día
le prodiga sus libros infinitos
arduos como los arduos manuscritos
que perecieron en Alejandría."

Volviendo al gran dominicano Pedro Henríquez Ureña, uno de sus mayores placeres fue el que le deparó el colaborar con Borges a quien tanto admiraba, al componer, en 1937, una *Antología de la Literatura Clásica Argentina*. En toda América han proliferado elogios, análisis y antologías. El mexicano Alfonso Reyes decía que "Todo cuanto Borges ha escrito es digno de leerse y conservarse". El poeta y ensayista cubano Cintio Vitier, en un detenido estudio *En Torno a la Poesía de Jorge Luis Borges*, le elogió en la revista *Orígenes* de La Habana. En 1955, un boliviano, Marcial Tamayo, escribió, junto con Adolfo Ruiz Díaz, un inteligente análisis de la obra del gran escritor, titulado *Borges, Enigma y Clave*.

Borges ha sido tanto burilador como buceador reflexivo con una dosis de escepticismo. Así admiraba a Hume, a Schopenhauer, Benedetto Croce, por lo que llamaba "una estética de la inteligencia". Prodigaba desconcertantes respuestas con ironía concentrada y con admiración por lo vernáculo, hasta componer milongas y dejar una apología del tango. Le fascinaba evocar a los guapos de encrucijada y a los famosos cuchilleros porteños del 900. Todo con gran sentido del humor. Por ello, se ha dicho que Borges requiere lectores inteligentes y cultos, "sobre todo que hayan leído a Borges", pues sus trabajos inevitablemente se enlazan.

Tuve el honor de conocerle entre mis primeros contactos en Argentina. Ya carente de vista vivía en lo que él llama-

ba "un mundo de una vaga claridad". Un día recibió a un visitante y le dijo:

-Lamento, estimado amigo, que hoy me va a encontrar algo estúpido.

-Pero maestro –objetó el visitante-, no diga eso, usted que nos deslumbra.

-Es que -respondió Borges- acaba de irse un señor que propuso un intercambio de ideas...

Disfruté de la oportunidad de mantener una entrevista de televisión con Borges, junto con el Subsecretario de la Cancillería doctor José María Ruda y con doña Esther Zemborain de Torres Duggan. Se conmemoraba un aniversario de las Naciones Unidas y el agresivo entrevistador dijo por ahí:

-Pero todos saben que las Naciones Unidas no producen algo concreto sino meras palabras y palabras.

Borges, que había estado abstraído en su mundo interior, de repente reaccionó y, golpeando la mesa, dijo:

-¡¿Y le parece poco, jovencito!? Nada hay más grande que la palabra que es lo que nos diferencia de los animales. El mundo ha sido guiado por la palabra hablada. Se lo digo como escritor. Cristo, Buda, Sócrates, Mahoma, no escribieron, hablaron, y condujeron la historia. Mientras en las Naciones Unidas intercambien palabras en vez de proyectiles nucleares, estaremos mejor. ¿No le parece?.

Y volvió a sumirse en su mutismo.

Un día le visité, en la Biblioteca, en la calle México, en el barrio de San Telmo, junto con el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, el príncipe Sadrudin Aga Khan. Nos recibió cordialísimo. Sadrudin le dijo que había pedido verle porque admiraba su magnífico inglés pues había leído su libro de cuentos *El Informe de Brodie*. Borges le expresó su alegría porque le visitara un príncipe, sobre todo de una región del Asia de la que otro príncipe había salido también para ayudar a sus semejantes: Gautama Budha. Sadrudin le dijo que él, Borges, era el verdadero príncipe de las letras, y le preguntó que estaba haciendo. Borges dijo modestamente que, con sus alumnos, estaba tratando de descifrar textos sajones de los siglos VIII y IX y unas estelas de ruinas escandinavas.

El año pasado se celebró el centenario del nacimiento de Borges y participaron grupos literarios de toda América. Comenzaron los homenajes en Venezuela y siguieron por los Estados Unidos y Suiza. El profesor Alfonso Toro, del Centro de Investigaciones de Literatura Iberoamericana de la Universidad de Leipzig, dirigió jornadas sobre el influjo de Borges en la Literatura y en la Filosofía. En Murcia se desarrolló en 1996 un festival de poesía y asistieron unos 40 poetas que obsequiaron una placa a la viuda de Borges, María Kodama. En memoria de Borges, Uslar Pietri fue el encargado de recibir el homenaje que, en Caracas, le prodigó el Congreso de Literatura Iberoamericana.

Además, Borges nunca se termina. Si se toma la literatura por escuelas, Borges las cubre a todas y en todas es excelente, salvo su ausencia en la novela, que nunca intentó. Por ello hemos creído que, al referirnos a Borges, lo hemos hecho a toda la literatura argentina de hoy. Hay críticos que ya han planteado el interrogante: ¿Cómo se escribe después de Borges? El mismo definió como libros determinantes de la literatura argentina, al *Facundo* de Sarmiento y al *Martín Fierro* de Hernández. Escribió también un prólogo para una *Antología Moderna de la Poesía Uruguaya 1900-1927*, seleccionada por Ildefondo Pereda Valdés. En Chile, Teitelboim ha lanzado una biografía de Borges en la que dice que es, a la par, "un gran escritor universal y también netamente argentino y que es latinoamericano por su conciencia del dilema que ya se planteaba en el *Facundo* de Sarmiento, que es el problema de Chile y de toda Latinoamérica: civilización o barbarie."

De Borges acaban de reproducirse sus *Textos recobrados* con los escritos que no se habían publicado. En 1961 se le concedió el Premio Internacional *Formentor*. En 1971 el Municipio de Jerusalem le otorgo el premio *Jerusalem* que, en la Feria Internacional del Libro, se da al escritor que haya dedicado vida y obra a la defensa del hombre en sociedad. Para vergüenza de las autoridades suecas y por prejuicios políticos, no se le otorgó el Premio Nóbel de Literatura que

mucho merecía por sobre otros latinoamericanos que lo han recibido.

La bibliografía completa de Borges, publicada en Buenos Aires, incluye dos mil setecientas entradas, actualizando la que había publicado el Fondo Nacional de las Artes en 1962. Sus *Obras Completas* en francés fueron publicadas en 1983 en París en la colección *La Pleiade*. En el 84 apareció una colección en inglés en Estados Unidos.

Con obras y escritores como los que hemos citado el continente americano se ha formado una noción de la grandeza de la literatura argentina. Nadie mejor para resumir tal opinión con intensa pasión por América que aquel gran conocedor de Argentina, el maestro mágico, liróforo celeste, Rubén Darío" cuando dijo:

"Salud: Patria que eres también mía,
puesto que eres de la humanidad.
Salud, en nombre de la Poesía.
Salud, en nombre de la Libertad."

Buenos Aires 2000

Revista América No. 120,Segunda época, Abril 2002.

Eduardo Mora Anda

EL PAPEL DEL ESCRITOR AL COMIENZO DEL MILENIO

En el Siglo XVIII, el Siglo de las Luces, los escritores, los intelectuales se propusieron erradicar las supersticiones y prejuicios e iluminar al mundo con la sensatez de la razón y el credo de la Libertad. Es la época de Montesquieu, Voltaire, Diderot y D'Alembert. Había que liberar al hombre de la ignorancia y la superstición y estos pensadores tenían fe en el progreso y en la capacidad del hombre para mejorar. Voltaire en sus cartas y sus opúsculos quiere enseñar la tolerancia y eliminar las tinieblas. Thomas Paine predica la democracia, avalada por "el sentido común". Mary Wollstonecraft (1759-1797) reivindico por primera vez los derechos de la mujer con el lema "la mente no tiene sexo". Los fisiócratas, con Quesnay a la cabeza, propugnaron el *laissez-faire* en economía. Adam Smith sostuvo que la libertad económica es el sistema más obvio y simple y el mejor camino hacia el bienestar general. La Riqueza de la Naciones pasaba por el terreno de la codicia individual. Así pues el optimismo reinaba entre los pensadores y escritores y a sus discípulos, los generales de la independencia americana, les llevaba a creer que estaban forjando un nuevo mundo lleno de venturas. Estas creencias se reflejan fielmente en las proclamas de Simón Bolívar y otros patriotas. Era tal la fe en el progreso liberal que, para usar la frase de Leibnitz, parecía que la humanidad caminaba hacia "el mejor de los mundos posibles". Posteriormente un discípulo de los enciclopedistas, Augusto Comte, creerá en el advenimiento de una promisoria etapa científica y positivista, pasadas las etapas previas de superstición religiosa y metafísica.

Los hechos, sin embargo, empezaron a golpear ese

optimismo. Kant es un preludio de este fracaso: quiere catalogar todas las categorías mentales y decir todo lo posible sobre los juicios, pero luego se ve forzado por la realidad a saltar más allá de los fríos razonamientos y postular la necesidad práctica de contar con Dios y con el alma humana.

La Revolución independentista norteamericana de 1776 fue un éxito, pero la Revolución Francesa de 1789 sólo tuvo consecuencias benéficas a largo plazo. La transformación norteamericana logró establecer un régimen de libertades y balance de poderes, pero lo que hizo la Francesa en lo inmediato fue instalar el terror. El Comité de Salud Pública y los fanáticos, con Marat, Danton, Fouché y Robespierre a la cabeza, dieron frecuente trabajo a la guillotina. Después, el paseo militar de Napoleón por Europa costó tres o cuatro millones de muertos. El beneficio de la Revolución Francesa más bien se proyectó poco a poco: fue la consolidación de los principios de libertad e igualdad y el republicanismo. Don Vicente Rocafuerte, que después fue presidente del Ecuador, escribe en 1821 que la Revolución norteamericana estuvo acompañada de un profundo sentimiento religioso, mientras que la francesa degeneró en terror porque faltó este elemento y muchos confundieron libertad con impunidad e irreligión. He aquí una importante observación. En todo caso, el mejor fruto de estas dos grandes revoluciones del siglo XVIII fue la consagración del derecho de cada ser humano a vivir libremente su propia vida.

El optimismo del Siglo XVIII se ve replanteado en el Siglo XIX, ante la magnitud de los problemas y el asombro que causan determinados descubrimientos.

La Revolución Francesa, como hemos dicho, trajo grandes sufrimientos y, después de la derrota de Napoleón, Europa cayó en el conservadorismo de la Santa Alianza. Los trastornos que vive Francia, la comuna de París, la Guerra Franco-Prusiana y la de Crimea dan cuenta de cómo siguieron gobernando gentes que no cumplían con los ideales.

La misma independencia de los países iberoamericanos no resultó la panacea. Al poco tiempo nuestros pueblos encuentran que se hallan empobrecidos por la guerra, sujetos a caudillos y tiranos y más endeudados que nunca. La

administración de los nuevos países resulta desastrosa. Los flamantes estados gastan en burocracia y milicia más que todo el régimen colonial hispano. En vez de formar grandes federaciones como la norteamericana, los pueblos hispanoamericanos forman una serie de pequeños estados que guerrean entre si. La corrupción y el favoritismo empiezan como un cáncer tenaz y, más allá de la lírica de los textos, el caciquismo viene a ser el sistema político real.

En Europa, el industrialismo trae mejoras a la sociedad, pero crea una nueva clase proletaria y acarrea sufrimientos. La vida de los obreros es miserable, se obliga a trabajar a los niños y no hay límites razonables para las jornadas de trabajo.

En España se sufre la estupidez de Fernando VII, de sus mediocres sucesores y sus favoritos. En Rusia, el régimen de los zares lleva a Dostoyevski a plasmar en novelas imperecibles el sufrimiento de los hambrientos y de los prisioneros.

Por último, los descubrimientos científicos comienzan a remecer toda la concepción del mundo: Pasteur con los microbios, Mendel con las leyes de la herencia, Darwin con la evolución, Freud con el inconsciente Por último, Einstein con la teoría de la relatividad.

Jean Jaeques Rousseau, que era más emotivo que sus contemporáneos, había sido un disidente dentro de la pléyade de pensadores de la Ilustración. Mientras la mayoría de estos exaltaba la razón, diosa de Robespierre y de los enciclopedistas, Rousseau exaltaba el sentimiento y la revolución. Rousseau es en realidad el primer romántico y el abuelo de los revolucionarios de los Siglos XIX y XX. "El hombre nace libre pero en todas partes esta encadenado" es la denuncia que cala en Mazzini, Víctor Hugo, Marx, Freud y en los escritores de todas las épocas siguientes. Los románticos exaltan el sentimiento de libertad y por todos los caminos los pensadores buscan hacer más libre al ser humano.

Hegel trata de reemplazar la lógica natural o aristotélica con la lógica artificial del proceso dialéctico (tesis, antítesis, síntesis.) No deja de tener razón al ver la historia como un proceso. Carece en absoluto de razón al contradecir al sentido común. Exagera al idealizar la idea y al Estado Prusiano. En Alemania Herder y Fichte teorizan sobre la nación. Pronto el

nacionalismo se transforma en un culto, en una idolatría belicista que gusta a Bismark, al Kaiser y después, a los generales nipones y a Mussolini.

Carlos Marx le da la vuelta a Hegel y hace un dialéctica materialista y revolucionaria. Sus advertencias son todavía útiles; sus soluciones, en cambio, han resultado inútiles y han originando grandes sufrimientos. Otro filósofo, Arturo Schopenhauer, proclama la omnipresencia de la voluntad y se vuelve hacia el ascetismo budista en busca de una salida. Nunca logró integrar los elementos femeninos en su universo mental y por eso odió a la mujer y a su modo de ser. Alentó así, sin quererlo, un desbalance anímico que lleva a la negación de la vida.

Otro misógino fue Friedrich Nietzsche. Era un gran escritor poético, pero tenía un grave problema sicológico: quería compensar una formación demasiado femenina con bravuconadas de valor y de guerra. Quiso por eso superar el Cristianismo, que para él era una moral de esclavos, e inventó el superhombre. Nietzsche hizo el elogio de la guerra y de las acciones de los más fuertes. Para él sólo importaban las intuiciones y sentimientos de los poderosos.

Marx veía el futuro en las masas. Nietzsche, en el superhombre, en la minoría superior. Hegel –que era monista– había dicho que el Estado encarnaba la idea ética y la idea era el absoluto. Una combinación de Hegel, Nietzsche, Schopenhauer, la música de Wagner y las teorías racistas de Gobineau permitió darle contenido doctrinal al sadomasoquismo nazi. Ya deberíamos tener presente que el culto hegeliano al Estado ha originado numerosas guerras, que Nietzsche no deber haber estado en lo cierto, pues acabó loco, y que su seguidor Adolf Hitler se suicidó. Que el racismo es una corriente irreal en un mundo en el que no hay razas puras. El neonazismo, una regresión a la brutalidad. Lo hemos visto en la "limpieza étnica" practicada en la ex-Yugoslavia.

En realidad Hegel, Nietzche y Marx, Robespierre y Comte, levantaron diferentes ídolos: el Estado, la clase superior, el partido, la Ciencia, la Razón, etc.

El intelectual tiene el deber de oponerse a las corrientes que han producido tantas guerras así como el Holocausto. El valor de una doctrina se conoce por sus frutos. Nietzsche contraponía la pasión a la razón, la dinámica de las fuerzas vitales al orden y la moderación cuando el ser humano completo es una coherencia de espíritu, alma, mente y cuerpo. En Rousseau, en los románticos, en los materialista como en los idealistas, en los revolucionarios, hay un desequilibrio, pues el ser humano no es todo emoción. Faltan otros elementos, no hay un equilibrio, no hay una integración de todo lo humano incluida la razón, e incluido el sentido de trascendencia. "No ha hechos, sólo interpretaciones", decía Nietzsche. Un relativismo parecido es el que ha introducido la confusión en el mundo actual. Pero el escritor y el historiador no están para confundir sino para investigar, aclarar, e iluminar para propiciar el bienestar humano.

Estos pensadores de los Siglos XVIII y XIX eran todo menos humildes. Contrastaban notablemente con Santo Tomás de Aquino y Santo Tomás Moro, que reconocían bien lo limitado de sus fuerzas o con Erasmo de Rotterdam, que sonreía con benevolencia ante la debilidad humana. Gentes como Kant, Hegel o Marx creían tener las respuestas completas. En el fondo practicaban una egolatría soberbia y al divulgar sus pensamientos daban origen a idolatrías sociales. La idolatría de la ciencia, la del poder político, la de la clase social, la de la raza, la del partido. El papel del escritor no es levantar nuevos dioses falsos, nuevos ídolos, sino dar testimonio del camino que señalan la experiencia y la humilde fe. El papel del escritor no es el de Aarón, que hizo fabricar un ídolo para Israel. El papel del escritor es el de Isaías y Jeremías, que combatieron las idolatrías.

En 1914 la ambición, el culto idolátrico al Estado Nacional y la políticas maquiavélicas de alianzas y maniobras finalmente producen la Primera Guerra Mundial. Henry Marie Remarque, en su novela *Sin novedad en el frente*, señala el

absurdo de esta infame guerra que cuesta veinte millones de vidas. Ya a fines del Siglo XIX la pluma de Bertha Von Suttner había escrito *Abajo las armas* sobre cuatro guerras de la época. Obra elocuente que generó toda una corriente pacifista. El escritor es un sujeto creativo, la creación es su obra, la creatividad es su virtud. El escritor está llamado a acrecentar la vida y la calidad de vida. El escritor tiene pues que luchar por la paz.

La Segunda Guerra Mundial despedaza ilusiones y ¡sesenta millones de víctimas! . Ya no se puede ser optimista como en la época de la Ilustración.

Ya ni siquiera se puede replantear ese optimismo como en el Siglo XIX lo hicieron los teorizantes y en 1918 lo hace Wodrow Wilson al promover la Sociedad de la Naciones. Asoman las armas atómicas, los totalitarismos se renuevan, se vive la guerra fría, el terrorismo, las guerrillas, el equilibrio del miedo. El existencialismo francés aconseja vivir con autenticidad y libertad este breve momento del presente, que sería todo lo que tenemos. Se trata de una visión plana, chata, sin ilusiones, sin un horizonte de trascendencia. Aparece un escritor magnífico: Albert Camus y en *El Extranjero* nos plantea un hombre exiliado de sus semejantes. Sólo Gabriel Marcel diferencia entre problema y misterio y da un salto hacia lo trascendente. Sartre, en cambio, no es más que un melogómano, un pontífice máximo de su náusea que al final no sabe qué hacer y se vuelve hacia el marxismo. En Sartre se da el error de muchos intelectuales del Siglo XX: creer en la panacea de la revolución cuando el sentido común sólo puede hacer reformas. Marx, Lenin, Stalin, Mao divulgaron la idea inmoral de que se podía ir al bien universal por el camino de la violencia. La revolución lo justificaba todo. Maquiavelo hallaba una justificación dialéctica. La mayor parte de la literatura revolucionaria del Siglo XX adolece de esta contaminación tan nociva cuyo último fruto lo vivimos ahora: el terrorismo. Se sacralizaron la guerra de las guerrillas, las llamadas guerras de liberación, la Revolución Cultural China. Hace algún tiempo leí una biografía de Stalin escrita por Barbusse en la que el tirano georgiano por poco hacía milagros. El comunismo ha tenido sus santos, sus dogmas, sus pon-

tífices y sus libros sagrados. Fue la religión sin trascendencia, la fe sin Espíritu. El escritor, el creador no puede comulgar con estos ídolos. Es cierto, tampoco puede hacer el elogio del Fondo Monetario Internacional, o cantar a Henry Ford o Wall Street, pero no cabe que propicie la violencia, el sojuzgamiento y la destrucción, pues "lo que importa es la vida". Mahatma Gandhi, uno de los seres humanos más nobles del Siglo XX, que es el antimaquiavelo, nos dice: "El fin no justifica los medios". Y hasta llega a afirmar "Si los medios son malos, desecha el fin"

En el siglo XIX Enriqueta Beecher Stowe conmovió al mundo con su denuncia de la esclavitud en Norteamérica. *La Cabaña del Tío Tom* es una novela reveladora y enérgica. En Rusia Nicolai Gogol, Tolstoi, Dostoyevski y Gorki fotografiaron los absurdos y las desdichas del régimen zarista. En América Latina, el realismo social y el relato indigenista vinieron a denunciar la suerte del indio, del campesino y de los marginados. Es la literatura prefigurada ya en las valerosas páginas del padre Bartolomé de Las Casas. Ha habido un proceso para asumir nuestra propia identidad latinoamericana: primero el romanticismo, el costumbrismo y el modernismo, luego el realismo social e indigenista y después el realismo mágico, todavía más rico y más mestizo, lleno de imaginación y humor. En Gales, Richard Llewellyn, en *Cuán verde era mi valle* narra la tragedia de las sencillas gentes de las zonas fértiles arrasadas por la inmisericorde minería. Nuevamente en Rusia Pastemak y Solchenitsyn dan a conocer al mundo las miserias de la Revolución, del sistema soviético y de la represión en el Gulag. En los Estados Unidos Heminway y John Steinbeck, Tennessee Williams y Sinclair Lewis revelan los conflictos sociales e individuales de la sociedad del Siglo XX. El papel del escritor puede ser tremendamente liberador al generar una conciencia social y puede ser también liberador en lo interno del ser humano, como en los escritos de Francois Mauriae o Nikos Kazanzakis.

Pero hay más. No sólo se trata de combatir, sino también de divertir. Escribir es propugnar un espacio agradable para el buen lector. En un mundo de crisis y problemas no podríamos sobrevivir si no tuviéramos también la nota amable y bella y el mundo del humor, que nos humaniza. Esto es como

lo que ocurre con los niños: un niño no puede crecer sin cariño. ¿Qué haríamos en el mundo sin obras claras como las de Azorín, o luminosas con las de Rabindranath Tagore, o cantarinas y bellas como las de García Lorca y Alejandro Casona? ¿Qué sería de la Literatura Americana sin las Tradiciones de Ricardo Palma? ¿Acaso no es la tarea del escritor poner un ramo de flores en el mundo de las ideas y sentimientos? Sin estos capítulos de buen humor, hermosura y alegría el mundo se desequilibraría por completo, se hundiría. Dicen que la oración de diez justos mantiene al Universo. !Que absurdo e incompleto nos parecería el mundo sin las figuras de don Quijote y Sancho Panza, sin El Elogio de la Locura de Erasmo, sin el humorismo de Mark Twain, Daudet y Chesterton!

Divertir y enseñar es una combinación excelente. En mi adolescencia lo halle deslumbradamente en las obras de ese genio que fue Julio Verne, y por cierto, en Walter Scott, Jonathan Swift y Robert Louis Stevenson. Ojalá las nuevas generaciones supieran disfrutar de estos tesoros. Hay en la actualidad mucha basura en el cine, en la televisión, en revistas y publicaciones y esta basura confunde y desalienta. La confusión es la obra del diablo y el escritor, el buen escritor, está llamado a denunciarla y proclamar la claridad y la calidad.

Creo que vale destacar también el papel que juegan o pueden jugar los buenos libros de Historia para consolamos y guiamos. Aprender lecciones de lo que les ocurrió a otras gentes es muy útil y es de sabios. Se pueden así evitar muchos errores y a menudo un libro de historia es un codiciado refugio que nos permite descansar un momento de los problemas presentes o mirarlos a estos con una mejor perspectiva. Un autor decía: "Cuando estoy muy preocupado abro al azar un libro de historia o un biografía y me consuelo viendo que mis problemas no son tan grandes como los de otras personas y que muchos males pasaron con el tiempo."

Desaparecidos el Marxismo y la guerra fría, la humanidad enfrenta nuevos desafíos. El racismo que rebrota, el fanatismo fundamentalista que desarrolla sus capítulos de represión, violencia y terrorismo, la adicción a las drogas, la alienación de los espíritus y las mentes en un sistema que

venera el dinero.

La sociedad que viene será mestiza y pluricultural. Tengo la impresión que las luchas étnicas son las reacciones últimas frente a una realidad que lo invade todo: la presencia en todas partes de gente distinta a nosotros, de gente de otro color y con otras costumbres y valores. El actual racismo es una expresión del miedo frente al inmigrante, ante lo diferente. Lo extranjero inunda la vida cotidiana. Las civilizaciones cerradas están pasando a la historia. Las fronteras van siendo borradas por los innumerables viajes y las comunicaciones. Es una época de grandes cambios que suscitan mucha confusión, muchos miedos, muchos fantasmas que pueden llevar a actos locos, violentos, excesivos. El fundamentalismo es un totalitarismo con pretextos religiosos. En realidad es una reacción del pasado medieval que no quiere morir, frente a una realidad nueva, que arrasa con todo. El escritor tiene que hablar de esos miedos, de esos fantasmas, de las confusiones de la época. No necesitamos una mera reacción sino una creación que combine lo bueno y útil del pasado con lo bueno y lo útil de la postmodemidad. Una época de paz supone un modo de pensar armónico.

Por otra parte, del Norte nos llega la receta, que se dice única, de la eficiencia económica. La eficiencia está bien pero debe ser combinada con el sentido de humanidad. El mercado es importante pero más importantes son los niños, los pobres y los enfermos. Las familias.

El cine y la televisión han alcanzado una influencia suprema y todos los días derraman una insistente promoción de violencia y consumismo. Esta difusión de falsos valores con medios tan poderosos no puede dejarse así no más. El escritor tiene que luchar para que se reenfoque este tema, para que la televisión y el cine estén al servicio del enaltecimiento del ser humano y no para entontecerlo y deshumanizarlo. El historiador tiene que volver sobre el eterno tema de las verdaderas necesidades humanas y las bondades del espíritu.

La cuestión del exceso de población y el desmesurado tamaño de las ciudades y los problemas consiguientes implica la necesidad de repensar el estilo de vida y aquí una gran luz

pueden poner los escritores. Recordemos las *Odas* de Horacio, *La Vida Retirada* de Fray Luis de León, el ideal de simpleza de Thoreau y de los poetas taoístas.

La proliferación de sectas denuncia la confusión, la soledad y la falta de apoyo que experimenta la gente. El escritor está llamado a poner claridad, a denunciar la tontería y el fraude, a decir las diferencias, a descubrir lo trascendental en lo cotidiano. Si el escritor existencialista era un descriptor del vacío y de la angustia, ahora se necesita alguien que dé un paso adelante. Pierre Teilhard de Chardin y Henry Bergson abrieron el camino hacia nueva sabiduría en la que confluyen y adquieren una nueva dimensión la fe y la ciencia. Este camino ha de ser continuado. La Física Cuántica nos lleva a pensar ya no en leyes rígidas sino en hábitos, en el azar y en La Providencia. Ya no se trata de querer liberar al hombre inventando sustitutos de Dios, como lo hicieron Hegel y Marx. No, Bergson y Teilhard nos ubican y nos encaminan al futuro. Los dos, juntos tal vez con Jung, superan la estrecha visión positivista. El evolucionismo de Darwin resulta asimilado y proyectado hacia el espíritu. Teilhard supera la dialéctica hegeliana con la comprensión del avance en espiral en que la vida viaja al encuentro con Dios. Bergson además plantea una moral creativa, superior a la moral estática o represiva. Jung halla en la dimensión siquica el nivel de lo sincrónico y lo sagrado. Más todavía, Víctor Frankl penetra en el sentido trascendente de la vida y Federik Perls, con la Gestalt, trata de llevarnos a la experiencia de la vida completa. Ninguno de estos logros estaba en Freud. Pero toda esta riqueza todavía no se revela en una nueva literatura popular, pues las publicaciones de la New Age se quedan en un optimismo que no reconoce el mal, el realismo mágico todavía es anecdótico y regional, y la ciencia ficción es un subproducto de diversión, como la novela policial. La ciencia ficción incluso puede llegar a la esfera de la locura y la explotación, como lo prueban la Dianética y sectas como la Puerta del Cielo. Los autores de ciencia ficción desarrollan una imaginaría sobre las posibilidades técnicas pero no

hablan del sentido místico del universo, de lo que Einstein llamaba "el sentimiento religioso cósmico", prefigurado ya en algunas obras de Chesterton. Este genial escritor incluso llegó a combinar el proceso místico y la novela policial en *El hombre que Fue Jueves*.

Otro problema grave de nuestra época es del consumo de drogas que ha llegado a niveles alarmantes. Como sabemos el narcotráfico ha alcanzado un poder mayor que el de muchos Estados. Una sociedad que requiere tanta droga es una sociedad enferma. La gente tiene que encontrar un sentido de la existencia. El escritor, el ensayista, el historiador, el filósofo, tienen que redescubrirle al lector el carácter sagrado de la vida, el proceso de la historia, el sentido de la vida y lo vivificante de las vivencias superiores.

Nada que no sea el afecto humano y las vivencias espirituales puede rescatarnos de esa trágica condición. No habrá futuro realmente humano sin auto aceptación y descubrimiento del sí mismo, sin respeto a la vida y visión del Misterio, sin relación con la Naturaleza y con Lo Esencial del Uno Mismo. La vida es más que teorías, el desarrollo es más que la simple acumulación de riquezas y las vivencias fundamentales son más útiles y más importantes que los dogmas.

Tenemos que despertar al común de los hombres a una nueva conciencia. Requerimos integrar lo femenino con lo masculino, lo pragmático con lo estético, lo industrial con los ecológico, lo utilitario con lo ético, y lo mágico con lo racional. Necesitamos que el alma este entera.

El papel del escritor, del filosofo y del historiador al comienzo del milenio tiene que ser semejante al de los grandes profetas de Israel, que denunciaban las idolatrías del poder, el dinero y los vicios y proclamaban la libertad del espíritu inmortal.

Revista América No. 120,Segunda época, Abril 2002.

Ramiro Silva del Pozo V.
Embajador

MISIÓN EN MOSCÚ: RETO Y PRIVILEGIO

Ser Embajador en Moscú, constituye sin duda un privilegio y en cierta medida, un reto. En efecto, gran ciudad siempre, fue conocido antaño como la "Tercera Roma", para diferenciarla de la capital de Bizancio asentada por los siglos sobre siete colinas, tiene en la de Quirinal una muestra del poder temporal y en la del Vaticano el símbolo eterno del poder del espíritu.

Moscú más que Leningrado (el antiguo San Petersburgo), encarnó, –a mi juicio– la Rusia profunda, bastión inexpugnable el que es estrellaran todos las invasiones desde la de Batis (nieto de Gengis Khan) hasta la de Hitler, detenida a treinta kilómetros de los suburbios citadinos. Un sobrio monumento señala el límite del "no pasarán", que la voluntad de un pueblo admirable Impuso como tarea heroica a despecho de la adversidad.

A finales de 1917 trasládase la capital del nuevo Estado de los Soviets, de San Petersburgo a Moscú. Son abatidas las águilas bicéfalas emblema del zarismo, de las torres del Kremlin para ser reemplazadas por ocho gigantescas estrellas de rubí que proyectan, desde entonces, su rojo destello sobre el firmamento de la Historia.

Meca ideológica de los que creen que la verdad política y la justicia social se encuentran en los evangelios de Mark. Moscú es para todos uno de los dos polos hegemónicos con capacidad para alterar el equilibrio mundial y colocar en la balanza del destino los ingredientes susceptibles de garantizar la paz o desencadenar la guerra. El otro, naturalmente, es Washington...

Mi arribo se produjo a finales de agosto. Desde el avión veíanse bosques magníficos salpicados de lagos. Un verano definido permitió a los soviéticos aligerar su vestimenta y sonreir bajo el sol.

Costumbre ya tradicional, establecida en el núcleo diplomático latinoamericano, es la le de hacer que, junto al personal de protocolo, se convoque a los Jefes de Misión de esa área geográfica al que llega.

Del saludo inicial en la Sala de Diputados del aeropuerto Sheremetievo, arrancan amistades entrañables que se van consolidando poco a poco, durante el lapso generalmente apreciable que dura la misión.

En la residencia señalada por la Embajada del Ecuador –antigua casa de noble arquitectura–, recibí el saludo del soviético que trabajaría conmigo. Todos ellos pertenecían a un organismo estatal conocido por UPDK, siglas que en ese entonces me dijeron muy poco, pero que, al compás de los meses, iría comprobado las dimensiones de su importancia y el amplísimo espectro de su cobertura.

Organismo sin paralelo en nuestro sistema, tiene a su cargo la solución de todos los problemas previsibles del diplomático acreditado y su familia. Desde la provisión de billetes par tal o cual espectáculo, hasta el señalamiento de dentista o empleo de su sastre; de la reservación de hoteles, al arreglo de un caño de agua, no existe alternativa posible: o la citada oficina subsana la dificultad o esta, –cualesquiera que sea– se queda sin resolver.

Así las cosas, eran cinco las personas que colaborarían conmigo. La cocinera llevaba ya seis años y había enriquecido su panoplia culinaria con varios platos que gustaban a la familia de mis antecesores, lo que garantizaba mís apetencias gastronómicas, sin comprometer mi ciclo vital.

Corría a cargo del cuidado del jardín un ingeniero eléctrico encargado, además, de poner a punto la calefacción, complicado sistema que como la maquinaria de un viejo trasatlántico necesitaba más de maña que de fuerza. Era, entre todos, el decano y había visto desfilar numerosos embajadores.

Me interesaba mucho tratar a quién sería mi traductor,

puesto que el desconocimiento del idioma ruso creaba con él una forzosa dependencia en todo lo relativo, no solo a la prensa escrita, sino a comentarios radiales y televisivos. Una noticia puede traducirse del más diverso modo, cuando con ello se persigue determinada finalidad. No tuve, por fortuna, motivo de queja.

Esperaba con marcada ilusión la presentación de mis Cartas Credenciales. En todo lugar y circunstancia va revestida de solemnidad exterior y el protagonizarla es profundamente emotivo.

Mes de Septiembre. Hacía buen tiempo. A las cuatro en punto, los magníficos *chaikas* y un ruidoso número de motocicletas arribaron a la sede.

Los jefes de ceremonial y de protocolo soviéticos lucían impecables uniformes de gala. No se corresponden estos con el bicornio y espadín establecidos si no recuerdo mal por la Convención de Viena. Algo más austeros, me recordaban el de los almirantes o mariscales. De magnífico paño negro, con galeones dorados y muchas condecoraciones obtenidas no sólo en líneas diplomáticas sino en los campos de batalla conformaban un conjunto de gran prestancia. (Al verlos sonreí yo para mis adentros al recordar el "infantilismo" de un diputado comunista de mi país quién manifestó que acudiría en "mono de trabajo" si el Congreso recomendaba el uso de un traje de circunstancias para la solemne sesión en al que el Presidente de la República rinde su informe sobre el estado de la Nación).

El rápido recorrido de los diez kilómetros, más o menos, que separan la residencia de la Embajada del Ecuador de las puertas del Kremlin, permitía ver, no obstante, el interés de las gentes, las mismas que intentaban la identificación del país por los colores de la bandera nacional, que junto a la de la hoz, y el martillo, engalanaban los coches.

Al trasponer los portones del Kremlin, la fortaleza rusa por antonomasia, –donde se mide el pulso actual de por lo menos la mitad del mundo identificada por la creencia común en uno doctrina que conlleva el compromiso irrenunciable de la acción política–, se recorre vertiginosamente hacia atrás la Historia de un gran conglomerado nacional: el de la Santa Rusia. De la Revolución de 1917 –con 70 años de diario que-

hacer en función de sus postulados–, a Iván *El Terrible* que pasando por Bonaparte, –quien, desde estos bastiones vio trocarse en humo sueño de dominación universal–, hasta las biografías, a veces espeluznantes, a veces grandiosas, pero casi siempre trágicas, de los Romanov...

Acto seguido acometí la tarea –en ocasiones tediosa– de las visitas protocolarias menester que lleva tiempo, pero que es necesario. Se nota que cobra fuerza la tendencia a suprimirlas de facto. Grave error, –a mi juicio– puesto que, sobre todo en las capitales con numerosísimas misiones ese contacto de pocos minutos constituye la mejor manera de saber quien ese quien en el Cuerpo Diplomático, rescatándolo de la amenaza de impersonalidad.

La inicié pues, por el Decano, en estricto orden de antigüedad, limitándome a los representantes de Estados, con los que Ecuador mantiene vinculaciones.

Me fue grato comprobar que los acreditados en Moscú, casi sin excepción, tenían el respaldo de un currículo excepcional en doble aspecto; largo recorrido por misiones importantísimas y notable palmarés de actividad política o intelectual.

A los pocos días de haber visitado al Embajador de Francia, por ejemplo, éste era llamado por el Elíseo, a ponerse al frente del Quai D'Orsay, en los complejos momentos iniciales de la cohabitación. De modo que, del café que me ofreciera en el soberbio palacio de su residencia –la muestra más bella, a mi gusto, de la arquitectura rusa tradicional– pasé casi sin transición a su despedida, a la que –dado el apremio del retorno– apenas si se tuvo tiempo de invitarnos telefónicamente.

Latinoamérica, por fortuna, ostenta en la actualidad un núcleo de representantes señeros. Han sido ministros, subsecretarios, diputados, senadores. Se perfilan incluso candidatos. Esto les permite estar a la altura de grandes responsabilidades.

Como en pocos lugares, aquí en Moscú, la información política reviste especial complejidad. No se puede salir del paso con unas líneas de rutina y el correspondiente recorte periodístico. Hay que analizarla, procesarla con máximo

cuidado, lo cual requiere que el enviado diplomático posea conocimientos nada desdeñables de Economía, Organizaciones Internacionales, Filosofía, Ciencia del Estado y sobre todo Historia, sin cuya ayuda los fenómenos que se producen en el entorno, apenas si tienen explicación.

Proseguí, luego, a los contactos oficiales con los diversos órganos del Estado soviético. Arrojaban un balance de posibilidades –todavía embrionario– que era preciso incrementar.

Las dos partes concedíamos atención preferente a los asuntos culturales, intercambio estudiantil y a los cuestiones mercantiles, estas ultimas insuficientes.

Casi sin excepción, el trato con los funcionarios de los Ministerios correspondientes fue siempre cordial y fluido. A veces, empero, ciertos engranajes de la burocracia soviética se atascaban, provocando situaciones difíciles, susceptibles de poner en riesgo, incluso los programas culturales.

Tal ocurrió con la muestra pictórica de Eduardo Kingman. A este gran maestro de la plástica nacional, se le conocía en la URSS menos que a otros, en ningún caso mejores. Introductor del realismo social en la pintura ecuatoriana, queríamos que, al menos el público de Moscú y el de Berlín Oriental, aquilatasen la excelencia de sus lienzos.

Todo listo y de pronto estalla la dificultad: los contenedores, de apreciable tamaño, no venían dirigidos al Ministerio de Cultura de la URSS, sino a la Embajada.

Si bien es 'verdad que este falla de origen, así como la desmesura de aquellos, era imputable al Departamento Cultural de la Cancillería ecuatoriana, también es cierto que se podía dar al caso un tratamiento de equidad. No ocurrió así. La sección aduana del aeropuerto *Sheremetievo 2*, señaló una cifra enorme para liberarlos. Nada pudieron frente a tal cerrazón las instancias a las que acudimos, hasta agotarlas, tanto funcionarios de la Embajada de la RDA, como yo. Cuando al fin, ya muy tarde, nos disponíamos a remitirlos, vía aérea a Berlín, los contenedores no entraban por las puertas del tipo de aviones señalados para el efecto.

El vía crucis recomenzó y la exposición no pudo presentarse en la capital de Alemania Democrática.

Comprendí, entonces, cuanta razón tiene el señor Miguel Gorbachov al incluir en su perestroika –como imperativo categórico– la reestructuración de tales o cuales segmentos burocráticos, sin excluir en éstos, la prosecución de un cambio, no sólo de estilo sino de mentalidad.

La presencia de mas o menos quinientos estudiantes ecuatorianos en la URSS, determina una relación casi cotidiana con el Ministerio de Educación. El cincuenta por cierto de aquellos reside en Moscú

En los últimos años –según he sabido–, se ha elevado el pensum de los centros donde se preparan, así como la disciplina, tan necesaria en ciertas latitudes latinoamericanas, donde con frecuencia confunde libertad con libertinaje. Las situaciones creadas son ya conocidas: pugna, no siempre justificada, por cambio de ciudad o de especialidad; bajo rendimiento en algunos casos y, en otros, por cierto, menos frecuentes, deserciones provocadas por el clima o la saludable exigencia de un esfuerzo estudiantil sostenido. Las personas encargadas de solucionar esta clase de problemas han actuado casi siempre con ponderación, es de justicia reconocerlo.

Varias entidades dedicadas al más noble de los menesteres: el de la cultura, coadyuvan eficazmente con las Secretarías de Estado ya mencionadas. Entre los que tienen a su cargo los países hispano parlantes merecen grata mención: "La Casa de la Amistad", atenta siempre a las efemérides nacionales para conmemorarlas.

El Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias, cuyo órgano la revista *América Latina*, por su presentación y contenido, es cada vez más solicitada dentro y fuera de la URSS.

Novedades de Moscú, semanario editado en los idiomas de mayor difusión, –también por lo tanto, en castellano– marca en cierta medida el ritmo de las *perestroika* y la *glasnost*, en el campo periodístico.

No se podía cerrar de esta somera enumeración sin citar, al menos, a *Tiempos Nuevos* cuyo título anuncia su vocación aperturista.

El indiscutible magisterio que por la sugestión y actualidad de sus artículos, sumado al prestigio de los exponentes soviéticos que escriben en ella, apenas si podrá recibir mejor reconocimiento que la mención de su nombre. Me refiero a la publicación especializada *Internacional Affaire*. En ésta, al igual que en las demás, los diplomáticos hemos tenido, en todo momento, cordial acogida; unas veces invitados a colaborar y otras compelidos a formular alguna rectificación.

Se da por descontado que las misiones diplomáticas y el Ministerio de Relaciones Exteriores tienen contactos sumamente frecuentes.

El Departamento de América Latina, canaliza, –por así decirlo–, los planteamientos de nuestra parte, sin perjuicio de acudir a otras dependencias cuando se trataba de cuestiones específicas. De su lado, ésta u otra sección cualquiera del MID citaba al funcionario diplomático a intercambiar puntos de vista sobre tal o cual asunto, cuando era del caso. Este tipo de diálogos no siempre son fáciles, conllevan, a veces, el criterio contrapuesto de dos Estados, esto es, de dos expresiones soberanas. Pero en algo más de dos años que llevo al frente de la Embajada ecuatoriana, no he tenido reparo alguno sobre la corrección con que aquellos recurrieron.

Al frente del Departamento de Protocolo encuéntrase un Embajador importante, que por haber servido en algunos países latinoamericanos conoce bastante bien la idiosincrasia de sus gentes. Corre a su cargo el ceremonial del Estado, tarea de gran complejidad, dado el dinamismo cada vez más intenso de la diplomacia soviética.

Es raro el día, en efecto, en que no venga a Moscú una personalidad de relieve: Reyes, Jefes de Estado y de gobierno, parlamentarios, ministros, etc., etc., figuran en su agenda cada vez más recargada. No obstante los funcionarios del ramo, se dan modos para organizar visitas a lugares interesantes de la ciudad o su contorno y frecuentes excursiones dentro del vasto territorio nacional.

De las tantas en las que participe, destaco –por lo que tuvieran para mi, de vivencias inéditas– el viaje al Lago Baikal, al final de un verano y una cacería en Savidovo, en pleno invierno.

El recorrido en avión, desde Moscú, hasta Irkustsk, ocupaba tantas horas como desplazarse a Madrid. Y allí comenzaba recién la imponente taiga, reserva de bosques naturales, junto a la cual la gigantesca Amazonia, se mostraría tímida, por su pequeñez.

El bosque ondula y se extiende sin confines. Días por aire, tren, autobus, barco y la taiga continuaba interminable. Imaginese la riqueza en madera, pieles, animales etc. etc., para no hablar de su subsuelo, que esta descomunal reserva natural atesora. Después, creo que viene Siberia –ya habia perdido yo la orientación geográfica, en la entraña de un país, casi dos veces más extenso que los Estados Unidos.

En Zavidóvo la primera Navidad que pasaba en la URSS, se nos invitó a una cacería. No fueron, en esta oportunidad, mis colegas hispano parlantes. Recuerdo a los Embajadores de Egipto y de la India.

La víspera encendíanse grandes fogatas y se cantaba en torno de ellas. El frío era intenso, se hablaba de veinticinco grados bajo cero. Junto al fuego, tentaba frecuentemente a mi amigo de Guinea Ecuatorial con unos cuantos "tragos" mas o menos clandestinos.

Al día siguiente, luego de desayunar, se nos equipó con unas botas de fieltro, que había que calzar luego de envueltos pies y piernas con unas bandas de tela afranelada. Guantes, la utilísima *shapka* y una pelliza larga, especial para esta clase de eventos, completaban nuestro atuendo de pioneros improvisados.

Había que llegar a unas torres de madera erigidas en un claro del bosque. El trayecto no era largo, pero la respiración parecía congelarse y las lagrimas se solidificaban . En el fondo, en el horizonte, más que verse, se presentía al río Volga, convertido en una cinta de plata. Los rayos de un sol tenue, añadían destellos de oro viejo al paisaje cristalizado. De pronto sonaron las voces, todavía lejanas, de los ojeadores, que empujaban la caza, hacia nuestros apostadores. Quise aprestar mi escopeta, pero las manos no me respondieron. Solicité, entonces, el auxilio del médico que acompañaba a unos cazadores primerizos. Me ofreció un largo trago del mágico vodka, panacea universal para el cuerpo y el alma de los rusos...

Sonaron disparos. Apreté yo también el gatillo, pero fallé. Cercano resonó un grito de triunfo: uno de los jóvenes adscritos al Protocolo había cobrado. Se trataba de un ciervo corpulento, de arbolada cornamenta. De su nariz goteaba sangre sobre la nieve purísima. Diríase sarta de rubíes sobre terciopelo blanco...

Casi tres inviernos ya, de una experiencia a todas luces enriquecedora.

Sonará como siempre inexorable la hora de la partida en el reloj de nuestra trashumante profesión. Pero en el recuerdo, con caracteres fuertes, –como lo es el temple acerado y el recio del pueblo soviético–, queda ya grabada para siempre esta mi misión en Moscú: reto y privilegio.

Artículo solicitado por International Affairs, órgano del Ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS y reproducido por las revistas Teoría y Práctica del Socialísimo y Sputnik, (Marzo, 1989). El autor desempeñó el cargo de Embajador del Ecuador en Moscú, de 1985 a 1989.

Revista América No. 120,Segunda época. Abril 2002.

Violeta Luna

RESCATE DE TRES PRESENCIAS LÍRICAS

Posiblemente parezca imposible y extraño que empiece refiriéndome al anuncio de un cortometraje en el que dos niños quieren liberar a un pequeño elefante y el anunciante dice: "ellos tendrán que enfrentarse a toda clase de fieras: pero la peor de todas será el hombre".

Esta frase, dentro del contexto del cortometraje, resulta totalmente verdadera; y dentro de la actual realidad que vivimos al entrar al nuevo milenio, es también absolutamente cierta.

Si consideramos el entorno agresivo al que tiene que enfrentarse nuestra niñez y nuestra juventud en el afán de liberar y rescatar sus sueños y sus ideales, veremos que el obstáculo más grande es el sistema educativo. Paradójicamente éste, pese a la reciente reforma curricular consensuada, no ha logrado aún, en la práctica, encausar la actitud del escolar, niño y joven, en la búsqueda de su mundo, su espacio, su creatividad, su criticidad. Es como si todos los buenos propósitos de los educadores quedaran en el papel, y sus afanes reivindicatorios, al entrar en las aulas, se hicieran trizas.

No descarto, sin embargo, la esperanza de que en algún rincón, en alguna sala de clase un Quijote piense que una educación creativa es lo único que salvará al hombre del 2000 amenazado por las fauces de la tecnificación más violenta y brutal. Solamente la poesía podrá devolvernos la fe en nosotros mismos. Es urgente empezar por el niño, aprovechar su capacidad y su fresco potencial en el ejercicio de despertar al asombro y la sensibilidad a través de una educación

humana y jovial, enmarcada en la belleza, el amor y la verdad. Pues la vida es en sí misma un acto puro de belleza. Y qué mejor que la poesía para guiar el proceso vital de los sueños: esos resortes ocultos que nos mantienen todavía encendidos, como una llama contra el viento.

Y el primer estímulo y motivación en este sentido, lo debemos dar a los padres, quienes somos en realidad los primeros educadores y los primeros formadores de lectores.

Dentro de estas circunstancias y en el afán de darnos ánimo para poder a pesar de la embestida de la época, liberar, nuestro pequeño y blanco elefante de los sueños, dentro de esta situación digo, quiero rescatar y revalorizar la palabra poética de tres grandes de nuestras Letras: Miguel Ángel León, Jorge Carrera Andrade y Miguel Ángel Zambrano, cuyos méritos y personalidad, a la luz de un análisis parcial, conforman un todo magistral, como un trébol con sus hojas perfectamente sólidas. La lírica es un genero al que difícilmente tienen acceso los estudiantes con la debida conciencia de lo que realmente es ella. Esta confusión es la que ha llevado, en muchos casos, a la edición de libros mal llamados líricos. (Pero esto será materia de otra ponencia). Hoy nos centraremos únicamente en tres presencias poéticas vibrantes.

Ustedes dirán, por qué volver a los muertos, cuando hay ahora una proliferación increíble de poetas vivos. Pero, con el perdón de ellos, muchos no han pasado todavía esa definitiva prueba del tiempo preciso que requiere una obra para madurar y adquirir perdurabilidad. Es el transcurrir de la vida misma el que otorga al poeta o al artista la verdadera inmortalidad de sus hechos creadores.

Así y todo, en el Ecuador, nuestra poesía contemporánea, esa que recibió la amarga y desolada influencia del modernismo letal, se restauró y aseguro una nueva vitalidad con Gonzalo Escudero, Jorge Carrera Andrade, Miguel Ángel León y Miguel Ángel Zambrano, puntales trascendentes en nuestro panorama lírico alrededor de 1948.

Pero es aproximadamente el año 1955 el que abre una franja clave entre el Modernismo todavía formalista pero de perspectiva reivindicatoria y las tendencias de vanguardia socializante que se afianzaron en las décadas 60 y 70.

Y es precisamente en esta etapa definitoria (1954) cuando aparece el poemario *Labios sonámbulos* del riobambeño Miguel Ángel León.

Siempre admiré la personalidad poética de este hombre, desde mis tiempos de colegio hasta ahora. Quien no repite de memoria su "Elegía de la raza" y "Canto al Chimborazo" dos lazos líricos que atan a tres generaciones sin que se adelgacen o envejezcan.

La verdadera poesía es así: sencilla, clara y profunda. Es decir, no muere nunca. Y Miguel Ángel León, consagrado con apenas una veintena de poemas, fue rico y plural. Su calidad ha perdurado en magia y en asombro, porque la poesía es también eso: misterio y sugerencia, intuición pura y armonía que resiste al tiempo y al espacio.

Compañero generacional de los poetas ya nombrados, León reencuentra el modernismo de vanguardia y la belleza verbal con especiales y naturales dotes. Diríase que fue un sencillo amasador de glorias prematuras, aunque confiese lo contrario en uno de sus poemas: "Amo más a mi perro que a la gloria". Sin embargo, quien más que su obra para defenderse sola de los embates y avalanchas, sola como esos troncos de pino y los cerros de mármol de su páramo.

Pienso que Miguel Ángel fue un hombre bueno, orgulloso y tenaz. Heredero del campo, del viento y los rumores de su provincia agreste. Voz transparente y silvestre la suya, ajena a las réplicas convencionales y a las jerarquías que fomenta la crítica. De ahí que su único libro, fruto de su cortísima existencia, constituye un ponderado pilar en nuestra nacionalidad poética contemporánea.

Tal vez la juventud estudiosa de la patria no tenga una visión clarificante de Miguel Ángel León, a lo mejor porque muchos de los textos escolares, antologías y programas oficiales, a parte de olvidarlo o nombrarlo fugazmente no escarban en su auténtica raíz y tocan ese tibio manantial de su palabra.

Yo creo que la obra de León es digna de analizarse dentro de tres aspectos:

1. Escuela
2. Temática y
3. Forma.

1. En cuanto a la escuela, me inclino a sostener que Miguel Ángel León es dueño de una poesía de convergencia. En ella se conjugan y combinan tres épocas literarias. Es ella un puente al que convergen los rezagos del viejo formalismo, el neoromanticismo y el post–modernismo, tendencias de desbroce que dejan al autor casi libre de las ataduras estetizantes, convertido solamente en un humanista, con claro sentido de ser universal.

Ni el localismo criollo ni la simpleza vital del medio ambiente perturbaron su perfecta consonancia y su nivel de equilibrio. Respetuoso de lo rítmico descarta el desorden y la anarquía de sonidos. Su música es vehemente y sensual. Juzgue el lector en sus piezas: "Soneto al fuego", "La alondra de la paz" y "Antífonas del triunfo", en los cuales las medidas, métricas y los acentos se cuidan y se ponen en guardia ante las fauces herméticas del concepto.

Converge por todo el paisaje natal andino, rescata con él esa romántica presencia de lo suyo, de lo que arisca y altivamente es su heredad, su oficio, su identidad

Bajo este sauce como
bajo una jaula de jilgueros
habíamos plantado nuestra choza.
La choza fue abierta. Abierta como un día
con sus menudos dientes claros de candela

Y del modernismo, Miguel Ángel retorna los marfiles, las sedas, los ruiseñores, los pianos, los estanques y las venus. Me remito solamente a los poemas "La voz penumbrosa" y "Dos alas han caído".

Convergencia esta que no sólo plasma movimientos y corrientes sino también técnicas y géneros. Tal vez por eso la dualidad épico–lírica es indiscutible en este poeta. Su viril cosmovisión y los ígneos lagos que no dejan de quemar en su memoria, nos acercan a su individualidad mezcla de látigo y

de néctar, de grito y de pétalo. Así lo sentimos en "Elegía de la raza" y el poema "Soy un vaso, bébeme" (juzgue el lector).

2. Temática: En este ámbito el poeta también es universal. El hombre, la naturaleza y el amor son los cimientos de su obra. Canto múltiple del suyo, a veces temblón como el presentimiento, otras veces recio como el huracán, pero casi siempre límpido como la sal, el grano de maíz y el aguacero. Posiblemente en esta triple significación social, telúrica y erótica radica la verdad de este hombre de alma simple y pies eternos, porque su huella pisada por pisada desde el umbral de vallejo y Hernández, hasta el paraíso de Silva, Borja o Caamaño y asentada con fraternal ímpetu en la tierra de escudero y Carrera Andrade no será borrada ni dañada nunca.

Este Miguel Ángel León podrá cambiar de cielo conforme las particulares estaciones y creencias. Pero su bien ganado sol, ese único e infinito resplandor no podrán negarle ni los defensores del idioma ni los ídolos que anteponen su soberbia y vanidad a la grandeza de conciencia.

Hijo del río, de la lanza, de la estrella, de la flor, abre su mano sólo para darnos a luz palabras buenas y sencillas, palabras que su lengua las engendra porque ella es una "rosa de palabras" que dice palabras de rosa"

Y su espíritu es sólo un pentagrama rústico suspendido en la punta de un árbol. Quizá, Por eso se auto califica así:

Mi alma debió ser una caña musical
en los la labios de un viejo pastor

3. Forma Aquí el poeta es cien por cien descriptivo y prosopopéyico. La imagen es la vértebra del verso. La comparación pura es definida y estructural. Considero que el poema "Instantánea", uno de los más logrados y perfectos ratifica lo sostenido. El dice

Se hunde el sol con tal fuerza en el fondo del mar
que hace salpicar
el agua hasta los cielos

y aquellas que decís estrellas
no son más que gotas
del agua salpicadas.
Por eso las estrellas no las veréis brillar
Mientras el sol no se hunda en el fondo del mar

Su constancia en el tropo lo vuelve fosforescente, móvil y sinfónico. La sola introducción o preámbulo de su libro es un redondo poema en prosa, mezcla de apología, monólogo y apreciación certera de sus íntimos recursos. Consciente siempre de la imperfección del lenguaje, habla en símbolos de dulce evasión, en paradojas cósmicas y en símiles contundentes. Ejemplos

El cielo esta Rosado como una manzana del paraíso
El sol brilla como un timbre en la puerta del día
El río como una lágrima
suspendida en la pestaña del bosque
El nevado aletea como un pájaro blanco
Quedaron tus lágrimas
como puntos suspensivos
En el azul del alma.

Etc. etc.

La prosopopeya completa maravillosamente sus pinceladas descriptivas:

El volcán con las fauces abiertas
ladra a la luna que pasa
El viento como un ciego va buscando las puertas
El fuego araña el aire negro de la estancia
y cual gato diabólico brinca al tejado
Las Estrellas se encabritan como potros. etc.

La metáfora múltiple es ancha y fértil

Afilaba el machete de la venganza
en la piedra negra de su orgullo

Cabe mencionar por tanto que estamos frente a una poética metafórica esencialmente vibrantes diáfana, enmarcada en tres características

a) ironía,
b patetismo y
e) desolación

a) La ironía.– Es sutil y franca. Ella es el vestido de su verdadera interioridad. Honesto como nadie dentro de la poesía, este hombre dignificó su raza, su suelo y su minúsculo continente. Consideró la vida elemental y tranquila como el mejor regalo. Despectivamente aladeó a los oportunistas, a los que tienen el poder del odio y las monedas, a los intelectuales mentirosos que se hacen plataforma en cada show presentado al pueblo. A esos los fustiga, a esos que se duelen de la Patria y de América y que sin embargo se ahogan de miedo cuando ven peligrar sus pertenencias, su nombre o su posición. Y desde su provincia natal nos da 'ejemplo de valor e integridad teórica y práctica. Y prefiere en un tren de carga, llegar al mar y darse de marino o de paje, anclar en cualquier puerto con tal de que éste no sea de Norteamérica ni de ningún' país inglés.

Demócrata hasta la muerte, Miguel Ángel fue auténtico como ser humano, porque el sabía y yo así lo creo, que más importante es el hombre como persona que como poeta o pequeño genio.

b) En cuanto al patetismo, siempre interrogó, apostrofó y se admiró de todo y ante todo. Característica muy peculiar en temperamentos corno el suyo. Diría que la búsqueda, la metafísica y la filosofía lo hicieron lógico y tierno.

La desolación, junto con el presentimiento e intuición de la muerte lo volvieron valiente hasta el final, respetuoso de la fría y adversa penumbra.

Mi libro está escrito para no leerlo en vida"
He de morir de joven
Para mi la vida es como una costumbre
Que hoy, mañana –quién sabe– habré de abandonar.

Por eso creo que nosotros tenemos aún el horizonte entero, para crear con el "otro mundo paralelo al existente" y rescatar como él una chispa de sol del alma de una nebulosa. Y en este mismo contexto al virar la siguiente página, comparto esto de que: Llegará un día en que la poesía será en el campo espiritual lo que la vista y el oído son el campo físico, es decir, que será un don natural de todos los seres humanos, y este lenguaje de pocos, se convertirá en instrumento universal de civilización.

Algo así manifestaba años atrás Jorge Carrera Andrade al hablar sobre la poesía hispanoamericana durante una Bienal Internacional en Bélgica.

Y posiblemente no se equivocaba si consideramos el asfixiante círculo de la vida mercantilista que llevamos en estas últimas décadas. Y sí, al ser conscientes de tan dislocado panorama pugnamos desesperadamente por el rescate de los supremos arquetipos y los valores olvidados. Y más aún si agobiados por tanto peculado, inestabilidad de sistemas, mentiras y sofismas, anhelamos más que nunca respirar otro viento, aspirar otro néctar: ese aire esencialmente espiritual de la poesía. De ahí que llegará un día en que los poetas tocarán a la puerta de todos los seres de la tierra para estrenar su voz y su inteligencia al servicio de las crisis individuales y sociales. Tal vez ya lo hayan logrado, tal vez lo intenten veladamente, pero; acierten o no acierten, en su conquista universal, la poesía será siempre una ventana abierta al mundo. Y siempre, en cualquier momento, todos necesitarnos asomarnos a ella para mirar la vida. Descubrir sus harapos o sus galas y caminar juntos hacia la paz y la verdad.

Ojalá los obstáculos de la época no resulten más poderosos que nuestra necesidad espiritual y las fauces del mecanismo no devoren nuestra lámpara subjetiva y la imagen y el cartel no destruyan la palabra y su idea. Para esto, los maestros tenemos que salvaguardar el mundo mágico y confortable de la poesía y nutriéndonos de ella emprender la marcha hacia "la infancia de un mundo mejor".

Y al nombrar a Jorge Carrera Andrade no podemos dejar de pensar en tres soportes esenciales de su creación literaria: EL HOMBRE, SU PATRIA Y LOS SERES INFERIORES que lo

rodearon. Situaciones éstas que se cumplen en su obra con originalidad, poder de imaginación y total acierto. Quizás por esto no podemos desligar al poeta del ámbito histórico, telúrico y filosófico. Pues nadie mejor que él conoció al hombre universal y lo abrigó con su sol ecuatoriano, ni nadie como él escarbó en las malezas del tiempo para encontrar el corazón hirviente de su raza, ni hubo otro que pudiera dialogar con el escarabajo y la tortuga, o luchar por las causas socialistas, integrando al movimiento proletario también a las cigarras. Y para esta lucha reivindicadora, Carrera Andrade siempre tuvo a mano su gran arma, "esa secreta arma de la paz: su poesía". Por eso en su combate poético no escatima vigor ni entrega lírica para exclamar

> Tú me darás el arma poesía
> para vencer al enemigo oculto,
> para extirpar las sierpes del planeta
> instaurando el reinado del rocío.
> Oh poesía armada
> Clava tu alfanje de cristal y música
> en él cuerpo del pulpo de la sombra,
> da muerte al escorpión de la injusticia,
> corta el pan de la luna para todos,
> protege al nido, corazón del árbol,
> y ciñe tu armadura transparente
> para el combate diario con la noche".

Como buen modernista, el poeta sabe hacer uso del símbolo en un desangre de sinestesias. Y así, con su fórmula imaginativa logra estremecer o recrear un continente entero también caben en ella todos los minúsculos seres de la tierra, seres en cuya luz y fortaleza pocas veces nos detenemos a soñar. Y es precisamente a las plantas y a los insectos a los que llega el poeta con gesto único, retando a la técnica que pretende conquistar el cosmos, cuando, ni siquiera se conoce aun el insignificante mundo vegetal, ese mundo aparentemente silencioso y resignado al que Materlink lo considera el más sabio y el más inteligente porque es el mundo desafiante, el que rompiendo la estrecha esfera del suelo, invade y con-

quista la superficie del globo. Y esta inadvertida potencia parece intuir el poeta cuando escribe al gusano, a la yerbabuena, al grano de maíz, a la fresa, al limón, a la araña. Para todos ellos tiene un micrograma, una metáfora dulce, un símil tierno, una prosopopeya

La hortensia es un semblante,
el crisantemo una cabeza.
Sobre el seno del agua
El loto niño sueña

Es así como los elementos naturales cobran relieves inusitados, vuelos que la pluma no puede limitar, porque la poesía es dimensión infinita, "mágico ordenamiento de vocablos", estado de efervescencia y languidez supremas, estación donde no cuentan los deshielos del tiempo sino únicamente la tibieza vital de cada cosa y su profundo contacto.

Sea que cante a las prosaicas sombras de un espejo o a las campanas del Havre, Carrera Andrade siempre usa su sexto sentido para llegar a la conciencia del hombre, ese hombre que está más allá del delantal blanco de diciembre o del cuaderno albo del mar, ese hombre que es todo y es nada, ese eterno escéptico, que existe sin saber su propia medida metafísica, su racional totalidad, ese hombre que sólo espera un generoso estrechón, un saludo cordial, un golpe en la espalda o simplemente la punta de un recuerdo para percatarse de su original postura. Y a ese ser también lo ubica en el escuadrón de la batalla liberadora, porque la poesía es también "un instrumento para la emancipación". He aquí cómo le canta:

'Hombre de cualquier tierra o meridiano,
yo te ofrezco la mano
te doy en ella el sol americano

Te doy la brava pluma
del cóndor, la candela ágil del puma:
selva y montaña en suma

Te doy la geografía
vasta y azul, el día
concentrado en el fruto de ambrosia.

El sol americano
te lo entrego en mi mano.
Hombre mundial, mi hermano.

Heredero de Rubén Darío y de ciertas corrientes europeas, Carrera Andrade hunde su semilla en imborrables surcos. Pues su trajinar por caminos y ciudades lo llevan a cuajar una obra seria, fresca, elocuente, de cromático y sonoro formalismo y sobre todo de una extraña y sensual fuerza significativa. Pues más allá de la comparación certera el poeta deja avizorar su optimismo por la vida, su fe, su confianza en los objetos enormes y pequeños, su esperanza en la unión de los hombres y su amor en la vida. Quizás es uno de los pocos poetas que no tuvieron tiempo para rumiar la desolación y el desencanto, tal vez Carrera Andrade fue un hombre sin temores, un hombre feliz, un vencedor Por eso, desde cualquier puerto del mundo, desde cualquier baranda, emocionado siempre, y sin dar importancia a las crueles trivialidades, como quien enseña el secreto de la dicha, repetía:

Bienvenido, nuevo día
La alegría es un pez rojo
'y la poesía un pájaro que canta...

En Cuanto a Miguel Ángel Zambrano:

Conocí a este hombre en 1964, cuando desempeñaba las funciones de Secretario General de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Hombre sensato y bondadoso características propias de los seres superiores inteligentes.

Compadecido siempre de los pobres y necesitados, de los huérfanos de salud y de futuro, se propuso ciertamente escribir un diario lírico de su vida de observación, un secreto testimonio de los monólogos y diálogos más vehementes con esas dolidas almas que son parte del mágico mundo del silen-

cio. Toda una vida le llevó anotar estas reflexiones cotidianas –y cuando creyó oportuno compartirlas con los otros como un agridulce manjar, lo hizo seguro, firme y maduro–. Nos entrego entonces tres libros sorprendentes: *Dialogo de los Seres Profundos*, *Mensaje* y *Biografía Inconclusa*.

El primero es un libro sombrío por su temática, pero de dura y desgarradora filosofía. Quien se adentra en su lectura siente inevitablemente el agobio de la impotencia, la tristísima incapacidad de la solución; más aún si quienes comparamos su poesía somos también gente sencilla, con limitaciones materiales y grandes nostalgias espirituales.

Miguel Ángel Zambrano parece haber crecido en este doloroso peregrinaje por los senderos más tortuosos de la Patria y en ese trajinar por las heladas moradas de los hambrientos, los tísicos, los sifilíticos, los ciegos y los niños que nacen solo para estrellarse en un muro de lágrimas y frustración. Sin embargo, no toda la obra del poeta, tiene ésta tónica; su libro *Mensaje* es precisamente un llamado a la reivindicación, una recomendación optimista a vivir la vida nueva, sin mentiras, sin muerte dentro de nosotros, sin miedos ni cadenas.

Y a diferencia de las metáforas hondamente desoladas de *Diálogo de los seres profundos*, como estas:

No hay más que un punto en el espacio: Yo
Alarido de luz helada
sobre un espejo náufrago en las sombras.

O esta otra:

la luna con patas de algodón,
trepa por el sauce que se estira de susto,
Un nubarrón lagarto la engulle de un bocado
Y el hombre de farol
Avanza tambaleante por un lienzo
Diseñado al carbón en planos inestables.

A diferencia de estas metáforas, digo, el poeta vislumbra un lenguaje más comprometido con un porvenir de sol y de promesas, de frutos y de sueños en las páginas de su libro *Mensaje*, en donde ya puede exclamar:

Amas la tierra y la tierra te ama
Es tuya, tómala
Acaríciala prepárala, fecúndala
Hazla con tus manos
sana y robusta.
Escarda el surco igual que se escarmena
el vellón del cordero favorito.
Labra el campo
como se labra el cedro y el nogal,
como se bordan los manteles de la fiesta,
el velo de la novia,
las sobrecamas del amor.
Hunde tus manos en la tierra
y el corazón con ellas.

Sabio, organizado y mesurado en su trabajo literario, sin la penumbra que a veces suele malograr una obra poética, especialmente en los jóvenes escritores Miguel Ángel planifica su libro como una gran parábola para ser leída en veinticinco partes, como un divino testamento, rico en epígrafes, lecciones, apóstrofes, mensajes, en.suma, de esperanza, amor y fe.

Con estas veinticinco palabras como las llama, esenciales arengas, por la toma de conciencia para un cambio radical, este libro se nutre de símbolos, de elementos telúricos, de metálicas imágenes, como si en realidad hubiera sido un fiel condiscípulo, inseparable, de Escudero y Carrera Andrade. Y en efecto lo fue, sobre todo en esta nutrida, heterogénea y contrastante Universidad de la vida poética en la cual se codearon y marcharon a la vanguardia de las revoluciones redentoras del hombre americano, acosado siempre por las sempiternas mentiras del seudo poder, la seudo libertad y la seudo justicia.

De ahí que la búsqueda del terruño, la identidad y la Historia son como ráfagas de aire fresco en los renglones de este libro. Y es el silbido penetrante de nuestro ancestro el que traspasa el tiempo y rescata del fondo oscuro del pasado nuestro sol ecuatorial, el único patrimonio limpio que poseemos como nación y como pueblo. Su decimoquinta palabra contribuye a este rescate:

Los hondos pondos depositarios sin memorias
de la dorada y triste magia
del maíz acidulado.
Los enormes sombreros y los ponchos.
las llamativas mozas de colores.
Las camisas bordadas y los collares temblorosos
que de las plazas pueblerinas hacen
abigarradas mantas sacudidas
en las rugosas faldas de los cerros

Ebrias de sol y músicas candentes
Sembradoras de granos de esperanza
Recolectoras
de cosechas doradas de alegría.

Ser auténtico ha sido siempre el mayor objetivo de quienes como Miguel Ángel Zambrano creyeron en la verdad y la integridad de conciencia. Nadie, que ostente la soberbia, la prepotencia y el orgullo, como formas de grandeza y perfección puede pasar a la Historia, (aunque esta albergue enconos ancestrales y horrendas inquinas) En todo caso, el derecho ha ganarse un lugar en la Historia verdadera lo tienen los seres auténticos, los que piensan y son fieles a sus raíces, a su natural rincón, a su fuego primitivo. Y con esa autenticidad animosa y esa fuerza de identidad desbordante quiere ver a su gente, al hombre equinoccial para quien "la hora soñará", porque "del oscuro país de la ceniza saldrá el paisaje luminoso"; ese paisaje interior de los humildes, los verdaderos grandes; y olvidando quizás el otrora emocionado deseo de Carrera Andrade, o más bien solidarizándose con él, quiere también estrechar la mano de los hombres totales, plurales, a quienes los identifica como "Ciudadanos del mundo de los libros".

Jóvenes amigos –les dice–
A vosotros que siempre estáis al norte de mis ojos
y en el alto nivel de mis anhelos,
os doy la mano y digo
el próximo capítulo de la Historia
(–de la nueva el primero–,) os corresponde.

Y, en verdad, si queremos hacer la Historia, todos nosotros, los que batallamos a diario con la palabra, hemos de empezar por la lección de este poeta: fortalecer nuestra identidad y ser grandes en la humildad y la autenticidad.

GRACIAS.

Revista América No. 120.Segunda época, Abril 2002.

Doctor Carlos de la Torre Flor

LOS DESAFIOS Y MITOS DEL PRESENTE

Hace algún tiempo, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) envió este cuestionario a varios intelectuales ecuatorianos. A continuación se presentan las respuestas del autor.

1. ¿Cuáles son los desafíos éticos que enfrenta actualmente la sociedad ecuatoriana? ¿Son temas ligados principalmente a la vida política? ¿Son aspectos que se relacionan con la convivencia ciudadana y con los valores que en principio la deberían animar? ¿A qué se alude cuando se afirma que se han perdido los valores?

La crisis de valores de la sociedad ecuatoriana se inscribe en la crisis general de valores de todo el mundo contemporáneo. Por supuesto que tiene sus peculiaridades que le vienen, primero, del hecho de ser una sociedad que no ha arribado plenamente a la modernidad cuando las sociedades más avanzadas están ya en la post–modernidad; y, segundo, del hecho de que los valores propios de la modernidad son incuestionablemente "occidentales" y nuestra identidad –en vías de integración– no es totalmente "occidental ".

Nadie puede negar que la crisis de valores es universal. Sería ocioso abundar en ejemplos: el presidente de la potencia hegemónica vendiendo los perdones a sentenciados por narcotráfico o los bancos suizos –los bancos por antonomasia– coludidos con el nazismo para lucrar con el oro de los judíos perseguidos y asesinados, serían suficientes.

¿Por qué la crisis de valores aquí, allá y acullá?

Los avances de la ciencia que refutaron los dogmas religiosos sobre la creación, el geocentrismo y el convencimiento de ser la criatura a imagen y semejanza de Dios, relativizaron y pusieron en duda esa otra parte que viene con los dogmas de base de toda religión: los imperativos morales, las normas de conducta, los mandamientos éticos.

Ante la pérdida de terreno de las religiones, el racionalismo acudió a remplazarlas como cosmovisión y como origen de una nueva ética, como creador de nuevos referentes y valores. De todos los racionalismos, el racionalismo marxista cumplió de manera más completa y exitosa ese papel. Llegó a convertirse en una especie de religión laica y secular.

Pero el marxismo fue refutado por los hechos. Siendo una doctrina eminentemente pragmática no pudo resistir un mentís tan rotundo dado por la misma práctica.

Muchos de sus enunciados teóricos no han sido refutados. Pueden seguir siendo válidos, pero el desprestigio de su fracaso factual les ha borrado como fuentes de referentes legítimos.

Así pues, vivimos un momento histórico en el que es evidente la ausencia de valores y referentes sólidos.

"Si Dios no existe, todo está permitido" dice Dostoyevski, a través de Iván Karamazof. Incluido el Dios laico –razón, solidaridad y progreso humano– del marxismo.

Al mismo tiempo, el formidable avance de la técnica pone en las manos de la humanidad, que puede pagarlos, bienes y servicios en abundancia, posibilidades de disfrute y de placer no imaginados siquiera en el pasado.

La ética ha impuesto siempre freno a los apetitos individuales en beneficio de los intereses colectivos. Si con un aumento en el premio coexiste una laxitud en las normas, el resultado es de esperarse –una sociedad hedonista, exitista, individualista, de moral acomodaticia, que se rige por la norma de que lo que se puede hacer se debe hacer, que el fin justifica los medios y que lo único que no se puede perdonar es el fracaso.

En este panorama se inscribe la pérdida de valores de una sociedad –la ecuatoriana– que, aparte de sus problemas

de desfase evolutivo –pre-modema en un mundo post-moderno, y cultural– semi-occidental en un mundo occidentalizado– tiene que resolver los problemas atinentes a su condición de marginal, dependiente y pobre.

Obvio que los desafíos éticos tienen que manifestarse en, todas las esferas cultural, política, convivencia ciudadana, económica, etc.,etc.

2. El problema de la corrupción. ¿Es algo nuevo en Ecuador? ¿Se ha incrementado? ¿Cuáles podrían ser sus causas? ¿Cómo podría ser encarado? ¿Desde el Estado y sus Instituciones? ¿Desde la sociedad, la educación y el debate público?

La corrupción no es nueva aquí ni en parte alguna del mundo. Es tan antigua como la civilización. Quien tenga un somero conocimiento de la Historia universal y nacional, sabe que la motivación principal de hombres y sociedades, aquí y allá, ha sido siempre el afán de poder y de riqueza y que jamás los preceptos morales los han detenido. Ni en las mejores épocas de predominio de las religiones.

Es de suponerse sí, que entonces, a la transgresión debió seguir un sentimiento de culpa.

Los sacrificios religiosos, las indulgencias, las penitencias debieron cumplir una finalidad de terapia conciencial; la pérdida actual de normas absolutas, la relativización de la ética, los han tomado innecesarios y obsoletos.

A pesar de todas las desigualdades y de los grandes reductos de pobreza e indigencia es incuestionable que el Ecuador actual es más próspero y rico que el Ecuador de ayer Hay más dinero de por medio. El premio para los corruptos es mayor y, pues, correlativamente debe existir un incremento de ese viejo cáncer que nos corroe.

Si a todo ello añadimos la impunidad para el corrupto completamos el tenebroso estado de cosas que estamos viviendo.

¿Cómo podría ser encarado? Por supuesto que desde el Estado (reglas claras, Poder Judicial justo, fuerza pública que haga cumplir las leyes y sentencias), desde la sociedad toda, desde el púlpito inclusive (todavía la Iglesia en este país es

respetada), pero ante todo desde el aula, los medios de comunicación y la intimidad del hogar. Educando en suma. ¿El debate público? Siempre es válido, pero debemos también vacunarnos contra la verborrea y la oratoria demagógica que lo desnaturalizan. En cada ecuatoriano se esconde un discurseador frustrado que se dispara en cuanto vence sus timideces y la ocasión le es propicia.

Debatir sí, pero organizada y sistemáticamente, con razones, no con gritos y sofismas.

3. "La inequidad social pareciera ser un problema moral de la sociedad entera. La riqueza, el confort de algunos contrasta con la pobreza de otros. ¿Puede un gobierno satisfacer las necesidades básicas de la población? ¿Es utópico pensarlo? ¿Puede ampliarse el diálogo sobre el tema y reflexionar sobre el papel y la institucionalidad del Estado?

La inequidad social, otro gran problema que no puede ser entendido fuera de contexto.

Nuestra sociedad parte de la inequidad máxima: la conquista, con sus consecuencias de vasallaje y despojo. Su nacimiento y desarrollo como ente nacional con una nueva identidad mestiza –fruto de la fusión de vencedor y vencido– no es otra cosa que el doloroso, difícil e inconcluso intento de revertir, resolver, o por lo menos paliar, los efectos de esa inequidad (e iniquidad) mayúscula de origen.

¿El papel del Estado en ello? insustituible, mandatario, inexcusable. Aquí y en todas partes, el mercado por sí solo no basta. La iniciativa individual es un motor valioso, pero necesita del marco normativo del interés social, que lo delimite, lo canalice y evite sus excesos. Mis libertades terminan donde empiezan las del vecino.

Desgraciadamente vivimos un momento histórico a nivel global que se está caracterizando por la acentuación de las inequidades, por la polarización de los ingresos, por la maximización de las ganancias en desmedro de las prestaciones sociales. El neoliberalismo, sin el freno que le suponía el fantasma del comunismo encarnado en la U.R.S.S. y sus

satélites, está proletarizando a amplios sectores de clase media, está haciendo crecer el desempleo y la marginalidad a todos lo niveles, desde las mismas metrópolis hegemónicas hasta las sociedades periféricas dependientes.

En este marco, nuestro imperativo de luchar contra una inequidad, que como hemos visto está en el nacimiento mismo de nuestra sociedad, no tiene los mejores auspicios. La globalización, uno de los puntales del recetario neo-liberal, no es precisamente el mejor escenario para un intento de redistribución de la riqueza. En esta singular arena en, la que se obliga a competir al tiburón con las sardinas, los costos sociales pueden ser enormes. La competitividad en los mercados obliga al recorte de personal, a la disminución de prestaciones sociales, al olvido de la protección ecológica. El reparto de tareas en este mundo globalizado ha reprimarizado nuestras economías y con ello está aumentando nuestra dependencia y vulnerabilidad.

Ya que la tal globalización, es, al parecer, inevitable por la imposibilidad de funcionar al margen, de un proceso tan poderoso y generalizado, por lo menos deberíamos cobrar conciencia de los peligros y adoptar los recaudos para evitarlos o por lo menos minimizarlos. Difícil., por cierto, pero no imposible, siempre que la sociedad entera, representada por el Estado, no descuide su inexcusable papel stiscitador, regulador y de juez.

Ésto no quiere decir que el Estado deba –menos todavía pueda– satisfacer todas las necesidades básicas de la población. Alguien lo graficó ya con un símil: el Estado tiene que tomar el timón, no los remos del bote. Debe garantizar el marco, poner las reglas, marcar].os rumbos.

El Estado protector, paternalista y omnímodo ha demostrado su fracaso en el, pasado. La ineficacia, la corrupción y la incapacidad de atender sus excesivamente ambiciosas metas han estado a punto de dar al traste con todo. "Tanto menos Estado como sea posible, y tanto Estado como sea necesario".

4. Cuando se desacredita lo público, se exalta lo privado y cada cual se refugia en los suyo. Parecería que la gente está más

incomunicada y la sociedad más fragmentada. ¿Cómo avanzar en un diálogo que integre lo diferente y que promueva la tolerancia?

A través de la educación. Quién conoce la Historia sabe que el hombre es el hacedor de su destino, que la voluntad de trabajar mancomunadamente por una causa compartida ha hecho la grandeza de los pueblos. Quién conozca la Filosofía se podrá dar cuenta de que no existe una verdad absoluta y que nadie es depositario de ella. Quién se interese por las Artes desarrollará la sensibilidad de conmoverse con las injusticias sociales y los sufrimientos ajenos. Y quién conozca las Ciencias Naturales sabrá que la vida es un bien precario y delicado, que hay que cuidarlo en un mundo, biosfera, que necesita ser comprendido, protegido y resguardado contra la ignorancia, la ambición y el egoísmo del animal humano so pena de su desaparición como especie.

Quién conozca todo esto no puede ser un ser intolerante y sectario.

5. La aceptación de la diferencia y la construcción de consensos básicos presupone un sentido de solidaridad, de destino común, de país. ¿Qué papel le cabe en ésto a la sociedad civil? ¿Cómo se puede incentivar la participación? ¿Cuáles son los mecanismos más idóneos de esta participación? ¿Qué papel le cabe al Estado y a la política?

El tan socorrido concepto de "sociedad civil" –entendiéndose como tal a la ciudadanía que no está" organizada alrededor de idearios y fines políticos– es bastante discutible.

Los gremios clasistas, las asociaciones culturales, los sindicatos, los clubes deportivos, se han constituido con finalidades concretas (defender intereses de gremios de obreros, hacer deporte, promover cultura, etc.), la política no es una de ellas. Un mínimo de rigor conceptual debería evitar ese recién estrenado protagonismo político que se pretende asignarle. Nadie impide a los miembros de esas entidades de la "sociedad civil," integrar los partidos políticos, cuando de

hacer política se trate, o de manifestarse a través de foros públicos, o simplemente de sus votos, como ciudadanos que son.

El corporativismo gremialista ha sido más bien un serio impedimento para la democratización de la sociedad ecuatoriana. Los gremios se han caracterizado por una visión parcializada, interesada, pancista del acontecer económico y social. Se han comportado con los códigos de las mafias, con su misma impenetrabilidad, exclusivismo, maniqueísmo y espíritu de cuerpo. Los sindicatos de las grandes entidades estatales y para-estatales han hecho política de la peor especie y se han constituido en élites de privilegiados que le ponen el cuchillo en el cuello a la sociedad entera para obligarla a satisfacer sus desaforadas demandas.

La construcción de consensos básicos, de un sentido de solidaridad, no tiene que pasar necesariamente por esta desviación aberracionista de políticos y ambiciosos encubiertos en el nebuloso concepto de una "sociedad civil".

La respuesta es, otra vez: educación para generar la responsabilidad social, el trabajo denodado y la aceptación de sacrificar el presente en beneficio del futuro. Sin eso nada es posible.

6. En, el Ecuador existen, muchas potencialidades: riqueza en recursos naturales y humanos, ubicación geográfica, diversidad cultural, creatividad. ¿Qué obstáculos impiden que estas potencialidades se concreten? ¿Qué líneas básicas deben establecerse?

Aquí hay otro lugar común que se ha constituido en verdad indiscutible: el de nuestros fabulosos recursos naturales. Conviene que hagamos unas cuantas reflexiones al respecto. Nos referiremos primero al potencial agrícola. El Ecuador es el país más densamente poblado de Sudamérica (43 habitantes por km^2). Ésto quiere decir que cada unidad de suelo laborable debe alimentar a más gente. De los aproximadamente 260 000 km^2 una gran parte está constituida por pluviselvas tropicales o subtropicales con una alto grado de vulnerabilidad. Su fertilidad se asienta sobre el continuo reciclaje de la biomasa hojas y ramas que caen y se pudren. Al des-

brozar la selva, generalmente mediante tumba y quema, que es una verdadera agresión ecológica, el manto de humus es lavado por las lluvias en dos o tres años con la disminución de la fertilidad y, a la larga, hasta con la desertización que sigue a la erosión de los suelos dejados sin defensas naturales. A eso se refería Galo Plaza cuando afirmó que el oriente es un mito. Otra buena porción de territorio nacional es desértico o semi-desértica. Parte de Manabí, de Guayas, de Loja e inclusive de Pichincha. Los páramos y las cumbres de las montañas no son cultivables. Entonces, ¿qué queda? Una considerable porción de la Costa, sobre todo la cuenca de] río Guayas y los valles interandinos. No mucho para las mayor densidad de población de esta parte de] mundo.

En cuanto a minería: nuestro petróleo apenas alcanza para cubrir las necesidades de consumo nacionales y un pequeño excedente para la exportación que, al ritmo del aumento poblacional, pronto desaparecerá. No producimos ni la décima parte de lo que produce México o Venezuela. De hierro, nada. ¿Carbón.? Algo de lignito que se emplea en la industria cementara y nada más. Algo hay de oro, tal vez de cobre, de metales pesados y de metales radiactivos. No mucho en todo caso, de lo que se sabe. ¿Recursos del mar? Considerables pero al borde ya de la sobre–explotación. No puede decirse que somos un, país críticamente pobre en recursos naturales, pero de allí a la fantasioso especie de que somos unos millonarios que se mueren de hambre sobre sus inmensos caudales hay una distancia gigantesca.

Más nos valiera asumir que somos un país de recursos limitados y la consecuente responsabilidad de administrarlos con sabiduría y templanza.

A más de que ese mito tan extendido contribuye a la sensación de frustración y fracaso que nos ha caracterizado hasta hoy.

Ahora pasemos a la otra vertiente, más sensible todavía, pues el objeto de juzgamiento somos nosotros mismos, que tenemos una piel muy delicada que acusa con mucha facilidad el impacto de las críticas.

Cierto que tenemos una élite de gente educada y culta que se ha formado aquí y en el exterior, que ha

demostrado su valía en todos los campos, que puede estar a la altura de las élites de los países hermanos si se le da la oportunidad. Pero es del caso que no se le da. El malinchismo de nuestra clase dirigente hace que siempre recurran a la inteligencia extranjera para tratar de solucionar desde los más nimios hasta los más complejos problemas nacionales. La merma de los préstamos internacionales por pago de asesorías y de consultarías y la fuga de cerebros nacionales en busca de mejores horizontes son dos de las innúmeras consecuencias de esas políticas.

Existe también una clase media profesional intelectual de un nivel muy aceptable. Pero desgraciadamente hay una gran. masa de la población de nivel cultural bajísimo, que es pasto de las corrientes populistas y demagógicas que impiden el progreso de toda la sociedad.

¿Por qué persiste esta gran, masa de gente con poca educación, y pobre discernimiento?

Está comprobado que la carencia de ciertos aminoácidos esenciales en la dicta de la madre durante el embarazo y del niño en. los primeros cinco años dañan irreversiblemente la inteligencia. La pobreza del 60% de la población hace problemático el aporte de estos nutrientes.

El plomo de las gasolinas afecta también el desarrollo del sistema nervioso del niño.

Y por último, los factores culturales: la falta de una voluntad de excelencia termina por abortar los frutos aun de las inteligencias más dotadas. Tradicionalmente el estudioso, el perfeccionista, el que se exige a sí mismo y exige a los demás el máximo de su rendimiento es mal visto y tiene que bregar contra corriente. No es infrecuente que claudique o que emigre.

Así pues, ¿una visión muy pesimista?, ¿no?, y aquí ya arribamos a las posibles soluciones. ¿Qué ha impedido o impide el despegue? Primero, no haber tenido el valor de aceptar que las cosas son así. Sólo con una conciencia clara del problema hay esperanzas de encontrar las soluciones.

Otra causa, y aquí nos adentramos en la pregunta siete...

7. El problema de las diferencias sociales, étnicas, culturales y regionales produce una situación de desintegración nacional. ¿Qué aspectos debe considerarse para superar esta situación?

...Nuestra tendencia a constituir grupos, regiones, gremios, clases, compartimentados, impermeables, enfrentados entre sí. Cada uno mira por sí mismo, por su grupo, por su región, sin importarle el conjunto de la sociedad, de país. Y cada uno se siente víctima de una confabulación de los demás para despojarle de lo que cree que le pertenece.

El tan cacareado afán autonómico es por demás ilustrativo, con el agravante de que es precisamente la región, más favorecida en el reparto nacional la que se cree la más perjudicada. Todos los demás seudo-razonamientos son ejemplos de supina tontería: el hecho de que hablemos con otro tono, tengamos gustos diferentes y cualquier otra supuesta o verdadera diferencia no es razón para que tengamos que plantar tienda aparte.

Hace falta mucha educación, mucho poder de convencimiento para sacarnos de esa posición negativa, para hacernos entender que la unión hace la fuerza y que juntos estamos en mejores posibilidades de luchar con éxito en este mundo tan pugnaz y competitivo.

Por último, hay que señalar otra causa de nuestra frustración y dificultad para salir del hoyo del subdesarrollo. Una manera de plantear el problema es también una ecuación en la que por un lado están los medios para proveer la mesa para el banquete y por el otro el número de los comensales. Todo esfuerzo por multiplicar los medios es absorbido por el tremedal de la multiplicación, explosiva de los comensales. Es indispensable una política de planificación demográfica. El Perú, con una densidad poblacional menor que la mitad de la nuestra, ya a tiene. ¿Que habrá oposición de los tradicionalistas, Iglesia incluida? Cierto. Pero habrá que hacerlo. Sin eso las posibilidades de salir adelante se diluyen.

Para terminar diré que nada de ésto será posible sin una férrea determinación, sir sacrificios, sin pagar un precio muy alto, pero de que vale la pena no me cabe la menor duda.

Revista América No. 120,Segunda época, Abril 2002.

Plutarco Naranjo
Miembro de la Academia Nacional de Historia

MANUELITA: BELLEZA, INTELIGENCIA Y VALENTÍA

¿Cómo era Manuelita? ¿Cómo era física, intelectual y afectivamente la mujer de quien se enamoró apasionadamente Bolívar cuando se encontraba en la cima de sus triunfos y la plenitud de la vida? ¿Cómo era la joven patriota de quién se prendó el Libertador en la primera noche que la conoció en la fugacidad del banquete y baile que siguió a su entrada triunfal a Quito?.

¿Cómo era esa mujer a quien más tarde escribió Bolívar? "A nadie amo, a nadie amaré. El altar que tú habitas no será profanado por otro ídolo y otra imagen aunque fuera la de Dios mismo. Tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa: de ti, Manuela"[1].

No existe un retrato auténtico de Manuela Sáenz, los óleos y más retratos fueron elaborados en su ausencia y la mayoría después de su muerte y solo gracias a referencias imprecisas de cómo era la heroína.

Rumazo González [2] recuerda la semblanza escrita, en 1897 por el conocido poeta colombiano, Próspero Pereira Gamba. Este poeta era un buen conocedor de la lengua inglesa a tal punto que pudo hacer una excelente traducción del poema romántico, titulado: Isabel, de Lord Byron. Felizmente han quedado retratos escritos por parte de personajes que la conocieron y trataron.

LA BELLEZA

Pereira quedó deslumbrado, al ver, por primera vez a la heroína ecuatoriana. Dice: [3] "Nos recibió Manuela Sáenz en la quinta de Bolívar, en Bogotá. Era una de las damas más hermosas que recuerdo haber visto en ese tiempo; de rostro color perla, ligeramente ovalado, de facciones salientes, todas bellas, ojos arrebatadores, y amplia cabellera suelta y húmeda como empapada en reciente baño, la cual ondulaba sobre la rica, odorante, vaporante que cubría sus bien repartidas formas. Con un acento halagador y suavísimo dio gracias a Petrona por el regalo de costumbre."

Pereira, como intelectual y hombre de mundo, había tenido tantas oportunidades de tratar con bellas bogotanas, pero ninguna le había impresionado tanto como Manuela.

Un poeta puede ser muy sensible ante la inesperada contemplación de una mujer bella y puede expresar hasta con hipérbole sus sentimientos. Mientras tanto hay quienes no teniendo la fibra del poeta pueden hablar con más objetividad sus experiencias y observaciones.

De este segundo grupo tomamos al sabio francés Juan Bautista Boussingault, quien en la época de las guerras de la independencia hacía estudios científicos en Colombia y Ecuador. Boussingault tenía la mentalidad positivista de la época. Sus investigaciones las expresaba en términos concretos y precisos y si era posible en términos matemáticos. Había descubierto, por ejemplo, que ciertas bacterias del suelo asimilaban nitrógeno del aire y lo convertían en proteínas que luego eran utilizadas por plantas superiores, como las leguminosas, cosa que no hacen los animales. Se dedicó sobre todo a la Química Agrícola y a demostrar las condiciones apropiadas para el buen crecimiento y desarrollo de animales domésticos, determinó el valor nutritivo de varios alimentos. No fue pues un hombre dedicado a la vida social y al trato con damas, por atractivas que fuesen.

LA INTELIGENCIA

Boussingault en su *Tratado de Química*, en ocho volúmenes, en uno de ellos resume su impresión sobre Manuela dice: "Sea por curiosidad, por lo mucho que se contaba de ella, o por su excepcional belleza, o por lo agudísima de su inteligencia y su admirable trato social, Manuela Sáenz se convirtió en un centro de atracción de la sociedad bogotana. Siempre visible. En la mañana llevaba una bata a la que no faltaban atractivos, sus brazos estaban desnudos; ella no se preocupaba por disimular, bordaba mostrando los dedos más lindos del mundo; hablaba poco, fumaba con gracia. Daba y acogía noticias. Durante el día salía vestida de oficial, en la noche se metamorfoseaba, se ponía ciertamente colorete; sus cabellos estaban artísticamente peinados. Tenía mucha animación, alegre, sirviéndose a veces de expresiones arriesgadas. Su generosidad era ilimitada".

Rumazo González [4] agrega: "En suma, era muy bella y alegre, muy inteligente y altiva; distinguida por haberse criado y educado en un medio muy fino como el de la sociedad quiteña, ambiciosa, audaz y generosa".

El conocido escritor alemán Otto Ludwing, novelista, poeta y crítico literario, se expresa en los siguientes términos: "Era Manuela demasiado fuerte y orgullosa. Se hallaba además absolutamente desprendida de cuanto significaba matrimonio, marido, seguridad: temperamento de Amazona en la cual se unían el abandono femenino y un orgullo viril, el ingenio y la ironía con la perdurabilidad de los sentimientos: Quién sepa cuán poco frecuente es ese tipo de mujer, no se sorprenderá de que Bolívar jamás conociese de otra de tan asombrosas cualidades. Pero, en realidad, Bolívar tampoco había encontrado a un hombre comparable a ella y, como en medio de un verdadero torbellino llevaba una vida solitaria y sin amigos –tan solitaria como la de la misma Manuela– halló también en esta mujer un amigo de espíritu superior. Esto último lo supo y lo reconoció en el curso de los años ".

Rumazo González agrega: "Ninguna vida de mujer, en la historia latinoamericana alcanza tan soberbio despliegue de inteligencia, sagacidad y orgullo; valentía, decisión y a la

vez señorío puesto en dignidad; capacidad política, sentido de dominio y de poder conspirativo; desinterés, además, y generosidad llevada al último límite".

"No fue indudablemente la emoción corporal lo que juntó definitivamente a estos los seres excepcionales, sino la potencia espiritual de ambos. Los mismos anhelos de gloria, las mismas ambiciones desmesuradas de libertad, una misma fe en la obra, un mismo sentido del sacrificio integral, una misma desconfianza de todos a pesar de la urgencia de contar con todos y la misma triste experiencia sentimental".

La norteamericana Any Taxin [6], escribe lo siguiente: "Las ecuatorianas participaron activamente en la política, prestando su dinero y servicio a la causa revolucionaria. En abril de 1845, el periódico *El Patriota*, de Quito reconoció el esfuerzo a través de los años, de tantas ecuatorianas ilustres que se habían consagrado a prestar todo género de auxilios para derrocar el trono de la tiranía, y en julio el mismo periódico agradeció a numerosos habitantes por su contribución a las tropas libertadoras; entre ellas se incluyeron los nombres de siete mujeres.

"Pocas son las mujeres reconocidas por la historia ecuatoriana. El historiador Isaías Toro Ruiz relata cómo Bárbara Espalza, María Josefa Riofrío, Dolores Zavala y Bárbara Alfaro fueron sacrificadas por intentar librar a los presos patriotas de la revolución quiteña de 1809. Por revelar la rebelión que derrocó y quitó la vida al Presidente de la Real Audiencia, Rosa Zárate fue decapitada. Nicolasa Jurado, Gertrudis Espalza e Inés Jiménez se disfrazaron de hombres para poder luchar en la campaña de Bodegas, en 1821 y en la Batalla de Pichincha en 1822. Aunque estas mujeres permanecen en la sombra de los grandes próceres de la libertad ecuatoriana, su contribución política era real e indican el papel central e intrigante que jugaron las mujeres en la política de aquella época. Entonces ¿por qué Manuela Sáenz?, quizás porque ella era educada, ilustrada y contribuía, tenazmente a la causa patriota. También porque más tarde guardó todos los documentos oficiales de Bolívar y le aconsejaba sobre sus amistades políticas. Pero además porque la muerte de Bolívar en 1830, no puso fin a la participación de la Sáenz".

El destacado historiado colombiano, Augusto Mijares, [7] en su obra: *El Libertador* comenta: "Descansemos por ahora y dejemos descansar al lector (se refiere a los hechos históricos relatados anteriormente. PN) con la narración de un encuentro mucho más agradable, que el destino deparó al Libertador en aquellos días: el de la mujer encantadora que debía acompañarlo en lo sucesivo, casi hasta la hora de su muerte. Era quiteña, tenía 25 años y se llamaba Manuela Sáenz de Thorne, que a la historia ha pasado sin el apellido de su marido y con el nombre en diminutivo: Manuelita. Hermosísima, sensual, inquieta de ingenio chispeante y pronto, tanto para la frase acogedora como para la réplica mordaz, ella misma se jactaba de ser "un formidable carácter, amiga de mis amigos y enemiga de mis enemigos". Y Mijares agrega: "Lo grave es que a pesar de su carácter tan tempestuoso, Manuela era capaz también de pasar largo tiempo soñando, y que sin sentir fastidio ni flaqueza siguió las interminables marchas de Bolívar por lugares solitarios e inhóspitos. En el Perú cuidaba del archivo del libertador y a lo menos en una ocasión le sirvió de amanuense. Con indomable rectitud rechazó siempre las ofertas de ayuda que le hacía su rico y enamorado esposo".

"Fue, en suma, al lado del Libertador, la mujer que sabía escuchar con inteligente atención sus confidencias, inventar placenteras zalamerías para hacerlo reposar; si estaba colérico lo apaciguaba y si estaba triste lo mimaba; lo mismo podía compartir con él las rudezas del campamento, que recibir en sociedad con el encanto de una gran dama; solía leerle sobre todo por las noches y cuando estaba enfermo lo cuidaba.

Así fue sorprendida en la noche fatídica del 25 de septiembre de 1828 y dio frente a los asesinos con el coraje y la sangre fría del mejor edecán".

VALENTÍA, AUDACIA

El temple audaz de Manuela recuerda Rumazo [2] en el siguiente pasaje: "Un día cabalgando en las calles centrales, apercibió a un soldado que llevaba el santo y, seña encerrado en un billete colocado en la extremidad de su fusil.

Lanzarse al galope sobre el pobre infante, arrebatarle al pasar el billete, fue asunto de un instante. El soldado le hizo fuego, después ella volvió sobre sus pasos para remitirle el santo y seña". Agrega: era uno de los actos que solo podía realizar Manuela Sáenz, y en traje de capitana. Indudablemente iba ganando terreno, ante las mujeres y ante los hombres. Correspondía al prestigio de haber combatido en los campos de Ayacucho y si se considera su belleza extraordinaria, indudablemente aparecía incomparable a los ojos de todos. ¿Cuántos no habrán soñado entonces en cambiarse por el Libertador?".

A comienzos de 1827 Bolívar regresó a Caracas a solucionar numerosos problemas políticos y de otras órdenes. La circunstancia fue aprovechada, en Lima –en donde había mucho descontento por la presencia de tropas colombianas– por el Coronel José Bustamante quien se sublevó y desconoció la Constitución. Estuvo respaldado por su ejército de más de dos mil hombres. Al día siguiente, como relata Luis Augusto Cuervo [8], Manuela,"Disfrazada de hombre y con pistola en mano, penetró a caballo en uno de los cuarteles insurrectos, con el fin de reaccionar a favor de Bolívar".

Su apasionada arenga a las tropas para mantener la Constitución y la autoridad de Bolívar no tuvo éxito. Con la misma gallardía que entró al cuartel, salió de él. Fue luego apresada, encerrada e incomunicada, en un convento. Ella no se dio por vencida y siguió conspirando con quienes se mantenían fieles al Libertador. El General Vidaurre, en informe reservado, comunica a Bustamente: "El cónsul Armero y Manuela Sáenz no han cesado de seducir, prometer y aun gastar, la segunda, cantidades muy crecidas. Con noticias exactas que tuve de cuanto se tramaba, por Armero y por esa mujer, cuya escandalosa correspondencia tanto ha insultado el honor y moral públicos, le hice llamar a las cuatro de la tarde y le dije: usted se embarca dentro de las veinticuatro horas. Si no lo hubiese verificado en ese tiempo, la encerraré en Casas-Matas." [9] Como no lo hizo con sobrada energía y atropello se procedió a desterrarla.

A los pocos días zarpó del Callao el barco que llevó a Manuelita hacia Colombia. La valentía y coraje de Manuelita

se manifestó, una vez más, en la llamada "noche septembrina".

Los enemigos de Bolívar, en momentos en que el Libertador afrontaba un grave conflicto de poder con un antiguo, compañero de lucha, el general Santander habían resuelto asesinar a Bolívar.

Masur[1] resume los acontecimientos en los que Manuelita estuvo a punto de ser asesinada de la siguiente manera: "Bolívar le contó –a Manuelita– el arresto de Triana, pero agregando que creía que se había conjurado todo peligro inmediato. Manuela le leyó hasta que cayó dormido. Mientras tanto, los conspiradores habían dominado las guardias del portal y, antorchas en mano, estaban subiendo por la escalera, vitoreando mientras tanto la Constitución. Ibarra, edecán de Bolívar, fue encontrado y dejado atrás, herido. Por último, llegaron a la puerta del dormitorio de Bolívar. Manuela, todavía despierta, escuchó el ruido inusitado y pensó inmediatamente en los rumores de la rebelión que habían corrido por Bogotá durante semanas. Apresuradamente despertó a Bolívar hacer frente a los invasores. No obstante, Manuela no perdió la cabeza.

"¿Pretendía luchar por su vida en camisón? La idea era absurda; debía vestirse enseguida. Mientras Bolívar obedecía, a Manuela le vino a la cabeza, la idea de que sólo unos cuantos días antes había comentado lo fácil que sería de escapar por la ventana, y ahora le recordó esta posibilidad. Tienes razón, dijo Bolívar y calzándose las botas de Manuela abrió la ventana. Ella lo empujó por la espalda mientras se aseguraba que las calles estaban desiertas. Mientras tanto, el grupo del exterior estaba golpeando la puerta, amenazando con hacer saltar el pestillo si no eran admitidos. Bolívar saltó al suelo, que casi estaba a tres metros, y Manuela lo vio huir hacia el Norte. "Ve a los cuarteles dijo". Los confabuladores se precipitaron dentro y, agarrándola, preguntaron a gritos por Bolívar. Para ganar tiempo y distraer la atención de la ventana abierta, les dijo que Bolívar estaba en el salón de conferencias. ¿Y la ventana?. Le abrí para ver qué era ese ruido. No la creyeron, los minutos aumentaban la distancia que lo separaba de quienes querían asesinarle. Los hombres estaban furiosos, y en su

agitación corrían de un lado a otro del cuarto. Si Bolívar escapaba estaban perdidos. Un conspirador enloquecido trató de matar a Manuela, pero Horman [12] la salvó diciendo: "No dispares, no estamos aquí para matar mujeres": Sin embargo, la cama en desorden y la ventana abierta constituían una evidencia clara, y cuando Manuela reiteró su afirmación de que Bolívar estaba en el salón de conferencias, le exigieron que los condujera allí. En el corredor el herido Ibarra, le gritó: ¿está muerto el Libertador? Y Manuela dejando de fingir le dijo: No, está vivo. Después se arrodilló y vendó la herida de Ibarra con su pañuelo. Los conjurados tuvieron entonces la clara noción de su fracaso, pero cuando el edecán de Bolívar, Ferguson, llegó de la calle, y, a pesar de la advertencia de Manuela, entró en el palacio, Carujo lo mató de un tiro. Poco después del incidente abandonaron la búsqueda y huyeron".

Manuela, por su inteligencia, su capacidad de lucha, su entereza llegó a constituirse en una líder y en una figura política, respetada y admirada por unos y odiada por otros.

Después de la muerte de Bolívar, su poder político se magnificó, a tal punto que recelaron los gobiernos de Colombia y del Ecuador sobre sus fines revolucionarios de suerte que terminaron por desterraría.

Manuela aparecía como la cabecilla de la oposición al gobierno, como dispuesta a no ceder en su lucha, en Colombia, contra el General Santander, quien se perfilaba como el próximo presidente de Colombia y dispuesto a ejercer retaliaciones contra los partidarios del Libertador.

Cuando se supo del inminente destierro de Manuela, un grupo de mujeres bogotanas dirigió la siguiente carta [6]: "Es nuestro deber recordar al gobierno y al público que esta señora cuando ha tenido todo el influjo que es notorio solo lo ha empleado a favor, de desgraciados de todas clases".

El Gobierno colombiano por intermedio de Lino de Pombo, en 1834, explicó sus razones para la expulsión de Manuela. "Para prevenir cualquier alboroto que ella pueda suscitar en negocios políticos, puesto que hace alarde de ser enemiga del gobierno."

Fue desterrada. Previamente se la detuvo y tarde de la noche sacada a la fuerza, en una silla de mano, con seguri-

dades para que no diera batalla. Se la embarcó con destino a Jamaica.

Al cabo de un doloroso año de limitaciones y penalidades en Jamaica, decidió volver al Ecuador y sobre todo a su patria chica, Quito.

Informado el presidente Rocafuerte de la llegada de Manuelita a Guayaquil y de su propósito de seguir hacia Quito, ordenó a las autoridades de las poblaciones de tránsito de impedirle su avance a Quito y obligarle a que regrese a Guayaquil. Destacó un funcionario para que el viaje inmediatamente al sur. Ante tales increíbles noticias Manuelita montó en cólera y pensó que antes había afrontado riesgos mayores, ahora seguirá adelante.

El corregidor de Guaranda, Antonio Revelo, desde Guaranda escribe al General Flores "Excelentísimo Señor –Aprovechando de la oportunidad, de un conductor de ésta, que lo propio hace la señora Manuela Sáenz, me tomo la libertad de hacerle presente que ayer de noche ha llegado a este lugar un edecán del señor presidente Rocafuerte, con órdenes para todas las autoridades del trayecto, para que hagan regresar a dicha señora a la capital del Guayas. Y habiendo llegado se cumplió lo mandado e intimándole que se regrese en el acto se ha obstinado dicha señora en no querer cumplir dicha orden manifestándome una especie de pasaporte dado por V.E.–se refiere al general Flores– diciendo que no obedecerá a nadie solo a la persona indicada, profiriendo palabras muy seductivas y poco decorosas respecto a la persona de V.E. Como por ejemplo ha hecho entender que no hace caso ni obedece exponiendo que así lo ha encargado V.E. "Yo por mi parte he tomado las medidas más suaves que merece su sexo y he intentado persuadirle que no se exponga a que se cumpla lo mandado con los rigores de la fuerza, pero todo es en valde diciendo que no regresa sino le llevan arrastrada.

"En este concepto dejo a consideración de V.E., en el estado en que me hallo: Primeramente mirando a la obediencia y respeto que debo a V.E. como también al cumplimiento de mis deberes me diga poco o más o menos como

arreglarme, favor que le seré agradecido. Deseo su mejor salud. Mande su afectísimo su SS. SM.– Antonio Revelo."

Manuelita no era de las que se intimidaban, ante una orden, por más que ésta viniese desde lo más alto, no fue fácil su expulsión. Rocafuerte explicó(10): "Las mujeres son las que más fomentan el espíritu de anarquía: por este convencimiento hice salir a Manuela Sáenz del territorio ecuatoriano":

Rocafuerte había explicado que el destierro de Manuelita se debía a que: "Venía a reanimar la llama revolucionaria, en venganza de su hermano el general José María Sáenz, para evitar otro trastorno y otra guerra civil se veía en la precisión de desterrarla".

En carta dirigida al General Santander, el 10 de noviembre de 1835, le dice: "La Manuela Sáenz venía aquí con intenciones de vengar la muerte de su hermano y con ese pretexto hacerse declarar la libertadora del Ecuador. Como es una verdadera loca, la he hecho salir de nuestro territorio para no pasar por el dolor de hacerla fusilar". ¿Estaba Rocafuerte, en efecto, resuelto a hacerla fusilar?

En la carta dirigida al general Juan José Flores, Jefe Militar de Guayaquil, antiguo amigo de Manuelita y quien, además, le proporcionó el salvoconducto para el viaje a Quito, Rocafuerte tratando de apaciguarlo del grave disgusto que le causó con la dura orden contra Manuelita, le dice "Si viera las grandes esperanzas que fundan en su viveza y audacia usted hubiera sido el primero en aconsejarme una medida política que exige la tranquilidad pública. Stale no era tan perjudicial en Paris como la Sáenz en Quito".

Manuelita fue, pues, desterrada al Perú. Tuvo que ir a refugiarse en el pequeño pueblito de Paita.

LOS DESTIERROS DE MANUELITA

Manuela Sáenz es la única patriota gran colombiana que, por sus ideas, sus acciones políticas y valentía, sufrió tres destierros; primero, del Perú, más tarde de Colombia y luego el de su propia patria: El Ecuador. Por fin, el más ominoso destierro, el de la historia!.

De los tres primeros destierros me he ocupado, aunque brevemente, en las páginas anteriores. Quisiera agregar algo sobre el cuarto, el de la historia.

Sería largo mencionar el papel protagónico de Manuela en tantos acontecimientos políticos, en batallas, en especial en la de Junín y la de Ayacucho que culminaron con la liberación del Perú y de Bolivia, respectivamente. Hay numerosas razones para que Manuela, por derecho propio y no simplemente como la "amante del Libertador" haya figurado en la historia. Esto no ha sucedido.

Tomaré solo un ejemplo que demuestra el torcido afán hasta de no mencionarle por su nombre.

No recuerdo quien dijo que Manuelita había sido desterrada de la historia. Son más de 170 años de la muerte del Libertador. Se han publicado numerosas biografías de él, muchos volúmenes sobre la historia de las guerras de la independencia y los grandes generales. Pero por más de un siglo apenas si ha aparecido alguna referencia a la "amante del Libertador". Se ha escamoteado el nombre de Manuelita, su recia personalidad, su lucha patriótica, sus actos heroicos. Una muestra de esta actitud injusta y poco honesta es la que se halla en la obra: *El libro de Oro de Bolívar*, de Hispano [13].

Ninguna biografía, de Bolívar, ninguna historia podía ignorar el intento de asesinato del Libertador en la famosa noche septembrina de Bogotá después de la cual, Bolívar pronunció la tan conocida frase, dirigiéndose, en público, a Manuelita, cuando dijo: "Tú eres la libertadora del Libertador". En muchos textos se hace la misma referencia a la heroína ecuatoriana.

Parte del relato de los acontecimientos, efectuado por Florentino González [14] es como sigue: "Zuláibar y P.C. Azuero empezaron a gritar vivas a la libertad, y Bolívar, alarmado y sospechando lo que sucedía se arrojó a la calle por una ventana, y fue a ocultarse debajo de un puente del río San Agustín. Cuando rompimos, pues, la puerta de su cuarto de dormir, ya Bolívar se había salvado. Nos salió al encuentro una hermosa señora, con una espada en la mano, y con una admirable presencia de ánimo y cortésmente nos preguntó qué queríamos; correspondimos con la misma cortesía, y

tratamos de saber por ella en dónde estaba Bolívar. Algunos de los conjurados que llegaron poco después, y profirieron algunas amenazas contra aquella señora, y yo me opuse a que se concretarán en hechos, manifestándole que no era aquel el objeto que nos conducía allí."

En primer lugar, se calla cómo Manuelita salvó a Bolívar. La primera reacción del Libertador al ser despertado por Manuela fue tomar la espada y un revólver. ¿Qué podía hacer con esas armas frente a doce asesinos? Fue ella, con mucha sangre fría, quién exigió al Libertador, saltar por la ventana y huir. En segundo lugar, ella hizo frente a los conjurados y estuvo a punto de ser asesinada y en tercer lugar, se habla de una "hermosa señora" pero no se la nombra. Este relato se publicó después de varios años del acontecimiento y era bien sabido que la "hermosa señora" no era otra que Manuelita. Así se la destierra de la historia.

En los penosos días y años de su destierro en Paita, Manuelita había perdido parte de su lozanía, pero no su inteligencia, su espíritu de lucha y su belleza, así la encontraron algunos personajes que de tiempo en tiempo la visitaron.

DIGNIDAD Y ENTEREZA

Pese a su pobreza, no perdió su dignidad, ni orgullo. Su fugaz marido, en su testamento había dejado sus bienes a Manuelita. Ella no los aceptó y prefirió seguir ganándose el pan de cada día con sus propias manos. Comenta Rumazo: "En las horas de descanso, dentro del paréntesis de la diaria tarea de luchar por el pan de cada día, en que tan excelentemente le ayudaban sus dos negras, se entregaba de lleno a la lectura; placer que tomó en su hacienda cuando quinceañera, en Quito.

"Leía a Tácito y a Plutarco, estudiaba la historia de la península en el Padre Mariana y la de América en Solíz y Garcilazo; era apasionada de Cervantes y para ella no había más allá de Cien Fuegos, Quintana y Olmedo. Se sabía de corrido el Canto a Junín de Olmedo, y parlamentos enteros del Pelayo. Una de sus lecturas favoritas, era la hermosa traducción de los Salmos, por el peruano Valdés. Nada de frívolo y de

amatorio. Solo la inquisición y las profundidades de la épica y la historia de la vida heroica."

El famoso político y militar Guiseppe Garibaldi visitó a Manuelita en su modesto hogar de Paita. Para Garibaldi no era una desconocida, sabía de ella y de sus actos heroicos en la lucha de Bolívar, pues el también había participado en las guerras de la independencia, al igual como lo hizo en Italia hasta la reunificación. Quiso pues rendir pleitesía a la heroína quiteña. Escribe: "La dejé verdaderamente conmovida, ambos nos despedimos con los ojos humedecidos, presintiendo sin duda que éste era nuestro postrer adiós sobre la tierra. Doña Manuelita Sáenz era la más graciosa y gentil matrona que yo hubiera visto".

El médico doctor Adán Melgar, visitó algunas veces a Manuelita. Escribió en una ocasión: "La conocí ya probablemente de sesenta años ó más; y deslumbrado por la aureola de su agitada vida la visité repetidas veces durante las estadías en Paita que me obligaba el servicio médico de la nave en la que prestaba mis servicios. Si esa mujer hubiera sido francesa y amante de uno de los reyes habría figurado también en primer término. Recuerdo una frase suya: Si el Libertador hubiera nacido en Francia, decía, habría sido más grande que Napoleón. Valía más; y lo afirmo porque conozco bien la sangrienta historia del Corso".

Ricardo Palma, el escritor de las famosas *Tradiciones Peruanas*, escribe: "Mi Cicerone se detuvo a la puerta de una casa de humilde apariencia... En el sillón de ruedas y con la majestad de una reina estaba una anciana que me pareció representar 70 años a lo sumo. Vestía pobremente pero con aseo y dignidad bien se adivinaba que ese cuerpo había usado un tiempo goa, raso y terciopelo. Era una señora abundante de carnes, ojos negros y animadísimos en los que parecía reconcentrado el resto del fuego vital que aún le quedaba. Cara redonda y mano aristocrática...

"Sea usted bienvenido a esta su pobre casa, dijo la anciana dirigiéndose a mí con un tono tal de distinción que me hizo presentir a la dama que había vivido en alta esfera social. Y con ademán de cortesana naturalidad me brindó

asiento. Nuestra conversación en esta tarde fue estrictamente ceremoniosa. En el acento de la señora había algo de la mujer superior acostumbrada al mando y a hacer imperar su voluntad. Era un perfecto tipo de la mujer altiva. Su palabra era fácil, nada presuntuoso y dominaba en ella la ironía".

Con esa entereza y dignidad Manuelita recibió a la muerte el 16 de Noviembre de 1856.

Después de su muerte se han encontrado algunas de las tantas cartas que había escrito en los ocho años de compañía al Libertador y posteriormente mientras se encontraba en Paita. Jorge Villalba, autor del libro: Manuela Sáenz, Epistolario"[11] en la presentación del libro dice: Las cartas de Manuela Sáenz tienen muchos méritos, son fuentes de historia, mujer tan versada, tan observadora, tan relacionada, con los hombres importantes de los países bolivarianos, nos ha dejado, en sus Epístolas lo que llamaríamos sus Memorias...

"Qué afortunados seríamos si descubriéramos el Epistolario íntegro de Manuela Sáenz, con sus misivas se podría hacer la Historia de la Gran Colombia y el Ecuador, vista, interpretada y narrada por una mujer." Agregaría por mi parte,"por una mujer inteligente".

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. **Bolívar, J.**: en: *Manuela Sáenz, la libertadora del Libertador*, de Rumazo, A. Buenos Aires 1945

2. **RUMAZO, A.**: *Manuela Sáenz, la libertadora del Libertador*. Clásicos Ariel, Guayaquil, s/f.

3. **PEREIRA GAMBOA, P.**: En: *Silueta de Manuela Sáenz* en: EL Universal (Caracas). Nov. 15 del 2000. Cita, por Rumazo.

4. Citado por **RUMAZO GONZÁLEZ A.**: En: *Silueta de Manuela Sáenz*. El Universal. Caracas. N.– 14 del 2000

5. **RUMAZO, G.**: Id. Ídem

6. **TAXIN, A.**: *El liderazgo de la Sáenz*. Revista Domingo Pág.: 14, Caracas, 2000

7. **MIJARES, A.**: *El libertador*. Academia Nacional de la Historia. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas 1987.

8. **CUERVO, L A.**: *Apuntes historiales*. En: Mijares, id. Ídem
9. **MIREMON A.**: *Los septembrinos*, citado por Rumazo

10. **GERHARD MASSUR**: *Simon Bolivar*. Círculo de lectores. Editorial Grijalbo, Bogotá, 1984.

11. **MANUELA SAENZ**: *Epistolario*. Estudios y selección de J. Villalba. Edic. Banco Central del Ecuador, Quito, 1997.

12. **CARTA DE MANUELA SAENZ al General O'Leary**. En: *Epistolario*

13. **HISPANO, C.**: *El libro de Oro de Bolívar*, Editorial Garnier Hnos. Paris, 1925

14. **GONZÁLEZ, F.**: *Los conjurados del 25 de septiembre*. En: **Hispano**.

Revista América No. 120,Segunda época, Abril 2002.

Claudio Mena Villamar

EL PACO TOBAR DE PARES O NONES

Cuando Paco Tobar escribió *Pares o Nones* se encontraba en Madrid, en su exilio voluntario. Cuando estuve con él en un verano madrileño me confió en secreto que su novela al fin estaba en prensa en la editorial Planeta y que aparecería en el mes de octubre de este año. " Quiero que la leas –me dijo– es una novela, como dirían los españoles, cachonda.

Una vez publicada me envió un ejemplar con una dedicatoria al amigo " a través de la vida". La leí con un doble interés: Uno puramente literario que no fue defraudado y otro por la curiosidad quizás malsana de conocer como Tobar había escrito su confesión. Se venía contando desde hace algún tiempo, por noticias que traían de Madrid amigos comunes que habían leído los originales, que la novela era escandalosa, con personajes no ficticios sino conocidos en el medio, que se decían cosas terribles, llena de sátiras que no se detenían ante nadie. Se conoció también que el escritor había morigerado algunas páginas y que varias veces había cambiado el final de la novela.

Pares o Nones es una novela autobiográfica, pero es algo más que eso, es una novela escrita con desenfado, con humor y sátira, con amor y odio. Paco Tobar dice en ella por boca de Miguel Hurtado, personaje principal que no es sino el propio autor, lo que mucho tiempo tuvo ganas de decir. Se comprendía que en el ostracismo voluntario y diplomático –trabajada en la embajada ecuatoriana– su decisión de no regresar facilitaba la tarea para desfogar sus duendes, sus odios y amores.

En la novela, como en un lienzo, se va componiendo a

brochazos la vida del Miguel Hurtado desde su paso por la escuela Eloy Borja Yerovi (el famoso pensionado quiteño del doctor Borja) hasta las etapas del colegio y universidad, pasado por la intimidad de su hogar donde su padre trabajaba encerrado en la biblioteca, siempre estricto, siempre amenazador. "yo veo a mi padre –escribe– lo aguaito mientras trato de aprender, con una mezcla de odio y admiración pueriles. Está hundido es su trabajo, copiando, toda la vida copiando, descubriendo datos, hechos ignorados, sobre la vida de algún hombre".

De la escuela famosa quedan impresiones perdurables. Cita a Cecil Herrmann que dijo: "En la escuela de monseñor Borja aprendí dos cosas: a leer y a tener miedo". De esa escuela-cárcel recuerda a los profesores Ricardo Chávez, el señor Ríos, ilustre lapizlófago y los tenebrosos encierros en los canceles. "Mientras estoy encerrado lo único que distingo realmente son los pasos del doctor Borja, a quien cuando muera se le conferirán los honores de un santo verdadero. Ya, por lo menos, le han hecho monseñor".

De las visitas a la capilla de la escuela, escribe: "yo amaba la capilla porque podía soñar, única forma de plegaria que haya conocido":

Quito, la ciudad y cierta gente la provocan náusea. La llama "ciudad maldita" a lo largo de la novela. Escribe: "esta ciudad maldita pide a gritos una novela. Execrable, brutal, ¿quien me quitará este miedo de mí mismo?...odio: eso es lo que hay al fondo de mí mismo, un odio donde no es posible respirar, odio irracional".

En la novela, el señor Drouet es el personaje que trata de reconstruir la vida de Miguel Hurtado, el poeta, el loco. Lo hace a través de entrevistas con personajes que frecuentan a Miguel Hurtado. Uno de ellos, Carlos Salarrué confesará:"oh, mi querido Señor Drouet (un solo trago, inmenso). Hurtado no tiene infancia, Hurtado no tiene padre. Miguel no quiere ser hijo de un hombre integérrimo. Busca a su padre verdadero: Pablo Palacio. Miguel se une a una mujer mestiza. ¿Por qué? ¿Sentimentalismo? Mierda! Es la locura... y el encanto de Oriente. Descendiente de los españoles, va hacia la mezcla. No quiere ser puro. Magia y hechizo del Oriente. Venga a este

canto! Vea esa mole... " Salve oh perra, mil veces, oh perra... Gloria a Ti.... Gloria a Ti."

Y en la misma boca de Salarrué, Tobar se desata para decir: "somos un país formidable... vea usted: el presidente Velasco Ibarra se ha cagado en el país cinco veces... prehistóricas cagadas! Olamos, olamos, las olas humanas! Mareas de los siglos... ¿No les marea el aire? Abramos las ventanas. Que venga la lluvia. Viva Velasco Ibarra, el viejo absoluto, disoluto, digital, porque él ha gobernado este bello país con el dedo!".

En el capítulo quinto intitulado "ceremonial del andavete" Tobar afronta directamente el asunto real de su fuga definitiva en la vida real y escribe: "Hurtado deja a sus hijos. No lo justifico, pero ¿tiene usted el derecho para entrar en su conciencia? Que terrible! Para nuestra sociedad "cristiana" no importa el hombre, sino las apariencias, el orden. Entonces, es preferible morir como un perro. Habrá que aprender a mover la cola. Obedientes."

Tobar se da cuenta de lo artificial y artificioso de lo recibido por una educación rigurosa cifrada en el castigo, incomprensible para el alma del niño. Tobar que siempre quiso vivir en otra dimensión del ser, quizás al borde de la auténtica locura.

Ya en la madurez se casa con Eva que no es sino una compañera con la que no se puede arribar a ninguna plenitud. De todos modos, Eva está integrada a su recuerdo y a su dolor y permanece a lo largo de la novela.

Miguel Hurtado que le gustaba entrar a la capilla de la escuela para soñar, no sabemos si cree en Dios, si necesita creer o si en verdad es cristiano copto como lo afirma en varios pasajes. A Dhanu le dice: "Me agradaría entrar en una iglesia, auque ya no pueda creer: necesito entrar. Quiero agradecer a ese Dios en el cual ya no creo, en el que deseo creer con todas las fuerzas de mi alma, el haberte encontrado Dhanu..."

En la novela aflora por momentos la admiración de Paco Tobar por el gran escritor francés León Bloy, el "mendigo ingrato" el terrible creyente, de quién dice: "El león hambriento que odia lo mismo a las beatas que a los revolucionarios de la orilla izquierda".

Entre los personajes femeninos de *Pares o Nones*, Dhanu representa en la vida del protagonista el encuentro necesario y definitivo. Ella es la mujer oriental, la discípula: " Te veo todavía en mis clases, escuchando. Eres mi mujer, mi amante, mi compañera, la amante que calla, perdona, se sorprende cuando una mano, mis labios se posan sobre tu hombro. Desnuda, reposas". Sin embargo, de las mujeres que circulan por la vida de Hurtado, Eva seguirá como un juez lejano: "¿Sabes, Eva que siempre sentiré que me juzgas?"

Con Eva viene los hijos, pero Hurtado o Tobar no descubre los valores de la paternidad. "Tengo que irme de esta casa, no es mía, ha nacido un odio injustificado por ti, Eva. No podía robarte una hija. Entonces, decidí ser cruel con la hija que me amaba..." Eva representa para Hurtado la familia, lo cotidiano, el horizonte cerrado, pero Hurtado necesita aire. Tobar escribe: "Quiero sentir la vida, oír como corre la sangre, cómo se atropella antes de llegar al corazón, estar lejos, no esta habitación, este horizonte pintado con flores artificiales". Además, Eva representa la madre. "Como madre nadie podía igualarte; pero una madre no puede ser la compañera amada de un vagabundo. Madres, madres eternas, eso son las mujeres!".

En el trato con su amigo en el colegio y luego en la universidad, Hurtado se da cuenta que con ellos le separan grandes diferencias. "Hurtado envidioso comprende que sus amigos tienen mayor capacidad de concentración, de abstracción, porque él no pasa de leer una página de Kierkergard , chapaletea con Marcel, se enfuruña con Platón, abomina de todo aquello que es pensamiento puro."

Pares o Nones está matizada por grandes claroscuros. No son pocas las páginas escritas con rabia, con desesperanza, en las que persisten los recuerdos de Eva, de su infancia, de la escuela. Y es Pablo Palacio, el escritor, quien ingresa como fantasma, sale y deambula en la novela. Está presente cuando Hurtado y sus amigos caen al burdel de Santo Domingo de los Colorados donde suceden escenas de locura, de pesadilla, todo en un vértigo de imágenes que se suceden en ritmo febril.

Pero la novela tiene también páginas ejemplares, tersas, matizadas de ironía. Una de ellas relata que recién nombrado rector de una institución (¿Universidad Católica?) el padre Salustio Rebolledo compra un jilguero, pero súbitamente piensa que ha sucumbido a una tentación, que ha cedido a un impulso indebido y cierra la mano con fuerza provocando la muerte del jilguero. La experiencia de Paco Tobar como tesorero de la Universidad Católica le sirvió para enriquecer la novela y regodearse con el padre Rebolledo, un notable matemático que no podía resolver de inmediato una operación sobre el papel, "porque ustedes deben saber, queridos amigos míos que los números demandan una paciencia infinita."

Escribe que "cuando el rector nuevo se sentó delante de su escritorio, una bandada de gorriones huyó del alféizar de la ventana."

Por último, *Pares o Nones* es la historia del aborrecimiento de un sistema, odio real a una sociedad de la cual se siente prisionero y con la que rompe para "ir hacia sí mismo". La novela está cuajada de diálogo (¿influencia del teatro?) Y profusamente dotada de signos de puntuación, en particular los de interrogación y admiración.

Pares o Nones es la novela de quien ha quemado las naves y mira desde sus recuerdos los episodios que le han marcado la existencia, con amargura y odio, pero un odio que en Tobar tiene quizás otro sentido. Hay impotencia para desembarazarse de sus fantasmas y queda como testigo, prisionero de su memoria.

Revista América No. 120,Segunda época, Abril 2002.

Fliloteo Samaniego S.

MEMORIAS FRATERNAS DE UNA GENERACIÓN

Permítanme, ante todo, agradecer a esta noble y tradicional institución, por hacerme el honor de considerarme digno de ser miembro del Grupo América. Amigo de ustedes fui siempre, y puede apreciar la incansable labor personal que realizan en pro de la cultura ecuatoriana. Los años de existencia de esta casa que es, si lugar a dudas, ya parte de nuestro prestigio en el mundo intelectual, la han consolidado dentro y fuera del país, tanto por la alta calidad de quienes la componen como por su labor tesonera desarrollada en beneficio del Ecuador.

Uno, ahora, mi voluntad de colaborar y participar en ese constante esfuerzo cuando, gracias a su generosidad, podré acompañarles, fortalecido por la gentileza que ustedes me han dispensado.

El presente trabajo, que someto a sus consideración, estará más cerca de aquella "literatura privada", con la que Ortega y Gasset denominada a las cartas y a las conversaciones. Si no he sido cuidadosos en mi correspondencia, en cambio me ha gustado conversar; auque este método me aleja del recuerdo de las cosas, ya que aparece y desaparece y vuelve aparecer el tema de la conversación, sin fijar en esa natural computadora, que es la memoria, los hechos que se suceden en nuestra existencia y quedan solamente datos fragmentarios de los mismos. Mas, ya que así se ha organizado la maquinaria de que dispone nuestro cerebro, procuraré recoger algunos momentos dignos de darlos a conocer de ustedes.

En esta grata oportunidad, quiero referirme a un tema que merecía mi mayor atención y es el de hablar de aquellos compañeros que se encuentran, por las supremas razones de la edad, en los mismos tiempos y circunstancias: estamos, ellos y yo, dentro de catorce lustros de vida transcurrida, en el lapso de los dos siglos últimos, incluidos en dos milenios sucesivos; y en tan significativo espacio de tiempo, hemos constituido una generación capaz de testimoniar los impresionantes sucesos ocurridos en esta nuestra ciudad, en nuestro país, en nuestro continente, parte de un mundo ya estrecho para tanto acontecer.

A pesar de esta delimitación cósmica, en la que me he metido, y de haber llegado a tan amplio ámbito creo que hoy, más que nunca, seguimos sintiéndonos atrapados en fronteras y sistemas, y queremos escapar de cercas y vallas, y perdernos en las sensaciones de infinitud que nos ofrece el espacio conocido y por conocer.

Nos han tocado, pues, tres cuartos de siglo, para este camino, al que no sé si debo catalogar como fuga, exilio o desvarío y que, en todo caso, ha sido el tiempo asignado a estos septuagenarios ansiosos, en cada etapa, de viajar, perdernos en mares, tierras, noches y climas, tratando de hacer de nuestro itinerarios una ansiosa búsqueda de asombros y sorpresas.

Y como esta actitud es la de cualquiera de ustedes, de cualquier persona, en cualquier lugar, creo necesario identificar a estos amigos del trato, desde las aulas escolares y colegiales, en algo de la vida universitaria y luego, en el resto de nuestro convivir. Pido, en consecuencia, su tolerante paciencia para ceñirme a hablar de lo que sé y me consta, es decir, de mí mismo y de los que han alcanzado una edad como la mía, dentro de parecidos acontecimientos, casi siempre cercanos a nuestro mundo íntimo y pequeñito.

Y aquí algo sobre el lapso de nuestra juventud y el transcurrir del siglo XX, marcado por los hechos guardados en mi memoria, ya no siempre fiel a su función indispensable. Para reducirme al Ecuador, daré por conocida su milenaria historia, y más cercana aquélla, más próxima a nuestra preocupación.

de los acontecimientos ya vividos y sentidos por nosotros. Anotemos, tan sólo para caracterizar los años treinta y los posteriores, la permanente inestabilidad de nuestro instituciones, la improductividad en que cayó el país entero luego de la "escoba de la bruja", arrasadora del cacao, único recurso, con la tagua, la balsa y la toquilla, de nuestra paupérrima economía; en fin, para explicar el estado cultural del país señalemos que el analfabetismo fluctuaba entonces en alrededor del 70% de su población.

Sólo en medio siglo XX, pudimos afirmar que ya estábamos inmersos en la vida del planeta, y atribuir, este entrometimiento, a las comunicaciones, transportes y contactos, frutos del progreso tecnológico de la tierra; a la incorporación de sus habitantes en el pensamiento universal; a la inmediatez total; y hasta al desagradable fenómeno de la globalización. Hasta el primer cuarto de la centuria, no conocíamos ni siquiera el propio país, agravada esta situación por la absurda topografía que no favoreció el trato de los ecuatorianos. Un sistema topográfico que nos divide de norte a sur; que crea tres regiones perfectamente aisladas y que, aún más, sufre de los compartimentos internos, a que llamamos hoyas, nos ha obligado a vencer cordilleras altísimas y profundas precipicios; y soportar alturas excesivas, climas diferentes, variada vegetación, lo que hace de los ecuatorianos una mezcla de personalidad aisladas, casi incompatibles entre sí y privadas de identidad nacional definida. Salir de la meseta encerrada, en que se localizó esta Capital, resultaba un problema de difícil solución; sin caminos, sin horizontes, nuestro panorama estaba reducido a un centenar de kilómetros de vías que, construidas para otros tiempos ya resultaron intransitables cuando el automóvil se hizo presente. Y eso que ya contamos con el ferrocarril construido por el Viejo Luchador. Dimos así nombres a todos los obstáculos que impedían nuestro desarrollo: los llamamos, por ejemplo, "Nariz del Diablo", "Vueltas de Oton", "Chanchán" "Tatatambo", a más de los anónimos páramos, lodazales y derrumbos normales, constantes de nuestro suelo. Llegar a Cuenca, Loja, Tulcán, Esmeraldas, era como mencionar lugares inaccesibles,

tan sólo localizables en los mapas y por las clases de geografía. Del resto de nuestro territorio no podíamos hablar sino por los libros que leímos.

Yo, personalmente, sólo pude llegar a la sabana costeña, a Guayaquil y navegar por los enormes ríos de la cuenca del Guayas, allá, por 1936. Pude informarme del país gracias a la nutrida, hermosa y bien aprovechada biblioteca de mi padre, quien completaba su trabajo agrícola con una amplia cultura documentada en varios miles de ejemplares maravillosamente encuadernados. De su lectura nació mi constante anhelo de viaje y de evasión y esa decisiva necesidad de amar el país y el mundo, conociéndolos y visitándolos. Llegaron a mis manos, entre otras, las páginas de Luis A. Martínez sobre la Costa, y vislumbré el Oriente Amazónico gracias al apasionante libro de Eduardo Samaniego, *Mi visión en la Selva*. El mar debió esperar ocho años para mojarme en sus olas y tentarme con su horizonte; y el continente y el planeta, quedaron en el plan de los sueños.

***

Este fue el caso, asimismo, de mis amigos y contemporáneos. Con ellos comparamos la historia de nuestra ciudad, cuando ésta no llegaba a los doscientos mil habitantes y apenas salía de los límites del hoy llamado Centro Histórico. Fuimos a la misma escuela por diferentes vías, que nos llevaban a las alturas de la Calle del Suspiro, la Olmedo, en donde nos esperaba la figura señera y exigente del Doctor Borja; luego nos tocó, a casi todos, continuar estudios en el colegio San Gabriel; y en fin, iniciamos la vida universitaria, como fundadores de la Universidad Católica, aunque pronto debí interrumpir el círculo de mi primera juventud y escapar por largo tiempo a París. Ya, para entonces, habíamos constituido un grupo de entrañable amistad cuya pretensión fue la de adentrarnos en el ámbito cultura y literario, y realizar mínimas hazañas como la de la publicación de revistas colegiales: Jorge Salvador, Renán Flores y Carlos Egas, editaron varios números de *En Marcha* y mi curso no fue capaz de sobrepasar el primer número de *Estilo*, lo que le valió la anecdótica cir-

cunstancia de formar parte de la enorme biblioteca de Cotocollao, en una estantería destinada, por el padre Aurelio Espinosa Pólit, a las revistas que no pasaron del número uno.

Entre tanto, ya nos había contagiado el morbo de la literatura y ello nos dio ocasión de reunirnos, a menudo, en el altillo de la casa de Claudio Mena, para vanidosamente leer y comentar nuestros primeros escritos. Allá llegaron, a más del dueño de casa, Paco Paredes, Carlos de la Torre, Paco Tobar, Paco Granizo, César León, Gonzalo Pesantes, Luis Felipe Borja. Optamos por la costumbre de comentar autores nacionales y extranjeros, a más de aquellos que formaron parte de los programas de estudio, atractivamente presentados por ese profesor pomposo y cultísimo, Jorge Chacón, al que irrespetuosamente llamábamos *Cabuzo*, y quien nos condujo, con acierto, a Homero, Sófocles, Virgilio; a los clásicos castellanos, y a Dante, Molliere, Shakespeare, Balzac, Dostoiewski, Salgari, Verne, Dumas. En aquel tiempo definimos preferencias y fueron, entre ellas, especialmente gratas las de los poetas de la "'generación decapitada"', que conociamos de memoria: la modernidad todavía romántica de Noboa y Caamaño y de Humberto Fierro y las sorprendentes expresiones de esos niños prodigios, Arturo Borja y Medardo Ángel Silva. Admirábamos la audacia de los poetas contemporáneos, Carrera Andrade, Gonzalo Escudero y Alfredo Gangotena, este último reducido a los pocos libros en circulación ; y en lo tocante al relato, no faltaron Pablo Palacio, Jorge Icaza y el Grupo de Guayaquil, cuya fama llegó más allá de nuestro fronteras. Por supuesto, íbamos hacia el resto de América en la poesía de Neruda, Vallejo, Lugones; Rubén Darío y Amado Nervo. Vinieron, en fin, los poetas universales. Rilke, Hoffmanthal, Poe; los simbolistas franceses; más cercanos, Alberti, Miguel Hernández, los Machado, Jiménez; y en fin, con marcada atracción, leímos a García Lorca. Fuente casi única de información, a la que acudíamos con frecuencia, fue la Librería Americana de Don Antonio Lucio Paredes. Curiosamente, en el grupo, nunca fue común el elogio: nos fustigábamos, nos criticábamos, y optamos por este procedimiento, considerando más eficaz que el comentario laudatorio y vanidoso. Ya, desde entonces, Paco Paredes tenía una tendencia obsesiva hacia los estudios filosó-

ficos y el ensayo sociológico, temas de los que nunca se alejó, explayándose en lecturas de tales materias, con Spengler, Unamuno, Ortega y Gasset, Xavier Zubiri, Kiekergaar, Heideger y Sartre, auque se mantuvo extremadamente cauto en dejar por escrito su criterio. Sigo pensando que Paco es un profundo pensador, aunque padeció de timidez en su vida personal. César León fue adquiriendo su apasionamiento por la música y pronto descuidó estudios y exámenes hasta el extremo de echar por la ventana, a los diez y seis años, su futuro de bachiller: compró una guitarra, partió a Madrid y desde entonces, nunca se ha separado de su instrumento, siempre dueño de un impresionante repertorio musical, luego de los cursos seguidos bajo la dirección de Saiz de la Maza, y ocasionalmente, de Segovia. Alguna vez, el maestro venezolano, Alirio Díaz, me expresó su especial aprecio por la calidad interpretativa de César.

Claudio Mena, desenvuelto y ecléctico, encamino sus lecturas, con desenfado y libertad y diversificó sus investigaciones en cualquier novedad que se le presentaba. Acompañó al grupo en todos los momentos y todos los esfuerzos comunes; prefirió los asuntos económicos e investigó sobre ellos, fue profesor de muchas materias; el fin escribió sobre historia, arte Derecho, Limites;*Paquisha, toda la verdad* y *El Quito rebelde*, lograron una excelente difusión. Tampoco dejó de lado la poesía y se hizo presente en dos importantes textos: *Voces que volvieron de alba* y *Viaje a la lumbre*.

Granizo, con Leonardo Crespo, se inició con poemas notables; los recitaba con voz, y ademanes teatrales, "Mitad, son las legiones del músculo potente, las de callosas manos y enaltecida frente". Su capacidad de versificación se caracterizó por un excepcional sentido musical, perfeccionando, poco a poco, hasta alcanzar un nivel digno de nuestra envidia y nuestro asombro. Tres libros de alta poesía fueron el resultado de este camino literario seguido en la más pura línea modernista formas nuevas y audaces. En 1958 publicó *La piedra*; en 1969, *Nada más el verbo*. Respetó, a veces, ritmo y rima, delatores de su gusto por la poesía de Escudero y por su búsqueda permanente de una calidad formal, correspondiente a un fondo dramático y violento, hasta la blasfemia. Al

fin, compuso su *Muerte y casa de la madre*, hermético, repleto de símbolos, tenso y profundo. Un día, Granizo escapó, de todo y de todos, en su línea poética como en la personal. Se internó en sus cavernas y su mundo y de él, ya no nos llegan sino ocasionalmente sus noticias y su nueva producción.

Paco Tobar subió las gradas del altillo de la casa de Mena; y fue un ascenso incontenible, con mayor altura cada vez: *Amargo*, en 19514, *Segismundo y Zalatiel*, en 1952, *Smara*, en 1954; *Naufragio*, en 1961 y *Canon perpetuo*, en 1969, son algunas de sus principales obras. Culminación de tal proceso fue *Ebrio de eternidad* poemario desde todo punto insuperable. Considerada, en su conjunto, la obra poética del inefable "loco" está, sin lugar a dudas, en punto eminente de la producción poética ecuatoriana. Todo esto, hasta cuando se metió al teatro; desde portero hasta primer actor, lo que no le impedía ser, así mismo, estricto vigilante de su finanzas, escenarista, enamorado perpetuo de las primeras actrices y por supuesto, autor de sus propias piezas. Así llegó a un número impresionante de dramas y comedias, como para considerarle el mayor teatrero de este país. Celebraba los estrenos de cada drama y de cada comedia. Y lo hacía en su casa, presumiendo de lingüista y recitando, con desenfado, a Shakespearse, en inglés y a Molliere, en francés. Poesía y teatro no podían estar solos si Paco no intentaba la novela. Y en cualquiera de los géneros, el desenfreno se mezclaba a una indiscutible profundidad de pensamiento. Tendremos este año la ocasión de acordarnos de él, de su última vida, transcurrida en su casa, al borde de un estero, en Guayaquil, y de su primera y última muerte, en la "ciudad maldita", como había decidido bautizar a Quito.

Carlos de la Torre Reyes sobrino del Cardenal, había sido nombrado, por su tío, gentilhombre, con el consiguiente uniforme de los pajes cardenalicios mantenido desde los tiempos de Renacimiento y posaba orgulloso ante fotógrafos y pintores, lo que causaba curiosidad al verlo aparecer, en esa extraña vestimenta, en las ceremonias públicas presididas por Su Eminencia, Carlos María. Tempranamente apareció su libro de poemas *Primavera*. Siguieron a este primer intento, los versos de *Ortonautilla*; y mucho más tarde, *Memoria del Agua*. *El*

Minotauro, Amor, cascada y nube, La danza de las máscaras; Triángulo del corazón: el llalo, el amor y el desamor. Además publicó importantísimos libros de historia y biografías: *La Revolución de Quito, La Espada sin Mancha* y, consecuente con su preparación jurídica, el magnifico *Tratado sobre el delito político*. No se puede dejar de lado sus ensayos sobre arte, reunidos en las *Tentaciones de San antonio* y las *Crónicas y Nuevas Crónicas de Parsifal*. Por fin, Carlos entró también en la novela con *Reino de los suelos* y *Los dioses se volvieron hombres*, parte de su *Olimpo criollo*, mordaz critica del mundillo quiteño.

En la universidad, se sumaron otros amigos fundadores de la Católica, Jorge Salvador, Renán Flores algo mayores y Ricardo crespo, algo menor: Jorge salvador, fue un estudioso incansable y en él se vislumbró, desde entonces, su afición por la historia, aunque algo de poesia en su libro *Voces de alma en fuga*. Su *Breve historia contemporánea del Ecuador* publicada por el Fondo de Cultura Económica de México, fue galardonada con el premio "Mejía Lequerica". Recibió además el premio "Eugenio Espejo".

Igualmente ágil y constante fue la obra de Renán Flores. Habiéndose establecido, posteriormente, en tierra españolas, pudo allá editar una docena de libros que ocupan de estudios históricos y filosóficos, de amplio conocimiento del periodismo, de educación y cultura, y de memoria y recuerdos. Notables entre ellos, *El otro rostro de América, La prensa en Hispanoamérica*, y el magnifico ensayo sobre Jorge Icaza. A ellos se suman sus cinco libros de relatos, y entre ellos sus novelas *El sol vencido, Militaria* y *Obscuro oleaje de los días*: todos publicados por importantes casas de edición españolas. Colaborador de ABC, fue durante largo tiempo Secretario General Adjunto de la Oficina de Educación Iberoamericana. Lo vemos entre nosotros de vez en cuando y el resto se la pasa por España, grata repartición de sus horas y proyectos.

Ricardo Crespo, entusiasmado con nuestra actividad, fue uno de los pilares de *Presencia* y escribió importantes artículos en varios números; pero luego se dio plenamente a su profesión jurídica y nunca ha salido de ella. Los citados artículos están redactados como bocetos de libros que aunque no

se publicaron, eran ya obras en ciernes, análisis completos y síntesis de lo que Lalo debió imprimir, única forma de perpetuar sus pensamiento.

Guillermo Ríos, inició su poesía en el mismo tiempo que la de todo este grupo de amigos y se ha mantenido en ella con quince títulos, dentro de los que el autor prefiere, *Raíz del alba* (1968), *Un eclipse total* (1979), y *La lira que grita* (2000). Ingresó desde sus comienzos, en el grupo *Umbral*, y fundó el grupo *Caminos*, de los que ha sido un fiel colaborador. Así mismo ha colaborado con el *Ateneo Ecuatoriano*.

Gonzalo Pesantes y Luis Felipe Borja se entusiasmaron por la poesía y su tendencia fue mercadamente romántica y cercana a la de los poetas de la "generación decapitada". Gonzalo publicó, en 1952, su poemario *Palabras*, que le valió un premio y posteriormente participó en algunos juegos florales; luego salió al exterior, con una misión de las NN.UU. y pudo recorrer Colombia, Perú y Bolivia. Desde entonces, nunca más editó ni publicó nada, habiendo sido parte, sin embargo, del grupo *Umbral*. Su simpatía por las letras pudo mantenerse gracias a la casa de edición de su propiedad; y no insistió en un mayor producción ¡En casa de herrero!

Luis Felipe Borja Martínez, quien acompaño a nuestro grupo en el *Café Bohemio*, jamás editó, ni siquiera aquellos poemas que solía recitar, repletos de romanticismo. Permaneció apenas dos años en la universidad católica y se trasladó a Ambato; se entregó de lleno a la vida política, llegando a ser Vice alcalde de la ciudad, diputado y senador por Tungurahua, y una vez graduado, fundó y mantuvo la revista de derecho *Repertorio* y publicó algunos artículos sueltos sobre la materia de su profesión.

Ya, en mi ausencia, crearon el *Café Bohemio* y luego, con un valor poco común, se dieron el lujo de editar *Presencia*, acaso una de las más importantes publicaciones aparecidas en el país, a pesar de sus escasos cinco números. La dirigieron Paco Paredes, Renán Flores y Ricardo Crespo. No incluyeron en *Presencia* únicamente colaboraciones de los iniciadores de la revista, sino que contaron con escritores como Escudero, Carrera Andrade, Dávila Andrade, Aurelio Espinosa Polit, Alfredo Pareja Diezcanseco, Jorge Fernández, Juan David

García Bacca, y otros literatos de la más alta categoría; qué grata, emotiva y aleccionadora nos fue la voz del *Fakir*, César Dávila Andrade: su presencia crepuscular, su inimitable acento, sus ideas y su filosofía de inspiración oriental y mágica fueron elementos permanentes en la excepcional poesía de César, quien pronto entabló una gratísima amistad con todo nuestro grupo.

Las magníficas carátulas fueron siempre diseñadas por Manuel Tobar Zaldumbide.

Desde París, yo intervine, en forma ocasional, remitiéndoles colaboraciones que iba consiguiendo. Por ejemplo, textos de García Lorca que me fueron confiados por Claude Couffo, y publicados en *Presencia*, como primicias mundiales: así las reconocieron los editores de la *Obra Completa* del gran gitano, a pesar de que ya hubiesen aparecido en la revista *El Gallo*. Tal fue el caso de *El Paseo de Búster Keaton*, "escrito para un escenario burlesco, para una película de corta duración, único texto de una serie que García Lorca proyectaba editar y que nunca pudo hacerlo", según información de Couffon.

El Quito cercano al medio siglo no fue, a pesar de su pequeñez, un lugar abandonado del mundo. La segunda Gran Guerra, acaso la más destructora y cruel, tuvo ventajas para nuestro continente, gracias a Dios, en paz; y nos permitió beneficiarnos de la belicosidad europea; llegaron a América y también al Ecuador, en esos nefastos instantes, artistas, conferenciantes, maestros de la música de categoría mundial: la guerra civil española nos trajo a Fernando de los Ríos, Salvador de Madariaga, Antonio Jaen Morente, Jiménez de Azúa, Juan David García Bacca. Y aquí estuvieron Andrés Segovia, Nicanor Zavaleta, ya insignes intérpretes de la guitarra y el arpa. Nuestros teatros se llamaron con los mejores espectáculos: Rubinstein, Cortot, entre los grandes pianistas. Hayffets y los mejores violinistas. Y además, los más notables conjuntos de teatro y ballet: Louis Jouvet y Madeleine Ozeray; Jean Louis Barrault y la Comedia Francesa, dirigida por Robert Hirtsch; el gran teatro inglés de Shakespeare; el Ballet de Montecarlo, del Coronel de Basil, con lo más selecto de los bailarines europeos; el Ballet de Nueva York con sus principales figuras; por dos

veces la Filarmónica de Nueva York, dirigida por Bernstein y por Zubin Methas; las Sinfónicas de Viena, y de otras ciudades europeas; los Piccoli de Prodrecca; las mejores orquestas de cámara, y conjuntos españoles con el mejor flamenco, como el de Carmen Amaya, por ejemplo. Esta enumeración no intenta ser exhaustiva. Se llenaban el teatro *Sucre*, el teatro *Bolívar*, el *Capitol*. Alguna vez, Leornard Berstein, recordando su paso por Quito, identificó sus dos presentaciones en esta ciudad con esta breve frase: " Quito, this enormous theather", refiriéndose al teatro Bolívar.

No formé parte de los dieciocho viajeros, la mayoría perteneciente a la universidad católica, embarcados rumbo a Europa. Cuando llegaron a Compostela, so pretexto de la fiesta del Año Santo de Santiago Apóstol ya sus recuerdos se habían enriquecido de aventuras que, contadas sobre el uno por el otro, fueron todas dignas de una novela lamentablemente nunca escrita. No faltaron, según ellos, la conquistas amorosas de las viajeras del barco y los intentos de suicidio por el rechazo de alguna de ellas; celos suscitados por allí, y alguna consecuente puñalada que terminó apenas en susto; la pedida de los regalos, llevados para el Apóstol, y extraviados en una noche de juerga, las dudosas insinuaciones de alguna callejera considerada conquista de amantes latinos, y todo esto bajo el siglo y pretexto de supuestas investigaciones sociológicas; y al final, ya en el retorno a la patria, la quiebra financiera, total y absoluta justamente cuando el barco decidió, arbitrariamente, permanecer en Curazao, y dejó sus pasajeros sumidos en la miseria, hasta cuando los padres de familia contrataron avión especial para recuperar a los hijos pródigos y hambrientos.

Me visitaron en París y entre entusiasmo y entusiasmo no dejaron de conocer el *Louvre* y *Notre Dame*, el *Lido* y el *Folies Bergere*; subieron a la Torre *Eiffel*; y se gastaron hasta el último centavo, ganando gracias a la venta de los bonos de gasolina, cuando este carburante costaba como el oro. ¡Lástima! Nos quedamos si un relato repleto de humor y risa.

Y como les gustaba reír, en algún momento de poca seriedad, compusieron el cuento *Don Abel*, destinado a burlarse de sí mismo y de los demás. Tan original libro apareció

anónimo, porque pensaron que su obra merecía guardar el anonimato, como la mejor presea par su comicidad. Todos conocíamos a los autores de esta obrita: Carlos de la Torre y Pacho Mera: este último de temperamento vivaz, rápido y brillante: al fin y al cabo nieto de Don Juan León, el autor de Cumandá.

¡Qué decir de lo que significó la fundación del diario *El Tiempo* por Carlos de la Torre, en 1965! Una vez más nos encontramos los compañeros de siempre para tentar el periodismo, en momentos en los que, como digo en algún comentario, se requirieron valor y decisión, únicas armas contra los sistemas despóticos que habían asumido el poder; usaron, en el editorial serios y audazmente directos, así como un agudo humor en las columnas de *Los Picapiedra*, denominación del más valiente espacio periodístico de los años afectados por dictaduras y gobiernos autoritario. Experiencia ésta que provocó un nuevo ensayo, cordial unánime, en el que felizmente, participaron muchos otros colaboradores, todos ellos jóvenes, hoy convertidos en la plana mayor del periodismo nacional.

***

¿ Y qué pasó conmigo entre tantas vidas y tantas peripecias? Debo reconocer que fui mal estudiante y buen lector. La bolsa de estudios, gentilmente acordada por el Gobierno francés y más exactamente por ese gratan amigo del Ecuador, El Embajador de Francia Pierre Denis, me permitió ingresar a la Facultas de Derecho y a la Escuela de Ciencia Políticas, aunque, a pesar de intensos estudios, no conseguí el título final. Pude, en cambio, interesarme, a fondo, por el mundo europeo, su literatura, sus artes, sus costumbres, y sobre todo, tratar de aprender la lengua gala y familiarizarme con ella, leyendo y traduciendo textos difíciles de Saint John Perse, Valery, René Char, Mallarmé, André Frenaud, Alain Bosquet. Tuve, como guías de mis lecturas, a innumerables amigos: a Paúl Bar, el pintor maestro de Pedro León, Camilo Egas y Sergio Guarderas, quien me ayudó a descubrir la vida y la obra de Alfredo Gangotena y a apasionarme por su poesía, labor facilitada por mi amistad entrañable con la familia del poeta;

a Claude Couffon, ya entonces ocupado de la literatura latinoamericana; y a varios escritores jóvenes, entre 40 y 50 años (los viejos no bajaban de los ochenta), que tuvieron la gentileza de admitirme en sus conversaciones, a pesa de ser yo, entonces, totalmente inédito. Mis investigaciones me permitieron, así mismo, ponerme en contacto personal y por correspondencia, con Jules Superviele Henri Michaux, Pierre Louis Flouquet, entre tantos de los íntimos amigos y admiradores de la obra francesa de Gangotena, lo que mucho ayudó a traducirla; en esta labor participamos mayoritariamente, Gonzalo Escudero y en menor proporción, yo mismo, culminando con la publicación de la poesía de *Gangó*, como le llamaban sus amigos franceses. Lo hicimos en los talleres de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, dirigida por Benjamín Carrión.

No dejé la costumbre, en esos años de ausencia, de escribir mis propios poesías; y cuando ya, a los veinticuatro años, las sometí a la opinión de Jorge Carrera, con la intención de publicar mi primer libro, este enorme poeta, en su estatura como en su calidad, me aconsejó esperar, lo que acaté aún cuando me era penoso hacerlo en tan avanzada edad, temeroso de quedar "para vestir santos". Cómo agradezco su consejo y cuánto debí empeñarme en seguirlo y en buscar el momento preciso, seis años después, para alcanzarme a la que luego sería tarea definitiva de mi vida. Tuve la suerte, además, de haber trabajado, como simple secretario administrativo, en nuestra Misión en París, con Gonzalo Escudero, Jorge Carrera Andrade, Gonzalo Zaldumbide, Raúl Andrade, Fernando Chávez, Hugo Moncayo, Lisímaco Guzmán, Gonzalo Abad, Jorge Diez, Gonzalo Almeida, Gonzalo Ponce, Darío Lara y otros admirables jefes. Aprendí pues, mucho de ellos. No podía contar con mejores maestros y amigos.

Luego vinieron los libros que, tras un lento proceso de elaboración, fueron completando mi obra personal. Me asusta no tener tiempo para terminarla y para lograr satisfacción por ella; y , en cada caso, me sigo considerando como un permanente "aprendiz de brujo"

Mi ausencia del país duró ocho años; lapso de mi permanencia en Francia y otros 18 años durante los que fui, de ciudad en ciudad, de país en país, en funciones diplomáticas.

Pude conocer muchas gentes y tierras en muchos continentes. Rememorando esas ausencias, me doy cuenta de que perdí demasiados años, muchos más de los malgastados por el hijo pródigo, fuera del hogar de mis padres y fuera de la vida de nuestra ciudad, en donde dejé tantos familiares y amigos.

Soy, ahora, en principio, hombre respetable, casado y padre de familia. Han sido razón y base de mi vida Elena, mi mujer, y mi hijos, María Elena y José Xavier; ellos supieron impedirme el demonio de la soledad y reemplazarlo con alegría, amor y ternura. Son parte de mis instantes y el todo de mis anhelos.

Estoy afincado, por fin, en esto que llaman la tercera edad; continúo siendo un soñador y relator de sueños; un optimista impenitente; un enamorado de la patria y el mundo. Soy asimismo, desde hoy por la generosidad de ustedes, un miembro del Grupo América, lo que me honra y me obliga.

Gracias en consecuencia, queridos colegas, por haber abierto este nuevo espacio a mis días y por acordarme una oportunidad para esta charla, llena de confidencias y recuerdos. Mi reconocimiento al Alba Luz Mora y a Claudio Mena, por su gentiles palabras. Queda, en mi, hoy con más razón que nunca, la necesidad de entregarme, a la vida; y de agostar, hasta el ultimo instante de la que ha sido, gracias a Dios, una existencia plena de buenos momentos, de buenos amigos, de buenos recuerdos.

Revista América No. 120.Segunda época, Abril 2002.

Jaime Montesinos Fernández de Córdova

Del paisaje humano. Unas palabras de acercamiento

Cuando Alba Luz Mora me participó que se había propuesto mi nombre con la finalidad de incorporarme a la prestigiosa organización cultural que ella dirige, el Grupo América, me sugirió asimismo que hablara sobre un autor poco conocido en el Ecuador, quizás un autor extranjero más precisamente, un autor imbuido en la cultura del país donde yo más he vivido, los Estados Unidos de América.

Por varias semanas determiné tratar sobre la inspirada suicida Sylvia Plath, poeta de hondura y alcance, que se quitó la vida en Londres en los años sesenta, durante su tercera década de breve existencia.

Pero desistí del empeño porque pensé que debía acercarme más al meollo de la solicitud, haciendo que tal autor tuviese un contacto con el Ecuador y a la par, reuniese las otras características que interpusieran algunas distancias.

Me dije, conozco bien a un autor que reúne las características de no ser ampliamente conocido en el Ecuador y de haber vivido en el extranjero muchos años y, más precisamente, en los Estados Unidos

Además, reflexioné, he pasado mi vida profesional estudiando a numerosos autores no ecuatorianos y también, a varios autores ecuatorianos, sin haberme detenido a realizar un estudio más concienzudo de la obra de este autor.

No hace mucho me enteré que había finalizado una nueva colección de cuentos que va a intitularse, *Del paisaje humano* y, para mi grata sorpresa, me pidió que escribiera el prólogo. Me sentí emocionado y altamente honrado que se me confiara una tarea tan delicada. En esa coyuntura se me

ocurrió que lo más idóneo era combinar las felices circunstancias que se me ponían en el camino y presentar ante ustedes a ese autor que aunque lo he estudiado poco, he leído todas sus obras y lo conozco en el plano humano más que a ningún otro.

Por ello, y con la venia de todos los distinguidos integrantes del Grupo América y de su afectísima presidente y amiga, Alba Luz Mora, pido que se me permita compartir en estos minutos algo de lo que sé de ese autor que vive lejos de su natal Cuenca por más de medio siglo: mi padre, Arturo Montesinos Malo.

***

Primero una confesión categórica. Me acuso de nepotismo decidido, pero no basado en el íntimo parentesco sino que, gracias a él, he podido arribar al reconocimiento pleno de su hegemonía narrativa.

A sus veintiun años se casa en Cuenca con una bella jovencita, Luzmarina Fernández de Córdoba, mientras lee vorazmente, escribe para el teatro y regenta un almacén de su padre. Siempre fue el espíritu de Arturo Montesinos un espíritu cosmopolita, orientado a entornos urbanos de mayores horizontes y posibilidades para la autorrealización. En 1942, poco después de haber publicado en Cuenca su primer libro de cuentos, *Sendas dispersas*, antes de cumplir los veintiocho años, casado ya y con dos hijos, lleva a su joven familia a Quito, tras haber visitado antes Guayaquil, Panamá, Caracas, La Habana y Nueva York. Viajó a esta colosal ciudad del norte dos veces, en 1936 y 1938. Le fascinó tanto que en 1952, después de diez años de residencia en Quito, la convirtió en su meta final.

Diez años de su plenitud entregó a Quito, donde se desenvolvió en varios empleos relacionados de un modo o de otro con las letras. Pero Quito le venía estrecho, como a todos en esos años de la primera mitad del siglo XX. La capital del país era una aldea, sí, más grande que la capital azuaya, pero no dejaba de ser una ciudad recoleta y remontada en la

serranía ecuatoriana, en lo que resultaba ser también otro rincón situado fuera de todo, alejado del mundo.

Cooperó con la infante Casa de la Cultura Ecuatoriana, laboró como periodista, y, utilizando su autodidacta dominio del inglés, llegó a ser profesor de ese idioma en el Colegio Militar. Tenía cinco trabajos en el mismo día, incluyendo la Embajada China, donde, una vez más socorrido por el inglés, fungió de secretario y de único vínculo con el Embajador que no hablaba jota de español, mientras escribía obras de teatro y cuentos. Ganó el premio nacional de teatro de 1950 con dos obras: *Interludio sentimental* y *El milagro de Josué*, y el premio de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, en 1951, con su obra *Los autómatas*. También su segunda colección de cuentos, *Arcilla indócil*, recibió en 1952 el premio José de la Cuadra en un Concurso de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, la que publicó esta obra en 1959.

Gracias al inglés, al periodismo y esencialmente a su calidad de escritor, consigue en 1952 un contrato con la ONU y cumple de manera permanente su deseo de volver a Nueva York, a donde se desplaza con su esposa y tres hijos, Eduardo (Eddie), Jairne (Jimmy) y Luzmarina.

En 1959, el mismo año en que nace el cuarto y último de sus hijos, Arturo, la Casa de la Cultura de Quito publica *Arcilla indócil*. El resto de su obra, exigua pero esencial, es así, *Segunda vida* (novela) 1962; *El peso de la nube parda* (novela) 1974; *El color del cristal* (cuentos) 1981; *Lejos de la cumbre* (novela) 1994; *Tras los años inmóviles* (Teatro) 1995; y *Del paisaje humano* (cuentos) 2001. También en los años noventa escribió en un guión, *Eight Women in my Life*, y una autobiografía, *A Brief Story of my Lifetime*.

Hace trece años hice una entrevista a mi padre que se publicó en la Revista *Diners*. Le pregunté acerca de su estilo, el mismo que no había cedido a las tentaciones de los nuevos ismos, pese a que parecía obligatorio doblegarse ante sus señuelos para estar a la moda. Así se expresó Arturo Montesinos Malo:

> Me atrae muy poco los realismos mágicos porque no están de acuerdo con mi temperamento; utilizan recursos narrativos que en lugar de claridad y síntesis, consiguen la confusión, desorganizan el argumento e invitan a la digresión. Los imitadores, en especial, buscan adrede la obscuridad con la esperanza de que el lector sospeche que si no entiende algo es porque está por encima de su capacidad intelectiva. Es curioso anotar que los recursos estilísticos de los maestros –quienes se cuidan de no perder su claridad esencial– se vuelven caos o cacofonía en manos de sus imitadores. Nunca digas a uno de estos autores que ciertas páginas son difíciles de entender. Te contestarán que te falta la inteligencia necesaria. ¿Existe quizás una cofradía secreta de súper intelectuales dedicada a descifrar los enigmas de esos libros? Yo, por mi parte, creo que uno mejora su estilo cuando escribe con más claridad que antes. Pero, claro, yo no escribo para élites esotéricas, ni para media docena de críticos amistosos.

Cuatro de las marcas esenciales en la narrativa de Arturo Montesinos son:

1) La claridad global
2) el amor por los entes de ficción
3) el dibujo del personaje por dentro; y
4) la arquitectura precisa del argumento.

1. La claridad global

Ortega y Gasset decía que la cortesía del filósofo es la claridad. Este pensamiento se puede extender a todo escritor, para recordarle que mucho más fácil resulta escribir de una manera oscura. Cuánto más cuesta escribir "aparentemente y por añadidura con propiedad absoluta, usando la palabra justa, dentro de una redacción impecable. No hay una página, un párrafo, una oración en la narrativa de Arturo Montesinos, donde el pensamiento no se distinga luminosamente, donde no acierte con el vocablo preciso, donde el

arte de narrar, la sindéresis, la estética no se conjuguen armoniosamente con la nitidez del sentido.

Leer a Montesinos es ingresar en espacios de lectura privilegiados, donde se dan cita constantemente los elementos señalados. Para ilustrar estas aseveraciones, cito al acaso tres ejemplos; uno, de la novela *El peso de la nube parda*, p. 426:

> ¿Cómo puedo explicártelo, Rosa, si hablamos idiomas distintos? Algunas veces he pensado que nuestra decisión de divorciamos es una chiquillada, pero ahora veo mas claro. Tenemos esquemas vitales diferentes. No sé por qué salí esta mañana a pesar del peligro. Y si lo sé, no es con la razón ni con la lógica, sino con ese coeficiente de misterio que me impele a la eterna quijotada, a pesar de que todos los Quijotes son personajes cómicos. Ignoro. Por qué fui al pueblo a jugarme la vida. Pero lo sé de cierta manera confusa y si juntos gravitáramos alrededor del mismo astro –ese astro oscuro del sino, sin nombre, motivo ni meta– también tú lo sabrías de esa manera y no tendrías necesidad de preguntarme.

Otro, de "El jilguero va volando", el primero de los cuentos de este libro:

> Nos acostamos menos tensos que la noche anterior. Disfrutamos de la peculiar caricia. Que ofrecen, las sábanas nuevas y aunque el cuarto seguía incurablemente frio el mutuo abrazo estrecho pronto nos trajo la temperatura ideal. Para mí fue una noche de intimidad tranquila y de acercamiento más espontáneo al deleite conyugal. Al mismo tiempo –y estoy seguro de que Herminia compartió mi impresión– emergió un patrón de acaecer sexual que no nos satisfacía, que mezclaba placer con desasosiego y daba al acto un lastre de zozobra Para Herminia la asociación de sexo con pecado era inextricable y cada encuentro era una trasgresión más en su conciencia. Y lo que para ella resultaba ilícito era para mí un desencanto.

Y el tercero del postrer cuento, "La última pausa":

> –Señor Luciano, en alguna parte debe haber joyas y dinero.
> –Tal vez en la biblioteca.
> Entraron a un recinto con efluvios que parecían contar sinies tras historias de antaño. Uno pensaba en misteriosos conciliábulos de eras caducas, en secretas venganzas que se malograron quizás asfixiadas por ese olor a papel viejo. Era un cuarto que sugería más de lo que era, que se había inflado de siglos y enigma para ocultar su propia ordinariez.

Fuerza es reconocer que Montesinos, dentro de su rutilante claridad, logra dar una lozana apariencia de novedad a cada relato para que la voz del autor narrador, que es la que domina, no siga moldes fijos. En algún cuento los personajes con su diálogo llevan sobre sí parte de la narración, cual pieza teatral, o el autor narrador, usando la segunda persona familiar, habla a la protagonista tuteándola, de modo que resulta como si el pensamiento del propio personaje fuera el hilo conductor de la narración, como sucede en "El volcán que despierta". También hay la relación desde la primera persona del protagonista, como es el caso del primer cuento, "El jilguero va volando" En otras obras, como en el celebrado cuento titular de *Arcilla indócil*, el perspectivismo depende del personaje narrador. Cada personaje tiene una visión diferente de los mismos sucesos, Porque mira el mundo desde el único ángulo que le es permitido mirar el mundo: el suyo propio. La destreza de Montesinos consiste justamente en fragmentarse sin perder su coherencia total, en ver los árboles individuales y diferentes sin perder de vista el bosque circundante, y todo esto visto, así el lenguaje sea distinto, según el cuento y el hablante o narrador, con la luminosidad de un léxico tan apropiado como rico y transparente.

2) El amor por los entes de ficción

En la entrevista que hice a mi padre en *Diners* le hice el siguiente comentario: "Algunas veces en nuestras charlas me has dicho que hay autores que no quieren a sus personajes –o

al menos a uno de ellos–. Has insistido en que tal postura es fatal para una obra" Le pedí que explicara, y así se expresó:

> Era todavía un adolescente cuando leí una novela inédita de un amigo, quien se había propuesto retratar a un personaje a quien despreciaba intensamente. Quiso recrear una vida humana y sólo consiguió una caricatura. Esa fallida novela me enseñó un precepto fundamental: Se puede crear un personaje lleno de realidad humana solamente si se lo trata con el cuidado con el que un escultor modela una obra de arte, sea un ángel o un monstruo. El "bueno" o el "malo" son ficciones de folletín. Además, un mismo acto puede parecer plausible a unos y detestable a otros. Gran parte de la novela indigenista (...) olvidó este principio porque se ceñía a otra pauta inviolable: Un hacendado tenía que ser ladrón, sádico, avaro, etc.; en otras palabras un sinvergüenza integral.
>
> Además por misteriosa arbitrariedad, tenía que ser estúpido. El campesino, por otra parte, tenía que ser traba jador responsable, abnegado y, por extraño que parezca, estúpido. Lo que me parece extraordinario es que en novelas recientes fieles al "Boom" hay ejemplares de esta misma laya de monstruos que se pasean por toda la novela sin trazas de' dignidad humana o verosimilitud. Es decir, son novelas sin personajes, pues los entes que ahí hablan, sufren y pecan, si tienen un remoto parecido a los seres humanos es por pura casualidad.

Por supuesto, en las páginas de Montesinos hay personajes vanos, llenos de sí mismos, antipáticos, mezquinos, egoístas que atormentan en una forma u otra al protagonista, pero jamás quedan definidos solamente bajo esa áspera luz que es más bien tinieblas. Siempre se encontrará alguna faceta redimible que no permita el desequilibrio absoluto entre defectos y virtudes. Porque hasta los, personajes más execrables recibirán de la pluma de nuestro autor unas pinceladas que justifiquen, que expliquen por qué se precipitaron por senderos perdidos y estrechos, para convertirse en los malos de la película.

Por ejemplo, en "El volcán que despierta", un cuento de asunto neoyorquino hispano, aparecen dos madres de adolescentes que son la una el contraste de la otra.

Chepita se gana nuestro afecto; no así, Violeta, con sus aires de superioridad y su egocentrismo. La narración es aquí del autor a la protagonista, en un tuteo que acerca a la médula, a las entelequias del personaje:

> Tú, Chepita estimas a Violeta pero... Muchas veces has querido completar ese pero, definir la índole y causa del malestar. Solo encuentras razones vagas que no explican nada porque la secreta repulsión está al margen del raciocinio, viene de hontanares que el cerebro no puede localizar. Violeta se siente superior. Para ti ése no es un defecto, más bien un don envidiable porque la propia persona es la medida de su universo, y si la persona se siente grande el universo crece con ella y las miras se vuelven más amplias. Pero estar junto a alguien que en todo momento se encumbra y ve a los demás por debajo se vuelve incómodo. No te sientes junto a una compañera sino a una maestra, o por lo menos a una asesora intelectual didáctica que detecta la mínima deficiencia. A esto se añade que Violeta suele soltar groserías sin sospecharlo siquiera, como si su lengua anduviera unos pasos antes del cerebro sacando aberraciones íntimas que la mente bien pudiera reprimir.

Se pudiera argüir que en este trozo el autor hace que el personaje "bueno," Chepita, sea quien gracias a sea magnanimidad sea tolerante de la vanidosa y dura Violeta, y que el autor se exime de rescatar a la "mala" No obstante, el autor más adelante se encargará de redimir a Violeta, convirtiéndola con amor de creador en un personaje muy real, presa de sus circunstancias y de su mundillo, incapaz de evitar sus limitativas características que le han tocado con deficiencia de virtudes. Sin casi darnos cuenta, advertimos que Violeta también se merece nuestra simpatía, precisamente porque no le nace ser buena de la manera que Chepita es naturalmente buena.

Otro personaje de tipo agridulce es el profesor Mauricio

Paredes, uno de los tres principales personajes de "La última pausa" el cuento con el que concluye la presente colección. Es difícil no sentir afecto por este hombre esquivo, de mal genio crónico, avaro, que se alimenta de odio para sobrevivir. Es en esas recias tintas que el personaje se vuelve más humano y que recibe del autor el manto abrigado de la comprensión. Su actitud despectiva con casi todos, incomprensible al principio, se torna menos abominable al percatamos de sus razones para haberse convertido en cínico, en el sentido original del vocablo filosófico, tal como se aplicaba a Diógenes.

Así elabora unas ideas el profesor de filosofía:

> –Tolstoy, creo que lo mencioné ya, tenía un pésimo concepto de la vida. Y al mismo tiempo la muerte le causaba un morboso terror. Así dejaba palpable que la vida, a pesar de su un fraude y un tormento, era para él más preciosa que la muerte. Puedo decir lo mismo de mí: Un día me encontré sin mujer, sin hijo, sin dinero y sin empleo. No tenía razón para seguir viviendo pero decidí conservar una existencia desprovista de honor y horizontes. Como decía Schopenhauer, la voluntad de existir posee a plantas, animales y humanos, en verdad, al universo entero ¿Hay un propósito? No tenemos capacidad de saberlo... Aquí estoy, todavía vivo. No sé para qué, pero cada momento estoy evitando lo que pueda acortar mi existencia. Una de mis preocupaciones es tener un respaldo de dinero. Se suele decir que el dinero solo sirve cuando uno deja de tenerlo, cuando lo ha cambiado por algo concreto. Pero es como la fogata que enciende el viajero cuando pernocta en despoblado. La leña se consume sin beneficio para nadie pero ahuyenta al lobo. Una reserva de dinero es la pequeña fogata que ahuyenta al hambre de mañana.

El conocimiento es la herramienta crucial para llegar a la comprensión. El instante que sabemos los pormenores de algo, que conocemos casi todas las fases que estén al alcance de nosotros, nos aproximamos a tasar en medida más exacta no sólo la dimensión de lo que nos ocupa sino sus características y podremos justipreciar todo con menor riesgo

de error. Casi siempre criticamos, despreciamos, porque ignoramos todo lo que se debe conocer.

Recuerdo un ejemplo del autor de *Los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus*. John Gray señala que se hallaba dentro de un vagón del *subway* neoyorquino, junto a un hombre indolente que no hacía nada para apaciguar a sus tres hijos pequeños que metían un fragoroso alboroto vejando a todos los otros pasajeros. Sin poder sostenerse más, se acercó para pedirle al hombre que hiciera que los niños se reportaran. El joven padre, en una voz más allá de las fuerzas y el llanto, le participó que volvían del Hospital Bellevue de Manhattan donde su esposa, la madre de los tres pequeños, acababa de morir.

En este caso, el conocimiento del trasfondo de un incidente invierte totalmente las suposiciones existentes, anulando cualquier enojo o disgusto que la apariencia imponía. Nada más cierto que las apariencias engañan. No obstante, cuántas reacciones, cuántas políticas, cuántas actitudes y decisiones se toman basándose en las apariencias. Y cuántos autores crean sus personajes fundándolos únicamente en lo que resalta a la vista y es fácil y conveniente de juzgar. Tales personajes distorsionados, superficialmente juzgados, no desfilan en las páginas de Montesinos.

3. El dibujo del personaje por dentro.

Igual que un genial pintor que capta sobre la superficie del lienzo los trazos internos, las luces y los dobleces del alma del retratado, Montesinos al pintar lo de afuera da con economía sorprendente hachazos de luz que descubren las sombras interiores. Del cuento "Sonrisas de allá arriba" de esta colección, extraigo este retrato revelador:

> Álvaro se quedó en su puesto contemplándolo. Inés se acercó a uno de los pocos solteros invitados y le pidió con insistencia que bailara con ella. Sólo otra pareja siguió el ejemplo. Alvaro pensó que ya había previsto la actuación de Inés quién decidido divorciarse, estaba en la tarea de

encontrar otra relación amorosa. Tenia que iniciar nueva mente el engorroso ritual de buscar marido.. ¿lba a hacerlo tedio o fruición aventurera?
Pobrecita. Le esperaba una ardua empresa: recordar sus arrumacos de niña pubescente y añadir sutilezas de mujer experimentada Ahí estaba, más alta la falda, mas pronunciado el descote, con un barrunto de lascivia en la mirada. Era tan tímida que habia bebido más champaña que los otros para poder dar vida a una segunda adolescencia menos genuina que dejaba entrever lo marchito y lo taimado.
¡Pobrecita! volvió a decirse Álvaro observándole los ojos que en la niñez habían sido grandes y límpidos y que todavía con servaban cierta hermosura. El licor había puesto en ellos ascuas de picardía que no lograban esfumar las huellas de una frecuente intimidad con las lágrimas. Sí, ahora eran en realidad unos ojos tristes que habían sufrido maltrato y decepción.

Esta facilidad de encontrar los visos definidores es una constante de nuestro autor. Uno se queda con la impresión de conocer más a estos personajes que a personas de carne y hueso. Y ello se debe primordialmente al hecho de que Montesinos metamorfosea a la tinta en sangre y al papel en carne y hueso. Sus personajes, por tanto, están hechos de sueños, ilusiones, temores, inseguridades, fe, esperanza, desesperanzas, incertidumbre perenne, que se afianza en momentáneos hallazgos, en gloriosos aciertos compuestos de fuegos fatuos, ensombrecidos por las penumbras del fracaso que acecha triunfante, rodeados por una aureola del desconocimiento, de la ignorancia hasta de quiénes mismo son. Sus personajes dejan de ser fictivos para parecerse enteramente a los que leemos estas palabras.

De *El peso de la nube parda*, página 455, tomo este segmento donde el protagonista, se interroga a sí mismo:

¿Qué me identifique? Leonardo Durbán, abogado. Cuarenta y dos años, casado, dos hijos. ¿Datos comunes que no dicen nada? Es que no soy sino uno de los tantos que cruzan una

> calle de una ciudad, un espécimen de vida tan ordinario que el anonimato es su cualidad más espontánea; esta envoltura de piel que está a la vista y dentro de ella una asombrosa máquina biológica que no mantiene relaciones directas conmigo ni se deja conocer, aunque es muy mía. Y que, por lo mismo que es mía, es distinta de mí. Un día se dañará y me matará. Sin embargo, ella nunca habrá sido yo. Aquí está mi cédula de identidad, con una fotografía de mi cara y con mis huellas digitales. Claro que si usted identifica mi cara y mis dedos, identifica algo que me pertenece. Pero es absurdo creer que yo soy aquello que me pertenece. ¿Quién soy yo entonces? Esa es la pregunta número uno. Si usted sabe quién soy, dígamelo. Me perdí a mí mismo muy pronto, cuando una de mis expropiedades estaba en el vientre de mi madre: un feto. Y luego tuve otras propiedades, o bienes... ¿o males? de los que me fui deshaciendo: un cuerpo de niño, un entusiasmo de adolescente, un ideal de ahogado joven. Mas cuando perdí esas cosas, ya andaba extraviado. Dígame usted quién soy señor.

Siempre en Montesinos Malo ha primado el personaje. Y el entorno de ese personaje ha recibido la atención necesaria para poder comprender a cabalidad, en la medida de lo posible, cómo ese entorno, aquellas circunstancias, han moldeado al personaje. El yo y las circunstancias hacen juntos el paisaje humano que ha sido de manera sostenida y continua el norte de nuestro escritor. Por ello que sus personajes resulten personas completas, convincentes, nada acartonadas, seres que son siempre pedazos de nosotros mismos y, extrañamente, más que nosotros mismos.

El dibujo que hace de sus personajes nunca se da del todo en el principio de la relación. Poco a poco, a medida que avanza el relato, Montesinos va soltando otras gemas que identifican al personaje de manera natural, haciendo que el lector lo vaya prácticamente descubriendo sin la asistencia del autor. Es necesario leer muchas veces hasta el final para alcanzar a ver al personaje en todas las dimensiones que se necesitan para que el relato funcione. Igual como en la vida, se vuelve imprescindible que existan múltiples escenas, ningu-

na de ellas ensayada, para que los planos y facetas del personaje vayan cimentándose en un mosaico completo que de pronto entre una imagen en donde nada sobra ni nada falta.

4. La precisa arquitectura del argumento

Quizás fue la inclinación de mi abuelo, José María Montesinos a la arquitectura y el hecho de que mi padre vio cómo el abuelo, sin conocimientos académicos, basándose en un logo que llegó en un sobre desde París, construyó sin ayuda de nadie, un edificio equivalente a unos ocho pisos de los de hoy, con techo Mansard, mereciéndose el Premio al Ornato de la Municipalidad de Cuenca en 1922. Todo tenía que caber perfectamente y don José María hizo el mejor hotel de su época en el país.

Un idioma claro exige un argumento claro, y viceversa. El reparto de las partes de una narración tiene que ser exacto. Así como en una obra de cal y canto, un cuarto mal diseñado va a menoscabar el resto del diseño, igual, una escena que no quepa, un personaje o un ambiente mal concebido, deteriorará el plano maestro de una obra literaria.

Todos los cuentos y novelas de Arturo Montesinos son obras en las cuales nada falta ni nada sobra. El argumento, impecable en su construcción se va desdoblando a la par que va exhibiendo las sutilezas de su espléndido trazo y proyección. Amante de la literatura policíaca y detectivesca, las sorpresas que aguardan al lector se multiplican y el suspenso aumenta de página a página, revelando como todas las piezas engranan con las otras, pero nunca de una manera evidente. Todo lo contrario, el lector no puede adivinar y en ese desconocimiento deliberadamente planteado por el autor yace uno más de los poderosos atractivos de la narrativa de Montesinos.

En este libro, el argumento perfectamente delineado y aderezado está patente en cada uno de sus siete relatos. Como paradigma especial señalo el cuento "El volcán que despierta," que encierra algunas de las mejores sorpresas y demuestra nítidamente la habilidad meticulosamente cultivada por el autor de cuidar cada elemento que integra el edifi-

cio verbal que ha construido, dejando para el final el ingreso al espacio más misterioso y cuya revelación aclara todo lo demás.

Para no estropear las sabrosas expectativas que siembra en los lectores, el deseo de comentar las sazonadas tramas y de citar ejemplos que descubrirían a deshora las claves de los relatos. Dejo ese deleite a los lectores.

La presente colección de cuentos de reciente factura, es, una vez más, la búsqueda de los resortes del alma, de los móviles escondidos que nos manejan desde dentro, a veces como marionetas, sin saber dónde nos llevan, a veces dándonos cierto aplomo y un derrotero seguro. Es el buceo que hace Arturo Montesinos Malo, una vez más, indagando dentro de lo que él ha llamado el "paisaje humano." De eso, en efecto se ha tratado la totalidad de su obra, pues no se ha ocupado de un manojo de hombres y mujeres, sino ha sondeado en el hombre y la mujer universales, ahora con la visión enriquecida por sus años de convivencia en quizás la más representativa aldea planetaria que quepa imaginarse la Gran Manzana, Nueva York, y sin nunca dejar del todo su divisa rectora, el optimismo.

Ponencia leída ante el Grupo América en el Centro Cultural "Benjamín Carrión" en Quito, el jueves 26 de julio de 2001.

Revista América No. 120,Segunda época, Abril 2002.

Galo René Pérez

MONTALVO, PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LA VIDA Y EN EL BRONCE

Padre nuestro que estás en la vida y en el bronce: esta invocación no lleva consigo ninguna intención irrespetuosa hacia los desahogos de la fe con que hacemos el ruego del pan de cada día. Lleva, en cambio, una emoción filial no solamente mía, sino de muchas almas, de almas incontables, una emoción de hijos que se dirigen a un hombre superior de la ciudad de Ambato —Juan Montalvo–, que contribuyó a educarnos en el amor a la ética y a la estética, en la profesión de los valores de la moral y la belleza. Y que, desde hace más de una centuria y media, no cesa de señalarnos, ya con ademán persuasivo, ya con clamores de advertencia, ya con un gesto necesario de vehemencia colérica, el horizonte hacia el cual hemos de encaminarnos para alcanzar a redimir de sus yugos abominables al país, hasta ahora infortunado, en que hemos nacido.

Padre nuestro que estás en la vida y en el bronce: esta invocación lleva, además, el ánimo de establecer un contraste neto ente el sentido de ella y la confesión de aprensiones y temores del biógrafo más antiguo de Montalvo –Agustín Yerovi–, quien creía que las páginas biográficas suyas iban a ser fulminadas por el torpe convencimiento de que "habían divinizado un demonio", de que "habían pretendido la apoteosis de un monstruo". Pero él tenía razón, porque sus sospechas iban resultando ya habituales en el ambiente de ignorancia e intransigencias del país entero. Larga era la lista de estos dicterios, expresiones despectivas y calumniosas que provenían de algunos de sus compañeros de profesión literaria:

hombres de credo antagónico, aunque de su misma generación. Y, como fatalmente ocurre en pueblos de cultura indigente, y con propensión a dejarse arrebañar por comentarios falaces, aquellos ultrajes verbales, a fuerza de repetidos, fueron cargando la atmósfera de antipatías, de desconfianzas, de aversiones, de odios contra el genial escritor y algunos de sus sinceros y fieles adeptos.

Permítase contar aquí que yo estuve muy tentado, cuando escribí mi biografía montalvina –*Un escritor entre la gloria y las borrascas*–, a proceder como procedió el ensayista argentino Ricardo Rojas al rememorar la vida de su paisano Domingo Faustino Sarmiento: esto es, a sentar en mi libro el inventario de los insultos, procaces, zaheridores, crueles, que se vocearon a través de impresos de mala fe contra mi augusto personaje. Y si me ganaron las vacilaciones de intentarlo, ello obedeció a la repugnancia que me ha producido siempre la actitud sañuda de sus detractores. Lo llamaron éstos difamador de su propia mujer, violador de la honra ajena, malvado, impío, abofeteador de Cristo, pordiosero, apatrida. Y, desde luego, esa repugnancia mía se alimentaba de la persuasión de los estragos dolientes que debieron dejar aquellos agravios en el alma de Montalvo.

Porque –jamás lo olvidemos– en los adentros de él, atrás de sus frecuentes arrestos temperamentales, de sus irreprimibles reacciones de orgullo y de cólera, alentaba la naturaleza de un hombre sentimental, sensible y sensitivo, diciéndolo en términos rubendarianos. De manera que cuantos miren a nuestro Montalvo solamente como el batallador metido en la irrenunciable porfía de los combates, gloriándose de la fuerza de sus golpes, estarán observando apenas el perfil con que la generalidad de sus exaltadores le ha evocado para el culto de la historia. Esto significa que no llegarán a conocerlo del todo. No conseguirán la clave para penetrar en sus conmovedoras reconditeces humanas. Les seguirá pasando lo que le pasó a Miguel de Unamuno, no obstante haber sido uno de los pensadores más altos de Europa: el correr entre las páginas montalvinas buscando únicamente los insultos: "los insultos, tajantes y sangrantes. Los insultos sí –son sus propias palabras–; los que llevan el alma ardorosa y generosa de Montalvo".

Con todo esto quiero hacer notar que es necesario aproximarse a nuestro genial y complejo escritor con un sentido más cierto, con una percepción más abarcadora, con una lucidez y un amor menos constreñidos por la influencia del juicio mayoritario, que por mayoritario degenera en las vaguedades, los desconocimientos, las superficialidades características de todo lugar común. Ojalá, entre los buenos lectores, se multiplique esta inclinación a conocer bien las circunstancias íntimas de la vida de Montalvo, los desahogos confidenciales que están en casi todos sus libros, las vibraciones emotivas de sus cartas, los testimonios confiables de algunos que le vieron y le trataron, o se convirtieron en el haz de sus pocos amigos, para que puedan así descubrir y pulsar el mundo de esperas y congojas que se escondían en su existencia de solitario. Y saber que ellas, y sus insondables ternezas, tocadas de una invariable melancolía de misántropo, le condujeron hasta la manifestación extrema de las lágrimas. Siempre muy ocultas, pero algunas veces repentinamente sorprendidas. En la proyección de estos afanes de acercamiento tendrán que encontrarse con las referencias precisas de dos testigos: el uno de Ipiales y el otro residente en la capital de Francia. Ambos, sin habérselo propuesto, le hallaron con el rostro humedecido por el impulso de sus duelos y despechos, cuando él se creía absolutamente protegido de una soledad segura e inviolable.

En estas ocasionales reacciones de impotencia y de pesadumbre, que en ningún caso revelaban debilidad o cobardía, hay rasgos de una sensibilidad que se parece a la de otro coloso hispanoamericano de las letras y los combates, cuyo nombre ya evoqué y con quien no me he cansado de compararle por las semejanzas de carácter y destino que les he encontrado: el argentino Domingo Faustino Sarmiento. Este confesó en alguna oportunidad, lleno de vanidosa satisfacción, que sentía sabrosa su mano cuando atacaba resueltamente a los tiranos y caudillos bárbaros de su patria. Y, sin embargo, nunca dejó de ser un hombre tierno y emotivo a quien se le humedecían los ojos en sus momentos de conmoción interior. Montalvo, a su vez, conociendo una misma doble disposición espiritual, dejó escrita esta confesión en su libro

postrero, *El espectador*: "Con los perversos yo he sido implacable; mas pregúntenme si he quitado la vida a un gorrioncito, si he pisado adrede sobre una hormiga".

Pero he de advertir, para que no se desestimen estas reflexiones, que cuando recomiendo que se mire la personalidad completa de nuestro autor, no me anima el deseo de empequeñecer, o de empañar, el arrebatador prestigio de su literatura polémica, ni de sus condiciones excepcionales, en lo moral y lo justo, de luchador escrito. Eso jamás. Pues que entre los dilatados confines de la lengua española no ha habido nadie, antes ni después de Montalvo, que combatiera con más porfía, con más intrepidez, con más eficacia y vigor, ni con más exactitud y encantos de lenguaje, a los encarnizados enemigos del patrimonio, dignidad y bienestar de los pueblos. Ni ha habido tampoco quien le superara en la integridad ética para expiar las consecuencias de su vocación de grandeza en países extraños –y por extraños de algún modo fríos, de algún modo inhóspitos–, y agravados en su amargor por la vivienda modesta y el pan escaso. Lamentablemente, hasta en las apreciaciones de esta realidad montalvina han surgido los juicios malignos y las alusiones perversas en el medio nacional, proclive a los odios políticos e ideológicos. A mí por lo menos me ha sido dable establecer el contraste radical que hay entre los destierros de Montalvo –llenos de auténtica y cruda dramaticidad– y los simulados, falsos y alharaquientos destierros de tantos aventureros de las letras contemporáneas que se llaman a sí mismos exiliados porque no están bajo las axilas de sus gobiernos, y andan quejándose y buscando fama y socorro entre los sindicatos políticos e intelectuales de otras naciones.

Padre nuestro que estás en la vida y en el bronce le digo ahora a nuestro escritor insigne, a nuestro arnbateño universal, con ocasión de la semana de su natalicio. Porque insisto en mi certidumbre de que su presencia paternal nos sigue acompañando en la vida, como nos acompañan siempre los gestores de los buenos ejemplos. La ejemplaridad de su índole tan acentuadamente humana, estremecida de satisfacciones e insatisfacciones, de creencias y descreencias, de amores y desamores, de glorias y borrascas, y la ejemplaridad de su

conducta de abanderado de las mejores causas, que no dio tregua a sus luchas o agonías ni paz a su corazón mientras vio al país devorado por la corrupción, por la audacia y la ineptitud de los que se encaraman en las funciones del Estado, por el crimen, la usurpación y el robo, están demostrándonos que Montalvo sigue vivo y acompañándonos con su ardor de padre y maestro en nuestros actuales duelos y quebrantos, en nuestras aspiraciones y exasperaciones, en nuestros ahincados deseos de mejoramiento ético, en lo individual y colectivo.

Está pues Montalvo en nuestra vida porque no ha desaparecido la huella orientadora de su paso por el mundo, ni han perdido frescura sus juicios, sus pensamientos, sus sátiras certeras, hirientes y noblemente motivadas, ni tampoco sus divagaciones afilosofadas y emotivas sobre tiempos, hombres y lugares de Europa, ni menos la gracia y la fuerza pluripotente de sus frases. Cuánta intensidad expresiva tendrán éstas que Miguel de Unamuno –para traer aquí un caso a manera de ejemplo– llegó a asegurar que un pasaje de *Las Catilinarias* montalvinas le hizo temblar hasta en las últimas raicillas de su alma, al extremo de que se le asomaron las lágrimas. Fue este pasaje: "Desgraciado del pueblo donde los jóvenes son humildes con el tirano, donde los estudiantes no hacen temblar el mundo". Pero bueno es que agregue, en este mismo respecto, como ya lo hice en mi biografía de Montalvo, por primera vez dentro de todas las críticas que se han publicado sobre él, aquí y afuera, que Miguel Angel Asturias –Premio Nobel de la Literatura Universal en 1967– se inspiró en la sarcástica autoapoteosis del general Ignacio de Veintemilla que figura en la primera catilinaria, para redondear las zalamerías que puso en boca de uno de los aduladores del sátrapa de su más famosa novela política: *El Señor Presidente*. Que esto no es una simple conjetura mía, sino algo comprobable, parece descubrirse en la alusión que se hace a Juan Montalvo en uno de los párrafos siguientes de ese mismo episodio.

Tras todos estos razonamientos el mejor consejo sigue siendo el de llegar hasta la vertiente del ser íntimo de mi personaje, y hasta la vertiente de su vocación de batallador que se empeñaba en ir modelando, mediante golpes de enérgica reciedumbre, el destino de este país que tantas decepciones

y reniegos le produjo, y hasta la vertiente, por fin, de sus geniales facultades de escritor, para poder admirarlo con plenitud y fidelidad. Esto es, purgándole de las tergiversaciones creadas en rededor de su comportamiento personal y de su obra

Estas tergiversaciones tienen –es oportuno aclararlo– vanos orígenes. Uno de los mayores ha sido el de la posición montalvina frente a la Iglesia. A nuestro autor se acostumbra tomarlo como un enemigo de la fe, como un hereje, como un comecarne de curas. La lectura de su libro *Siete Tratados* fue prohibida por un edicto del Papa bajo pena de excomunión: yo he visto ese texto en los archivos del Vaticano. Consiguió que se lo expidiera, según lo sospechó atinadamente Montalvo, el arzobispo de Quito, José Ignacio Ordóñez, mediante viaje expreso a la Basílica de San Pedro.

Pero, pese al rumbo de estos hechos, y a todo lo que se haya dicho por los adversarios del Cosmopolita, él demostró ser hombre de una fe inquebrantable, profesada a lo largo de toda su vida. Nada es más probatorio que una carta que dirigió a la novelista española Emilia Pardo Bazán en 1887, y en la cual, a propósito de una dedicatoria escnta por ella en uno de sus libros, le expresa: "Yo no diré de dónde diablos, como solemos decir en ocasiones de extrañeza, sino ¿de dónde Dios ha ido usted a sacar esa definición que hace de mí en su dedicatoria? Alma religiosa y pensamiento heterodoxo Sí, sí, es verdad: mi alma está llena de Dios, de inmortalidad, de gloria eterna, de codicias infinitas.." "Unos católicos me llaman impío, otros malvado; solamente la autora de la vida de San Francisco dio en la cabeza del clavo: alma religiosa y pensamiento heterodoxo"

Desconcierta por eso la obsesión de cielo clero y de cierta derecha política del país en mantener su posición adversaria frente a la fe de Montalvo. Acontece aquí lo que sigue aconteciendo en la Argentina con relación a la gloria de Sarmiento. Vuelvo a mis comparaciones. Hubo una mañana de nuestro tiempo en que Ricardo Rojas –su biógrafo al que ya mencioné– paseaba por las calles de Buenos Aires con el escritor colombiano Germán Arciniegas, y en que los dos tuvieron que ceder de pronto el paso a unas tropillas de

jóvenes enardecidos que marchaban gritando: ¡Viva Rosas! ¡Muera Sanmiento! Nada les significaba el que hubiera corrido ya más de un siglo desde el enfrentamiento del dictador jupiterino –Rosas– y el luchador prometeico –Sarmiento–. Entonces, con su usual agudeza, el biógrafo le hizo notar a su acompañante colombiano que esos mozos de la turba eran muy inteligentes, porque gritaban viva Rosas a sabiendas de que estaba muerto, y muera Sarmiento, seguros de que todavía estaba vivo. En el Ecuador las confrontaciones tienen un sentido semejante cuando se evocan las figuras del dictador García Moreno y de aquel que le fulminó con su pluma –Juan Montalvo– y sobre todo cuando se las hace perdurar en la enseñanza de historia y literatura en ciertos colegios de orientación religiosa.

Pero no están únicamente en esa materia de la fe las confusiones y los descaminamientos que se provocan en torno del más insigne de nuestros escritores. Lo están, además, en el juzgamiento de sus libros bajo la luz de la estética y el lenguaje. Así, muchos críticos, y algunos de ellos ciertamente notables, han puesto un énfasis exagerado en la propensión arcaizante de este genial ensayista; o sea, en sus confesadas preferencias por vocablos y giros antiguos para la elaboración de su prosa. Estoy recordando en este momento que uno de sus admiradores españoles más sinceros –Luis Carreras– reclamaba ante la Real Academia de la Lengua, de Madrid, por su renuencia a aceptar entre sus miembros correspondientes a un prosista tan importante, "a pesar –decía– de la simpatía que inspiraba allí la arqueología lingüística de *Siete Tratados*".

Cierto es, he de repetirlo, que Montalvo se engreía de su amor consciente a los arcaísmos como elementos de dignidad estilística. Mas también es evidente que con dicha predilección logró embellecer sus creaciones, pero dando nueva vida y encanto de modernidad, a esas voces de los clásicos de otrora. A tal punto que cautivó sin esfuerzo a España y América, y lo mejor de sus inteligencias lo exaltó como príncipe de la prosa en lengua castellana.

Fueron precisamente sus facultades estéticas y su originalidad en la exposición las que llegaron a convertirle en

algo más: en fundador del ensayo moderno y en el iniciador del modernismo literario de Hispanoamérica. Efectivamente, fue Montalvo el antecesor y orientador, con derecho indisputable, de los creadores españoles Unamuno, Ortega y Gasset, Azorín y Valle Inclán. Igualmente lo fue de los americanos José Martí, Rubén Darío y José Enrique Rodó, que profundizaron el cauce del modernismo montalvino y encomiaron a su autor con reconocimiento implícito de lo que sin duda Azorín Valle Inclán. E igualmente lo fue de los americanos José Martí, Gasset Darío y José Enrique Rodó, que profundizaron eL cauce del modernismo montalvino y encomiaron a su autor con reconocimiento implícito de lo que sin duda debieron a los atributos de lirismo de sus obras.

Porque consiguió ser de los primeros, quizás, o el primero seguramente, en introducir la prosa poética en el ámbito enorme, en tiempo y en espació, del habla española. Y él mismo se adelantó a manifestar su intento, con razones altamente claras y lúcidas, en las páginas prologales de su primera obra, *El Cosmopolita*. Nadie en sus años, ni antes, por cierto, acometió tan hermosa hazaña en este lado del mundo. Y la emprendió con éxito plenario. De modo que es fácil encontrar un denominador común de gracia y de seducción en el estilo de todos los libros de Montalvo: ya en los preponderantemente literarios, ya en los preponderantemente polémicos o de fuerza combativa, ya en el punto de partida de su profesión de escritor, que fueron los ensayos de *El Cosmopolita*, y ya en las páginas de su punto de llegada, que fueron las de *El espectador*, cuyas pruebas corrigió en las vísperas mismas de la enfermedad que acabó con su vida.

¿Quién, entonces, quién habrá que niegue la justeza de las primeras palabras de mi frase invocatoria a Montalvo, si se está advirtiendo que el destino imperecedero de sus escritos viene a corroborar, una vez más, que este nuestro padre está en la vida, sigue espiritualmente en nuestras vidas, haciéndonos sentir su vaho profundo, su aliento, sus admoniciones claras e inextintas. Desde luego hay ocasiones, como las de estos últimos años, en que esas admoniciones se convierten en un alerta patético, en una incitación dramática a tornar las armas de la inteligencia más belicosa, de la que no claudica,

de la que no baja su espada ni sus banderas, para declarar la guerra a un enemigo que sigue en pie hasta ahora, insolente y desafiante: el enemigo al que Montalvo atacó, escarneció y desolló, aun arriesgando su existencia personal y disponiéndose a sufrir la funestidad y amargor de las expatriaciones. El enemigo que todos conocen: aquel que pacta con banqueros y grupos acaudalados para treparse en el poder; para engañar y humillar a los demás ciudadanos; para robar de modo cínico y contumaz, para multiplicar las lágrimas de los pobres. Y está también, por cierto, encarnado en la figura de aquellos que asumen para sí las representaciones populares en los congresos, con el ánimo oculto y artero de llenar de billetes sus faltriqueras, y, a su hora, subirse en la mula del regreso, mula aérea en nuestro tiempo, rumbo a las provincias que los eligieron.

Léase, si se ha menester más confianza en lo que digo, el libro *Las Catilinarias*, que publicó mientras se encaminaba a uno de sus destierros europeos.

Pero recuérdese que he invocado también en mi frase inicial, en sus palabras finales, al padre nuestro que está en el bronce, en el símbolo de la perennidad, de la grandeza legítima, de la gloria que jamás mengua ni desfallece. Montalvo merecía como nadie en esta nación ese homenaje póstumo. Y pues que amaba la gloria, le hemos sido siquiera fieles en ello. Constancia de su devoción a la inmortalidad terrena de los elegidos se halla en casi todos sus libros, que están poblados de conmovedoras evocaciones del pasado y de remembranzas de sus héroes, artistas y pensadores.

Y tocante a este asunto, tengo dos anécdotas que referir brevemente sobre la erección de un busto de Montalvo en Quito, y de otro, de él mismo, en la capital de España. Esta es la primera: conseguí levantar su efigie en bronce en el patio de la Academia Ecuatoriana de la Lengua. Llegó el día de inaugurarlo: era la mañana de un 16 de enero, fecha aniversaria del primer destierro de Montalvo y, además, de la víspera de su muerte, acaecida un 17 de enero. Todo estaba dispuesto para la ceremonia pública. Había como treinta personas en los interiores del lugar. Nos hallábamos, naturalmente, desprevenidos del acontecimiento que iba a irrumpir, en forma

tempestuosa, en las calles que circuyen al edificio de la Academia. Y fue que de pronto, súbitamente, se conmovió la atmósfera con disparos de fusil, detonación de bombas lacrimógenas, ruido de tanques militares, exclamaciones callejeras confusas, pasos desordenados. Acababa de saberse que se había secuestrado al presidente de la república en la base aérea de Taura. Se transmitían proclamas por la radio. Bramaban, a través de sus ondas, las consabidas frases del baratillo político. Y seguía jadeando el alboroto cerca del Palacio de Gobierno, a doscientos metros de donde estábamos. Más de un académico me insinuó aplazar la ceremonia inaugural del busto. Quizá eso era lo razonable. Pero lo razonable no entra en el reino heroico de las almas quijotescas, como la que simbólicamente estábamos perennizando en ese bronce. Imperdonable se hacía, además, el desatender la fecha aniversaria a la que he aludido. Ahí estaba, rodeada de expectación amorosa, sobre su pedestal de piedra, la cabeza del gran escritor, protegida por una pequeña bandera. Parecía imposible sofocar el anhelo de descubrirla en ese momento. ¿Quién se atrevería a negar que un mandato del destino se cernía en el aire belicista de aquel día? Así lo percibí yo en el instante preciso, y fue gracias a eso que asumí la decisión de comenzar el acto en seguida, por sobre las detonaciones de la agitación política que nos cercaba. La inauguración de aquel busto venía entonces a convenirse en un justo homenaje al hombre cuya pluma se aborrascó generosamente en medio de los combates, tratando de conquistar el mejoramiento, tal vez nunca alcanzado, de la vida pública ecuatoriana.

La segunda anécdota tuvo a Madrid como escenario. Dos años de tentativas habían transcurrido antes de la erección del busto montalvino en la capital de España. Gestiones cumplidas personalmente y en forma de cartas, y el respaldo a ellas de nuestra Embajada, lograron al fin una respuesta favorable del Ayuntamiento madrileño. Pero algo hubo de sinsabor en estos empeños. Y fue que no se nos concedió el espacio que requeríamos entre las viejas y tradicionales arboladas del Paseo del Retiro, en donde están las efigies de otras personalidades de las letras de Hispanoamérica. Entre éstas,

las de José Enrique Rodó y Rubén Darío, autores modernistas muy vinculados a la gloria de nuestro escritor. Una ordenanza municipal prohíbe ya levantar nuevos monumentos en dicho lugar, por el cual –recordémoslo– caminaron en conversación amigable, en una tarde dominical de junio de 1883, Montalvo y el célebre orador hispano Emilio Castelar.

Cuántas cosas, cuántas de este linaje cultural –me pregunto de buena fe– ha dejado de hacer la diplomacia de nuestro país en el vario mundo de su misión.

Con todo, he de reconocer que si se frustró el deseo de ver el busto de Montalvo en aquel sitio memorable, entre sus dignos compañeros de consagración literaria, no faltó, en compensación del pasajero desengaño, una resolución igualmente significativa. Pues que el rincón que llegaron a cedernos las autoridades de la ciudad se halla en una vasta extensión de bosques y jardines que ha ido también atrayendo, con sus propios encantos, la predilección de muchos madrileños: el Parque del Oeste. Ahí está ahora, desde el 28 de abril de 1988, en piedra y bronce, el símbolo escultórico que perpetua, ante la pública contemplación extranjera, la grandeza de nuestro ambateño universal. A más de la placa de homenaje de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, que está en el lado posterior, se fijó en el centro del pedestal una muy expresiva, con esta sola leyenda: MADRID A JUAN MONTALVO. Pareceria que la frase, en su brevedad, estuviera milagrosamente reviviendo la adhesión que, de manera oportuna, irrestricta y determinante, le rindió lo más alto de la inteligencia de Madrid y del resto de España. Porque no hay que olvidar que particularmente la crítica de allá fue la que le reconoció el principado de la prosa castellana de su siglo, y la que así le aventó a una celebridad que domina ya los espacios y los tiempos.

Pero los deleites de la atmósfera de aquel paraje consagrado a nuestro Montalvo no lo son todo. Hay otros aspectos que le vuelven en cierto modo especial. Lo digo quizás por mí. La esbeltez de su escultura está enfrente de la estatua ecuestre de Simón Bolívar, a cuyo renombre contribuyó él amorosamente, con los rasgos que relumbran de su pluma inconfundible. Y está a pocos metros de un recodo por el cual se sube a un apacible rinconcito de ramas y gorriones que

aureolan de justa rusticidad el busto del más original de los poetas españoles de nuestra época: el poeta campesino, el poeta pastor y labriego, el poeta que tuvo que trocarse en angelical soldado de los pobres: el poeta Miguel Hernández. Tal vecindad parece dispuesta exactamente por los nada azarosos azares del destino. Y pues que en mi juventud redacté un haz de emotivas páginas sobre ese Miguel de los versos, las balas, las cabras y los huertos, permítaseme confesar que allá, en aquel preciso lugar del parque madrileño, por rara coincidencia, quedaban hermanados para mí los cultos que he profesado a mis dos escritores más queridos Y está, por fin, el bronce de Montalvo en un pedazo de paisaje que, como pocos, le hubiera placido personalmente a él. Porque reproduce algo del magnetismo de los parajes que circuyen a la ciudad de Ambato (esta ciudad de ustedes por las entrañas maternas y mía por las palpitaciones del corazón): el recuesto de césped del hermoso paseo de Madrid, la armonía pluricolor de sus círculos de flores y los viejos árboles del contorno simulan, en efecto, las gracias naturales de algún declive bucólico de los que antes conducían a las quintas de Ficoa. La efigie de Montalvo no estará ahí, por lo mismo, como la aflictiva representación del desterrado –que él lo fue más una vez–, sino como la imagen de un ser cosmopolita –que así gustó de llamarse–, cuyo reclamo inmanente vendrá a constituirse, por derechos de cultura, de visión y de excelencias literarias, en el de la simpatía de los pueblos y la adhesión consciente de los hombres de pensamiento.

Juan Montalvo –déjenme repetir– Juan Montalvo, padre nuestro que estás en la vida y en el bronce.

Discurso leído en Ambato, en abril del 2001

Revista América No. 120,Segunda época, Abril 2002.

Gustavo Alfredo Jácome

JUAN MONTALVO, ESCRITOR BARROCO

No es este, por favor un criterio peyorativo. Se ha venido blandiendo, ciertamente, el sambenito de barroco para condenar amaneramientos en el significado y el significante.

Helmut Hatzfeld nos reconcilió con el barroco, antes cargado de prevenciones y criterios negativos. Porque si bien el barroco fue una reacción contra la solemnidad clásica estratificada en el marmóreo neoclasicismo, también fue una innovación formal necesaria para encarnar la espiritualidad renacentista. La innovación, además, estaba de acuerdo con el concepto tomista de la belleza: *splendor formae*. Fueron los extremismos ubicados dentro de la antinomia saussureana del significante y significado –Góngora y Quevedo– las "corrupciones" del barroco que, según Hatzfeld, en su obra *Estudios sobre el barroco*, constituyen el barroquismo.

Montalvo, a través de un apasionado estudio de los áureos escritores españoles –en él todo era pasión–, se impregnó de las maneras y amaneramientos barrocos, y orgulloso de esta transverberación, los empleó desde los primeros renglones de *El Cosmopolita* hasta las últimas páginas de *El Espectador*.

Curándose en salud de los críticos gramatiqueros y misacantanos –pero también de los fuentistas que se enjabonan las manos con perversa alegría en cuanto pesquisan antecedentes o influencias, explicables en quienes leen y estudian paradigmas del bien decir–, Montalvo se ufanaba en el primer número de *El Cosmopolita*: "En orden al lenguaje, sepa, si alguno se previene a censurarnos, que lo hemos aprendido en los autores clásicos, en los escritores del buen tiempo. Suele

suceder que el torneo de una frase (el subrayado es nuestro) no suena bien para un oído torpe; que una manera de construcción, autorizada acaso por Cervantes y Granada, no la oyeron ni la saben los instruidos por Mata y Araujo (posiblemente –intuimos–, dos institutores jesuitas de la época), que no alcanzaron a estimar un corte nuevo para ellos y elegante, y todo es lanzarse a ciegas invectivas sobre que no entendemos de gramática o que faltamos al arte de hablar bien..."

Sentados estos antecedentes, Montalvo utiliza los troqueles nítidamente barrocos, por él llamados torneos de la frase Estas son las líneas iniciales de *El Cosmopolita:*

"Mucho es que ya podamos al menos exhalar en quejas la opresión en que hemos vivido tantos años (A1); mucho es que no hayamos quedado mudos de remate a fuerza de callar por fuerza (A2); mucho es que el pensamiento y las ideas de los ciudadanos puedan ser expresadas y oídas por los ciudadanos (A3). La tiranía también se acaba, sí, la tiranía también tiene su término..."

En este párrafo transcrito detectamos los siguientes troqueles barrocos:

1. Tres conjuntos anafóricos semejantes, encabezados, los tres, por el sintagma *mucho es que* con que el autor refuerza la ponderación buscada a través de la reiteración trimembre:(Al, A2, A3).

2.Una conversión, rizo típicamente barroco: "el pensamiento y las ideas de los ciudadanos puedan ser expresadas y oídas por los ciudadanos". (En Arquitectura, el rizo cae a un lado y otro de las columnas salomónicas y más ornamentaciones barrocas. Hoy, en los enrejados de hierro).

3.Dos muestras de bimembración, recurso asimismo barroco: a) "...el pensamiento y las ideas"; b) "expresadas y oídas".

4.Una simetría bilateral tautológica cuyos elementos constituyentes son:

A: "La tiranía también se acaba'
B: "La tiranía también tiene su término"

El eje de simetría es el adverbio de afirmación "sí". En las páginas de las obras subsiguientes, todas, *El Regenerador, Catilinarias, Siete Tratados, Geometría Moral, Capítulos que se le olvidaron a Cervantes, El Espectador* , los troqueles barrocos están utilizados en forma reiterada, hasta machacante.

Transcribimos, como prueba, una páginas de *El Espectador* uno de sus últimos escritos publicados en vida:

"El indio, como su burro, es cosa mostrenca, pertenece al primer ocupante. Me parece que he dicho otra vez. El soldado le coge, para hacerle barrer el cuartel y arrear las inmundicias (A1); el alcalde le coge, para mandarle con carta a veinte leguas (A2); el cura le coge, para que cargue las andas de los santos en las procesiones (A3); la criada del cura le coge, para que vaya por agua al río (A4) Si mi pluma tuviese don de lágrimas, yo escribiría un libro titulado *El Indio*, y haría llorar al mundo.'

He aquí cuatro conjuntos semejantes no progresivos iguales en su estructura a los de los renglones iniciales de *El Cosmpolita* que hemos transcrito más arriba.

La pasión montalvina –odio apasionado, apasionado amor–, tuvo en los troqueles barrocos, acumulativos, reiterantes, siempre en climática gradación, el óptimo recurso expresivo.

El estilo de Montalvo llamó la atención desde el inicio del escritor. Dos lectores de *El Cosmopolita*, nada menos que los purísimos humanistas colombianos, don Antonio Cano y don Rufino J. Cuervo., encandilados con los "torneos de la frase" montalvinos, no sabían sino elogiarlos a través de lugares comunes coincidentes: "Digo a Ud.–le escribía Cano–, que me ha sorprendido en sus escritos un raro conjunto de condiciones por una parte difíciles de conciliar, y por otra nada comunes en escritores americanos. Hallo en Ud. un estilo natural (¿?) y riguroso, gran copia de locuciones y giros, lenguaje pintoresco, frase castigada."

Don Rufino le expresaba un similar deslumbramiento: "... obras que por la filosofía y erudición que entrañan, así como por su estilo robusto y castigado lenguaje, honran a la nación que tiene la gloria de contar por hijos a sus autores."

La apreciación póstuma de la prosa montalvina es

unánime en ditirámbicas alabanzas, pero todas aledañas: Juan Valera: "...el más complicado, el más raro, el más originalmente enrevesado e inaudito de todos los prosistas del siglo XIX"

Blanco-Fombona "... Es también don Juan Montalvo de los autores a quienes citamos... cuando nos enorgullecemos de poseer filólogos que penetraron hasta los silos del idioma y sacaron al sol el alma de la lengua..."

Unamuno "... Fue la indignación lo que hizo de lo que no habría sido más que un literato con la manía del cervantismo poético..."

Caliente, Caliente. El Maestro de Salamanca se acerca al meollo "manía del cervantismo literario " ha dicho del estilo panfletario de *Las Catilinarias*.

Rodó, fragmentariamente, dice: "... la singularidad y excelencia de la forma...", " ... la maravilla plástica y formal de su prosa..." "Tenía, por amor a lo bello, el sentimiento tiránico, implacable de la forma", "imperio arquitectónico de un estilo personal y creador" "... certamen de las Suntuosidades de la lengua..."

Gonzalo Zaldumbide "...hablista y prosador insigne...", "...cultor tan remirado del idioma..."

Antonio Sacoto en su *Juan Montalvo, el escritor y el estilista* hace un estudio serio y sistemático del estilo de Montalvo.

Faltaba un análisis a través de los sutiles reactivos de la Estilística. Es lo que nos proponemos en este trabajo.

Rodó y Zaldumbide hacen referencia, los primeros, al "arcaísmo" montalvino. El uruguayo escribía: "El arcaísmo de Montalvo puede considerarse, en muchos de sus elementos, obra viva."

Zaldumbide se expresaba con iguales palabras: "... el arcaísmo más venerado, suena a hablado., a cosa viva..."

Pero los dos –como sé ve–, elogiaron, ,coincidentes, el "arcaísmo" montalvino, más no supieron precisar sus intrínsecos valores formales. Trataremos de hacerlo nosotros.

Comenzamos afirmando que Montalvo descubrió, por sí solo, en minuciosa y sistemática reflexión, los amaneramientos formales de los escritores españoles que hicieron posible

todo un siglo de Oro de las letras, amaneramientos que hoy nosotros llamamos troqueles barrocos, y que los utilizó a cabalidad y reiteradamente. Al así proceder, Montalvo se convirtió en un áureo rezagado, en un anacrónico estilista, trasplantador de los decires del renacimiento hasta las décadas románticas del siglo XIX, en las que ya comenzaba a escandalizar la denuncia social de la novela naturista. "turbión de necedades y desvergüenzas", para Montalvo. Pero fue ese estilo singularmente extravagante en su anacronismo, la excelencia consagratoria del gran ambateño.

Montalvo tiene que ser justipreciado así, con perspectiva diacrónica. Desde *Ulises* de Joyce, el estilo, como constreñido por *Time is money*, es un reflejo del tiempo apremiante, a través de frases truncas, apócopes, síncopas, verbalizaciones sintéticas, omisiones que deben ser completadas por el lector-coautor.

Veamos como Montalvo asimila los recursos barrocos.

I. Conjuntos anafóricos

Es uno de los recursos predilectos. Abrimos, al acaso, *Las Catilinarias*. Leemos:

"He desollado verdugos, he desollado pícaros, he desollado ladrones, he desollado traidores, he desollado agiotistas, he desollado indignos, he desollado viles, he desollado tontos malintencionados, he desollado ingratos, y, gracias a Dios, a justo título, soy un monstruo."

En estos conjuntos anafóricos –algunos recargantes–, advertimos la buscada intención de obtener, por acumulación, una carga afectiva progresivamente mayúscula. En efecto, el último conjunto, he desollado ingratos, está hinchado hasta más no poder de agresiva jactancia.

El ejemplo anafórico trascrito es también una muestra de conjuntos semejantes, según la siguiente fórmula:

verdugos (B1)
pícaros (B2)
ladrones (B3)
traidores (B4)

He desollado (A)
agiotistas (B5)
indignos (B6)
viles (B7)
tontos malintencionados (B8)
ingratos (B9)

Los correlatos B1, B2...B9, son complementos directos.

Este conjunto anafórico culmina con una bimembración: "y, gracias a Dios, a justo título, soy un monstruo."

Los ejemplos son múltiples y pueden llenar muchas páginas:

"Tiranía (A) no es tan solo derramamiento de sangre humana (B1); tiranía (A) es flujo por las acciones ilícitas de toda clase (B2); tiranía (A) es robo a diestro y siniestro (B3); tiranía (A) son impuestos recargados e innecesarios (B4); tiranía (A) son atropellos, insultos, allanamientos: (B5) tiranía (A) son bayonetas caladas de día y de noche contra los ciudadanos (B6); tiranía (A) es impudicia acometedora, codicia infatigable, soberbia gorda al pasto de las humillaciones de los oprimidos" (B8).

Cambiemos nada más tiranía por dictaduras castrenses y Montalvo habrá cobrado plena actualidad. Esta es la virtud de su inmanencia.

Otro ejemplo, que con cambio de protagonista, puede ser perfectamente endilgado a cierto mandamás contemporáneo (que por cuatro interminables años hemos soportado[1]):

"No le preguntemos a Ignacio de la Cuchilla con qué derecho (A) está ahí mandando a su manera sin Dios ni ley (B1); con qué derecho (A) está imponiendo contribuciones exorbitantes a los pueblos (B2); con qué derecho (A) se lleva a su gazapina las arcas públicas (B3); con qué derecho (A) manda a media noche asesinar a los mejores (B5); con qué derecho (A) suprime escuelas, quita rentas a los colegios, amenaza a las universidades (B6); con qué derecho (A) asigna rentas fabulosas a insignes pícaros, y capa o quita del todo las de útiles oficiales (B7); con qué derecho (A) se tira de rodillas y llama extranjeros en su auxilio cuando las ha con enemigos

interiores (B8); con qué derecho (A) cubre de infamia a la nación y de ridiculez al Gobierno (B9); con qué derecho (A) embriaga al Cuerpo legislativo por costumbre y convierte en lupanar la casa presidencial (B10); con qué derecho (A) impone multa y castigo denigrante a la Corte Suprema de Justicia por un fallo de este Poder independiente (B11); con qué derecho (A) envilece y arruina al clero, obligando a sacerdotes encadenados a firmar documentos mentirosos de prostitución y esclavitud (B12); con qué derecho (A) acusa a los inocentes con cartas fingidas, fabricadas en su oficina de imposturas (B13); con qué derecho (A) busca a los más invisibles de los hombres, como sean los más corrompidos y perversos, para darles mando y dictadura en las provincias (B14); con qué derecho (A) retiene esas nefandas facultades extraordinarias sin término ni motivo (B15); con qué derecho (A) se anda por las calles seguido de una manga de sicarios, echando a tierra con el bastón el sombrero del que no le rinde vasallaje, y punzándole la barriga al tiempo que le harta de improperios (B16); no le preguntemos nada de esto, porque él ha de responder: Mi derecho está (C) en la punta de mi puñal (D1) mi derecho está (C) en las puntas de mis uñas, largas como veis, sucias y retorcidas (D2); mi derecho está (C) en la punta de mi nariz, con la cual husmeo y descubro lo que cuadra con mi apetito (D3); mi derecho está (C) en mi negadez (D4); mi derecho está (C) en mi ignorancia (DS); mi derecho está (C) en mi proclividad (D6); mi derecho (C) en mi impudicia (D7); mi derecho está (c) en este zurrón de vicios y perversidades que escondo en mi negro pecho." (D8) (*Catilinarias*, I, pág. 9, 10.)

Las anáforas transcritas están reforzadas en su intencionalidad afectiva por dos recursos más: el amontonamiento y las pluralidades que en apretadas síntesis llegan al lector con un hervidero de volcánica pasión.

Leamos el efecto y afecto contrarios en las siguientes anáforas, con temblor de ternura en su reiteración:

"Genio benéfico, ángel de la guarda, ambiente puro y saludable (acumulación) la madre rodea al hijo (B1), le ve (B2), le cuida (B3) le defiende por todas partes (B4): (acumulación de 4 conjuntos semejantes) delegado de Dios, la madre penetra a lo futuro (CI); inspirada y santa pitonisa, (bimembración) adivina los males que han de sobrevenir a su descendiente (C2);(conjuntos semejantes) esa inquietud, esa palidez, (anáfora) amable impertinencia con que nos favorece cada día, todo es amor. Su corazón es una fuente pura: bebamos en él para crecer sanos y virtuosos (bimembración) (D1); su alma es un divino espejo –mirémonos en él para corregir nuestras deformidades– (D2). (Conjunto anafórico bimembre conformado por dos oraciones consecutivas). Si nos dejásemos alumbrar por ella, cuán claro resplandeceríamos (E1); si nos dejásemos inspirar por ella, ¡cuán recto caminaríamos!" (E2) (conjunto anafórico bimembre conformado por dos oraciones condicionales).

Más adelante, una nueva anáfora cuyos miembros integrantes tienen la misma coda: tu madre.

"¿Quién te dio la leche de sus pechos? Tu madre. (F1) ¿Por quién te criaste blanco, gordo, alegre y saltón como un serafinillo? Por tu madre. (F2) ¿Quién vela a tu cabecera sin apartar de ti los ojos, cuando caes enfermo; quién te refresca la frente con sus labios; quién comparte contigo la vida comunicándote su aliento? Tu madre. (F3) ¿Quién te salva con su llanto y sus amorosos ruegos? Tu madre. (F4) ¿Por quién vives sin la inquietud del día de mañana, satisfecho en el comer, aseado en el vestir, pulcro y gracioso en todo lo concerniente a los juveniles años? (acumulación de sintagmas no progresivos) Por tu madre." (F5) (conjuntos anafóricos).

II. La acumulación

Es otra técnica formal barroca. Helmut Hatzfeld la ha detectado como una de las características del estilo de Cervantes en *El Quijote*.

Montalvo utiliza frecuentemente esta técnica formal.

Reproducimos los sintagmas iniciales de su conmovedora exaltación a la madre:

Genio benéfico, (A1) ángel de la guarda, (A2) ambiente puro y saludable, (A3) la madre rodea al hijo, (B1) le ve, (B2) le cuida, (B3) le defiende por todas partes (B4).

Admiremos la virtualidad proteica del mismo recurso:

El primero soberbia (A1), el segundo avaricia (A2),el tercero lujuria (A3),el cuarto ira (A4),el quinto gula (A5), el sexto envidia (A6),el séptimo pereza (A7); esta es la caparazón de esa carne que se llama Ignacio Veintemilla. (*Catilinarias*, I, pág. 41).

¿Cuáles los recursos estilísticos de esta agresión verbal?. En primer término, los numerales ordinales no tienen tan solamente una función enumerativa, antes bien, expresan una acumulación ponderativa en sucesión jerárquica de eficaz crescendo agresivo. Remata la arquitectura de esta gradación peyorativa en un capitel que sintetiza el infamante insulto: "esta es la caparazón de esa carne que se llama Ignacio Veintemilla." "Caparazón" es uno de los recursos zoomórficos tan utilizados por Montalvo para lograr cabal denigración. Pero "esa carne" encierra una degradación mayor, que va de lo animal a lo inanimado, "carne", precedido, para mayor escarnio, de un peyorativo prononimal, "esa": "esa carne". Mediante otra acumulación, Montalvo caricaturiza a Veintemilla:

Los ojos chiquitos, (A1) los carrillos enormes (A2) la boca siempre húmeda con esa baba que le está corriendo por las esquinas, (A3) respiración fortísima, (A4) anhélito que semeja el resuello de un animal montés; (A5) piernas gruesas, (A6) canillas lanudas, adornadas de trecho en trecho con lacras o costurones inmundos; (A7) barriga descomunal, que se levanta en curva delincuente, a modo de preñez adúltera; (A8) manazas de gañán, cerradas aún en sueños, como quienes estuvieran apretando el hurto consumado con amor y felicidad; (A9) la uña cuadrada en su base, ancha como la de Monipodio, pero crecida en punta simbólica, a modo de empresa sobre la cual pudiera campear este mote sublime: Rompe y rasga, coge y guarda (A10."(*Catilinarias*,I, 56).

III. Bimembración

Dámaso Alonso advirtió que la bimembración "es característica de casi toda prosa del período áureo de nuestras letras." Y añade: "Se corresponde con la compostura, la gravedad, aún en los usos sociales; evoca una falta de prisa, una necesidad de hacer con majestad, con nobleza. Parece como si el período tuviera miedo a la cojera, necesitara constantemente bifurcarse, para contrabalancearse, que no pudiera avanzar sino sobre dos pies."

Y luego de transcribir varios ejemplos de bimembración tomados de *El Quijote* (... allí tomaré la bendición y buena licencia de la sin par Dulcinea, con cuya licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima a toda peligrosa aventura ...), 3 bimembraciones seguidas, concluye: Don Quijote lleva una balanza mental, y a cada tranco se sopesan dos miembros." (*Seis calas en la expresión literaria española* Edit. Gredus, Madrid, pág. 32).

Pero no eran tan solo los prosistas, que también empleaban la bimembración los poetas medievales y renacentistas. Aunque mirando bien, el recurso les llega desde Moisés, a través de griegos y latinos: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza.

Leamos ejemplos de bimembración cercana a la tautología en poetas españoles:

> Recuerda el alma dormida,
> avive el seso y despierte ...
> y pues vemos lo presente
> como en un punto se es ido
> y acabado ...
>
> ... allí van los señoríos
> derechos a se acabar
> y consumir ...

Cervantes poeta:

Un bello rostro y figura,
aunque caduca y mortal
es un traslado y señal
de la divina hermosura.

La misma contrabalanceada gravedad, el mismo solemne equilibrio logrados a través de dualidad formal o conceptual encontramos en las bimembraciones y simetrías de Montalvo. Cuando no son porras para agredir a dos manos.

Como la bimembración es una de las características del habla de *El Quijote*, abundan bimembraciones, como es obvio, en los *Capítulos*:

"No respondía el caballero, y seguía pensativo y melancólico...

... con ese talante alerta y belicoso ...

Pero si los quebrantos y las desgracias encuentran en ti la filosófica resistencia del sabio...

Los festines que nos ofrecen las reinas y emperatrices

El cuadrúpedo Garín, ni respeto ni veneración infunde...

... el acometer sin reto ni advertencia ...

Los ejemplos de bimembración están en todas las páginas de los *Capítulos*. Veamos algunos en las *Veintemilla* llenos de escarnio y virulencia:

... presume (Veintemilla) de garzón florido, las de majo, y se anda por ahí a conquista de corazones y caza de supremos placeres...

"Dije que Ignacio de Veintemilla no era ni sería jamás un tirano ...

En el ejemplo que sigue, las primeras bimembraciones se oponen a las siguientes, por antítesis y en forma correlativa:

"En la Escritura, justicia y misericordia se encuentran y se besan; la desescritura, Urbina y Veintemilla, esto es, la corrupción y el crimen, la embriaguez y la imbecilidad, se encuentran y se besan...

El lector, avisado con estos pocos ejemplos, podrá anotarlos a medida que se adentre en las obras de Montalvo.

IV. Simetría bilateral

La simetría bilateral es otra ahitante técnica barroca en la prosa de Montalvo. Toda ella aparece escindida, ya por bimembraciones, bien por simetrías bilaterales.

Abrimos *Geometría moral* y transcribimos, subrayadas, las simetrías bilaterales que indistintamente encontramos en las primeras páginas:

1. El sabio, el poeta, el héroe, todos le deben la vida al sí; al sí le debe el mundo sus héroes, sus poetas, sus sabios. (Pág. 9)

2. La ignorancia es un no rústico; la avaricia un no sórdido. (Pág. 12)

3. El amor es un sí incrustado en el corazón; el placer es un sí echado al mundo en forma de atrevimiento; el deseo es el sí que sube a Dios y le alegra, en siendo legítimo y puro; cae y se convierte en demonio, en siendo bajo y sin fuero. (Pág11).

Está por demás decir que también este engolamiento formal, el de las simetrías bilaterales, fue tomado por Montalvo de los modelos españoles de la Edad de Oro. La técnica procedía de Italia y fueron los líricos castellanos los primeros en recibirla como legado de la tradición petrarquesa "*0 felice eloquenza! 0 lieto giorno*" Petrarca, a su vez, la tomó de los trovadores del siglo XV.

El introductor de los manierismos petrarquenses en la lírica española fue Garcilaso de la Vega.

Este manierismo barroco también está presente en la poesía de Gonzalo Escudero:

Caballos de silencio que llegaron
con sus pisados de algodón al sueño,
¿qué cordilleras de langor doblaron?
y ¿en qué boscajes de aterido leño
fantasmas de la niebla sollozaron?
Dadme un caballo de estupor, cenceño

para una fuga verde sin elganza,
tiempo sin años luz sin lontananza.

Pero aparte de la simetría bilateral en el verso último de la octava, Escudero también burilaba versos isométricos con la musicalización del ritmo yámbico:

Esto en el verso. ¿Y en la prosa? ¿Cómo explicar la imbibición del estilo de Montalvo en la simetría bilateral? No hay sino que revisar las páginas de los prosistas del barroco español, a quienes tomó como paradigmas.

Primeramente Cervantes, en *El Quijote*:

"Tu falsa promesa y mi cierta desventura (1) me llevan a parte donde antes volverán a tus oídos las nuevas de mi muerte que las razones de mis quejas (2). Desechásteme, ¡oh ingrata!, por quien tiene más , no por quien vale más que yo (3); mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no envidiara yo dichas ajenas ni llorara desdichas propias (4). Lo que levantó tu hermosura han derribado tus obras (5); por ella entendí que eras ángel, y por ellas conozco que eres mujer. (6). Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo que los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos, porque tú no quedes arrepentida de lo que hiciste y yo tome venganza de lo que no deseo (7).

Son estos los antecedentes de la prosa de Montalvo.

Tras una ojeada –de ninguna manera exhaustiva–, de las páginas de nuestro prosista, hemos separado unas muestras de simetrías bilaterales. Con fines didácticos las hemos clasificado, por afinidades, en grupos, tarea que no nos ha sido tan fácil, por cuanto muchas de ellas participan de las características correspondientes a uno y otro grupo. He aquí únicamente unas pocas muestras de cada clase:

SIMETRIAS BILATERALES

I. Anafóricas

1. Amor violento, como el de los serafines; amor eterno, como el de los ángeles. (*Geometría moral*, 115)

2. El que no cumple sus deberes es pueblo corrompido; el que no conoce sus derechos, esclavo. (*El Cosmopolita*, 264).

3. ...el mágico la ve crecer, y luego ir tomando forma como de persona, ora en el volumen, ora en la densidad. (*Siete tratados*, II, 4).

II. Antitéticas

Están elaboradas según la "Técnica de contrarios", que está dentro también de la tradición petrarquesca. Lope pone la muestra:

"... al bien se acerca, al daño se desvía."

1. "Risueño como el arco iris., brilla con cien colores y se apaga cuando el sol se apaga." (*Geometría*, 126).

2. "Atentamos contra la vida de los buenos, los grandes, y dejamos vivir a los perversos, los ruines perjudiciales." (Siete tratados, II, 87).

3. "Lo que pido es clero ilustrado, recto, virtuoso, útil, no ignorante, torcido, lleno de vicios, perjudicial." (*Mercurial*, 9).

III. Simetrías estructurales

Denominamos simetrías estructurales a las que tienen una perfecta distribución analógica o sintáctica a un lado y otro del eje de simetría. Ejemplo: "El agua no es suya, ni para beber, ni para lavarse."

ni	para	beber	ni	para	lavarse
adverbio -	preposición	-infinitivo	adverbio +	preposición	+ infinitivo

adverbio proposición–infinitivo adverbio–preposic.infinitivo

1. "Bien así como una ramera tiene buena cara, así Urbina ha tenido talento." (*Catilinarias*, I, 120).

2. "Feliz, me conociste poco; desgraciado, me conoces menos." (*Cosmopolita*, 419).

3."...llamar mentira a la historia, no es enseñar; llamar blasfemia a la verdad, no es predicar." (*Mercurial*, 21).

IV. Simetrías elípticas

1 ".... el desenfreno asqueroso de la canalla que profesa el pecado por industria, y el crimen por inclinación." (*Geometría*, S).

2. "La inteligencia come poco; la virtud, menos." (*Catilinarias*, I, 47).

3. "Taita le llamaba el Mudo al arzobispo de Quito; otras veces, para mayor terneza, le decía mama." (*Catilinarias*, I, 145).

V. Simetrías finales

Tal como los poetas barrocos consideraban una elegancia suma el culminar la octava con un verso final isométrico, Montalvo remata sus períodos, casi siempre, con una simetría, que tiene la rebuscada finalidad de obtener una balanceada conclusión musical. He aquí unos pocos ejemplos.

En *Geometría moral*:

1. "Julio César fue el más feliz enamorado que nunca hubiese conocido Roma; fue el marido de todas las mujeres,

con ser, como era, inclito varón, y vivir, como vivía, en medio de las armas, bebiendo sangre y destruyendo ciudades." (Pág.16)

El párrafo trascrito tiene, todo él, una estructura bilateral. Dos conjuntos paralelos, integrado, cada uno, por sus correspondientes prótasis y apódosis:

1er. conjunto :

Prótasis: "Julio César fue el más feliz enamorado que nunca hubiese conocido Roma."

Apódosis: "fue el marido de todas las mujeres."

2do. conjunto paralelo:

Prótasis: "con ser, como era, inclito varón,"

Apódosis: " y vivir, como vivía, en medio de las armas."

Culmina el párrafo con una simetría bilateral perfecta en su conformación analógica:

bebiendo sangre		y	destruyendo	ciudades
gerundio	sustantivo	eje	gerundio	sustantivo

2. "Napoleón, a su vez, no amó sino a la guerra: su cabeza un incendio, sus entrañas un mar embrabecido. (Pág. 20)

3. "García Moreno no tenía cartas para nada; todo lo hacía con su propia fianza, sin dar autores de cargos ni delaciones; este bribón (Veintemilla) no quiere responder de nada: todo se lo dicen, todo se lo escriben (*Las Catilinarias*, i 199).

VI. Simetrías en quiasmo

El rizo ornamental tan ingente en la arquitectura barroca de iglesias y altares, palacios y capiteles, y, en los tiempos actuales, en el hierro forjado de balcones y enrejados, también es recurso decorativo del estilo barroco.

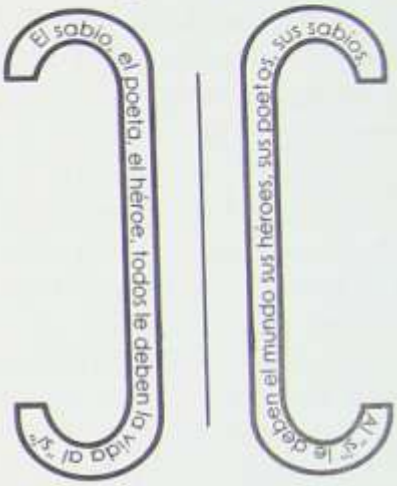
En la prosa de Montalvo encontramos diversas formas en rizo, una de las cuales es el quiasmo. El nombre proviene de la X griega, grafema que se lo escribía con dos letras 0 contrapuestas, tal como nuestra x minúscula.

El quiasmo, es propiamente, una simetría bilateral, pero alambicada mediante la conduplicación y la epanadiplosis.

de tal manera que la primera palabra –que es también la final–, forma las dos espirales en los extremos del rizo. Los ejemplos explicarán mejor y gráficamente. Veamos:

1."El sabio, el poeta, el héroe, todos le deben la vida al sí; al sí le debe el mundo sus héroes, sus poetas, sus sabios. (*Geometría moral*, 10)

La representación gráfica del quiasmo anteriormente transcrito sería:



Parecida graficación podría hacerse con los siguientes ejemplos, en los que se puede advertir variantes expresivas en las palabras que forman el rizo.

2."Vomita (Veintemilla) en el puesto, desocupa la andarga, y sigue comiendo para beber y sigue bebiendo para comer". (*Catilinarias*, I, 48).

3. No hacía lo que todos, y todos trataban de averiguar lo qué hacía." (*Geometría moral*, 72).

Vii. Simetrías en paralelas

Hay una asidua propensión en el estilo de Montalvo a establecer paralelos entre personajes, cosas o contenidos del espíritu, a través de simetrías bilaterales. Es un recurso para zaherir a unos –toda comparación es ofensiva–, y exaltar a otros. Leamos:

1. "César Cantú, grande y verdadero cristiano, me

salva, Ignacio Ordónez, impío por ignorancia... me condena." (*Mercurial*, 7)

2. "Para un Bolívar más de un puñal; para un García Moreno no hay sino bendiciones..." (*Siete tratados*, II, 87).

3. "San Jerónimo es una cosa, y don Juan Tenorio otra muy diferente." (*Geometría*, 19).

Charles Bally, en su *Traité de Stylistique Francaise*, define la ciencia de la literatura: "La estilística estudia los hechos de expresion del lenguaje organizado, desde el punto de vista de su contenido afectivo, es decir, la expresión de los hechos de sensibilidad por el lenguaje y la acción de los hechos de lenguaje sobre la sensibilidad." (I, pág. 16).

Pocos prosistas como Montalvo se expresan a través de un estilo cargado de mayor afectividad –digámoslo mejor–,de mayor pasión. De la pluma montalvina nada brotó inocuo o aséptico. Todo conllevaba, conlleva, una carga de apasionamiento total. Odio o amor. Odio al vicio y al vicioso; a la tiranía y al tirano; a la tontera y al tonto en sus diversos casilleros, como que padecía del "mal de Flaubert", la orgánica incapacidad para soportar a la *bétise humaine*. Amor al amor, a la libertad, a la belleza, a las virtudes, a los valores humanos. Admiración sin reticencias envidiosas –porque estaba seguro de su propio valer–, a la grandeza de los hombres. Todo lo trascrito en estas apuradas páginas son inconcusas pruebas.

Terminamos con las palabras consagratorias de don Miguel de Unamuno: "Fue la indignación la que hizo de Montalvo un apóstol, un profeta encendido en quijotismo poético."

SECCIÓN POESÍA

Revista América No. 120,Segunda época. Abril 2002

Luz Argentina Chiriboga

A Nelson

En estas avenidas
las olas de tu mar
lamen mi sueño.
Tu espuma
me lleva de la mano
hacia el pais de mis deseos.

En mi no hay tierra baldía,
tu palabra
asediada por lunas,
me ha sembrado
un enjambre de versos.

Sin tregua
hemos viajado
por lluvias y arcoiris,
que intercambiaron
su lenguaje de color
con nuestro júbilo.

A tientas,
acércame tu oído
y escucharás el rumor
de mis acantilados,
mi piel tiene gravados indelebles
tus puntos cardinales.

Alicia Yánez Cossío

LA PALABRA.

Te lapidaron.
Una piedra redonda
te acertó en el centro del cerebro.
Olvidaste el sonido de tu nombre
y te escudaste en las manos
que fueron las partes serviles de tu cuerpo.

Quedaste sin la Palabra,
es decir, sin el Verbo
y el dolor se expandió al límite del nervio,

Te hundieron un acero
y el mango del cuchillo se quedó enhiesto
temblando en el centro de tu pecho
como el estigma viejo
que traen desde lejos las mujeres.

Sin nombre y sin palabra
tu trizado esqueleto,
aún pudo decir con estertor de angustia:
no te mueras,
vive para que el grito
se pueda transformar en eco.

Una mano de garfios agarró tu pellejo
y quedaste suspendida en el límite del cielo
y de la oscura tierra.
Un puño descarnado
golpeó como un tambor tu estómago reseco.
Vomita, –te dijeron–.
Salpicaste las estrellas con tu jugo gástrico,
vomitaste tu propia lengua y tus dientes,
tus órganos, tus músculos, tus huesos,
quedaste tirada como un trapo viejo
en la basura sideral del universo.

Alguna célula escondida
germinó en el recóndito lugar del ego,
te pudiste levantar de tus despojos
y aprendiste a caminar de nuevo.
El Verbo se hizo carne,
absorbiste el prana del aire,
apareció una mustia margarita
y se prendió en tu pelo.

Un ángel del Señor, dejó de estar enfermo
y en un batir de alas
te devolvió la Palabra como un beso.

Nelson Estupiñán Bass

S.M. EL MIEDO

El día que los poetas no sean sino simples cinceladores de copas de oro falso, sin, ningún pensamiento que beber, la Poesía conservará de si solamente la forma y su sombra será un cuerpo sin alma, habrá muerto.
Guyau

A Luz Argentina, mi mujer;
a mis hermanos Edilma y César Névil.

CON EL LADO APAGADO DE LA VOZ

Cómo tiembla el paisaje
con la acupuntura flamígera del rayo
así te hablo oh Dios
con el lado apagado de la voz,
su cara sin luz
con el silencio
espeluznado trémulo
por el secreto a voces del ultimo estallido
el funesto augurio universal
y la amenaza
de que intempestivamente
te quedes sollozando
defraudado
solo con polvo de mariposa nocturna entre las manos.

Te acaricio mujer
pero me quedo
plantado en tus umbrales ululantes
con miedo de llegar
al fondo de tu piel y tu alegría.
Padre
madre

resucitados en mí a los nueve meses
me estremezco al ver la Tierra
tras el febril concilio
de bombas gases y misiles
levantando su propio catafalco
entre las nubes.

YA NO SON LAS AGUAS PURAS QUE BAJABAN DEL CIELO

Hermanos,
hijos
amigos
confesémoslo
antes que nos caiga la noche general
y nos envuelva con su mortaja fúnebre
vamos con la costumbre a cuestas
sobre el filo mendaz de la navaja
con pavor a la coraza de ozono
acribillada
a este aire
que no es el aire antiguo
a las aguas
que ya no son las aguas puras
que bajaban del cielo
al cotidiano pan envenenado
y al petróleo
que es la clara maldición de Dios
para la Tierra.

LOS RIELES RETORCIDOS DEL IRACUNDO HURACÁN DESCARRILADO

¿Cuál tu lugar de origen
de qué errante archipiélago arrancaste
dónde te pegaste
al suspiro marítimo del hombre
qué instante te adheriste
a su glacial indumentaria de molusco
qué rato crucial te amalgamaste

a la silla con ruedas del crepúsculo
a los rieles retorcidos
del iracundo huracán descarrilado
y al cárdeno pespunte del incendio ?
¿ Dónde
en qué hundida encrucijada
te fusionaste al hombre
cuándo te acoplaste
al dorado tobogán de la tarde
al blanco afro del mar en la tormenta
Y al vagido multicolor del niño
cuando arriba
abriéndose a empellones
paso desde el útero?

LOS FRÁGILES ÁNGULOS DEL RAYO

¿ Cómo así te agarraste
–¿con la uñas?–
al corazón principiante del hombre
para estar por siempre diagramándolo
arrollándolo
bajo la desenvuelta luz del Sol
o el tembloroso parpadeo de las estrellas?
Debes haber estado por siglos atisbándolo
entre tambaleantes encrucijadas submarinas
de algas, corales y medusas
semienterrado bajo la arena bíblica
o cubierto de pie a cabeza
con la cobija azul del profundo silencio.

Y saltaste de contrabando
sutil y clandestino
de la callada entraña de los mares
salpicado de espumas
adherido al costado vulnerable del hombre
con el duro pegamento de las lapas azules
o metido en su rústica aljaba elemental
cuando entre las brumas

y los frágiles ángulos del rayo
absorto
vacilante
sin voz ni miembros todavía
emergió mi antepasado entre las olas
para reptar medroso
entre los caracoles y las piedras.

SU IMPERTÉRRITA SOMBRA OBLIGATORIA

Después te hiciste hombre
hombre dentro del hombre
luz roja en el sueño y la vigilia
su reducto
con tu aciaga espiral y tus pancartas
que vuelven de tarde en tarde a Dios
con tus renuevos
ceñido a su garganta
centinela incansable en sus esquinas
programador astuto
insaciable analista
sus tijeras
espada de Damocles
su impertérrita sombra obligatoria
eclipse estacional en cada paso
pesadilla en sus noches
con tus perennes señales enterradas.

LOS ENCANTOS DEL BESO EN LAS DELEZNABLES ARISTAS DEL CREPÚSCULO

Y así marchemos todos hoy en día
agobiados
con el miedo entre el pecho y la espalda
en los ojos
el aliento
la sangre
y las pisadas
temiendo que de pronto

se nos quiebre el camino
y quedemos a tientas
sin el gorjeo del ruiseñor latente en la cascado
los ríos por las noches
tocando sus guitarras
la luna inaugural
a horcajadas del cerro
los goznes del alba tirados por los pájaros
los viejos eucaliptos
que se tutean de tarde en tarde
con las nubes
mientras juegan abajo con la sombra
sin las ágiles alas del vino en la palabra
sin estas prolongaciones dulces del verano
ni las tibias noches para amar
los encantos del beso
En las deleznables cenefas del crepúsculo
y se apaguen las luces
para volver la Tierra
traducida a su idioma original
al maternal regazo del principio.

LA INEXORABLE LLOVIZNA DEL DECLIVE

Taimado
Escurridizo aceite de mil caras
conozco bien tu indumentaria
tus gafas
tu silueta
tus obscuras guaridas
tu escondite
tu mentiroso adiós intermitente.
Te arranco el antifaz
y te descubro
en el éxtasis final interrumpido
en el abrazo esbozado en el aire
y malogrado
en la ventana cerrada para siempre
con un entrecortado odios en el dintel

en el triste pañuelo
agitado
desde el muelle de una lágrima
en el subrepticio niño estrangulado
al llegar con su vagido eufórico a la orilla
en la frase escondida
debajo de la lengua
En el beso maduro
negado en la última instancia
En el corazón cuando le cae
la inexorable llovizna del declive
y en el espasmo articulado
al Eslabón fulgurante del ancestro.

Y EN EL INSTANTE AMBIGUO QUE PARTE LA NOCHE EN DOS MITADES

Te ocultas con malicia
en la modestia
en la cápsula espacial
que trasciende la atmósfera
en la subterra que atrae
con sus funestos imanes en la sombra
en los andamios
balanzas con que el riesgo
pesa el aire cansado de las tardes
en la píldora habitual de las muchachas
y en la mano hipócrita que esconde
su afilado puñal entre sonrisas.
Cruzas adventicio el avión
sobre las nubes
tras el semáforo celestial del relámpago
en el puente
que hunde sus pantorrillas en el río
en el momento azul en que el mar
levanta En vilo las balandras
en la droga proscrita
que vuele un puerco espín al hombre
en el insomnio del radar y su operario

en la vanidad del pavo real
y en el tren de la noche y su destiempo.
Me obnubilas
pero te veo patente en los reflejos
de la tormenta vespertina
cuando toca a dos manos su tonada
El cununo mayúsculo del trueno
en las raíces del silencio
en la meticulosidad del calculista
en los arteros filos del veneno
en el súbito heroísmo del soldado
tras los adustos muros del convento
a cuya sombra
yacen despetalados tantos sueños
y en el instante, ambiguo
que parte la noche en dos mitades.

TOCAS TUS SILENCIOSOS TAMBORES EN LA DUDA

Tocas tus silenciosos tambores en la duda
cambias de antifaz en la mentira / maceras la soledad en la nostalgia y té asomas introvertido al más allá./
Proyectas el derrotero del bohemio/ oigo tus leves pasos en el
Surco/ que abre en la media noche su guitarra/ llevándolo de puerta en puerta aguas abajo.
Sabía Camisa de fuerza del arresto /
Tiras hábil la piedra pero escondes la mano ./
en el pistoletazo certero del suicida /
En el /sendero imprevisto que se cruza /
con la costumbre andante en la montaña
en la oscuridad que nos Enseña /
su carrusel de sombras deslumbrantes y en la calavera que pasa rozándonos el hombro.

Y AL FONDO RECONFORTANTE DEL RECUERDO

Dices aquí estoy en la avaricia/.
en la mano que quita lo que da

en la abstinencia del abuelo
enroscado al tabú/
que como un sacerdote sonámbulo
nos anda en la memoria
en el reclinatorio de la iglesia
en el tabaco con sus gases
en el débil poder del poderoso.
Acompañaste a Colon
en su sextante
a Bolívar
en su cabalgata
por la gloria
y las nubes
A Lincoln
en el mango
de su hacha universal
cuando sembraba
la libertad bajo las piedras.

Te descubro
medrando en el asalto
en el regulado pensamiento del metódico
en la tarde que vuelve
con su cuarteado cofre de advertencias
y al fondo reconfortante del recuerdo.

NOSOTROS EN EL BOSQUE IMITANDO
SU DANZA DEL OMBLIGO EN EL CICLÓN

Pero
¿qué hubiera sido de nosotros
sin este soberano
sin el Miedo
que sin su magia centrípeta encogiéndonos
atajándonos
con sus turbulentas mareas interiores
cuyo subproducto nos aflora
en ocasiones por la piel

cerrándole la puerta
a nuestros ancestrales instintos desatados ?
¿Qué
sin su discreción amenazándonos
cortando nuestra longitud en la reyerta
de nosotros en el bosque
imitando su danza del ombligo en el ciclón
qué del soterrado y fornido orangután universal
y sus panoplias?

Qué
si en la borrasca
no nos arrinconara en el subsuelo
y no nos pusiera el mentón sobre la mano
el instrumental alborotado del silencio
si no mantuviera sofrenadas las
bombas de cobalto y de neutronio
en su dormitorio los misiles
los gases letales con cadenas
y obturada la mente enloquecida ?

¿ QUE DEL ÁNGEL TERRESTRE Y SU APRETADO CORPIÑO DE MANZANAS ?

¿ Qué de la adolescente madre abandonada
su vaiven invitante de durazno
y su verde espiga amartelada
en la dubitativa aurora
con su agrietado cántaro de pájaros
qué del ángel terrestre
y su apretado corpiño de manzanas
del mismo miedo al Miedo
y del incierto esbozo
del clon en nuestras manos?

LA MUERTE EN JARRAS GUIÑÁNDOME LOS OJOS

¡Cómo no sentir
mi alícuota del miedo universal

si mientras escribo estas cuartillas
alguien puede accionar
el dispositivo infalible
de la última hecatombe
u otro
a pesar de la libertad tan decantada
puede irrumpir
y darme una puñalada
o un tiro por la espalda!

A veces
atrás de mi tintero
como huroneando mis apuntes
veo a la Muerte en jarras
guiñándome los ojos
y entonces
por igual se me espeluznan
el pulso
la pluma
la palabra
el silencio.

¿NO ESTÁ ÉL PARADO EN EL UMBRAL ?

¿ No habrá concluido ya
intempestivamente y para siempre
nuestra larga regata hacia la muerte
no estaremos haciendo
el último capitulo ?

Profanado ya el átomo
allanado su estuche milenario
descubierta su argucia
de la noche a la mañana
elevado a la dignidad cíclica de Sansón
para terminar en la plaza
feriando sus ardides
cogido en su vestíbulo
in fraganti el cromosoma

conducido esposado y desnudo
al veredicto irrefutable de la placa
declarado convicto y confeso
de la multiplicación de las especies
alcanzada la Luna el hombre con sonda y con redes
buceando
de tumbo en tumbo
en el ilusorio fondo del espacio
¡qué nos queda por rastrear
en los profundos estuarios del secreto
qué nos falta
sino descifrar el f in del jeroglífico
desmantelar a Dio s
pieza por pieza
desbaratando en el atolondramiento
su engranaje
y abordar el comienzo mismo del comienzo
a cuyo hallazgo
darnos alocados trancos
aun en el desvelo!

P ero
¿ no está Él
Parado en el umbral
con su espada de fuego fulminante
amenazándonos
diciéndonos con severa voz entre los dientes
De aquí no pasarás ?

LA ESCONDIDA EXCELENCIA

Pulpo de mil tentáculos. prudente consejero,
universal tarántula. muro junto al abismo,
vuelves de nuevo al hombre justo en el paroxismo
del vértigo amoroso en la dulce hora cero.

Cogido de la mano,vas por todo sendero
con él como sol gris, a veces como él mismo,
en su paz eres sombra. pero en el cataclismo

lo confundes y estrujas, como tu prisionero.
Escondida Excelencia Monarca subterráneo
como gota de agua le caes e en el cráneo
en el sueño o despierto y así siempre serás.
Porque eres el supremo muro de contención
pido a los cuatro vientos, de todo corazón
se te otorgue por Siempre, el Premio de la Paz.

ORACIÓN EN LA AMENAZA UNIVERSAL

Padre Miedo
omnipresente
que vives en el hombre cual su huésped,
Que lo frenas siempre en sus vorágines,
que viniste con él en el principio
y lo acompañarás hasta la eternidad
como su eje y su sombra
santificado sea el tuanombre
perdónanos las cotidianas apostasías
con que te injuriamos
bendito seas entre todos los fantasmas
y hágase tu voluntad
así en cielo como en la Tierra
En el agua
en el aire
en nuestro pan de cada día
en la vida y la muerte
por los siglos de los siglos
amén.

Manuel Federíco Ponce

REFUNDACION DE AMERICA

Los mastodontes emigraron del Asia
cuando el Estrecho
dejó ver su fondo en baja marea
algas en aire
cauce sonoro
y trazó la senda hacia América
y sin saberlo fueron para avistar otra tierra
la vírgen y deshabitada arcilla americana
selva donde no habitaba el ser humano
Y los asiáticos fueron siguiendo al mastodonte
sorprendidos de la sabiduría del instinto
la generación del asiático emigraba para América
y pensando volver, no regresaron
El estrecho se formó nuevamente
que se había abierto en magia continental
solamente para verlos partir
para señalar la puerta al paraíso
paraíso en el que nació el primer indígena
Bestia y hombre partieron para no volver
y así desconcertados fundaron América.

Luego Fenicios y Chinos dejaron sus anclas y grabados
hace cuatro mil y dos mil años, en arenas nuestras.

Más tarde el Vikingo
un buen Vikingo
vino por el norte pisando hielo
cuando se congeló el agua que rodeaba a la embarcación
Naufragaron en hielo y conocieron América
así, sin quererlo
porque la historia lo quiso y dijo
Y se comunicaron con el indio
con un americano asiático
y no lo conquistaron

unicamente tomaron contacto y certidumbre de vida.
Se reconocieron mutuamente
callado el grito de "tierra"
que a grito de "nave" los étnicos recibieron el miedo
Y sin temor los acogieron.
Y ya descongelado el mar, volvióse el Vikingo a su Rey
a contarle del encuentro de dos mundos.
Eso sucedió un dia de sol.

Fakari, El Africano
arribó a la costa en los albores de un siglo nuevo
y así conoció el continente del Sol.

Hasta que llegó el azul español
que hizo la hazaña en redescubrirlos
pero no tuvo el acierto para reencontrarlos.

Vendrá quizá una tarde el extraterrestre
y nos conversará desde su Galaxia.

Luis Miguel Campos

SUSTANTIVOS PARA EL INDULTO
Extracto

Quito, junio del 2001

Sacrificio

Allá, luz de luna
sobre los prados grises.
Los frailejones
y las matas de chocho
han dejado de mecerse
con el viento.

El frío finisecular
de estos páramos
horadados desde antaño
por el llanto de los indios
y el cremor del arcabuz
que hiede a pólvora,
pesa más que ayer.

Hoy como nunca
siento el hedor
de la muerte
en la sangre que corre,
chasqui globular,
por esta anatomía
de Tahuantinsuyo
y león destrozado se oía
de impotencia
y despecho rugir.

He sido hombre
gritando a Dios.
He confundido

mis clamores
con los rayos de luna
que en esta parte
de la tierra
son dardos
al centro exacto
del corazón.
Es de mi llanto
que se han nutrido
las matas de chocho,
los espirales de quinua,
los ojos de cebada
y tantos otros granos.
Es con mis aguas,
saladas y amargas
que se ha cocido
el pan cotidiano
del mestizaje.

Mi propia sazón.

No he de volver
nunca más
a ver de frente el pajonal
que se agita,
o la mata de chocho
inaudita
que grita su color.
No he de volver
nunca más
a ver los ojos de Dios
en los hombres,
la voz de Dios en los hombres.
No he de buscar
la voz celestial
que todo lo sabe
y descifra
en los muros
de las iglesias.

No he de herirme
las manos
golpeando
puertas cerradas
que no van a abrir
los misterios
de tanto dolor.

No he de estar
por más que esté,
en el crepúsculo
desta identidad
construida a cal y canto
de mi sangre,
carne,
y los huesos,
tristes huesos
de mis antepasados.

No tengo vasijas
de barro
para hacer una canción,
ni coraje para pedirle a nadie
que la cante.
No hay más
trozos de cerámica
en el Ecuador,
ni barro suficiente
para modelar el cuerpo
de una mujer.

En estas tierras
la Biblia
es una carcajada
que retumba
en el horizonte
de mi propia apostasía.

¡Exijo un sacrificio!
Un sacrificio de mí mismo,
mi propia inmolación.
Que sea Dios
o su hijo hecho hombre
el que venga a dar fin
a esta bestia
que se yergue molesta
contra el cielo.

Caribe

En un arrebato de lejanía
he sentido el oleaje
inquieto y rotundo del Caribe
en mi propio ser.

Yo fui carne
en una isla
pero me arraigué
en los montes
de la línea ecuatorial.

Pero esa primera vez
de oler, oír, sentir,
de abrir los ojos
y ver,
dejó Caribe en mí.

Siento mía
la música
del muchacho,
solavaya la cigüeña,
y, perdón,
creí que era Margó,
y también
en lo más íntimo
del ser,
presiento el andar

cauteloso,
desconfiado,
del gusano
desarraigado
de la revolución.

Mi padre fue
puré de frejol negro,
sopa de garbanzo,
lechón lechal,
compañero de Fidel
por circunstancias
equis
de la vida.
Nada más.
Allá,
terminando los cincuentas,
creía que Cuba
debía ser Cuba,
a pesar de Batista,
los gringos,
y un puñado
de idealistas
revolucionarios
que querían
que Cuba
fuera Cuba,
pero la vendieron
al mejor postor.

Contra la ventana
vi llorar a mi padre
alguna vez.
Lágrimas
sabor a mojito
de Camagüey
y Caimanera.
Nunca más
El sabor

a yerbabuena.

Consumación

Les crecerán los dientes
y las quijadas lampiñas
se les llenarán de barbas
antes de oír mi voz.

No he de cantar
hasta tener el cuerpo
lleno de gusanos
y la memoria más cercana
al mito
que a la realidad.

No he de permitir
que el intelectual
ecuatoriano
masturbe la tinta
de mis hojas
sangradas
a fuerza de llorar
la soledad
de estos versos.

No han de ser ellos
los que toquen mis vocales.
No han de ser ellos
los que se llenen
las bocas
con mis textos.
¿Qué hacer para salvar
mi nombre de miel,
y claveles que nadie quiere,
de las fauces horrendas
del canibalismo ecuatoriano?

A fuerza de mordiscos
supe que mi carne
era mejor.
Mi cuerpo
hecho añicos
nada tiene que ver
con las Ciencias Sociales.
Yo soy motivo para la Religión.

Sea mi cuerpo
lomo fino,
roast beef,
filet mignon
de las hambres
atolondradas
del Ecuador.
Desta mitad del mundo
donde el intelectual
bebe sangre,
en los ritos
profanos
de su consumación.

Dignidad

La dignidad
es una gallina vieja
y clueca.
Confundida va
en las puntas de flecha
de mi propia arqueología,
en la pólvora y el azufre
que sudan los hombres
cuando van a la guerra.

En mi querella interior,
y contra el mundo,
la dignidad es punta de flecha
para respetar

mi propia integridad,
mi derecho a ser
lo que soy
en esencia.

Pero el zumbido de flecha
lleva en el aire
un balbuceo de sangre.

El blanco de los ojos
se pierde en meandros
de tinta colorada.
Ya no hay medida
para el pudor
y la antigua calma
se ha vuelto cascada.

La dignidad
es pie de lucha.
Es dientes apretados,
y rabia.

Certeza

Hoy sé,
con seguridad
ancestral
y cósmica,
que soy
un fluido
inagotable.

Vengo
del más allá
y de mí mismo
dando vueltas
en la espiral
de mi propia
esencia.

Comprendo
la urgencia
de ser sucesión
de puntos
o línea recta,
pero me gana
la pereza.

Hoy solo quiero
descansar
asido al magma
sin materia.

Julio Pazos Barrera

TONADA

Refugiadas en las profundas salas del Ermitage aguardan las deidades.
No se sabe si todavía oyen el sordo sonido que hacen las olas cuando acaban en la playa
o si contemplan indiferentes el rayo que despedaza el duro tronco;
no se conoce si desdeñan la sangre del sacrificio
que los devotos ofrecen antes del alba.

Nadie sabe si, como nosotros, oyen gemir el viento en la avenida;
si, del mismo, modo, se estremecen con ese rumor
que se expande más allá de las ciudades.

A nosotros, con solo mirar la luz que decrece en el poniente,
nos agita el deseo de danzar,
de arrancarnos las pálidas vestiduras
Y de romper las solemnes obligaciones.

Pero es posible que las deidades añoren sus pedestales,
sitios privilegiados donde el aroma es más intenso;
es posible que recuerden los peristilos de sus templos
y las algarabías de las doncellas ebrias perdidas en los arrabales.

Es tal vez una mofa del tiempo
que el rostro de Afrodita conserve ese aire de inocencia,
¿ignora, acaso, ella, diestra en el arte de ansiedades y tristezas,
que su rostro es un rictus
y unos labios mojados con el almíbar de la granada?

En las profundas salas del Ermitage esperan las deidades,
mas, nosotros, fulgor de la tierra en la inmensidad del agua.

que hemos aprendido a reflejarnos en las pupilas,
caminamos juntos
y solo de vez en cuando miramos, con recelo, el final de la
avenida,
por donde suelen retornar las aves carroñeras.

XIMENA MONTALVO

POEMAS DESDE EL MEDITERRÁNEO

PARA UN HOMBRE DEL NORTE
A HONORIO
DE QUIEN SÓLO ME SEPARA LA MUERTE

ANCLAR EN ESTIGIA

He conocido puertos
Por ser tu marinero.

Enredada en tu sombra
Orillé continentes.

Ante mi se cruzaron
Calles, estrellas, gentes.

Tapices de palmeras,
Catedrales de nieblas.

Alborear de bahías.
Música de tabernas.

Las noches de mil puertos
aun te esperaría.

Pero te vas a ir solo,
desde algún otro muelle.

A seguir deshojando
la rosa de los vientos.

A mimar tu tristeza,
a olvidar mi silencio.

Impaciente, en la bruma
va remando el barquero.

Y he perdido en el agua
tu rostro, marinero...

OTRO

Como tu eras
errante, silencioso, solitario,
era el hombre del Norte que vi ayer.

Igual que tu
tenía la piel salada. De animal sano
la dentadura blanca. Apremiantes las manos.

En los labios
tu sabor a tabaco y a retama.
Y tatuada en el pecho una isla del Báltico.

Al desnudarme dijo
las mismas dulces y extranjeras frases.
Como la tuya su ternura, amor, como la tuya.

Cuando vuelvas un día
no me culpes por llamar con tu nombre
a ese hombre que conocí y quise y perdí, ayer.

NOTA: Estos poemas obtuvieron el primer premio de poesía castellana en certamen convocado por la Universidad de Barcelona. Fueron publicados en THESAURUS, revista universitaria de literatura, No. 6, 1991, Barcelona.

HOMENAJES

Alicia Yánez Cossío

EN LA MUERTE DE NELSON ESTUPIÑAN BASS

Duele pensar la ausencia del inolvidable compañero y amigo del Grupo América, Nelson Estupiñan Bass, que nos deja el recuerdo de haber sido uno de los intelectuales más íntegros en su afán de decir verdades sin temor a los fuertes, en la constante defensa de los débiles. Fue el que llegó, a través de una vida llena de vicisitudes y dificultades –tan interesantes como es su obra– a conquistar por su propio esfuerzo y afán de superación a un merecido éxito en el país y fuera de él, con una especial y aleccionadora mezcla de fama y de humildad. Nos queda, envuelta en la nostalgia, su figura de apacible simpleza y de caballerosa bondad. Nos queda el recuerdo de su lento hablar y de sus páginas salpicadas de un humor sagaz y liviano, de sus anhelos, rebeldías y conquistas en favor de la negritud. Nelson Estupiñán fue vivo ejemplo de entrega al oficio de escritor en el rescate de todo cuanto representan las tradiciones, los mitos, leyendas y conquistas del pueblo esmeraldeño. Y queda para la posteridad el testimonio de su vastísima obra, tanto en prosa como en verso, escrita con la sencillez y la sinceridad que le fueron características, todas llenas de sabias enseñanzas, conocimientos e insuperables rebeldías en la lucha constante de desentrañar, hacernos amar y admirar lo que representa la provincia de Esmeraldas con sus indómitos hombres dueños de la inigualable belleza del paisaje, apegados a sus costumbres vernáculas, viviendo a diario sus anhelos, esperanzas y realizaciones.

Queda su incomparable obra *Cuando los Guayacanes florecían*, una de sus primeras y más difundidas novelas en la que narra los sucesos de una fracasada revolución, liderada por el coronel Carlos Concha y que constituye un gran aporte a la literatura y a la historia ecuatorianas. Novela de un profundo conocimiento de la idiosincrasia del pueblo, con su alma, su folclor y la pintura admirable del paisaje, y que consta de innumerables ediciones y ha sido obra traducida al inglés, francés, alemán y ruso.

Es larga la enumeración de sus obras y de los sucesos de su vida. Su largo y fructífero trayecto se relatan en su autobiografía *Este largo camino*, son páginas íntimas, sinceras, profundamente humanas en la que aparece tal como fue y como para mantener viva su presencia. *Canto a Negra quinceañera* y *Canto negro por la luz* fueron sus primeras obras de negritud, escritas en el periodo de juventud cuando estudió en Quito y sufrió las incomprensiones del joven que deja el terruño y se enfrenta a un medio por entonces hostil. *Tamarán y Cuabú*, su primer poemario, tiene la novedad de estar escrito en la original elaboración de las décimas esmeraldeñas. Su segunda novela *El Paraíso*, relato de gran fuerza y valentía, enfrenta el dominio del caciquismo, de la violencia y la tiranía con que gobernó Plaza Monzón en su provincia. *El último río*, relato de las aventuras de un negro machista que encarna con gracia y desenvoltura las personalidades de varios amigos suyos. *La venganza* y *Huellas digitales*, poemas de contenido y formas populares. *Las tres carabelas*, en la que incluye tres géneros: poesía, relato y teatro. *La Otra*, con la modalidad de un personaje femenino que se desdobla y adquiere la personalidad de una mujer blanca y de una mujer negra. Su otra novela de gran éxito, *Senderos brillantes* relatada con las novísimas técnicas dc la novela hispanoamericana que estuvo en boga. *Contabilidad Agropecuaria*, para el uso de sus alumnos, escrita durante los duros años que debió sobrevivir y tuvo que dedicarse a la enseñanza. *Luces que titilan*, recopilación de personajes reales, sucesos políticos, lugares pintorescos y décimas esmeraldeñas hasta entonces anónimas. *Toque de queda*, su obra más polémica por su forma y contenido. *Bajo el cielo nublado*, con su alegato del problema de la contami-

nación y contra las compañías petroleras. *Viaje al rededor de la poesía negra*, minucioso ensayo de la poesía esmeraldeña y la poesía negra de otros países. *Estrella de siete puntas*, escrita después de un viaje a los Estados Unidos donde dictó con éxito algunas conferencias. *Póquer de la patria*, poemario en el que resalta las personalidades de Rumiñahui, Espejo, Montalvo y Eloy Alfaro.

Nelson Estupiñan fue un manantial inagotable. Escribió poesía, teatro, ensayo, relato, páginas históricas y semblanzas de personajes vernáculos. Larga es la enumeración de todas sus obras, pero no se puede pasar por alto las escritas en los últimos años de su vida que fueron los más fructíferos: *El crepúsculo, Las puertas del verano, Esta goleta llamada Poesía, Los canarios pintaron el aire de amarillo, Vargas Torres en la prosa y en la poesía, Desde un balcón volado, Las Constelaciones, Al norte de Dios...*

Cumplió su tarea. Hizo perdurables a sus personajes. Logró el milagro de trasplantar a millares de lectores a las tierras de Esmeraldas, y en su obra póstuma *Su majestad, el Miedo*, (incluida en este número) nos permite compartir su desesperación y terror de lo que puede ser el último cataclismo universal: poema de más de quinientos versos en los que revela el miedo, el acercamiento a Dios, la rebeldía de los ángeles caídos, el presagio de su partida, de la muerte en jarras guiñándome los ojos y la ternura a su esposa Argentina Chiriboga, valioso miembro de este Grupo que le expresa su pesar por la pérdida de un hombre tan valioso y tan amigo.

Revista América No. 120.Segunda época. Abril 2002.

Doctora Fabiola Solís de King

ENCUENTRO CON MI PROFESOR HUMBERTO VACAS GOMEZ

A Humberto Vacas Gómez le tomo de la mano y empiezo a sentir su calidez y le invito a regresar al pasado, ese camino ya recorrido en el que todos y cada uno de nosotros, seres humanos, hemos ido dándole forma particular a nuestra vida con nuestras felicidades, nuestras alegrías, nuestros amores, nuestras metas cumplidas, nuestras satisfacciones, nuestros logros, y también, como ántipodas de esa historia vital, nuestras tristezas, nuestras angustias, nuestras frustraciones, nuestras carencias. Esas experiencias pasadas de las cuales somos dueños absolutos, pues como decía Sigmund Freud, de lo único que podemos consideramos dueños seguros es de nuestros sueños y de nuestro pasado. Retomo ese pasado con mi querido Profesor de Literatura, el Lcdo. Humberto Vacas Gómez, siento que mi adolescencia se agita en los interrogantes de un cuerpo en crecimiento frente al mundo de afuera que no me da respuestas precisas y subo por las gradas de mi Colegio 24 de Mayo y veo el edificio con su fachada renacentista, nuevamente mi mente bulle con los deseos de conocimiento, una mente en sazón pronta a estallar en florescencias. Entro a la sala de ciases y al sentarme en mi pupitre me llegan de todas partes los rostros alborotados de mis compañeras y le esperamos a usted para emprender la

aventura de rodeamos de la sabiduría de todos los tiempos de la que usted, querido Profesor es parte y guía.

Esa sabiduría suya, querido Profesor, hacía que el aire tenga olor a fresco, como a hierba recién cortada y sus palabras tenían los reflejos poseídos de la vida que brota y palpita en los pensamientos, en la creatividad, en el uso del lenguaje, en el sentido preciso. Todas nos sentábamos a su alrededor, querido Profesor, tratando de compartir una ración de su vitalidad, para saciar, de alguna manera, nuestra sed de perfección, y usted con su erudicion caudalosa nos envolvía en su magia verbal que parecía disociarse en miles de ideas como espirales girando, indefinidamente y nuestra adolescencia sentía la vibración lejana y cercana que penetraba en nuestros oídos, nos recubríamos del sonido de sus palabras como una fuerza agitadora de nuestra inteligencia, alargando el tiempo y el espacio haciendo uso de aquella paciencia lenta que permite gustar y regustar el placer que dura. Oírle a usted, querido Profesor, era como soñar en la verdad y vernos de repente rodeadas de sabiduría y ahí estaba Don Quijote de la Mancha diciéndole desde las nubes a Sancho Panza: "los perros ladran Sancho, luego avanzamos" y así fue nuestro héroe Don Miguel de Cervantes Saavedra y nuestro lenguaje, nuestro amado español, iba abriéndose con su riqueza y hermosura que adquiría una fuerza vital en su voz de tono enérgico y armonioso y con el peso erudito de su presencia. Y sus alumnas esperábamos sus clases como se espera la luz del día. Quiero destacar una experiencia mía muy particular cuando en un viaje a Grecia me encontré frente al Olimpo, su montaña más elevada, rodeado de nubes azules y recordé nuevamente mi adolescencia y las clases enriquecedoras de mi querido Profesor.

Mi relación con Humberto Vacas Gómez, mi añorado Profesor, había cambiado de fisonomía, ahora éramos compañeros y amigos en el Grupo Anierica y nuestra amistad aumentó su caudal con la presencia cálida de Isabel, su esposa, también antigua y querida amiga mía. Y vuelvo a mi encuentro con el Olimpo la mansión de los dioses celestes gobernados por Zeus. Y me sentí otra vez en las bancas del Colegio y usted, querido Profesor, nos revolucionó la mente y el

espíritu con la Musas, hijas de Zeus, dios soberano, ser supremo celeste, principio del orden y la justicia, morador del Olimpo desde el cual gobernaba el mundo. Y nosotras, compañeras colegiales con la curiosidad marcada en los pliegues del uniforme bailábamos con Terpsícore, la musa de la danza, con Clio in adíamos la historia, con Urania indagábamos el misterio frjano de los astros, con Erato sentíamos la fuerza agitadora de la poesía lírica, a Melpóneme la veíamos con su máscara trágica y sus atributos heroicos y Thalia con su corona de hiedra reina de la comedia y admirábamos la mímica de Polimia, y oíamos la música cadenciosa de Esterpe y también Caliope con su dominio de la metáfora épica. En este mundo mágico, usted, querido Profesor, era nuestro suscitador y nuestro guía. Con las musas revivo una experiencia personal cuando usted me felicitó delante de mis compañeras, pues consideraba que una composición que escribí sobre las hijas de Zeus era la mejor del curso. La sonrisa y el color encendido de mis mejillas me duraron mucho tiempo.

Y salgo del Olimpo y otra vez me enredo en los recuerdos y abro su primer libro de poesía *Canto a lo oscuro*, del cual, Augusto Arias opina: "Vacas es poeta de disquisiciones trascendentales que quisiera sacar de la oscuridad en que se encuentran los problemas de la vida, a la claridad de una exégesis implacable". Cantó a la tierra y las cosas olvidadas e inútiles, es el comentario que consta en el *Diccionario de la Literatura Ecuatoriana*, tomo V.

Querido Profesor he dado vueltas por las gradas del Colegio, por sus corredores y patios, por los pupitres y los pizarrones, por sus enseñanzas que eran como una fuerza agitadora de inteligencias, por su magia verbal manejada con maestría por su erudición caudalosa, por su vívida expresión de búsqueda, por su voz con precio propio, por las verdades mágicas de sus clases de Literatura.

Me siento nostálgica y a la vez remozada de este encuentro con mi profesor Humberto Vacas Gómez y quiero finalizar mi artículo citando algunos de sus pensamientos de su prólogo del Libro *El Ecuador en el Siglo 20*, publicado en el periódico *El Comercio* en su 75 Aniversario: "La tarea más premiosa es buscar y encontrar el equilibrio de un mundo regido

por la ciencia y por la técnica, pero también con justicia social y libertad. Lo importante es averiguar si las prodigiosas conquistas de la ciencia y de la técnica servirán para hacer más feliz al ser humano. Si la justicia, el bien, prevalecerán sobre la injusticia y el mal". "Hasta aquí es más bien decepcionante la historia humana en su larga y tormentosa trayectoria sobre la tierra".

"El hombre sigue explotando al hombre, las naciones poderosas subyugando a las débiles" "El principal factor del estancamiento económico y social de nuestros pueblos es la falta de preparación del ser humano. Cerca del 50% de la población de este Continente no recibe educación alguna..." "Si no se hace un esfuerzo gigantesco para descartar los déficits educativos, todo lo demás que se haga serán paños tibios. Es necesario bajar a la realidad y sacudirse de las costosas utopías que han desviado por más de un siglo el destino de América Latina"

Y por ahora, querido Profesor e inolvidable amigo, quiero dedicarle un acróstico:

Humberto Vacas Gómez
Un ser humano excepcional
Mente lúcida, corazón abierto a las
Bondades y lo hermoso de la vida,
Entrega total a sus principios.
Revive y vivirá siempre en sus obras y en
Toda su exuberante historia vital,
Orgullo del país, honra de todos.

Veraz, Integro, creativo,
Amante de la paz y la justicia,
Caminante incansable de la vida,
Atento al mundo abierto a las ideas,
Sembrador de cosechas abundantes.

Grande y humilde como todos los grandes,
Ostensible y palpable su interés por los otros,
Magnífico en darle cuerpo las ideas,
Envolviéndolas en la riqueza del lenguaje,
Zeus y la Musas orillando el recuerdo de mi
profesor y amigo.

Teresa León de Noboa

Piedad Larrea Borja

Tres palabras enlazadas como transubstanciadas en metáfora para traducir una calidad humana desbordante en la que resplandecía la virtud como condición esencial...

Si con Hilario Ascásubi encontré un día, en lenguaje gauchesco, la definición total del héroe de la pampa en su solo nombre:

Santos Vega te pusieron,
lindo nombre pa un cantor,
nunca vide dos palabras
que se trenzaran mejor...

Al nombrarla a ella, nimbada por el recuerdo, mezcla de misterio y lucidez, de sombras y de clarividencia, Piedad Larrea Borja surge nítida, audible y tangible entre nosotros, con solo haberla nombrado...

Claras coordenadas biográficas y temporales habrán de precisar su nombre para la historia, con certeros criterios en enfoques tanto intrínsecos como extrínsecos, dentro de esa diversidad de escalas de valores cambiantes. Mas, nosotros que fuimos los directos beneficiarios de los frutos escogidos del quehacer de su espíritu ¿bajo qué perspectiva la debemos juzgar, si no es desde la hondura de nuestro propio sentimiento?

Ante el lamento efímero y deleznable de la vida: como ayer nos hablaba su boca, hoy nos habla su silencio, no solo

con el lenguaje de su palabra fluida, sino con el lenguaje de su ser, con su estilo de vida, esa vida plenamente abierta a los demás, esa "apertura al otro", la alteridad; pues, lo que eleva y decide la calidad humana de una persona no es el poder, la seguridad o la sabiduría, sino su capacidad de amar, esa fuerza incontrolable y espontánea que anima las palabras y las acciones y comunica la verdad y la vida a todo lo que toca, incluso a la muerte, de la que Piedad Larrea Borja trasciende justamente porque amó y espera sentirse amada en esa consubstanciación que supera nuestra limitada existencia.

El tiempo decanta los valores culturales, así es como de Piedad Larrea Borja se hablará largamente... Dejadnos a nosotros que estamos hechos de cenizas de estrellas, tratar de perpetuarla en nuestro recuerdo para mitigar la sensación de soledad cósmica, a partir de la angustia de su propio corazón de poeta que dio paso al tema metafísico ante la obsesión de su propia muerte, con esa iluminación que brota de los más obscuros cauces del espíritu y se traduce en su mensaje onírico.

Oigámosla reverentes al acompañarla en su anticipada visión, cuando presto mi voz a su voz:

> Ese cuerpo afeado y ennoblecido por la muerte que yace ahí –parecería que serenamente– en la caja mortuoria es el mío... ¿De quién si no esa boca dolorosa, esas manos cruzadas, esas manos que en juventud fueron mi vanidad a las que el reumatismo se encargó de estrujar? Y es el mío ese vestido violeta –pero yo había recomendado que solamente me envolviesen en una sábana– pero este, este, este que me cubre aquí, sobre la dorada silla en la que estoy sentada, junto al féretro, estas manos dolorosas y estos ojos quemantes en las lágrimas vivas, ardientes, constantes, son las mías... Estoy muerta y ahí y acá me quedo sola, sola, sola como nunca lo estuve... Me van a "pasar"... a pasar... Sí, me llevan de aquí, de mi casa, de mis libros, de mis papeles, de mis gatos, de ellas, de ellos, de todos ellos, para siempre...

¡Para siempre, no, Piedad, amiga redivival Analicemos un ejemplo más de estas sensaciones impregnadas de angus-

tia y melancolía sobre la inutilidad del esfuerza humano, cuando Azorín en *La Voluntad* exclama: "Soy un pobre hombre, el último de los pobres hombres... Esta vida es una cosa absurda... Me canso, dejo la pluma, torno a mis reflexiones, hay momentos en que quiero, no puedo... me dan ganas de llorar, de no ser nada, de disgregarme en la materia..."

El como tú, están navegando a la deriva hacia lo inefable, hablando sobre la vida y sus ideales irrealizables; sin embargo, sus íntimas emociones se han trocado en poesía, y la poesía es la fuerza vital que alienta el universo... Ahí estás viva y para siempre, en el cálido acento del más puro lirismo, en la querencia amorosa a la tierra desde la nacencia hasta el retorno... Ahora, de nuevo fructificas en su seno con tu "reiterada muerte", como cuando hablas con tu padre y le repites "Tú me mueres en todos / los muertos de la tierra / Allí en la epidermis amarilla / en los ojos vidriados / en el latido que se extingue –cansado oleaje– bajo los dedos ávidos / que van cantando la vida / a golpes de sangre en las venas... No es cierta esta infinita, esta sola soledad / no son mis lágrimas... No, no es verdad el recuerdo, es solo miedo..."

¡Por eso, la plenitud de tu verdad está en *La canción de tu muerte*:

... Y solo de muerta en el seno oscuro de la madre tierra seré plenitud... No me olvides, Muerte /te espera mi carne / trigo generoso para tu guadaña / y mi amor en suplicio perpetuo / sólo espera tu paz...

Quito, a 27 de julio del 2000

Alba Luz Mora

HOMENAJE A LEONARDO ARIZAGA VEGA

Leonardo Arízaga Vega nació en Cuenca un 6 de noviembre de 1921. Estudió en esa ciudad, en Guayaquil, Estados Unidos de Norteamérica y Alemania. Doctor en Derecho y Derecho Internacional, eligió como carrera la diplomacia, a la que ingresó en 1947 y dejó en 1967 por límite de edad. Fue un políglota: conocía el inglés, alemán, francés y portugués. Perteneció a importantes entidades culturales: Instituto de Cultura Hispánica, Sociedad Bolivariana, Grupo América, Instituto Ecuatoriano-Chileno de Cultura, Instituto O Higigiano, Sociedad Filarmónica de Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana; Fundaciones fray José María Vargas, Jose Gabriel Navarro y Templo de la Compañía.

Su vida tuvo tres constantes: el servicio exterior, como Jefe de Misión en quince países y algunas delegaciones del Ecuador a la Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas, y como Embajador-asesor del Instituto de Altos Estudios Nacionales.

Ocho condecoraciones importantes de diferentes países reconocieron la idoneidad de su actividad diplomática.

Otra constante fue el quehacer cultural. Dirigió las revistas *Correo Diplomático* y *Cóndores*. Colaboró estrechamente con la revista *América*. Publicó varias obras: *Las voces de la patria*, Compendio de discursos que pronunció en diferentes ocasiones. *Escorzos* que reúne varios ensayos de diferentes temáticas; *Sucre el Gran Mariscal*, en homenaje al héroe de

Pichincha con ocasión del bicentenario de su fallecimiento; y *Reminiscencias*, síntesis de sus intervenciones en la Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas. Quedaron en imprenta, la novela *Cuando la simiente germina* y *La parábola vital del Libertador*.

La tercera constante fue su condición moral y humanista, la integridad y sinceridad en la amistad, de un pundonor ejemplar en las tareas que realizaba, su trato cortés y caballeroso, la puntualidad como norma de vida; su consideración y respeto a los demás. Era de esa estirpe de caballeros cuencanos que supo hacer de su existencia una actitud permanente de cortesía y delicadeza con sus semejantes bajo el tamiz de la sensibilidad.

Cuando en enero de 1998 se integró al Grupo América, leyendo una pieza académica que se avenía bien con su vocación por la propiedad y pureza del idioma castellano: *El estetisismo en la obra de Gonzalo zaldumbide:* y cuando el 30 de mayo, también, lo escuchábamos al presentar el último número de la revista *Correo diplomático* de la que era su Director, jamás imaginamos que estariamos nuevamente para despedirlo ante el hecho inevitable de la muerte, que tomó por sorpresa a la familia, a sus amigos, a las instituciones que lo tuvieron como miebro meritísimo.

No queriamos dejarlo partir sin hacer esta advocación de su personalidad, de su paso fructífero por la vida, del recuerdo indeleble que deja en la sociedad y el aporte cultural que significan para nuestro acerbo sus piezas oratorias y ensayos.

Creemos que su muerte, dolorosa por la supresión que ella conlleva, por el vacio que experimentamos, triunfará sobre el tiempo y prolongará su existencia espiritual hasta la más remota posteridad, en los sentimientos y afecto de quienes lo conocimos.

ACTIVIDADES DEL GRUPO AMERICA

NOMBRAMIENTOS

ALBA LUZ MORA. CONSEJERA CULTURAL

La licenciada Alba Luz Mora que, por cerca de una década ha dirigido el Grupo América, ha sido nombrada por el Ministro de Relaciones Internacionales del Ecuador, Consejera Cultural de la Embajada en el Perú reconocimiento a sus especiales méritos y capacidad Corno Presidenta del Grupo América Alba Luz Mora desarrolló una labor inteligente, tesonera e incansable al tiempo que tiñosa y hasta sacrificada Bajo su dirección el Grupo volvió a vivir, se despertó de un largo letargo y entró en un periodo de mucha actividad cultural; Alba Luz ha sido el alma de este renacer.

Se han dictado numerosas conferencias públicas; algunas de carácter solemne para rendir homenaje a figuras consagradas de la cultura ecuatoriana y latinoamericana. Así mismo ha realizado sesiones para incorporar a nuevos y connotados miembros cada uno de los cuales leyó su trabajo de incorporación, contestado por un miembro antiguo, dándole la bienvenida

La Revista América ha vuelto a publicarse, un volumen por año y precisamente éste es el último del periodo de Alba Luz.

Se ha desarrollado con regularidad la sesión-almuerzo mensual la cual ha sido presidida por la conferencia de un miembro previamente designado abordando algún tema de actualidad cultural.

Entre otras tantas actividades impulsadas por Alba Luz mencionaremos el incremento de cordiales relaciones internacionales y la incorporación al Grupo de algunos embajadores, con antecedentes de aportes culturales sobresalientes.

Su vinculación con medios de comunicación social, sus relaciones con importantes entidades culturales, así como su extraordinaria actividad permiten asegurar que Alba Luz realizara una excelente misión cultural en el Perú.

El Grupo América saluda el justo nombramiento de Alba Luz Mora y le augura nuevos triunfos.

DISTINCIONES

Dos miembros del Grupo recibieron este año el Premio "Eugenio Espejo" que otorga bianualmente el gobierno nacional. El doctor RODRIGO FIERRO BENITEZ, al mérito científico y el señor FILOTEO SAMANIEGO SALAZAR como Promotor Cultural. El Presidente Gustavo Noboa estuvo presente en la ceremonia realizada en el Palacio de Carondelet.

SUSANA CORDERO DE ESPINOSA fue condecorada por el Municipio de la ciudad de Cuenca con la medalla "Fray Vicente Solano al Mérito Cultural" durante las programaciones por un aniversario más de la Independencia de Cuenca.

El doctor GUSTAVO ALFREDO JÁCOME fue declarado "Hijo Benemérito de Otavalo" y condecorado durante la sesión solemne que celebró la Municipalidad por el centésimo quincuagésimo aniversario de esa localidad.

El señor MARIO COBO BARONA fue distinguido por la Universidad de la provincia del Tungurahua con el titulo de Doctor Honoris Causa, en reconocimiento a su permanente contribución cultural.

INCORPORACIONES

Fueron recibidos este año como miembros de nuestra entidad los señores, doctor RAMIRO SILVA DEL POZO, diplomático de carrera, ensayista y abogado. El dramaturgo LUIS MIGUEL CAMPOS YÁNEZ. El señor FILOTEO SAMANIEGO SALAZAR, poeta, ensayista y promotor cultural. El doctor JAIME MONTESINOS FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA poeta, ensayista y ex Presidente de la Casa de la Cultura de Nueva York. Y el doctor FERNANDO JURADO NOBOA, genealogista e historiador.

Se incorporaron a la ACADEMIA DE LA LENGUA ECUATORIANA, correspondiente de la Real Academia Española, los socios NELSON ESTUPIÑAN BASS y LUIS AGUILAR MONSALVE.

BIBLIOGRAFÍA

Este año 2001 presentaron los libros *Sé que Vienen a Matarme*, novela de la escritora Alicia Yánez Cossío; el volu-

men de poesía *Palabras para Jugar* del doctor Gustavo Alfredo Jácome; el ensayo *Los Valores y los Siglos* del Embajador y abogado Eduardo Mora Anda; la obra de cuentos *La Otra Cara del Tiempo* del Profesor PHD Luis Aguilar Monsalve; el volumen de la doctora Francesca Piana, titulado *En el Camino de Santiago*, el título *Días de Pesares y Delirios*, del profesor y poeta Julio Pazos Barrera y la obra de la doctora Laura Hidalgo, *María Angula y otros Cuentos*, en un acto efectuado en la Fundación Guayasamín de Quito.

TRIUNFOS

El libro de poesía *Palabras para jugar* del doctor Gustavo Alfredo Jácome, recibió del Municipio Metropolitano de Quito el Premio "Darío Guevara Mayorga", reservado para las obras de literatura para niños. La premiación tuvo lugar durante la Sesión Solemne del indicado ayuntamiento, el día 8 de noviembre del 2001.

El poeta JULIO PAZOS BARRERA fue invitado a Noruega para participar en el seminario "Crisis y Cultura en la Zona Andina", organizado por la Universidad de Bergen. Igualmente a Moscú, donde pronunció una conferencia sobre "Cultura Ecuatoriana" en la Universidad le la Amistad de los Pueblos"

La doctora LAURA HIDALGO ALZAMORA, profesora de la Universidad San Francisco de Quito fue invitada por una Universidad extranjera para dictar conferencias sobre literatura Ecuatoriana

El doctor Luis Aguilar Monsalve viajó como profesor invitado a Estados Unidos a la Universidad de Wapash College de Indiana.

MARCHA INSTITUCIONAL

Se ratificó con el Municipio Metropolitano de Quito la entrega en comodato de la Biblioteca "América", que estará a disposición del público en el Centro Cultural Metropolitano, sección Biblioteca Municipal.

Se estudiaron y aprobaron en dos sesiones de la entidad los Estatutos de la Fundación Grupo América, los que

ahora se hallan a consideración de las autoridades del Ministerio de Educación y Cultura para su aprobación oficial.

Las. sesiones-almuerzo mensuales de nuestra institución se han realizado de enero a diciembre de este año en las diferentes residencias de los socios. ¡Se aprovecharon estas oportunidades para efectuar el ingreso oficial del escritor y dramaturgo LUIS MIGUEL CAMPOS, quien disertó sobre el tema "Mariana de Jesús entre Terremotos y malos Gobiernos" del doctor Fernando Jurado Noboa, quien también hizo su incorporación hablándonos del tema "Los Descendientes de Atahualpa".

ACTOS ACADEMICOS

Revista América No. 120, Segunda época, Abril 2002.

EL PODER DE LA PALABRA POÉTICA: JORGE CARRERA ANDRADE, ACADÉMICO DE VANGUARDIA

Primera parte del Discurso de incorporación como Miembro de Número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, de doña Susana Cordero de Espinosa
Quito, septiembre del 2001

La Academia Ecuatoriana de la Lengua, en cuyo seno he pasado ya algunos años de fructífero trabajo y amistad, me recibe ahora en calidad de Miembro de Número. Me cupo el honor de haber sido designada para ocupar la silla vacante de doña Piedad Larrea Borja, honor tan alto como la pena de su ausencia.

En mis palabras de esta noche, haré una breve evocación de su vida ejemplar de Académica, escritora y maestra; de su amistad inolvidable.

En segundo lugar, y como parte nuclear de esta intervención, me referiré a la obra del poeta ecuatoriano, Académico Jorge Carera Andrade. Su poesía merece que nos detengamos en ella, para proyectarla sobre nuestro tiempo y mirarla a esta indecisa luz.

A partir del breve estudio sobre su poética que aquí puedo presentar, quiero plantear como hipótesis de trabajo una preocupación sentida desde hace mucho tiempo, en la que, por desgracia, apenas se insiste y que yo formulo así: la palabra poética tiene tal poder de redención, que el infortunio y el desamparo de los pueblos se debe, en no pequeña parte, al hecho de tenerla olvidada, de imaginar que es una palabra marginal o elitista, destinada a pocos. Aspiro a señalar cómo la intuición y perceptividad que la frecuentación de la palabra poética procura en quienes a ella se acercan de modo constante, es garantía de una nueva visión, no solo lúci-

damente intelectual, sino sensible, es decir, capaz de mover a actuar desde la emoción y la voluntad, a favor de hombres y pueblos. Este intento constituirá la conclusión de mi trabajo.

"En honor de Piedad Larrea Boda, ha de buscarse lo sustancial", escribí una vez, con palabras que reitero.

Piedad amaba la palabra. Sostenida por esta vocación, hizo del estudio de nuestro idioma, del relato, de la poesía, como también de la enseñanza –irremediable y felizmente ligada a la lengua– tareas en cada una de las cuales entregó lo mejor de sí misma: así nos legó uno de los ejemplos de existencia femenina más densos y felices en la historia ecuatoriana del siglo XX. La primera Académica ecuatoriana, si no fue la primera académica americana, su nombramiento antecedió al de doña Carmen Conde, la primera académica española. Abrió las puertas de la Academia a la mujer y la representó con dignidad, hecha de fervor y sabiduría.

Su amplia bibliografía da cuenta de la multiplicidad de intereses que motivaron su trabajo. Mujer de su época, al inicio de la Segunda Guerra Mundial, muy joven aún, retornó desde Italia al Ecuador con su familia, pues su padre desempeñaba en Génova alto cargo diplomático. Ya en Quito, espacio en el cual entonces la mujer apenas tenía palabra, pronunció su célebre conferencia "Italia sin máscara": Impresionada por el horror del fascismo y el nazismo, clamó en todas las oportunidades de su vida por la justicia y la paz constructiva. En 1946 publicó un tomo de ensayos, artículos y trabajos cortos alrededor de las preocupaciones centrales de su tiempo. Luego escribió, sucesivamente, entre constantes artículos en la prensa del país sobre variados temas que permitieron conocerla como una militante de la cultura a la búsqueda del bienestar de su pueblo, Un ensayo sobre el quichua, así como *Bocetos de Poesía Ecuatoriana*. Entre sus estudios literarios destacan *Literatura arábigo-española, Juglaresca en España*, y en lo relativo a la lingüística, *Habla femenina quiteña, Castellano y lexicografía médica ecuatoriana* y cuatro años antes de su muerte, *Refranes y decires de la mama llacta*. En el terreno de la creación, publica *El dolor de ser buena*, poesía, y *Oníricos* y

cuentostorias, cuentos y narraciones. Se da en ella el caso poco frecuente de una decidida vocación por la investigación lingüística aunada al claro dominio de la palabra creadora. Tales dones están envueltos en un indeclinable interés didáctico: sus obras de lingüística fueron realizadas con la voluntad de volver asequibles a los lectores los complejos conceptos lingüísticos y gramaticales, mediante inteligentes ejemplos y ejercicios de aplicación práctica.

Evocarla exige también ir a los hechos cotidianos, a miríadas de pequeños detalles con que la amistad de Piedad Larrea nos ha privilegiado, en su búsqueda de lo mejor de cada ser humano, gracias a la sutileza de su corazón generoso. Lejos de lo que habitualmente imaginamos, la magnificencia íntima de una persona como ella, su verdadero valor no se encuentra tanto en su obra notable, cuanto en la sencillez con que aceptó su condición excepcional e hizo de sus dones una exigente forma de responsabilidad.

Llevaba sus deberes con alegría. Hacía amigos de aquellos a quienes se acercaba, con su humor lleno de simpatía, caudaloso y sensible. Tanto en reuniones en su salita íntima como en ocasiones solemnes de las cuales era la protagonista, Piedad era la misma: vivía la vida, como decía el frontis de su chimenea, "de tal suerte, que viva quedó en la muerte".

Si no es este el momento para hacer una crítica pormenorizada de su obra, sí lo es el de referirnos a aquella obra cotidiana de investigación y registro de la académica, que queda aún por publicarse y espera de nosotros inteligente indagación. Ella entregó a la Academia sus papeles que, en su honor y para enriquecimiento de nuestro trabajo, debemos empeñamos en recuperar y estudiar.

Se le hicieron, a lo largo de su vida, muchos homenajes; recibió honores, condecoraciones y diplomas en su propia patria, en España, en México, en Chile, pero ella prefería el cordialísimo "Señorita Piedad" con que la nombraban sus alumnos de la Universidad Central, que la rodeaban y estimaban. Con ellos salió más de una vez a las calles a protestar contra las injusticias de nuestro pobre mundo, horrorizando la

rutina de la gente de bien. En tiempos en que en nuestra patria la mujer agotaba sus inquietudes en lo doméstico, Piedad vivió una existencia de trabajo y responsabilidad social que demostró sin tregua. Cuando en la Real Academia de la Lengua, en Madrid, representó a la Ecuatoriana, entre las pudibundeces de muchos académicos fue la única que votó con un no rotundo, contra la voluntad de subsumir la che y la elle, por conveniencias englobantes de los medios de comunicación social, en la ce y la ele, quitándoles su capítulo propio en nuestros diccionarios. (Poco tiempo antes, el rey don Juan Carlos había dicho otro no rotundo a la desaparición de la elle, y mediante decreto, la mantuvo para el español por los siglos de los siglos.) Su voto fue el de la rebelde ecuatoriana, tan amante de la limpia tradición de la lengua como reconocedora de su apertura, tan secretamente ligada a lo más firme del pasado, como enfrentada a las exigencias del presente y a las incertidumbres del porvenir.

Me detendré un instante en su obra más reciente, *Refranes y decires de la mama llacta*, que muestra su faceta de investigadora curiosa y atenta y la de mujer llena de humor y amor por su tierra. Acogió sin remilgos antiguos y recientes decires, cargados de gracia y, a menudo, de escéptico sinsabor. No fue mujer de feligresías ni ama de casa de mercados, pero nada escapó a su interés por nuestra habla. Recogió los "Lleve, lleve, caserita, le doy rebajadito", y ese precioso "Es unido", que se refiere a la compra por unidades, en relación con la compra al por mayor: "¿Compra uniado o al por mayor?", como aquel antiguo y precioso "le doy yapado", hoy casi inexistente, que hacía que comiéramos con más gusto el pan, la fruta, el montoncito de mellocos que se nos habían dado de adehala.

Recoge decires racistas, como "Hacer la del indio", "Ser cholo enzapatado", "Ser longo mapioso", "Ser runa zambo", "Allá, entre blancos", está lleno de suave ironía para aquellos que presumen de serlo, en una sociedad genuinamente mestiza. "La justicia no se hizo para los de poncho", –adivino la indignada pena con que Piedad recogió esta evidencia de nuestra torpeza–. "Hombre triple, mujer bajón, indio flato y negro narigón, cuatro diablos son". Decirse que señalan

la riqueza de razas que nos constituye, aunque, desgraciadamente, aún no hagamos conciencia de los beneficios de tal variedad.

También, dichos regionalistas como "Morlaco, ni de leva ni de saco", "Cuencana, ni de lana", "A la moda de Ambato, con leva y sin zapato", "Serrano, come Papa con gusano" y tantos otros, escritos y pronunciados sin rencor. Para los *ñaños* monos casi no hay expresión de este tenor, lo que demuestra que los serranos somos menos regionalistas de lo que presumen, para dividimos, nuestros políticos.

Sobre estos se incluyen las consabidas pullas. No podían faltar en su registro, términos que se les atibuyen, surgidos de la triste y concreta experiencia popular, tanto como de dichos escuchados en el mismísimo Congreso Nacional, espacio fértil en insensateces y vergüenzas. Valgan como ejemplo los "chuchumecos", "pipones", "guacharnacos", "perfumados", "chimbadores", "adulones" que, desgraciadamente, con razón se les atribuyen. Así, "nadan a dos aguas", "tiran la piedra y esconden la mano", "bailan más que un trompo", "se cambian de camiseta", " hacen amarres y bullas entre gallos y media noche". A los que tienen la "troncha", Piedad les advierte que "todo cepillo muere sin cerdas".

Hay grafitos dignos de muros indestructibles, como los siguientes: "Dios hizo primero al hombre, luego lo pasó a limpio", firman, "las chicas". "Yo soy libre, tú eres libre, viva la librería". "Deje volar su imaginación: fume dinamita". Y para los afrancesados, esta advertencia: "hablar francés es fácil, lo difícil es copiar las muecas". O este anuncio, tristemente cercano al patriarca en su otoño: "Se vende país con vista al mar. Informes: palacio de gobierno". Y esta lamentación como advertencia a todos los ególatras del universo:¿Por qué justo a mí me tocó ser yo!".

Así la evocamos hoy, sabiendo que es imposible expresar toda la dignidad de su vida de estudiosa, maestra, amiga entrañable. Con sabiduría que atendió a toda expresión, vivió el español como el instrumento privilegiado con el que se aprenden, a la vez, los ínfimos detalles del existir cotidiano y la

exaltación de la poesía más alta. Su fidelidad a las exigencias académicas y su preocupación por la lengua como vehículo de cultura y de belleza, que conservó hasta el final, nos llevan esta tarde, como una mano buena, al universo poético de otro Académico, don Jorge Carrera Andrade, a cuya obra me referiré.